EL FINAL DE LA FIESTA

NAGORE SUÁREZ

El final de la fiesta

Nagore Suárez

A mi abuela Conso. Y a todas las brujas
que todavía habitan en los bosques,
valles y montes de Navarra

Me gustan las fiestas con mucha gente. Son muy íntimas.

FRANCIS SCOTT FITZGERALD,
El gran Gatsby

1

Porque la muerte me llama

6 de julio, 9.00 h

Cuando colgó el teléfono, Gabriel se tomó unos minutos más para terminar el café. Debería haber sabido que el día iba a ser una mierda desde el momento en el que se le había quemado un moca que le salía a veinte euros la bolsa. Aquella taza de brebaje chamuscado no podía ser el preludio de nada bueno.

Después de fregar la taza —en un gesto más de meditación que de limpieza—, salió del apartamento. Lo primero que oyó fue música, el sonido de una jota que se escapaba por la puerta entreabierta de un bar próximo. El ambiente festivo, las canciones y las risas inundaban cada rincón de Pamplona, pero él se sentía como un extraño. Daba igual que llevara una camiseta blanca y un pañuelo rojo guardado en el bolsillo trasero de los vaqueros; era un alienígena en un mundo desconocido, Gurb perdido en las avenidas de la Barcelona de los noventa.

Caminó por el casco viejo esquivando grupos de transeúntes ataviados de blanco y rojo. Algunos tenían aspecto de no haber pasado por casa todavía —ni tener intención de hacerlo—, y otros, con la ropa recién planchada, se incorporaban a la juerga. Varias cuadrillas colocaban mesas fuera de las bajeras y chamizos, preparándose para almorzar. El olor de la chistorra y los huevos fritos que empezaban a servir en los bares le hizo arrepentirse de haber desayunado copos de avena.

A pesar de que su destino no estaba muy lejos del centro, el movimiento de gente hizo que el camino le tomara más tiempo de lo habitual. Cuando por fin llegó al Portal de Francia o Zumalacárregui, la única puerta de la antigua muralla que conservaba su emplazamiento original, continuó caminando hasta atravesar un segundo portón de piedra y cruzó el puente levadizo de madera que todavía funcionaba y por el que solían entrar los Reyes Magos a la ciudad durante la cabalgata del 5 de enero. Tras el puente, avanzó por un camino asfaltado que, entre las murallas, descendía hasta una zona de césped y vegetación junto al río Arga. Allí, varios vehículos de la Policía Foral, una ambulancia y dos coches de la Municipal impedían

el paso.

Según le había informado el comisario hacía ya una media hora, habían encontrado el cuerpo de una mujer joven, y todo apuntaba a un posible homicidio. Aquello era terrible en cualquier circunstancia, pero un 6 de julio y, encima, en Pamplona se convertía en una bomba de relojería: un imán para los medios, un arma arrojadiza política y una amenaza a la seguridad de miles de visitantes. En resumen, un marrón tremendo.

Gabriel Palacios no llevaba ni un año como inspector en la Foral, pero sumaba ya una década en el cuerpo, en el que había ingresado con apenas veintidós. Aquel era su primer San Fermín y, aunque sabía que solían ser unos días de mucho trabajo para todos, no había contado con tener que enfrentarse a un caso semejante. Le habría gustado poder darse un respiro: hacer los turnos que le tocaran, gestionar robos y denuncias, tener un rato libre para tomarse un vino con los amigos... Pero, por algún motivo, la vida se empeñaba en no darle la más mínima tregua. Los últimos doce meses habían puesto a prueba su capacidad profesional y su fortaleza mental en varias ocasiones, y aún se estaba recuperando anímicamente de su último caso importante.

Cuando llegó a la zona acordonada, localizó primero al juez Bernal, que estaba de pie a una distancia prudencial de lo que parecía la escena del crimen y se balanceaba de un lado a otro, nervioso, mientras hablaba con Idoia Olarra, inspectora de la Policía Científica. Se fijó en que Bernal había cambiado su habitual atuendo de traje o camisa por un polo blanco con un escudo de Navarra en el pecho, unos pantalones del mismo color, unas deportivas impolutas y un pañuelo rojo atado al cuello.

—Todavía no son las doce, Bernal —indicó Gabriel cuando llegó a su altura.

La tradición local de las fiestas dictaba que el *pañuelico* rojo debía colocarse en el cuello tras el chupinazo, a las doce del mediodía.

—¡Hoy necesito a san Fermín desde ya mismo! —exclamó el juez—. Esto es un desastre. Me ha llamado el alcalde. ¿Sabes la que se va a liar de un momento a otro? No quiero ni pensarlo: la prensa se va a poner las botas. Nos pasamos meses preparando un operativo de seguridad con los diferentes cuerpos policiales, asegurándonos de que esto sea más seguro que un convento, ¿y para qué? ¡Si hasta vigilamos las alcantarillas! Pero nada, el día del chupinazo, ¡pum!, un asesinato.

—El comisario tampoco estaba muy contento. Por desgracia, estas cosas pasan siempre en el peor momento. Ahora lo importante es identificar a la víctima, contactar con la familia e intentar coger al culpable cuanto antes. Es lo único que se puede hacer.

—¡Pues hazlo bien y, a ser posible, rápido! Porque nos estamos

jugando el cuello.

Gabriel se mordió la lengua para no responderle que sabía perfectamente lo que estaba en juego. Por azar del destino, ejercía desde hacía unas semanas como jefe temporal del grupo de homicidios debido a la baja de su superior y el comisario le había dejado muy claro que aquel caso era su máxima prioridad, que debía vivir por y para él.

—Todos estamos haciendo lo que podemos —intervino la inspectora Olarra.

—Me temo que vais a tener que hacer más que eso —respondió Bernal.

—¿Ha terminado ya tu equipo? —le preguntó Gabriel a Olarra, ignorando el comentario del juez.

—No creo que les quede mucho, aunque ya te adelanto que no parece que hayamos encontrado nada relevante.

Gabriel asintió mientras inspeccionaba el terreno. Estaban a un lado del camino, cerca del cauce del río. Junto a ellos había una pequeña arboleda y un muro cubierto de zarzas. Los técnicos de la Científica iban y venían entre los matorrales tratando de no pincharse.

—¡Me cago en san Dios! —protestó uno de ellos al tiempo que se desenganchaba el pantalón de una zarza.

—¡Eh, tú! No escupas tan alto, que todo lo que sube baja —le advirtió Bernal, ofendido.

—¿Ha llegado ya el forense? —preguntó Gabriel.

—Sí, por lo visto es un chaval nuevo, bastante joven. La verdad, si queréis saber mi opinión, no me da mucha confianza... —respondió Bernal.

—Estupendo, entonces voy para allá —dijo Gabriel, interrumpiendo las quejas de Bernal, que veía la juventud como una especie de enfermedad.

Cuando se dirigía al lugar donde habían encontrado a la chica, vio aparecer al agente Javier Eraso, quien cubría la baja de maternidad de la compañera habitual de Gabriel. Rondaba los cuarenta y, aunque no era demasiado hablador, era organizado y eficiente, cualidades que Gabriel, maniático del orden y muy disciplinado, valoraba mucho.

—Buenos días, Palacios. ¿Aguantando el chaparrón? —saludó.

—Como el juez siga así, puede que tengamos otro asesinato pronto: la inspectora Olarra, en el parque, con la pistola.

Eraso sonrió y consultó las notas que había tomado en una pequeña libreta. Al contrario que Gabriel y Bernal, no iba de blanco, sino con el uniforme rojo y gris de la Foral.

—Espero que no tuvieras muchos planes hoy, porque se nos han jodido —comentó.

—No demasiados, me agobia el jaleo de estos días.

—Ya somos dos, no le tengo ningún cariño a San Fermín. Aunque preferiría estar comiendo huevos con chistorra a estar aquí, la verdad.

—¿Qué me puedes contar de la chica? ¿Algún testigo? —preguntó Gabriel.

—Al parecer el cuerpo lo encontró una señora que paseaba al perro, dio el aviso y los primeros en presentarse fueron una patrulla de la Municipal y los del SAMU, que intentaron reanimarla pero no pudieron hacer nada más que certificar la muerte. Tienes a los municipales allí, por si quieres hablar con ellos. La mujer ya ha declarado y les hemos tomado los datos a ella y a un par de personas más que también se acercaron. Pero nadie vio nada —explicó Eraso con diligencia.

—¿Conoces al forense?

—Lleva poco más de un mes, sustituye a Eguiguren, que se ha jubilado. No habíamos coincidido con él antes.

—Bueno, pues me temo que ya va siendo hora.

La joven estaba tendida boca arriba en el suelo, en una zona algo inclinada entre la maleza. Tenía los ojos abiertos, el rostro ligeramente azulado, y el pelo, castaño, recogido en una coleta enredada y llena de hojarasca. Vestía ropa de deporte: unos *leggings* azules y una camiseta de tirantes a juego. En el brazo llevaba un soporte de plástico en el que habían encontrado un teléfono móvil. Además, la Brigada Criminalística les había informado de que habían recogido un par de auriculares inalámbricos del suelo. Gabriel, Eraso y Bernal contemplaban con atención la escena mientras el forense, Julián Lasarte, que no debía de pasar de los treinta y pocos, examinaba el cuerpo.

—¿Cuánto tiempo crees que lleva muerta? —preguntó Bernal sin muchos preámbulos.

—Eh... Bueno. —Julián se rascó el pelo rubio—. Acabo de tomar la temperatura por vía rectal, ya saben que el cuerpo se va enfriando según pasan las horas, alrededor de un grado por hora en condiciones normales. El caso es que, basándome en los resultados, diría que murió sobre las seis de la mañana. Además, la rigidez apenas empieza a aparecer en la mandíbula, y las livideces en la zona dorsal no se han fijado todavía.

—Por la ropa, parece que había salido a correr. Si el móvil que llevaba en el brazo es suyo, deberíamos identificarla pronto —comentó Gabriel.

—Pero ¿qué le ha pasado? Yo no veo ninguna herida —dijo Bernal.

—Bueno, creo que vamos a tener que esperar a la autopsia. Pero estoy observando algunas lesiones. Si se fijan —dijo apuntando con los dedos índice y corazón al rostro de la víctima—, hay cierta coloración

cianótica en la cara y, aunque no las vean, leves hemorragias petequiales en el interior de los párpados; también se advierte una ligera equimosis en la parte anterior del cuello...

—Por favor, Lasarte, en cristiano —interrumpió el juez.

Julián cogió aire y se colocó las gafas de pasta con la mano enguantada.

—Tendré que confirmarlo en la autopsia, pero son lesiones compatibles con la muerte por asfixia.

—O sea, ¿que la han estrangulado? —insistió Bernal.

—Los diagnósticos de asfixia a veces son complicados, y, en este caso, prácticamente descartaría la estrangulación a lazo o con las manos, porque no hay marcas en el cuello. Tampoco parece, dadas las circunstancias, que se trate de una sofocación por bolsa de plástico ni nada similar. Habrá que comprobar si hay hemorragias internas o si se ha visto afectado el esqueleto laríngeo...

—Muy bien, pues, si no vas a decirnos nada más, no sé qué haces aquí. Deberías estar ya de camino al Instituto de Medicina Legal —bufó el juez.

Gabriel sintió compasión por Lasarte, que abrió mucho los ojos pero permaneció en silencio. En circunstancias normales, el juez Bernal solía ser bastante más educado, abusaba del sarcasmo y le gustaba protestar, pero no era un ogro.

—Creo que estamos todos muy nerviosos —intervino Gabriel—. Es importante que nos centremos en las preguntas que somos capaces de responder ahora. Por ejemplo, ¿dónde murió? Todo apunta a que salió a correr y alguien la interceptó, la trajo entre los árboles y la mató. Además, sería complicado cargar con un cuerpo hasta aquí sin que nadie viera nada.

El forense asintió, aliviado por el cambio de conversación.

—Es lo más probable, no hay señales de que movieran el cuerpo, los del SAMU apenas lo desplazaron. A simple vista no hay heridas defensivas, tal vez la sorprendieran por detrás.

—Quizá conocía a su agresor —aventuró Eraso.

—Es posible... Espero que no tarden mucho en desbloquear el móvil. Cuanto antes la identifiquemos, antes podremos avanzar.

—Perfecto. Me alegro de que todos sepáis lo que tenéis que hacer —celebró Bernal mientras se enderezaba el pañuelo rojo—. Ahora, a trabajar. ¡Y con alegría, coño, que es San Fermín!

2

Sunday Bloody Sunday

6 de julio, 10.05 h

—¡Anne! ¡Te están llamando!

El sonido de la voz de Paloma, seguido de un ladrido de Dalí, me sacó bruscamente de un agradable sueño que ya nunca sería capaz de recordar. Abrí los ojos con dificultad y conseguí distinguir la silueta de Paloma en la puerta de mi habitación; en la mano sujetaba algo brillante que identifiqué como mi móvil.

—¿Qué hora es? —pregunté con voz pastosa.

—Las diez, creo. Te dejaste el móvil en mi habitación y ha empezado a vibrar en la mesilla —respondió arrojando el aparato a la cama.

—Qué raro... ¿Quién me llama un domingo a estas horas?

Palpé el edredón con la mano hasta dar con el teléfono y, al desbloquearlo, vi que tenía dos llamadas perdidas de Fernando Barrena. Paloma se dejó caer a mi lado, y Dalí subió de un salto tras ella y se acurrucó entre las dos.

—Y bien, ¿quién es? Si es tu madre desde Perú, le voy a decir un par de cosas...

—Es mi jefe, el director del periódico —respondí extrañada.

Paloma se apoyó sobre un brazo mientras se peinaba con los dedos la media melena de color platino.

—¿Te toca guardia este finde?

—No. Qué raro... Se supone que no trabajo hasta mañana. A lo mejor ha pasado algo.

Me froté un ojo para quitarme una legaña y me levanté a duras penas. Paloma protestó cuando subí la persiana y el sol radiante de principios de julio inundó la habitación. Habíamos pasado el sábado juntas: la mayor parte del día remojándonos en la piscina y jugando a la brisca en el patio trasero, hasta que nos habíamos visto obligadas a hacer una excursión nocturna a la pizzería del pueblo para comprar algo de cena. Después habíamos empalmado varias películas hasta altas horas de la madrugada y, como ya era costumbre, Paloma se había quedado a dormir en una de las múltiples habitaciones de invitados.

Desde que trabajaba en *La Crónica de Navarra*, me pasaba la mayor parte del tiempo en Pamplona, donde Gabriel y yo habíamos alquilado un piso, pero los fines de semana o los días que podía teletrabajar no perdía la oportunidad de ir a la vieja casa indiana de mi abuela en el pueblo. Me gustaba el aire del campo, el silencio de la mansión, visitar la bodega de Abel, comer tortilla en los bares de la plaza o pasear con Dalí, mi *border collie*, recorriendo la orilla del Ebro al atardecer. Gabriel me acompañaba muchas veces, pero otras, como ese fin de semana, se quedaba trabajando en la ciudad.

—Lo menos que puedes hacer es darme de desayunar —gruñó Paloma bajo el edredón.

La ignoré y me dispuse a devolverle la llamada a mi jefe mientras me sentaba en la silla tapizada de flores rosas que había junto al ventanal. Carraspeé antes de saludar.

—Buenos días, Fernando, acabo de ver tu llamada.

—¡Ah, Anne! Sí, perdona que te llame un domingo, pero es que ha surgido una noticia de última hora bastante importante y como tú has estado llevando Sucesos estas últimas semanas... ¿Crees que podrías acercarte a la redacción? Con todo el jaleo de San Fermín, andamos cortos de personal.

Si hubiera tenido opción, habría contestado que no tenía ningunas ganas de ir a Pamplona en pleno follón del chupinazo. Pero había sido la última en entrar en el periódico, así que aún no tenía ni voz ni voto. Era a mí —o en su defecto a algún becario, el último eslabón de la cadena alimentaria de la empresa— a quien le tocaba encargarse de situaciones como aquella. Por supuesto, no tendría vacaciones en San Fermín y, mientras muchos compañeros aprovecharían para huir de la ciudad en fiestas, la plantilla de recién graduados en prácticas y yo nos pasaríamos la semana entrevistando a guiris borrachos y grupos de jotas locales.

—Claro, sin problema —accedí con mi voz más dulce—. Estoy en mi pueblo, necesito un rato para recoger las cosas y cambiarme, pero salgo para allá lo más rápido posible.

—¡Genial! No te preocupes, te lo agradezco muchísimo, Anne.

—¿Puedo preguntar qué ha pasado?

—Han encontrado un cuerpo, una chica joven cerca del Portal de Francia, no tenemos mucho más por ahora. En cuanto llegues te pongo al día.

—¿Un asesinato? —pregunté.

Sin embargo, la única respuesta que obtuve fue el pitido que indicaba que Fernando ya había colgado.

—¿Han matado a alguien? —preguntó a su vez Paloma, que había sacado la cabeza de debajo del edredón.

—Eso parece...

—¡Y aún no han lanzado el chupinazo! Menuda semana te espera. ¿No sabes nada de Gabriel? Porque, si le toca llevar el caso, estará todavía más jodido que tú, que no anda para muchos sobresaltos...

Paloma tenía razón, el último año había sido difícil para los dos. Todo había empezado con mi regreso al pueblo el verano anterior para asistir a un festival de música. A partir de ahí, los acontecimientos se habían sucedido muy rápido: la decisión de dejar mi minúsculo apartamento en Madrid para quedarme a vivir en Navarra, los casos que destaparon los secretos más oscuros de algunos habitantes del pueblo y que se cruzaron en la vida de nuestras familias, las idas y venidas en mi relación con Gabriel... Parecía muy lejano ahora, pero el recuerdo de ciertas escenas permanecía muy vívido en mi mente y me atormentaba en cuanto bajaba la guardia.

Gabriel no había salido mucho mejor parado: el caso con el que había lidiado apenas unos meses atrás le había dejado cicatrices que iban a tardar mucho tiempo en curarse. Sin embargo, habíamos conseguido alcanzar una paz relativa: vivíamos juntos, pedíamos comida china los domingos e íbamos al cine a ver películas sobre las que nunca nos poníamos de acuerdo. Vivíamos felices en la rutina, en la tranquilidad de lo predecible. Además, para evitar posibles conflictos de intereses, habíamos acordado no hablar —más allá de lo básico— sobre los casos en los que él trabajaba como inspector o yo como periodista. Un pacto que hasta ahora parecía funcionar. También era cierto que yo me había dedicado a cubrir robos en supermercados, el rescate de un gato que se había quedado atrapado en un árbol, accidentes de tráfico y la agresión de una señora a otra con un paraguas. Me preocupaba el impacto que un suceso como aquel pudiera tener en Gabriel y en nuestra relación.

—No, no sé nada de él —contesté a Paloma—, no me ha mandado ningún mensaje. Pero imagino que estará liado, le avisaré de que voy para el piso.

—Mejor, no queremos que se asuste al entrar: tiene una pistola.

—Eres la reina de la comedia —dije con resignación.

Mientras me duchaba, Paloma se quedó a cargo del desayuno, que acabó siendo una combinación terrible de café soluble, tostadas y huevos con la yema demasiado cuajada. No me quejé, pero en silencio eché de menos a Gabriel, su café *premium* y sus tortitas de avena. Era curioso lo rápido que me había adaptado a él, cómo sus pequeñas manías se habían integrado de manera silenciosa en mi forma de ver la vida, las cosas que había aprendido a su lado en aquel cursillo avanzado que era la convivencia. Cuando nos alejábamos, de repente me daba cuenta de lo desordenados que estaban mis cajones, de que me costaba dormir sin escuchar su respiración pausada, de que me faltaba el olor de su pelo en la almohada.

—Lo mejor es que no te lleves a Dalí, tendrías que pasar por casa y se quedaría solo. A mí no me importa cuidarle hasta esta tarde; total, Abel y yo llegaremos sobre las ocho o así —propuso Paloma mientras partía uno de aquellos huevos fritos que parecían de goma.

—No es mala idea, aunque no sé si voy a tener muchas ganas de salir esta noche, no contaba con tener que ir ahora a la redacción.

—¡Hace muchísimos años que no vienes a San Fermín! Así que ni se te ocurra pensarlo, hay que tomar algo y bailar un rato.

—Ya lo sé, pero no me apetece ir a trabajar con resaca mañana —protesté.

—¿Es que existe alguna otra forma de ir a trabajar en San Fermín? —respondió con la boca llena.

Paloma se había cogido la semana de vacaciones en la clínica veterinaria del pueblo para irse con Abel al piso que este tenía en Pamplona. Abel, por su parte, era el dueño de la bodega familiar, así que trabajaba como y cuando quería sin darle muchas explicaciones a nadie.

—Si no vienes no te devuelvo al perro —insistió.

Acabé cediendo a su chantaje, como tantas veces. Desde pequeña, su delgadísimo cuerpo siempre había albergado una energía incombustible. Abel y yo habíamos comprendido pronto que lo más fácil era rendirse y no llevarle la contraria, la batalla resultaba demasiado agotadora. Agachábamos la cabeza y aceptábamos su tiranía; sucumbíamos a la mezcla explosiva de autoridad y encanto. No replicábamos cuando nos gritaba o nos atravesaba con aquella mirada de ojos casi transparentes.

—Echa la llave antes de irte —le recordé, y cogí el bolso, la maleta de mano y el ordenador portátil para salir hacia Pamplona.

—Nadie robaría en esta casa, todo el mundo piensa que está encantada.

—Sólo *tú* lo piensas —puntualicé.

—¡Y tu abuela! Además, a veces oigo cosas.

—Espera, ¿cómo que oyes...?

—Nos vemos esta noche. ¡Adiós! —respondió, cerrándome la puerta en las narices.

No me tomé la molestia de volver a llamar, prefería no saber si lo decía en serio o estaba tomándome el pelo. Con los años había aprendido a valorar la felicidad que da la ignorancia. Me subí al coche y puse rumbo a Pamplona.

Por suerte, el viaje no llegaba a los cincuenta minutos de conducción bastante cómoda. Intenté despejar la mente escuchando un pódcast sobre asesinatos sin resolver. Pero, a pesar de que la música tenebrosa y las descripciones del escenario del crimen me mantenían entretenida, en el fondo no podía dejar de pensar en

Gabriel. Le había mandado un mensaje para avisarle de que iba de camino a casa, pero no había contestado. Me preocupaba que le hubiera tocado hacerse cargo del caso de la chica del Portal de Francia —con toda la presión que conllevaba— y que fuera demasiado para él. Claro que tampoco ayudaba que mi jefe me hubiera pedido que me encargara de cubrir el tema. Traté de concentrarme en la voz del narrador, que ahora enumeraba una a una las mutilaciones que había sufrido un pobre tipo ajusticiado por la mafia, cogí aire e intenté no dramatizar. Lo más probable era que todo se resolviera pronto sin mayor impacto en nuestras vidas. El móvil se iluminó brevemente en el salpicadero: mensaje de Gabriel.

Suspiré aliviada y entré en una Pamplona que contenía el aliento los últimos minutos antes de que comenzaran las que muchos definían como las mejores fiestas del mundo.

3

Chica nueva en la oficina

6 de julio, 12.00 h

—Pamploneses, pamplonesas, ¡viva San Fermín! —clamó el capitán de Osasuna desde el balcón consistorial.

—¡Viva! —respondió al unísono una multitud que se movía como un único ente.

La cámara cambió de ángulo y mostró un plano aéreo de la plaza del Ayuntamiento, donde se habían concentrado miles de personas vestidas de blanco que sostenían el pañuelo rojo en el aire, esperando a que lanzaran el cohete que marcaba el comienzo de la fiesta mayor, para atárselo al cuello. Aquel año era Osasuna, el equipo de fútbol navarro, el encargado de lanzar el famoso chupinazo. En los balcones de los edificios cercanos y los del propio Ayuntamiento, no quedaba ni un hueco libre.

—*Iruindarrak, gora San Fermín*! —repitió en euskera el capitán, un chaval tatuado y con barba cuyo nombre yo desconocía.

—*Gora!* —bramó la masa de gente.

Y sin muchos más miramientos, a las doce en punto del mediodía, prendieron la mecha del cohete, que salió despedido hacia el cielo, y, con un estallido, inauguró los sanfermines. En la redacción se oyeron unos tímidos aplausos. Fernando Barrena, el director del periódico, había decidido reunir a los pocos desgraciados que estábamos trabajando aquel domingo en la sala común y poner en la pantalla de un ordenador la retransmisión del chupinazo en directo. Algunos íbamos de blanco; otros, no. Un becario se frotaba las sienes mientras se tomaba un ibuprofeno con disimulo. Me sentí como si estuviera en una de las fiestas que organizaban en la serie americana *The Office*.

Entretanto, desde el balcón del Ayuntamiento caía confeti rojo y blanco, y la gente congregada en la plaza no paraba de saltar, lo cual tenía sentido, pues estaban tan apretados que la única forma de movimiento posible era en vertical.

Yo saqué del bolso un pañuelo rojo con el escudo del pueblo y me lo até al cuello. Fernando, en un acto de derroche inusual en la empresa, abrió una botella de sidra de marca blanca y nos sirvió a todos en los vasos de papel reciclado —un pequeño logro para el medioambiente—

que utilizábamos para el café. Para rematar el menú, en la mesa habían colocado cuatro platos de plástico con salchichón de paquete y unas cuñas esmirriadas de queso. Un banquete digno del senescal de Gondor.

Mientras le daba un sorbo a mi sidra, en la pantalla sonaban más cohetes, gritos y cánticos.

—Ahora tocarán la Biribilketa de Gainza —comentó Fernando emocionado.

—¿La qué? —pregunté yo con curiosidad.

—Es la primera melodía que suena después del chupinazo, la tocan la banda de la Pamplonesa y los *txistularis* —explicó complacido.

Hacía muchos años que yo no visitaba Pamplona en aquellas fechas, así que estaba un poco oxidada respecto a los actos de San Fermín.

—Después los *txistularis* tocan el *Agur jaunak* y más tarde, es el turno de los gaiteros —continuó Fernando.

Me vino a la mente la típica imagen que tantas veces había visto de los gaiteros en el centro de la plaza, escoltados por la Policía Municipal, cuyos agentes ejercían cada año de escudo humano entre los músicos y la marabunta blanca y roja. Intenté acordarme de las canciones que tocaban, pero sólo conseguí recordar que en una de ellas decían algo así como que si no tenías dinero no te quería nadie.

—Pero, bueno, este año nos toca trabajar —dijo Fernando—. Voy para mi despacho, cuando te termines eso ven a verme —me indicó.

Miré con tristeza el montadito de salchichón que me había preparado —nunca rechaces la comida gratis, sea cual sea su calidad — y me lo acabé de un bocado.

Antes de acudir a la reunión, engullí un par de trozos de queso más y pasé por mi mesa. Sólo llevaba unas semanas en la redacción, así que mi escritorio estaba vacío a excepción de un cactus que tenía los días contados, unas cuantas carpetas, una botella de agua de metal y una carta guardada en el primer cajón del archivador. El sobre había aparecido en el buzón de la casa del pueblo un par de meses atrás. Y desde entonces, no había dejado de pensar en él, pero aún no había sido capaz de tomar una decisión sobre su contenido.

Tiré el vaso de sidra a la papelera, cogí un cuaderno y fui al encuentro del director. Junto al del editor jefe, el suyo era de los pocos despachos que había en la redacción. El resto nos sentábamos en una sala diáfana de un modo bastante anárquico. El despacho de Fernando era casi tan austero en decoración como mi mesa: una foto con su mujer y su hija era la única concesión a lo personal. En una pequeña estantería tras el escritorio, había una botella de Chivas, y en la pared colgaban algunas portadas del periódico enmarcadas y una bufanda firmada de Osasuna. En la salita, estaba también sentada Julia González, una de las becarias.

—¡Vaya día! —exclamó Fernando desde su silla negra de cuero—. Bien, Anne, Julia ha sido la encargada de redactar la primera nota. Por ahora, la información oficial se reduce a unos pocos datos: tenemos el cadáver de una mujer joven que han encontrado cerca del Portal de Francia, en el parque junto al Arga. Lo de siempre: no se descarta ninguna hipótesis. Aunque, *off the record*, tengo mis contactos en la Foral y todo indica que ha sido un asesinato. Todavía no es público pero, bueno, ya sabéis, usaremos un «todo apunta a que no se trata de una muerte accidental».

Le escuché con atención mientras tomaba algunas notas. No es que me hubiera dicho gran cosa, pero por lo menos me hacía parecer profesional. Añadí el dibujo de una manzana con bigote para disimular.

—Julia se ha acercado al escenario en cuanto nos hemos enterado, pero no ha sacado nada interesante —continuó Fernando—. Me imagino que ahora mismo el cuerpo estará en el Instituto de Medicina Legal, así que es probable que hoy confirmen la causa de la muerte, hay mucha expectación. Como ya sabéis, María Pérez, que es quien se encarga normalmente de los Sucesos, está de vacaciones. Sin embargo, tú has estado trabajando con ella desde que entraste, Anne, y creo que este puede ser un buen momento para que cojas las riendas y aprendas. Julia te ayudará.

—Muchas gracias, Fernando.

—Yo que tú no me daría las gracias tan rápido, vas a tener mucho trabajo. Estoy en contacto con mi fuente dentro de la Foral; en cuanto tengamos la identidad de la chica, os quiero en marcha. Estad atentas ante cualquier novedad, no podemos perdernos nada. Vigilad Twitter, hablad con conocidos... Buscad cualquier cosa que sea útil. Esto va a ser el tema de conversación en todas partes los próximos días. Y tenemos que ser los primeros en darle a la gente lo que quiere saber.

Fernando Barrena no era santo de mi devoción. No es que fuera un tipo desagradable; de hecho, era muy educado y no solía perder los nervios ni levantarle la voz a nadie. Tenía carisma, una sonrisa bonita y cierto aire elegante: siempre de traje, pasaba los sesenta, alto, con buen pelo y de hombros anchos. Inspiraba confianza a la par que respeto. Pero tenía un problema, uno grande y difícil de ignorar: quería el alma de sus trabajadores. Era un tiburón: para él la información primaba por encima de —casi— todo. Y eso implicaba, en muchas ocasiones, dejar a un lado la ética profesional. No permitía medias tintas, lo quería todo y lo quería ya. No le interesaban los enfoques sociales o humanos, sólo la emoción barata y la lágrima fácil, las imágenes que pudieran conmover al lector, el morbo de las historias. Las manchas de sangre en el suelo. El sensacionalismo puro y duro.

La Crónica de Navarra era uno de los diarios más importantes de la comunidad, un periódico tradicional que mantenía la tirada impresa, el que leía la gente mientras tomaba un café y un *pintxo* en el bar. A pesar de eso, no permanecía —ni mucho menos— ajeno a la crisis que vivía el periodismo. Sería muy fácil echar la culpa de todo a Fernando y a su tendencia al amarillismo, pero lo cierto era que el formato de periódico físico tenía los años contados, estaba desfasado como medio de actualidad. La batalla se libraba en el mundo digital: en las redes sociales, intentando ser los primeros en informar, dando titulares tendenciosos que incitaran a visitar la web del periódico. El modelo estaba cambiando y, mientras los profesionales y parte de los lectores demandaban un periodismo más reposado, más reportajes y análisis en profundidad, la industria se volvía cada vez más rápida y despiadada, y las *fake news* estaban a la orden del día. En medio de aquella urgencia que parecía impregnarlo todo, los modelos de suscripción, que proponían una alternativa a la publicidad, suponían un rayo de esperanza. Sin embargo, todavía estaban muy lejos de conseguir una transformación definitiva.

Después de la reunión, regresé a mi mesa y me dispuse a leer toda la información disponible sobre el caso. Aunque, de hecho, yo estaba al tanto de un detalle que Fernando no conocía: Gabriel estaba implicado en la investigación. Me lo había confirmado en el mensaje que había recibido poco antes de llegar a la ciudad. No le había hecho más preguntas, ni él me había dado más datos, formaba parte de nuestro pacto. Procuraba no hablar demasiado de mi vida privada en la redacción y, si alguien se interesaba por el tema, nunca especificaba a qué se dedicaba Gabriel. Tarde o temprano, el pastel se acabaría descubriendo, porque Pamplona era muy pequeña, y las noticias, aunque no llegaban a la velocidad de transmisión del pueblo, volaban. Intentaría mantenerlo en secreto todo el tiempo posible, de lo contrario estaba segura de que Fernando me presionaría para conseguir exclusivas a través de Gabriel.

Mientras me ponía al día sobre lo que se había publicado acerca del asesinato en las páginas de otros periódicos, abrí el cajón del archivador para coger un bolígrafo nuevo; el que había usado en el despacho de Fernando se estaba quedando sin tinta. Y entonces la vi. Allí estaba. Había llegado a la casa del pueblo el mismo día que empecé a trabajar en el periódico. Un sobre blanco a mi nombre, sin remite. Recordaba haber sentido un escalofrío. Dentro, una carta escrita a mano, con la letra apretada, algún tachón a la vista. Una carta dirigida a mí en la que me informaba de que él había regresado a Pamplona. Me decía que quería verme, aunque no se disculpaba demasiado por su ausencia todos esos años. No era una carta sentimental, ni había concesiones dramáticas. Era una nota más bien

informativa, directa, con un número de contacto al final.

Durante días estuve pensando qué hacer; me hice tantas preguntas que no conseguía dormir. Gabriel, con su estoicismo habitual, me decía que la decisión era mía, no quería meterse en medio. Paloma, que debía hablar con él. Y al final decidí esperar hasta tenerlo todo más claro. El sobre permanecía allí oculto para todos, para mi madre, para mi abuela, abandonado en el primer cajón del espantoso mueble de metal de mi escritorio. Los días fueron pasando y encontré excusas para no llamar, para no mandar un mensaje. Relegué el tema a un rincón de mi cabeza donde no molestara demasiado. Y, sin embargo, sabía que aquel dique de contención que había construido se acabaría rompiendo en algún momento. A veces me cruzaba con hombres que podrían tener su misma edad y los miraba con disimulo. «¿Y si fuera él?», «¿me reconocería?», me preguntaba. Otras veces cogía el teléfono decidida a poner fin a aquella situación, aunque nunca llegaba a marcar. El tiempo pasaba y sabía que tenía que tomar una decisión: ¿quería o no conocer a mi padre?

4

Polvo somos

6 de julio, 14.30 h

—Como he comentado esta mañana, las muertes por asfixia pueden ser difíciles de confirmar —dijo Lasarte mientras se quitaba los guantes azules de látex y los tiraba a la papelera.

Gabriel estaba de pie junto a la puerta de la sala de autopsias, a cierta distancia de la camilla metálica donde reposaba el cuerpo de la joven a la que habían identificado hacía apenas unas horas como Natalia Romero. El proceso había sido más rápido de lo esperado, porque dentro de la funda deportiva que llevaba en el brazo, además del móvil, habían encontrado una tarjeta de transporte con su nombre y apellidos. Mientras Eraso se encargaba de contactar con los familiares de la víctima, Gabriel había acompañado al nuevo forense en la autopsia. Julián Lasarte parecía un tipo muy profesional y era extremadamente amable y educado, cosa que a él, acostumbrado a la mirada huraña y las frases cortantes de Urriza, la médico forense con la que solía trabajar en muchos de sus casos, se le hacía extraña. Le costaba asimilar que ella, con aquella dedicación casi enfermiza al trabajo, estuviera de vacaciones con su familia. En ocasiones se le olvidaba que fuera de allí todos tenían una vida, que todos querían a alguien, veían películas, hacían el amor y se iban a la playa en verano.

—Verás, las huellas que dejan este tipo de homicidios suelen ser sutiles —continuó hablando Lasarte—. Pero en el examen interno he encontrado, entre otras cosas, enarenado hemorrágico en el cerebro y equimosis puntiformes subpleurales y subpericárdicas. También hay una luxación en los cartílagos corniculados o de Santorini. En resumen, podemos concluir que la causa de la muerte es la asfixia mecánica. Lo más probable es que fuera una estrangulación antebraquial posterior.

—Es decir, que el agresor la sorprendió por detrás y la estranguló presionando el cuello con el antebrazo —apuntó Gabriel.

—Diría que sí. Por eso no hay marcas de presión: no utilizó las manos ni una cuerda.

—Y eso también explicaría por qué tampoco hemos encontrado heridas defensivas. Imagino que no le dio tiempo a reaccionar. Quizá

el asesino fuera alguien conocido, ella se detuvo y él aprovechó la oportunidad para inmovilizarla.

—Me temo que eso ya no me corresponde a mí. Lo mío son los muertos, con los vivos no me entiendo tan bien —respondió Lasarte con una sonrisa—. Pero lo más probable es que el asesino fuera un hombre. Hace falta bastante fuerza para ejercer esa presión con el brazo y lograr inmovilizar a la víctima.

Gabriel volvió a dirigir la mirada a la camilla. Asistir a las autopsias no era una de las actividades que más disfrutaba dentro de su trabajo. Con los años había desarrollado cierta indiferencia ante la escena de un crimen. Se había acostumbrado a tolerar la visión de la sangre o el hedor de los cuerpos en descomposición. Pocas cosas conseguían sorprenderle, sacarle de aquel estado de frialdad extrema que ejercía de escudo y le permitía mantener la cordura e incluso el sentido del humor. Pero la sala de autopsias era diferente. La forma en la que se desmontaba el cuerpo humano con absoluta precisión le recordaba a una carnicería: los individuos quedaban reducidos a una montaña de carne y vísceras que se colocaban sobre una balanza. El trabajo de los forenses le inquietaba y le fascinaba por igual. Era como un accidente de tren: una imagen que, pese a ser terrible, resultaba imposible dejar de mirar.

Mientras Lasarte separaba la piel del cráneo de Natalia, serraba las costillas, extraía el estómago y diseccionaba el cuello y los pulmones, Gabriel se preguntaba si realmente existía un alma que abandonara el cuerpo, que otorgara la vida a todo aquel montón de órganos sanguinolentos. Y, de ser así, ¿adónde iba a parar cuando llegaba la muerte?

Prefería el trabajo de campo, donde se sentía útil de verdad y el tiempo para las reflexiones metafísicas escaseaba. Aunque la parte que le había tocado a su compañero Eraso tampoco era de las más gratificantes. Había que pedirles a los padres de la víctima, Natalia, que más tarde identificaran el cadáver. Y si bien ver un cuerpo abierto no era para todos los gustos, ver cómo a unos padres se les quebraba el alma era aún peor.

La rotura de huesos y tendones frente al desgarro emocional.

—Muchas gracias por todo, doctor —comentó a Lasarte antes de abandonar la sala.

—Un placer, inspector Palacios. Una cosa... antes de que se vaya. ¿Cree que podría decirle al juez Bernal que he realizado un buen trabajo?

A pesar de que las circunstancias no invitaban a la comedia —el cadáver aún sin suturar, la estancia fría y con escasa iluminación natural—, la petición de Lasarte y su cara de absoluta preocupación hicieron que Gabriel estuviera a punto de soltar una carcajada.

—No te preocupes, Bernal ladra mucho pero no muerde. Le has pillado en un mal día. Este caso nos tiene a todos muy alterados. Son unas fechas delicadas —respondió, intentando mantenerse serio.

—Entonces ¿suele ser más simpático? —preguntó Lasarte esperanzado.

—Quizá no sea esa la palabra que utilizaría, pero, bueno, dejémoslo en que no es mal tipo.

Cuando salió del edificio, Gabriel respiró profundamente el aire fresco del exterior y dio gracias porque sus pulmones permanecieran dentro de su pecho. Estaba a punto de contactar con Eraso para saber cómo le había ido con la familia de Natalia, cuando vio aparecer por la puerta una silueta bajita y rechoncha que le resultó familiar.

—¡Palacios! —saludó casi gritando el subinspector Javier Mendive, su antiguo compañero en la comisaría de Estella.

Gabriel sonrió ante aquella agradable sorpresa. En el tiempo que habían trabajado juntos, habían forjado una gran amistad. Mendive se acercó limpiándose el sudor de la frente con la manga del uniforme. En una mano llevaba la gorra, y en el cuello, un pañuelo rojo.

—No sabía que estabas en Pamplona, o al menos no trabajando —comentó Gabriel.

—¡Créeme, preferiría no estarlo! Este año no he podido cogerme vacaciones en San Fermín. Te preguntaría por qué estás aquí, pero me lo imagino.

—Imaginas bien. Está siendo un día larguísimo, y aún no son... ni las tres de la tarde. —Gabriel miró el reloj que llevaba en la muñeca.

—El mío tampoco está siendo un paseo por el campo, si te sirve de consuelo. Salgo de ver a un tipo achicharrado por completo, un pobre hombre que vivía en una casa abandonada que había ocupado en Viana. Se ha quedado como una brocheta que te dejas demasiado tiempo en la barbacoa.

—¿Viana? No está muy lejos de mi pueblo.

—Sí, y es competencia de la comisaría de Estella. Es decir que, para mi desgracia, me lo como yo. Además, con las fiestas, todo el mundo está hasta arriba en Pamplona.

—Supongo que ahora me echarás de menos —bromeó Gabriel.

—En absoluto, disfruto mucho desayunando tres bocatas de chistorra sin notar tu mirada clavada en la nuca.

—Algún día te va a dar un infarto. Pero es tu problema.

—Justamente, ¡es mi problema! —respondió Mendive mientras se colocaba la gorra sobre la calva, que era cada día más evidente.

—Entonces ¿qué ha pasado en Viana? —preguntó Gabriel con cierto alivio al poder hablar de otro caso.

—Alguien prendió fuego a la víctima y a la casa, creemos que cuando aún vivía. El cuerpo ha quedado... Bueno, va a ser muy difícil

identificarle.

—¿Has visto al antropólogo forense? Puede que no esté todo perdido.

—Acabo de reunirme con él. Me ha contado tantas cosas que he tenido que tomar notas para no perderme —respondió Mendive, sacándose una libreta del bolsillo del pantalón—. Veamos —siguió—. Parece que a la víctima la rociaron con gasolina. Tendrías que ver al pobre tipo o, mejor dicho, lo que queda de él. Tuvimos que recuperar trozos de los brazos que se habían separado, encontramos el cráneo abierto, y el cuerpo era como una masa negruzca. Los forenses se pasaron horas recogiendo todos los restos: dientes, fragmentos de huesos... Jesús, el antropólogo, me ha contado que, en el proceso de carbonización, es habitual que el cuerpo adopte una pose como de boxeador o algo así. ¿Cómo era? Espera, debo tenerlo apuntado por aquí...

—Qué aplicado. Nunca te habría tomado por el primero de la clase —respondió Gabriel con una sonrisa.

—Soy como un donut relleno, Palacios, estoy lleno de sorpresas. ¡Ah! Aquí está. «Pose pugilística», lo llaman. Se produce porque los músculos del cuerpo se contraen debido al calor y predomina la musculatura flexora sobre la extensora. La verdad es que no entiendo muy bien esto último, el caso es que algunos cadáveres repliegan los antebrazos y contraen los puños como si estuvieran peleando. Y a veces, por ejemplo, en las cremaciones al aire libre de la India, da la impresión de que el cuerpo se mueve, pero se debe a la reacción de los músculos al calor.

—¿Y el cuerpo que encontrasteis tenía esa pose?

—Parece que sí, aunque, como te he dicho, tuvimos que recoger los pedazos de los brazos aparte. Jesús y un especialista en odontología forense llevan desde ayer trabajando con el cuerpo. Han hecho radiografías, han limpiado dientes y algunos huesos... Pero determinar la causa de la muerte va a ser complicado. Por no hablar de que es imposible recuperar las huellas dactilares y muchos de los dientes delanteros están hechos papilla. Además, si la víctima vivía en la calle, no creo que frecuentara demasiado el dentista. Así que nuestra mejor opción va a ser intentar extraer ADN de las piezas dentales posteriores, que han resistido mejor. Aunque no tenemos nada con lo que compararlo.

—Puedes probar con el banco de ADN, quizá estuviera fichado por algún delito —sugirió Gabriel.

—Sí, es lo único que tenemos ahora mismo. Mientras tanto seguiremos tratando de averiguar quién lo mató y por qué. Los vecinos nos han comentado que llevaba allí sólo unos meses; según dicen, antes vivía en Pamplona.

—Por la forma de quemarlo, casi diría que no querían que identificarais al hombre misterioso.

—Lo he pensado. Puede que tuviera deudas o negocios con algún traficante. O que simplemente haya sido obra de algún sádico. Sea como sea, aunque nos ha dificultado el trabajo, el asesino no ha destruido el cuerpo por completo. No es tan fácil como mucha gente piensa. Jesús me ha explicado que los cuerpos no se reducen a cenizas y desaparecen. De hecho, eso ni siquiera ocurre en los crematorios de los cementerios. Una vez termina el proceso, los restos se muelen para que queden reducidos a cenizas y sean, bueno, aceptables de ver, ya me entiendes. A nadie le gustaría ir a esparcir los restos de un familiar y que saliera volando un trozo de fémur.

—Desde luego no sería nada apropiado —coincidió Gabriel con una leve sonrisa.

—Bueno, te toca. ¿Has estado con el forense nuevo?

—Sí, Julián Lasarte. El pobre le tiene pánico a Bernal, le ha montado una escena esta mañana.

—Bernal puede ser como un grano en el culo. Pero, por lo que me han comentado por aquí, Lasarte debe ser un cerebrito. Ya sabes, unas notas increíbles en el MIR y todo eso.

—La verdad es que parece muy profesional —aseguró Gabriel.

—Y pensar que mientras nosotros estamos aquí discutiendo sobre forenses, músculos quemados y dientes, la mitad de Pamplona está de fiesta... —se lamentó Mendive.

—Nosotros lo elegimos, ¿no?

—¡Supongo! Tampoco podemos hacer mucho más. Pedirle a san Fermín que nos ayude.

En algunas de sus reflexiones místicas en la sala de autopsias, Gabriel se había cuestionado los dogmas de la fe católica en la que se había criado. Y aunque había llegado varias veces a la conclusión de que no creía en la existencia de aquel dios todopoderoso que debía ser temido y amado al mismo tiempo, en aquel momento esperó que su excompañero tuviera razón. Y que san Fermín, dondequiera que estuviese, velase por ellos y por los miles de personas que abarrotaban la ciudad esos días, ajenas, al menos durante unas horas, a los horrores del mundo.

5

Pamplona gozando va

6 de julio, 18.15 h

Mientras cruzaba la calle intentando esquivar la multitud que se desplazaba desde la plaza del Ayuntamiento hasta la iglesia de San Lorenzo, donde se encontraba la capilla de San Fermín y se celebrarían más tarde las vísperas al santo, me pregunté si de verdad me importaba tanto aquel trabajo. De fondo, se oía la melodía conocida como el *Vals de Astrain*, que tocaba la banda de La Pamplonesa a la par que la muchedumbre coreaba el famoso «riau-riau». La tradición de la «Marcha a Vísperas» también llamada directamente el «riau-riau», se celebraba desde hacía ya muchos años de forma popular y congregaba a un gran número de seguidores en su recorrido. En aquel momento, la calle entera se entregaba al canto del estribillo:

> *Porque llegaron las fiestas*
> *de esta gloriosa ciudad,*
> *que son en el mundo entero*
> *unas fiestas sin igual.*
> ¡*Riau-riau*!

—¡Quizá deberíamos haber elegido otro camino! —me gritó Julia al oído.

Ni siquiera me dio tiempo a contestar, porque tuve que dar un giro brusco para sortear a una chica que estuvo a punto de tirarme un *kalimotxo* entero por encima. El siguiente obstáculo fue un grupo de adolescentes que iban grabando a la banda con el móvil sin mirar lo que tenían delante, lo que me obligó a hacer una contorsión digna de Neo, de Matrix, para evitar acabar con un Xiaomi estampado en la cara. Me sentía como si participara en una yincana cuyo objetivo era llegar a un destino sin lesiones físicas y con la ropa blanca en el mejor estado posible.

Hacía una media hora que Fernando nos había informado de que habían identificado a la víctima del Portal de Francia y que la autopsia había determinado que había muerto por estrangulación, lo que confirmaba que se trataba de un homicidio. Tras darnos la noticia, en

su habitual tono entre sarcástico y autoritario, había añadido que teníamos que averiguar, en palabras textuales, «hasta de qué color tenía las sábanas esa tal Natalia Romero».

Julia y yo nos dimos prisa en redactar un artículo con la última hora del caso y, más tarde, nos adentramos en la jungla blanca y roja en la que se había convertido Pamplona para intentar llegar hasta el portal donde vivía Natalia. El propósito, una vez estuviéramos allí, era montar guardia hasta conseguir la declaración de algún vecino, amigo o familiar. Por supuesto, Fernando también nos había encargado bucear en las redes sociales, donde habíamos descubierto que Natalia era enfermera, tenía veinticinco años y un gato naranja llamado Risketo. Ninguna foto con pareja oficial. Por lo visto, le gustaba hacer surf y veraneaba en Zarautz.

Procuré no dar muchas vueltas a lo que estábamos haciendo, a la invasión absoluta de la privacidad de una persona que acababa de ser asesinada, al poco respeto que mostraba Fernando por la vida humana y a su descarnada visión del mundo periodístico. Porque, si lo pensaba bien, sentía el instinto de abandonar, de salir corriendo hasta algún país tropical donde nadie me conociera y montar un puesto de cocos.

Después de un rato de codazos, empujones, falta de oxígeno y múltiples salpicaduras de alcohol, logramos salir del embudo de gente que se había formado y, en unos minutos más, alcanzar el portal en el que se suponía que estaba el piso de Natalia Romero.

—¡Joder! Pensé que no llegábamos nunca —se quejó Julia, que tenía el flequillo negro empapado de sudor y pegado a la frente.

—Este es el número trece, así que... aquí estamos —confirmé tras comprobar el número del portal, que era antiguo, como muchos de los que había en las estrechas calles del casco viejo de Pamplona.

—Me pregunto cómo coño se habrá enterado Fernando de que la chica vivía aquí —dijo Julia mientras se sacaba un papel del bolsillo para liarse un cigarro.

—Creo que prefiero no saberlo.

—Sí, lo mejor es vivir en la ignorancia. Y ahora nos toca quedarnos aquí hasta que podamos saltar sobre alguien como buitres carroñeros, ¿no es así?

—Esto no era lo que me imaginaba cuando entré a trabajar aquí. —Suspiré.

—En la universidad, el periodismo se ve como algo romántico, ¿verdad? Piensas en Capote y en el Pulitzer y en García Márquez y en los reportajes de investigación y su puñetera madre. Y al final acabas escribiendo noticias en diez minutos para Twitter y haciendo guardia a pleno sol en el portal de una pobre chica asesinada.

—Cuando trabajaba en la revista de *lifestyle*, estaba deseando hacer periodismo «serio», y ahora que estoy aquí... ni siquiera me reconozco

a mí misma. Llevo desde que entré intentando que Fernando, el editor jefe o alguien me compre algún reportaje. Y no hay manera. Me gustaría hacer otra cosa con este caso: un análisis de la violencia en la ciudad, investigación...

Julia soltó una carcajada y encendió el cigarro.

—Quizá en algún momento, si Fernando se muere o algo así. Aunque siempre es el mismo perro con diferente collar: este periódico, los otros... Se salvan pocos medios. Los periodistas hacemos lo que podemos, pero, joder, ¡está difícil!

—Durante años pensé que esto era lo que quería, pero la realidad es muy decepcionante. Aun así, supongo que hay que empezar por algún sitio, y además tengo que pagar un alquiler.

—Por lo menos a ti te pagan —añadió Julia, y dio una calada—. Lo único que nos queda es intentar trabajar lo mejor posible. A veces, de estos casos surgen cosas interesantes. ¡Igual damos con una pista clave!

Evité contarle que en el pasado había acabado metiendo las narices en investigaciones policiales que habían terminado de forma trágica. Por no hablar de la situación con Gabriel, de quien no sabía nada desde aquella mañana.

—¿Tú quién crees que la ha matado? —pregunté mientras me apoyaba junto a la pared del portal.

La calle estaba llena de gente que iba y venía con vasos de plástico o con botellas en la mano; nadie parecía reparar en nosotras.

—Tengo dos teorías: o alguien conocido, como un amigo o una pareja, o tuvo muy mala suerte y se cruzó con algún desgraciado. Aunque eso sería raro, porque no la violaron. Por lo que han dicho, había salido a correr. Seguro que quien la ha matado la tenía controlada y ha esperado el momento adecuado. Y, si la estrangularon, no cabe duda de que fue un tío.

—Yo también creo que alguien iba a por ella. Y si fue un conocido no creo que tarden mucho en pillarle —dije esperanzada.

—Desde luego, este fin de semana de guardia ha sido intenso. Primero el hombre al que quemaron y ahora esto...

—¿Quemaron a un hombre?

Julia apagó el cigarro contra el suelo con el tacón de los zapatos de plataforma.

—Más que quemarlo, lo calcinaron. El pobre vivía en una casa abandonada que había ocupado a las afueras de Viana y pedía para comer, hasta que alguien prendió fuego a la casa con él dentro. O le prendió fuego a él primero, no lo sé. Ayer me tocó pasar la tarde hablando con las vecinas del pueblo, que estaban escandalizadas y aseguraban que habían sido los jóvenes o los gitanos. Lo de siempre, vamos.

Recordé el caso en el que me había visto envuelta con Gabriel unos meses atrás. Dentro del microcosmos de los pueblos —que, como todo, tenían sus cosas buenas y malas—, se tendía, casi como una forma de autoprotección, a culpar de forma sistemática a «los de fuera» de cualquier delito cometido en el municipio. Y luego llegaban las sorpresas. Los ciudadanos ejemplares se descubrían como lobos con piel de cordero. Esos a los que conocías de toda la vida, que saludaban cuando te los cruzabas comprando el pan, los que no se perdían un funeral.

—Entonces ¿has empezado a recopilar información? —pregunté interesada.

Me gustaba la posibilidad de dedicarme a investigar un caso que no fuera de Gabriel.

—Sí, aunque, de momento, nada nuevo. No le han identificado de forma oficial ni han facilitado más datos. En mi opinión, les va a costar pillar al que lo hizo. Seguro que es alguien que odia a los pobres, que estaba cansado de verle pedir por las puertas y no le consideraba más que un despojo borracho, un ser humano inferior. No es la primera vez que pasa, ya han prendido fuego a indigentes en muchos sitios. O los han matado a golpes.

—¿Y nadie sabía nada sobre él? Si pedía por las casas, en algún momento tuvo que revelar algún dato.

—Un par de señoras que le daban comida dijeron que venía de Pamplona. Llevaba allí un par de meses, pero me comentaron que no le gustaba hablar mucho de su vida, no sabían ni su nombre. Aceptaba la comida, y el dinero se lo gastaba en alcohol. Algunas veces también iba a misa.

—¿Y ya está? —pregunté extrañada.

—Un tipo medio invisible. Ni él contaba nada ni nadie preguntaba demasiado por él. Y ahora, con este caso de Natalia Romero, dudo mucho que Fernando quiera que siga investigando. Se limitará a replicar las notas de prensa o lo que nos den las agencias y ya. Un mendigo quemado no es tan jugoso como una chica joven estrangulada nada más empezar las Fiestas de San Fermín. ¿Has visto los informativos hoy? Está teniendo muchísima repercusión.

Como si hubieran oído las palabras de Julia, en ese instante vimos que al final de la calle aparecían varios reporteros y cámaras de una cadena nacional.

—Vendrán más medios pronto —comenté.

—El efecto llamada. Esto se va a convertir en un *show*.

Agarré a Julia del brazo y nos echamos a un lado.

—Me interesa el caso del hombre de Viana —le dije—. Creo que es una buena historia para hacer un artículo lento, reposado. Con análisis y contexto: podemos averiguar más sobre su vida, relacionar este caso

y otros similares con la aporofobia, y cuestionar qué ofrece el sistema a la gente que sufre ataques violentos sólo por encontrarse en esa situación de vulnerabilidad.

—Es una buena idea, pero te recuerdo que Fernando nos quiere aquí.

—Bueno, puedo intentarlo —insistí.

—Te echaré un cable si hace falta. Desde luego, no entiendo esta ciudad: no pasa nada en todo el año y en dos días tenemos dos crímenes a poca distancia. Y yo que pensaba que este fin de semana iba a tocarme las narices y a ver la tele...

Cuando el portal se abrió por primera vez, una desconcertada anciana miró con desconfianza a los periodistas que nos habíamos congregado en la puerta. Encendí la grabadora y me esforcé en recordarme a mí misma que aquello era temporal, un medio para llegar a un fin, parte del proceso para encontrar mi lugar.

—Muy buenas tardes, ¿le importaría responder a unas preguntas sobre Natalia Romero para *La Crónica de Navarra*? —Abordé a la vecina con la mejor de las sonrisas.

—No sé quién es esa, pero o te quitas de mi puerta o te denuncio —contestó la señora con voz gélida.

Oí la risa de Julia a mi espalda y, si bien no perdí la compostura, tuve la tentación de estampar la grabadora contra el suelo. Definitivamente, aquel trabajo no estaba pagado.

6

Deseos de cosas imposibles

6 de julio, 23.30 h

La traca final iluminaba el cielo de forma intermitente cuando Paloma y yo llegamos a casa de Abel. Cada noche la gente se daba cita para contemplar los fuegos artificiales que se lanzaban desde la Ciudadela. Durante las fiestas diferentes empresas de pirotecnia competían en un concurso internacional que ya se había convertido en parte de la tradición. Muchos quedaban para presenciar el evento sentados en las calles cercanas o en el césped mientras cenaban un bocadillo o directamente hacían botellón. Sentía un poco de envidia cada vez que nos cruzábamos con grupos de adolescentes que reían a carcajadas mientras bebían vodka con zumo de naranja. En momentos así, echaba de menos los años del instituto que tan tediosos e interminables me habían parecido en su momento. La vida adulta había resultado ser una sucesión constante y agotadora de decepciones y responsabilidades.

—Vas a flipar con el piso de Abel —me advirtió Paloma, sacándome de mis cavilaciones nostálgicas.

Las dos veníamos de cenar y de dejar a Dalí en mi apartamento.

—No tengo ninguna duda, los Arbaiza lo hacen todo a lo grande.

El ático que Abel había heredado estaba situado —como no podía ser de otra manera— en una de las zonas más exclusivas de Pamplona. Me alegré de haberme decidido a salir de casa; después de pasarme la tarde acosando a los vecinos de Natalia Romero en su portal y de comerme una ensalada plastificada en la oficina, necesitaba despejarme.

—La verdad es que me encanta tener amigos ricos. Gracias a Abel y a ti mi vida es mucho más interesante —comentó Paloma cuando entramos en el portal.

—Yo no soy rica —protesté

—¡No! Pero tienes una casa de rica —puntualizó mientras llamaba al ascensor.

—La casa ni siquiera es mía —insistí.

Paloma me miró con sorna y pulsó el botón de la última planta.

—Bueno, lo será algún día. Yo sólo voy a heredar deudas y un bar, y

encima a medias con mi hermana.

—A ver si te crees que la casa de mi abuela se mantiene sola...

—Por cierto, se me olvidó contártelo: esta noche tendremos compañía.

—¿Abel ha invitado a más gente? —le pregunté sorprendida.

Antes de que pudiera responderme, el ascensor se abrió y nos encontramos con un sonriente Abel vestido de blanco que nos esperaba con la puerta abierta.

—¡Sí que habéis tardado! —dijo echándose a un lado para dejarnos pasar.

—Anne tenía que cambiarse y encima se ha empeñado en hacer ella la cena, y ya sabes que cocinar no es su fuerte. La próxima vez mejor vamos a una pizzería.

Ni me molesté en contestar a Paloma —en el fondo sabía que tenía razón—, porque para entonces ya estaba deslumbrada por el piso de Abel. El salón se hallaba dividido en dos espacios separados por un gran arco que se apoyaba sobre dos columnas que hacían juego con las molduras que decoraban las paredes y el techo. A un lado de la estancia, había una mesa enorme de caoba, y en el otro, varios sofás de cuero y una chimenea. El remate final eran unos enormes ventanales que daban a una terraza que rodeaba la vivienda. Estaba tan embelesada contemplando cada detalle que no me di cuenta de que había una chica sentada en uno de los sofás hasta que Abel intervino.

—Anne, esta es Sofía..., mi novia.

La hasta entonces invisible Sofía se levantó del sofá sonriente, colocándose el cabello castaño con un movimiento grácil. Tardé unos segundos en reaccionar. Recordé entonces que Abel me había comentado que estaba viendo a alguien, pero desde que yo trabajaba en Pamplona apenas nos habíamos visto y me había olvidado por completo del tema. Hasta ese momento.

—¡Encantada! —le dije a Sofía con un tono que me resultó demasiado efusivo.

Podía intuir la sonrisa maliciosa de Paloma a mi espalda. Y apostaría un brazo a que no me había dicho nada a propósito para disfrutar del momento.

—Abel me ha hablado mucho de ti —comentó Sofía con amabilidad.

—Ah, ¿sí?

Me pregunté si Abel habría incluido en su relato sus intentos de salir conmigo y la tensión entre nosotros tras mi negativa. Por suerte, aquello no había durado mucho y nuestra amistad volvía a ser tan buena como siempre.

—Le he hablado de tu casa y de los ratos que pasamos allí de pequeños —puntualizó él.

—Y también me ha contado que trabajas con mi padre —añadió Sofía.

Oí las risas de Paloma, que había desaparecido en dirección a la cocina. Miré a Sofía con detenimiento: alta, nariz recta, ojos color avellana... y tuve un presentimiento. Uno nada bueno.

—Y... ¿quién es tu padre? —pregunté muy despacio.

—¿Abel no te lo ha comentado? Mi padre es Fernando Barrena, el director de *La Crónica de Navarra*.

La confirmación de la tragedia. Me esforcé por reaccionar de la forma más despreocupada que pude.

—¡Ah! ¡Vaya, qué sorpresa! El mundo es un pañuelo —dije al tiempo que me sentaba en el sofá aparentando normalidad.

Abel me miró con gesto de disculpa; yo le maldije mentalmente e intenté enviarle mi maldición con una mirada asesina. Estaba claro que no podía decirle con quién debía salir o no, pero habría sido un detalle que me contara que, de todas las personas que había en Navarra, se había enrollado justo con la hija de mi jefe. Desde luego, aquello era una jugada maestra del karma. Al menos agradecí haberme enterado antes de empezar a soltar improperios sobre él en cuanto me tomara la primera copa.

—¡Menuda sorpresa! —intervino Paloma con sorna—. Sofía, deberías decirle a tu padre que le suba el sueldo a Anne. Tendrías que ver cómo tiene los pijamas: llenos de agujeros. Y no me hagáis hablar de los calcetines.

Yo forcé una sonrisa y alargué la mano para coger el gin-tonic que me había preparado Paloma. Apenas le había dado un trago cuando empezó a vibrarme el móvil en el bolsillo. Me disculpé con todos y salí a la terraza. Era mi abuela Leonor.

—Hola, abuela.

—¡Hola, Anne! ¿Qué tal, hija? ¿Dónde andas?

—Estoy en Pamplona, tomando algo con Paloma y Abel.

—¡Ah! Pero ¿no estabas en el pueblo? ¡Me vas a volver loca! —protestó.

—He tenido que venirme antes por trabajo. ¿Querías algo?

—Pues sí... Justo te iba a pedir que me mandaras una foto de las humedades esas que han salido en el baño de tu habitación para mandársela al del seguro. Pero como no paras quieta...

—Y tú, ¿al final vas a venir a San Fermín? ¿O te quedas en Donosti? —pregunté para esquivar la bronca.

—¡Claro que voy! Ya me ha invitado Marisa a su casa, que tiene un balcón que da a la Estafeta, para ver los encierros mientras desayunamos magdalenas.

—Avísame cuando vengas.

—¡Ya veremos! Que tengo muchos compromisos. Y que sepas que, si

el moho ese del baño te intoxica, la culpa es tuya por no pasarme la foto.

—Gracias, abuela. Lo tendré en cuenta.

Oí como soltaba una risita al otro lado del teléfono.

—Bueno, disfruta y no hagas tonterías, ¿eh?

—Tranquila abuela, *agur*.

—*Agur*, *maitia*.

Me sentí mal durante un momento. Aún no les había dicho nada de la carta. Ni ella ni mi madre sabían que mi padre estaba intentando contactar conmigo. Y aunque todavía no había tomado una decisión, sabía que aquello era una bomba de relojería que podía explotar en cualquier segundo.

—¿Has acabado de hablar? Termínate la copa, que en un rato nos vamos —dijo Paloma asomando la cabeza por la puerta.

Dejé de lado los pensamientos sobre mi padre y regresé con los demás.

En la plaza del Castillo, sonaba una canción de La Oreja de Van Gogh y el sonido de la música se confundía con el de las voces de la gente que bailaba ocupando todo el espacio disponible. Del suelo subía un hedor que combinaba a partes iguales el aroma del vómito, el del alcohol derramado y el de la orina, y que también era conocido como «olor a San Fermín». Una compilación de los mejores efluvios del ser humano. Me sorprendió la intensidad que había alcanzado aquella peste cuando todavía no había pasado ni un día desde el inicio de las fiestas. Miré a mi alrededor y observé la mezcla heterogénea de gente que llenaba la plaza: punkis, guiris, adolescentes y jubilados todos iguales por obra y gracia del uniforme blanco y rojo. Llevábamos casi dos horas allí y, aunque no había bebido demasiado, empezaba a acusar el cansancio mientras una tímida voz en mi cabeza me recordaba que al día siguiente tenía que trabajar. Comprobé la hora en el móvil y pensé que debería irme a casa.

—Me aburro. ¿Te apetece ir a comer algo? —dijo Paloma, como si me hubiera leído el pensamiento.

Era una de las pocas personas en la plaza que no iba de blanco. Por algún motivo, se negaba a vestirse como todo el mundo y llevaba unos vaqueros y una camiseta negra.

—¿Un kebab? —sugerí yo.

—Un falafel para mí.

Busqué con la mirada a Sofía y a Abel para despedirme, pero les habíamos perdido entre la multitud en algún momento, seguramente cuando aparecieron unos amigos de ella.

—Da igual, hacemos una bomba de humo —sentenció Paloma.

Al cabo de un rato, estábamos sentadas en un callejón mugriento del casco viejo comiéndonos unos dúrums que a aquellas horas nos supieron a menú de estrella Michelin. A nuestro lado, pasaba gente recogiendo los vasos verdes reutilizables que daban en los bares y que nadie reutilizaba. La idea era buena: pagabas un euro más por el vaso, lo usabas toda la noche, después lo devolvías y recuperabas el euro. Pero en la práctica la mayoría de la gente no se sentía capacitada para cuidar de su vaso —ni de nada— una noche entera. Acababan abandonados en cualquier lugar, convertidos en un pequeño negocio para gente con pocos recursos que recorría las calles apilándolos en torres inmensas.

—¿Sabes? Esto te va a parecer una locura, pero a veces cuando voy borracha se me hacen raros los edificios —soltó Paloma de repente.

La miré intentando discernir si aquel era uno de esos momentos.

—Vas a tener que desarrollarlo más para que te entienda.

—Como si no debieran estar ahí, artificiales, extraños.

Asentí sin comprender mucho y le di un trago a mi botella de agua.

—Otras veces tengo la sensación de que lo entiendo todo. Como si se me revelara la verdad del universo. Aunque dura poco, y al rato me siento perdida otra vez.

—Todos estamos perdidos. Y creo que esta conversación es demasiado para mí a estas horas.

Las borracheras místicas de Paloma podían llegar a ser agotadoras. Para los demás, claro, no para ella.

—¿Estás contenta en el trabajo nuevo? —preguntó cambiando de tema.

—No. Aunque me da que es la tónica habitual. Nadie está satisfecho con nada. A veces no sé ni adónde voy ni qué estoy haciendo con mi vida. Es como si estuviera esperando a que pase algo... pero no sé el qué.

Paloma dio un bocado enorme a su dúrum de falafel y se recostó en la pared negruzca de un edificio, cerca de una mancha de orina. Al verla allí, tan vulnerable, me daba cuenta de que su personalidad tan extrovertida se trataba de una coraza. Las bromas, las palabras directas, la rebeldía y aquella superioridad moral... En el fondo tan sólo era una chica asustada, que intentaba resistirse y a la vez cumplir los estándares de un mundo que costaba entender. Alguien a quien, como a mí, le habían hecho creer desde pequeña que debía ser especial, que esa era la única forma de distanciarse de una realidad a veces insoportable. Las dos nos terminamos la comida en silencio.

Cuando volví a casa, Gabriel estaba en la cama y me tranquilizó percibir su olor en la habitación. Me quité la ropa y me tumbé junto a él. Me zumbaban los oídos. Me hice un ovillo a su lado y me abracé a su pecho desnudo mientras me esforzaba por luchar contra todos los

pensamientos invasivos que acudían a mi cabeza: Natalia Romero sonriendo en sus fotos de Instagram, un hombre en llamas, la muerte y lo extraños que podían volverse los edificios.

El niño contemplaba las estrellas ensimismado, una pequeña figura solitaria tendida sobre el manto verde del prado. Se quedó allí inmóvil tanto tiempo que llegó a sentir que aquellas bolas de fuego estaban tan cerca que podía tocarlas. Como si la barrera que separaba su mundo y el vasto universo se desvaneciera, y el calor que los astros emanaban, y que él imaginaba como el fulgor del sol a mediodía, le quemara la cara.

Era allí, en las estrellas, en aquel cielo negro tan cercano y lejano a la vez, donde se escondía el final. Seth lo había pronosticado. No se podía hacer nada, estaban condenados a la extinción. Le gustaba aquella palabra, la que había utilizado el maestro para hablar de la desaparición de los dinosaurios. Los humanos se extinguirían, dejarían de existir. Seth había sido claro: perecerían en un mar de fuego y destrucción, los océanos se desbordarían, las montañas se derrumbarían, la tierra se abriría bajo sus pies.

Pero no todo estaba perdido. Al menos no para ellos.

Oyó que Shesmu y uno de los monitores gritaban su nombre a lo lejos, y se levantó con lentitud, resistiéndose a abandonar la calidez de las estrellas. «Nosotros nos salvaremos, los dioses nos salvarán. Seth nos salvará», repitió mentalmente, intentando convencerse a sí mismo y esforzándose por controlar los temblores que tomaban posesión de su cuerpo de regreso al campamento.

7

McDreamy

7 de julio, 9.20 h

En los pueblos, cuando alguien muere, la familia apenas tiene tiempo de quedarse a solas. Amigos y conocidos se presentan en la casa, en el tanatorio o en el funeral. Los primos, los tíos y los parientes lejanos los visitan y traen comida, flores y su compañía. Nadie se pierde la misa: el panadero, el carnicero... Incluso los que nunca saludaban al muerto están allí. Y en ese mar abrumador de tortillas y abrazos, el dolor se mitiga un poco, absorbido en parte por la responsabilidad, por la llamada a la acción que imponen los trámites. El golpe viene después, cuando todos regresan a sus casas y la rutina debe reanudarse. Es ahí cuando la pérdida se hace insoportable, tangible. Y sólo el tiempo es capaz de ir, poco a poco, relegando el dolor hasta un rinconcito del ser donde resulta tolerable.

Pero Gabriel sabía hasta qué punto la experiencia de la muerte podía transformarse cuando había un asesinato de por medio: el dolor permanecía vivo, imposible de mitigar, unas veces porque no se encontraba el cuerpo de la víctima, otras porque no se hallaba al culpable de semejante horror. En ocasiones, el duelo no llegaba a iniciarse o no terminaba jamás. La rabia y la impotencia eran capaces de alcanzar tal magnitud que anulaban el resto de los sentimientos y lo arrasaban todo como un maremoto, impidiendo que la vida se abriera paso de nuevo. Había sido testigo en demasiadas ocasiones de ese golpe inicial, el instante en el que la tragedia se manifestaba sin piedad, por mucho que sus compañeros o él intentaran amortiguarla.

Por eso no envidiaba la tarea que le había tocado a su compañero Eraso el día anterior, la de comunicar la noticia de la muerte de Natalia Romero a sus padres. La madre había tenido que ser atendida por un ataque de ansiedad; el padre se había llevado a la hermana pequeña de la habitación. Y, entre lágrimas y Lorazepam, Eraso se había visto obligado a hacer las preguntas de siempre. Una tarea poco agradable a la par que necesaria, someter a los familiares al cruel interrogatorio que marcaba el protocolo cuando aún no habían sido capaces de digerir la realidad. Cada hora contaba, y más en un caso como aquel.

Por desgracia, el interrogatorio a los padres no les permitió obtener mucha información: Natalia trabajaba como enfermera en una clínica privada; vivía sola desde hacía poco más de un año; le gustaba hacer deporte. Cuando tenía turno de mañana, salía a correr temprano, antes de trabajar. No tenía pareja conocida, ni enemigos. Nada fuera de lo normal, una vida sin sobresaltos aparentes.

Sin embargo, el móvil había revelado todo aquello que los padres desconocían. Era allí donde se escondían las turbulencias de la vida de Natalia: sus conversaciones con amigas, los videos que veía en YouTube, la ropa que compraba, las fotos que reconstruían el puzle de su existencia.

Natalia tenía instalada una aplicación que registraba los datos de cada carrera, por lo que sabían que la madrugada del 6 de julio no había efectuado ninguna parada entre su casa y la zona donde la habían encontrado. Además, habían comprobado que llevaba los últimos cuatro días realizando la misma ruta en una horquilla de tiempo similar. Seguramente se trataba de su ruta preferida cuando tenía turno de mañana. Salía muy temprano y tardaba una media hora en completar el recorrido. Ese detalle hizo pensar a Gabriel que era muy probable que el asesino conociera o hubiera estudiado las rutinas de Natalia. La elección de la víctima no era fruto de la casualidad.

El escrutinio de las conversaciones de WhatsApp había revelado algo más: Natalia se veía con alguien. Un personaje misterioso que aparecía guardado en la agenda como «Dr. McDreamy» y con quien mantenía escuetas conversaciones. La última vez que se vieron fue dos días antes de que Natalia muriera. McDreamy también se mencionaba en algunas conversaciones entre la víctima y sus amigas, siempre con el mismo nombre, que parecía ser un apodo para mantener en secreto su identidad.

Gabriel se comió de un bocado un garrotico de Pastas Beatriz y maldijo el efecto que había tenido Anne en sus vicios, en su férrea disciplina. Anne y sus magdalenas de paquete, sus pizzas congeladas y sus lasañas precocinadas. La noche anterior, bastante tarde, la había oído llegar y meterse en la cama buscando refugio a su lado. Cuando se había levantado para ir al gimnasio, ella seguía durmiendo. Daba la impresión de que esos días vivían vidas paralelas. Miró el reloj con impaciencia, llevaba un rato esperando en la puerta de la clínica privada donde trabajaba Natalia. Eraso llegaba tarde a su cita.

—Buenos días, jefe —saludó una voz a su derecha.

Gabriel se giró desconcertado; aquella no era, ni mucho menos, la voz de Eraso.

—¿Jone?

Ante sus ojos apareció la esbelta silueta pelirroja de su habitual compañera, la subinspectora Jone Etxezarreta. Tenía el mismo porte

elegante de siempre: la melena recogida, la cara despejada ahora adornada con ojeras tras su reciente maternidad.

—¿Qué haces aquí?

—Pensé que me echarías de menos. Vi las noticias ayer y le hice una llamada al jefe, al de verdad, no a ti. He decidido volver un pelín antes de la baja.

—Deberías estar disfrutando de Unai —comentó Gabriel refiriéndose al pequeño que Jone y Leire, su mujer, habían tenido hacía tan sólo unos meses y del que era padrino.

—Puedo ser madre y hacer otras cosas, no seas antiguo. Además, no estaba siendo todo felicidad. Leire no me aguantaba más. Ni a mí ni a nadie, y con razón. Le duelen los pezones, apenas dormimos y Unai tiene unos pulmones que harían palidecer de envidia al mismísimo Pavarotti. Créeme, si seguía allí metida un día más, íbamos a acabar matándonos —respondió ella al tiempo que alargaba la mano para coger un garrotico de la caja.

Gabriel tomó aire y lo soltó muy despacio. No valía la pena discutir con Jone. Cuando se le metía algo entre ceja y ceja, no había forma de hacer que cambiara de opinión. Por otro lado, toda ayuda era bienvenida para evitar que la pesadilla mediática siguiera creciendo y resolver el caso lo antes posible.

—Está bien, si esto es lo que quieres, eres bienvenida. Pero no me dejes sin desayuno.

—Oye, que acabo de ser madre.

Unos minutos más tarde llegó Eraso, que no se mostró nada sorprendido por la presencia de Jone.

—Imagino que has sido tú el que la ha informado de que estaríamos aquí —aventuró Gabriel.

Eraso se encogió de hombros y sonrió.

—No puedo negarle información a un superior.

—Muy bien, vamos a ver qué tienen que contarnos los compañeros de Natalia —dijo Gabriel con un suspiro.

Si el tema de conversación en la ciudad era el ya conocido por todos como «el asesinato del Portal de Francia», la clínica no era una excepción. Gabriel mandó a Eraso a hablar con el director. Él y Jone se encargaron de entrevistar a las que se presentaron como amigas de Natalia. Además, tomaron nota de los nombres de dos compañeras más que no estaban trabajando aquel día.

—Ana Rodríguez Seca, ¿verdad? —preguntó Gabriel a la chica que estaba sentada frente a ellos en la mesa de la sala de descanso.

—Sí.

Gabriel observó como Ana jugueteaba con un mechón de su pelo rubio sin parar. Tenía la piel casi translúcida, y los ojos claros y muy redondos, lo que le daba un aspecto a medio camino entre un pez y

una pintura de Botticelli.

—Siento tener que hacerte estas preguntas con todo tan reciente. Pero lo que nos digas, cualquier detalle que recuerdes, puede ser clave para encontrar al asesino de Natalia —continuó—. ¿Cuánto tiempo hace que os conocíais?

—Algo más de un año. Trabajamos juntas en geriatría. Bueno, trabajábamos —contestó afligida.

—¿Sabes si Natalia tenía enemigos, algún problema en el trabajo, alguna relación amorosa que no saliera bien?

Fue sólo un instante, pero Ana desvió la mirada hacia la pared de la salita.

—No... no tenía enemigos. Se llevaba bien con todo el mundo, era muy amable con los pacientes.

—¿Y pareja?

Ana negó con la cabeza. Gabriel cruzó una mirada con Jone, que no estaba al día de los mensajes de McDreamy pero que aun así intuía que la chica estaba ocultando algo.

—Verás, Ana, tenemos una conversación de WhatsApp entre Natalia y tú en la que habláis de su cita con un tal doctor McDreamy, lo que aparentemente es un alias para alguien con quien mantenía una relación —aseguró Gabriel poniendo una carpeta sobre la mesa.

—¿McDreamy? —dijo Jone divertida—. ¿Como el de *Anatomía de Grey*?

—¿Qué? —preguntó Gabriel desconcertado.

—Así es como llamaban al principio al tío con el que se enrolla la protagonista de la serie —explicó—. Si no recuerdo mal, era su jefe y estaba casado.

Ana permaneció en silencio, retorciendo el mechón de cabello entre los dedos.

—Me parece que no voy desencaminada, ¿verdad, Ana?

Ella levantó la cabeza, tenía los ojos llorosos.

—Yo... No creo que eso tenga nada que ver.

—Lo mejor que puedes hacer por Natalia es contarnos todo lo que sepas —insistió Gabriel.

—Natalia tenía... un lío. Por favor, no digan que he sido yo quien lo ha contado.

—¿Mantenía una relación con alguien de la clínica?

—Con el jefe de Anestesia. El doctor Juan Valdés. Era un secreto, porque está casado... Bueno, y su mujer es la jefa de Enfermería, es decir, mi jefa y la de Natalia.

Tras la confesión de Ana, el siguiente paso que dieron fue intentar desentrañar el triángulo amoroso. Sin embargo, el resultado acabó siendo bastante catastrófico: la jefa de Enfermería no sabía nada y se puso a llorar como una magdalena al enterarse de que su marido le

era infiel y, además, justo por eso, sospechoso de asesinato. Por su parte, el famoso doctor McDreamy tampoco se mostró muy cooperativo.

—Yo no la he matado —aclaró con tono gélido tras admitir la aventura.

Juan Valdés rondaba los cuarenta y cinco años, tenía el pelo cano y era alto, pero Jone pensó que, salvo por eso, no tenía nada en común con el doctor de la serie. Ni una pizca de simpatía, ninguna sonrisa encantadora. Era un tipo árido, pagado de sí mismo y que consideraba a Natalia un pasatiempo, una más en su historial.

—¿Cuánto llevaba manteniendo relaciones con Natalia Romero?

Valdés torció el gesto, como si el simple hecho de recordarlo le incomodara. Se le veía molesto con la situación, como si Natalia hubiera sido poco considerada con él al morir así.

—No lo sé, algunos meses.

—¿Y dónde estaba la madrugada del 6 de julio de cinco a siete de la mañana?

—Aquí. De guardia. Pregunten a quien quieran. Estará en los informes también.

Lo comprobaron. Juan Valdés no mentía, según los registros y los testimonios de sus compañeros había estado de guardia la noche del asesinato. Había asistido a dos operaciones: una apendicitis de urgencia y una fractura abierta. Era bastante improbable que hubiera podido salir, asesinar a Natalia Romero y volver.

Así que, muy a su pesar, abandonaron el hospital sin ninguna pista nueva y dejando tras de sí un rastro de escándalo además de una escabechina emocional.

—Vaya éxito —dijo Jone cuando los tres estuvieron en la calle.

Gabriel tuvo que darle la razón, la visita a la clínica había servido para descartar a Juan Valdés como sospechoso, pero no había abierto ninguna nueva vía. La vida de Natalia Romero continuaba pareciendo de lo más corriente, salvo por su relación con el doctor, y seguían sin encontrar ningún hilo del que tirar.

—McDreamy era el único sospechoso que teníamos —reconoció agotado.

—Quizá no nos haya contado toda la verdad —sugirió Eraso.

—Le mantendremos vigilado unos días para asegurarnos —indicó Gabriel.

El frescor de la mañana empezaba a declinar, y el sol, que brillaba en un cielo despejado, amenazaba con hacer estragos. Cuando se sentó al volante, Gabriel sintió como si el aire fuera muy pesado, tan denso que costaba respirarlo. El tiempo se le echaba encima, sentía los ojos de sus jefes y de la prensa clavados en la nuca, y él no tenía nada. Habían transcurrido más de veinticuatro horas y el asesinato de

Natalia Romero continuaba siendo un misterio.

8

La foto

7 de julio, 11.00 h

Llegué a la redacción más tarde de lo habitual. En el espejo del ascensor traté, sin éxito, de disimular las huellas de la falta de sueño: las ojeras violáceas, el tono opaco de la piel. A pesar de mi preocupación, a nadie pareció importarle mi falta de puntualidad o mi cara de cansancio. Algunos charlaban, otros —sobre todo los más jóvenes— deambulaban por la sala como zombis, café en mano. En San Fermín, el tema de máximo interés para nuestros lectores solía ser el encierro que se celebraba cada mañana a las ocho. Publicábamos todas las fotos del recorrido, la ganadería, los detalles de las cornadas. Si había heridos, a los encargados de cubrirlo les tocaba colarse en los hospitales para conseguir un parte de lesiones y hablar con ellos. Procurábamos concentrar la actividad en el turno de mañana, para poder cerrar el periódico antes de lo habitual.

Me fijé en que Fernando no estaba por allí; supuse que para algo era el director y que se podía tomar días libres sin darle explicaciones a nadie, y más en San Fermín. Sin embargo, distinguí al editor jefe en su despachito. Tecleaba despacio en el ordenador, con la misma cara de sueño o resaca que todos y la americana arrugada. Pensé que quizá era un buen objetivo para llevar a cabo mi plan: quería su permiso para ir a Viana y reunir información sobre el tema del indigente al que habían prendido fuego. El caso había quedado sepultado bajo el impacto mediático que había provocado el asesinato el día anterior y los acontecimientos típicos de las propias fiestas. Mi intención era retomarlo con calma, descubrir qué había pasado, si la Policía Foral había hecho algún progreso, charlar con los vecinos que le habían conocido, hacer un buen seguimiento y escribir un texto interesante.

Además, era una buena oportunidad para posicionarme dentro del periódico, porque todavía no tenía asignada una función fija y, aunque solía servir de apoyo a la redactora encargada de Sucesos, a veces me tocaba cubrir cualquier cosa. Si quería crecer, tenía que conseguir el respaldo de alguien de peso en la redacción para trabajar en artículos de calidad.

Mientras pensaba en cómo plantear el reportaje para que lo

aceptaran, me acerqué a la máquina de café y saqué un capuchino aguado al que añadí un sobrecito de azúcar.

—Tienes mala cara —me saludó Julia cuando regresé a mi sitio, brebaje en mano.

—Lo sé. He dormido fatal.

—¿Te pasaste de fiesta ayer? Que ya no estás para esos trotes...

—No volví muy tarde, y te recuerdo que sólo te saco cuatro años.

—¿Entonces? ¿No será que tu novio misterioso te ha quitado el sueño? —preguntó con una sonrisa maliciosa.

Removí el sucedáneo de café, incómoda, pues no me gustaba hablar de Gabriel en el trabajo, prefería mantener su cargo en la Policía Foral en secreto.

—No, no es eso. Él tenía que madrugar —dije sin levantar la vista del vaso.

Julia emitió un ruidito de disconformidad y centró de nuevo su atención en la pantalla del ordenador, que mostraba una gran variedad de zapatillas de deporte de colores fluorescentes. Seguí su ejemplo y navegué un rato sin rumbo por páginas de revistas, tiendas de ropa y aplicaciones para buscar vuelos baratos. No teníamos novedades sobre Natalia Romero y estaba posponiendo la conversación con el editor jefe; me daba miedo que una negativa me sumiera en una nube aún más densa de descontento con el trabajo.

Eché un vistazo a la mesa que tenía a mi derecha, que no ocupaba nadie. Alguien había dejado un puñado de cartas dirigidas al periódico a las que Fernando nunca prestaba atención y que acababan leyendo los becarios. Cogí la pequeña pila de sobres y abrí la primera. Era un texto literario de tres páginas en las que, entre el melodrama y la indignación, una mujer se quejaba de un socavón que había en su calle. La segunda fue más interesante: un par de párrafos concisos y bien argumentados que aludían a una cuestión política del momento.

Como continuaba sin tener ganas de trabajar en nada que implicara un esfuerzo real, me dispuse a abrir un tercer sobre. Lo rasgué sin demasiados miramientos y busqué la carta. Me esperaba el relato de un reencuentro emotivo o quizá otro ensayo sobre algún desperfecto en la vía pública. Pero dentro no había ningún papel. En ese instante, quizá llevada por el más puro instinto de supervivencia y un historial de situaciones traumáticas un pelín superior a la media, solté el sobre como si quemara. ¿Se podía saber quién mandaría un sobre vacío a un periódico?

La buena noticia era que, si seguía allí de una pieza y no me había convertido en una lluvia de carne picada y huesos fragmentados, estaba claro que no se trataba de un explosivo. La mala, que algún pirado podía haber mandado ántrax o a saber qué veneno diseñado por los servicios secretos soviéticos. Me miré las manos: no había

restos de ninguna sustancia sospechosa ni ningún polvo tóxico. Cero picores. Un poco más sosegada tras la reacción inicial, me dispuse a coger de nuevo el sobre. Lo abrí con cuidado y noté que no estaba vacío. Le di la vuelta intentando averiguar su contenido. Entonces cayó sobre mi mesa lo que parecía una Polaroid.

Julia, que acaba de volver del baño y había visto mis aspavientos con el sobre, se asomó por detrás de mí.

—Pero ¿qué coño es eso?

—No lo sé —susurré yo.

Con suma delicadeza, cogí la fotografía cuadrada por los bordes y la examiné de cerca. En ella se veía a una chica tendida entre la maleza; el rostro estaba girado y una mano ocupaba el primer plano. Daba la impresión de que la habían hecho rápido, con *flash*. No estaba demasiado nítida.

—Es Natalia —dijo Julia de repente.

—¿Qué?

—¡La de la foto! Es Natalia Romero.

Dejé la Polaroid sobre la mesa muy despacio y la miré de nuevo. No sabía si Julia tenía razón o no, no distinguía bien los rasgos de la chica que aparecía retratada, pero de lo que sí estaba segura era de que, fuera quien fuera, estaba muerta. Había algo en la forma antinatural en la que el cuerpo yacía sobre la hierba, en la clandestinidad de la fotografía, que delataba la ausencia de vida.

—Iba vestida con ropa de deporte, porque había salido a correr —insistió Julia.

—No puede ser... ¿El asesino nos ha mandado una foto? ¿A nosotros?

De toda la gente que trabajaba en la redacción, me tenía que tocar a mí. Era como si tuviese un imán para las cartas que contenían noticias nefastas.

—Vale. Vamos a calmarnos, igual es una broma o algo así. ¿Había algo más en el sobre?

—No —respondí examinándolo a conciencia.

Julia alargó la mano para coger la foto.

—¡No! No la toques —la detuve.

—¿Qué pasa? No creo que sea peligrosa.

—Ya la he tocado yo. Si de verdad es Natalia Romero, es una prueba en un caso de asesinato. Mejor que no la contaminemos con más huellas.

Saqué un clínex del bolso y le di la vuelta a la instantánea. En la pequeña franja blanca de la parte inferior alguien había escrito, en letra clara y con rotulador: El Iniciado.

—¡Sabía que habría algún mensaje! —gritó Julia, que estaba apoyada en mi hombro y hacía tanta presión con las uñas que supe

que me iba a dejar marca.

—Es una firma —susurré yo.

—¡Es como los asesinos en serie de los setenta, joder! El Asesino del Zodiaco, El Hijo de Sam, Dennis Rader... A todos esos chalados les gustaba mandar cartas a los medios.

—¿Desde cuándo sabes tanto de asesinos en serie? —pregunté girándome con sorpresa.

—Ah, me encantan, tengo muchos libros sobre el tema. Algún día me gustaría escribir mi propia novela, a ver si te crees que quiero quedarme aquí toda la vida. Pero esto es real, es mucho más fuerte.

—«El Iniciado»... —leí de nuevo.

—Busca llamar la atención. Quiere que le hagamos famoso, que todos sepan que ha sido él —dijo Julia muy convencida.

Ante el escándalo que estábamos montando, no tardó en aparecer el redactor jefe, Manuel, que nos miró intrigado.

—¿Se puede saber a qué viene este alboroto? ¿Qué es lo que os tiene tan entretenidas? —preguntó con auténtica curiosidad.

—¡Nos ha llegado una carta del asesino de Natalia Romero! —berreó Julia.

En apenas tres minutos, toda la redacción formó un círculo en torno a nuestra mesa. Hubo reacciones de todo tipo: algunos entraron en modo paranoico —«¿Y si el asesino nos tiene fichados?», «¿Será una amenaza?», «¿Vendrá a por nosotros?»—; otros veían en la carta un filón para aumentar el número de lectores, y la gran mayoría se mantenía en un estado de desconcierto escéptico.

—Y ahora ¿qué hacemos? —preguntó alguien en un momento dado.

—Pues llamar a la Foral, ¿qué puñetas vamos a hacer? ¿Enmarcarla? —contestó Manuel.

—Que llame Anne, que la ha encontrado ella —propuso Julia.

Yo seguía mirando la Polaroid, que descansaba sobre mi escritorio como un grimorio maldito. Sopesé todas las preguntas que se me pasaban por la mente: ¿era real?, ¿de verdad se trataba de Natalia Romero? Y sobre todo: ¿por qué coño tenía que haber metido yo las narices en las cartas de los lectores?

—Yo llamo —sentencié.

Me alejé un poco de mis compañeros, que continuaron discutiendo si la foto era auténtica o no y si debíamos publicar algo cuanto antes, y marqué el número de Gabriel. Para mi sorpresa, contestó rápido, con el mismo tono sereno de siempre.

—¿Sí?

—¿Te pillo bien?

—Depende, ¿qué pasa, Anne? —preguntó con cautela.

Supe que me había notado algo en la voz, la sensación de urgencia. Solté todo el aire que tenía en los pulmones y contesté:

—Verás, nos ha llegado algo a la redacción. No estamos seguros, pero... parece una foto del cadáver de Natalia Romero.

—¿Estás segura?

—No. Por eso he dicho que lo parece, no puedo saber si es real, si es ella o si es una broma de mal gusto.

Le oí susurrarle algo a alguien al otro lado del teléfono.

—Vale, quédate ahí, es importante que no la toquéis.

—Tarde —confesé

—Vale. Pues no la toquéis *más* —matizó él.

—Lo prometo.

—¿Hay algo escrito? ¿Alguna carta? —preguntó impaciente.

—Sí, la foto tiene una firma.

—¿Y qué pone?

—«El Iniciado».

Gabriel guardó silencio al otro lado del teléfono y pude imaginarme que las imágenes que pasaban por nuestras mentes eran parecidas, fotogramas de una pesadilla compartida. Experimenté esa sensación de estar otra vez en un lugar que conoces, que has visitado antes y al que preferirías no tener que volver nunca.

9

El elemento discordante

7 de julio, 13.00 h

Manuel, el redactor jefe, mandó a casa al resto de la plantilla y Julia y yo nos quedamos solas sentadas sobre la mesa de plástico blanco que había frente a las nuestras. Ella estaba comiéndose un helado que había hecho aparecer de la nada y escribiendo con una mano un artículo sobre la famosa fotografía para subirlo a la web del periódico en cuanto nos dieran permiso; yo, mirando fijamente la Polaroid como si de aquella forma me fuera a sobrevenir súbitamente la revelación de todos los secretos que escondía. Sin embargo, no pasó. Julia se terminó el helado y sacó unas uvas que venían envasadas en tres kilos de plástico, y yo seguía sin haber desentrañado ningún misterio.

—No suelo comprarlas envasadas, pero eran las que tenían en la frutería de abajo —se excusó.

No la juzgué. A pesar de que los de nuestra generación éramos enemigos acérrimos del plástico —o al menos eso intentábamos aparentar en redes sociales—, era imposible ser coherente todo el tiempo. Costaba cumplir con la responsabilidad de reciclar hasta los bastoncillos mientras las empresas multimillonarias plantaban cincuenta árboles al año y culpaban a las abuelas que pedían bolsas en el súper de la inminente destrucción del planeta.

—Están un poco ácidas —comenté tras probar una uva.

—Ya lo sé. Pero es que tengo la regla, necesito comer todo el rato. Si pudiera elegir, preferiría carne. Quizá el próximo día me traiga un chuletón y lo haga en el microondas —bromeó.

—Te entiendo, a mí me da por comer sushi; es como si el cuerpo me pidiera el pescado crudo —coincidí.

—Igual es por la pérdida de sangre, o por la ansiedad —comentó Julia con la boca llena.

Observé que Manuel nos escuchaba desde una mesa cercana con el gesto torcido en un pequeño mohín de disgusto. Al ver que le miraba, agachó la cabeza y siguió tecleando.

Una media hora después, llegó Gabriel. Serio, como siempre que estaba de servicio. No me dijo nada, aunque me lanzó una mirada breve, casi de reproche, como si estuviera pensando: «Joder, Anne, en

qué follones te metes siempre». Mientras se presentaba ante Manuel, vi que aparecía por la puerta, para mi sorpresa, la cabeza pelirroja de Jone, que reprimió una sonrisa cómplice al verme.

—Vaya, cómo están los cuerpos de seguridad del Reino de Navarra —me susurró Julia mientras le hacía una radiografía a Gabriel.

No contesté y me limité a comerme otra uva.

—Buenas tardes. Soy la subinspectora Jone Etxezarreta —se presentó Jone dirigiéndose a nosotras dos—. Vosotras habéis encontrado la fotografía, ¿verdad?

Yo la miré con interés, como si no la conociera de nada. «Vaya actriz se ha perdido Almodóvar», pensé, orgullosa de mi interpretación.

—En realidad ha sido ella: Anne. Estaba mirando las cartas de los lectores y se ha encontrado la sorpresa.

—De acuerdo, Anne, ¿me acompañas un momento, por favor? —me pidió Jone.

Asentí manteniendo la cara de póquer y la seguí hasta el despacho de Manuel. Ella cerró la puerta y se sentó en la silla de oficina. En el ambiente flotaba un olor fuerte a sudor, me levanté y abrí la ventana, aunque desde fuera sólo llegaba calor y el murmullo constante de los gritos y las conversaciones que acompañaba a las fiestas como una banda sonora.

—Gabriel me ha dicho que no quieres que sepan que salís juntos —comentó Jone con una sonrisa.

—Ya sabes cómo es esto. Si mi jefe se entera, me presionará para que le saque información. Es un tipo implacable.

—La mayoría de los periodistas lo son.

—Desde luego este mundo no es como pensaba. Y tú, ¿cómo estás? Gabriel no me había dicho que habías vuelto de la baja.

—Hoy es mi primer día. No me tocaba todavía, pero con toda la que hay montada no podía quedarme más tiempo en casa.

—¿Qué tal están Unai y Leire?

—Leire..., bueno, ahí va. La maternidad es un camino lleno de baches. Nadie te lo dice, te convences de que todo será de color de rosa, pero ¡joder! Y eso que yo no he parido, aunque me basta con verla a ella. Está agotada; el niño llora, a veces no mama. Nadie duerme por las noches, estamos nerviosas. Ella se mira demasiado en el espejo, y yo, demasiado poco. Alguna vez hemos llegado hasta a olvidarnos de comer y un día incluso me quedé dormida en la bañera. Pero Unai es una alegría difícil de explicar, nunca había sentido este amor que te llena como una corriente cálida, que sabes que nunca va a desvanecerse. Como el de un perro a su humano, ese amor puro e incondicional.

Me reí ante la comparación y no pude evitar que el relato de Jone

me devolviera a una pregunta que cada vez me repetía más: ¿quería ser madre? Siempre había asumido que tendría hijos, pero, ahora que la decisión estaba cada vez más cerca, no tenía claro si de verdad era lo que deseaba o si se trataba sólo de algo que se esperaba de mí.

Ante mi falta de respuesta, Jone continuó hablando.

—Es increíble lo que el cuerpo humano puede hacer, la biología parece que lo tiene todo controlado: la piel se estira, el vientre se deforma hasta límites insospechados, todo está pensado para crear vida. Pero entonces interviene la mente, el elemento discordante. Si hay algo capaz de joderles la fiesta a la naturaleza y a su mecanismo de funcionamiento es nuestra cabeza. Me pregunto si será fruto de un error o algo así. Si en realidad no estábamos diseñados para pensar tanto. Pero, bueno, creo que me estoy pasando con el discurso existencialista. Hablemos de la foto.

—Por desgracia creo que no puedo contarte gran cosa.

—¿Soléis recibir muchas cartas en el periódico?

—No demasiadas, ahora la mayoría nos escriben por correo electrónico o por el formulario que tenemos en la web. Aun así, nos llegan algunas de lectores que prefieren el medio tradicional. Las suele recoger el portero y nos las deja aquí, igual que los paquetes de pedidos personales. Las cartas las acaban leyendo los becarios o quien dé con ellas. A veces pasan días e incluso semanas sin que les hagamos caso.

—¿Y la fotografía sólo la has tocado tú?

—Que yo sepa, sí. Nos hemos dado cuenta a tiempo, y he evitado que la cogiera alguien más.

—Bien, tendrás que venir a que te tomemos las huellas para que podamos descartarlas. ¿Os dice algo la firma de El Iniciado?

—La verdad es que no.

Jone asintió con la cabeza, estaba tomando notas en una libreta.

—Si se te ocurre algo más, coméntaselo a Gabriel —me indicó.

Cuando salimos del despacho, Gabriel se estaba despidiendo de Manuel, que se alejó poco después con el teléfono en la mano, y Julia estaba muy concentrada escribiendo en su portátil. Yo dudé durante unos segundos sobre si hablar con Gabriel. Hasta que él se acercó y me dijo bajito, muy cerca:

—Ven conmigo.

Eché un vistazo, Julia no parecía estar pendiente de nosotros. Seguí a Gabriel hasta el rellano del ascensor con toda la discreción de la que fui capaz.

—¿Estás bien? —me preguntó cuando estuvimos a solas.

—Sí. Aunque esto es una mierda. ¿De verdad se trata de Natalia Romero? —pregunté rompiendo nuestro pacto de silencio. Consideré que, dadas las circunstancias, podíamos saltarnos un poco nuestras

propias normas.

—Eso me temo.

—Qué horror...

Se acercó más y me miró con sus ojos nublados.

—Tengo que irme ya, pero no tienes que preocuparte de nada —me dijo. Después se inclinó y me besó en la frente.

Le vi desaparecer por las escaleras en silencio y pensé que podría haberme pedido algo más sencillo.

—Qué callado te lo tenías —me dijo Julia cuando regresé a mi mesa.

—¿El qué?

—Tu novio misterioso es el inspector macizo.

Adiós a mi Goya como actriz revelación. Al final no había logrado engañar a Julia.

—No digas nada, por favor —le pedí, aceptando la derrota.

—Tranquila, tu secreto está a salvo conmigo. Entiendo por qué lo haces, hay que mantener algo así lejos de las garras del jefe.

Como si de una invocación satánica se tratara, unos segundos después, Manuel entró por la puerta seguido de Fernando, quien parecía bastante alterado. Si creíamos que el día estaba siendo duro, lo mejor estaba todavía por llegar.

—¡Anne, Julia! No me puedo creer lo que ha pasado. He venido tan rápido como he podido, en cuanto me ha llamado Manuel. ¿Ya se la han llevado? ¿Tenéis fotos?

—Yo he hecho una de extranjis, claro que no la podemos publicar... —anunció Manuel.

Pensé que si Gabriel se enteraba no le iba a hacer ninguna gracia. La ética profesional brillaba por su ausencia.

—Eso da igual, quiero verla —dijo Fernando al tiempo que le quitaba el móvil a Manuel con impaciencia—. ¿El Iniciado? —preguntó, pronunciando el nombre muy despacio.

—Algún loco de los cojones —comentó Manuel.

Fernando se quedó unos instantes más mirando el móvil. Después recuperó el entusiasmo inicial.

—¿Qué ha dicho la Foral? Saben que lo vamos a publicar, ¿verdad?

—Han pedido que por el momento no revelemos la firma, quieren hablar primero con la familia de Natalia por si les suena de algo —respondió Julia.

—O sea, ¿que han confirmado que es ella?

—No lo han dicho, aunque todo parece indicar que sí.

—Bien. Voy a hacer una llamada, a ver si averiguo algo más. ¿Algún otro dato interesante?

—He estado pensando en lo del alias... ¿Y si tiene que ver con alguno de esos juegos de rol que se vieron hace años? ¿O con rituales

para entrar en una banda? Ya sabéis, lo de matar a alguien de forma aleatoria —contestó Manuel.

—¡Me gusta! Por ahora le haremos caso a la Foral y no revelaremos la firma. Al menos en unas horas. Aunque podéis mencionar que, por el material que hemos recibido, podríamos estar ante un caso así: rol, bandas... Haced dos artículos diferentes.

—Pero eso... no es más que una suposición. No tenemos nada contrastado ni sabemos si la policía baraja esa hipótesis —dije yo.

—Sólo hace falta saber plantearlo bien. Por ejemplo: «La firma de la fotografía a la que ha tenido acceso este periódico puede tener similitudes con las de casos acontecidos en el pasado relacionados con... bla, bla, bla». No decimos ninguna mentira. ¡Además, esto es la guerra, Anne!

Fernando desapareció tras la puerta de su despacho, y en la trinchera de aquella guerra —no sabíamos muy bien contra quién—, nos quedamos Julia y yo durante una hora más. Lanzamos el primer artículo, programamos el segundo y salimos a la calle. El cielo se había cubierto y un calor pegajoso se había apoderado de la ciudad. Caminamos juntas un rato; me preguntó sobre Gabriel; hablamos del último capítulo de una serie. Estaba llegando al apartamento cuando me sonó el teléfono. Era un número que no tenía guardado en la agenda.

—¿Hola? —contesté.

—Hola, ¿Anne?

—Sí, ¿quién es?

—Soy Ángel Hernando.

—Perdona, pero ¿de dónde llamas?

—Verás... No sé muy bien cómo decirte esto. Tampoco sé si recibiste mi carta. Soy... Bueno, soy tu padre.

Como Luke Skywalker al escuchar la famosa frase, me quedé petrificada. No en una estación espacial en una galaxia muy lejana, pero sí en mitad de una calle de Pamplona. Ya no notaba el calor, ni el ruido, ni la música que llenaba la ciudad. Aquello que había estado evitando, que había relegado a un cajón, que había escondido en un rincón de la mente, había terminado por alcanzarme. Brutal como un atropello, sin piedad, sin preparación. Podría haber colgado en aquel momento, podría haberme negado a hablar, haber bloqueado el número. Pero, por algún motivo, no lo hice.

10

Las buenas costumbres

7 de julio, 19.00 h

Gabriel agradeció que Mendive continuara siendo partidario de quedar en bares, en lugar de en un despacho, y acompañar las conversaciones de trabajo de café y chistorra. Desde que hacía unas horas se había publicado la noticia sobre la fotografía que habían recibido en *La Crónica de Navarra*, la comisaría se había convertido en un hervidero de llamadas que se sumaban al trabajo habitual con el que ya cargaban en San Fermín. Por lo que la propuesta de su excompañero para verse en un bar de las afueras había sido como un salvavidas. Gabriel había aceptado sin pensárselo y había dejado a Eraso y a Jone en la comisaría: uno encargado de ayudar en la gestión de la comunicación, y la otra pendiente de posibles resultados de los análisis de dactiloscopia de la Polaroid.

Aparcó el 4×4 negro cerca del bar de Barañáin donde habían quedado. Allí, era posible escapar de la masificación de la mayoría de los locales del centro de Pamplona. Cuando entró en la taberna, vio que reunía todas las características que tanto le gustaban a Mendive: tenía pinta de llevar allí toda la vida, la barra estaba rodeada de taburetes raídos y tras ella un camarero en camisa de manga corta secaba un vaso de forma distraída mientras veía un programa de la televisión local en la pequeña pantalla que colgaba de una de las paredes. Dos hombres que pasaban los sesenta años comentaban el encierro de aquella mañana carajillo en mano. Gabriel se sentó a una mesa junto a la ventana y pidió un *pintxo* de tortilla y un café solo para él, y uno de chistorra y una Coca-Cola para Mendive. El camarero era parco en palabras, pero tardó poco en servir la comanda.

—Veo que no pierdes el tiempo —saludó Mendive al entrar.

—Y tú sigues tan impuntual como siempre.

Mendive se sentó delante de él y apoyó los codos en la superficie pegajosa de la pequeña mesa.

—Pensé que la puntualidad vendría con el cargo, pero se ve que no.

—Lo único que viene con el cargo son canas prematuras y ojeras. Aunque tú por lo menos no tienes que preocuparte de las canas.

—Ventajas de quedarse calvo —respondió Mendive atacando el

pintxo que Gabriel había dejado frente a él—. Aunque no te he llamado para hablar de mi pelo.

—Eso espero, sería una conversación muy corta.

Mendive soltó una carcajada que hizo que pequeños fragmentos de chistorra le salieran disparados de la boca.

—He visto las noticias y he oído hablar de tu foto. ¿Es verdad eso que están diciendo de que puede ser un juego de rol o un rito de iniciación de alguna banda? —preguntó sin dejar de masticar.

Gabriel removió el café y soltó un suspiro.

—Esa noticia ha salido de *La Crónica de Navarra*, ellos recibieron la foto y son los únicos aparte de nosotros que han visto la firma del sospechoso. Así que imagino que han empezado a hacer conjeturas, y el rumor se ha extendido rápido. Pero lo cierto es que tampoco tengo datos para desmentirlo.

—O sea, que es verdad eso que le ha dicho el jefe a la prensa de que «se están explorando todas las posibilidades».

—Por desgracia, sí. Todas las líneas de investigación están abiertas, no tenemos nada sólido.

Mendive se quitó la gorra y se pasó la mano por la cabeza. El bar no tenía aire acondicionado y los ventiladores del techo no eran suficientes para mantener a raya el calor asfixiante que impregnaba el ambiente.

—¿Y la foto? ¿No hay huellas?

—Aún no lo sabemos. Anne se ha pasado hace un rato por la comisaría para que le tomáramos las suyas. En teoría es la única que la ha tocado. Aunque a saber por cuántas manos ha pasado el sobre: en correos, el cartero, el portero, en la redacción... Jone está intentando localizarlos para descartar huellas. Pero me extrañaría que quien lo haya mandado haya sido tan descuidado como para pasar por alto un detalle así. En el escenario del crimen no encontramos ni una sola evidencia. Cagarla con algo tan obvio sería ridículo.

—No desesperes, una foto es un imán para las huellas. Hasta el tipo más listo puede meter la pata. Más de uno ha acabado en la trena veinte años después por un descuido como ese.

Gabriel asintió y dio un trago al café. Era cierto que las huellas dactilares podían ser muy evidentes en la superficie de una fotografía; de hecho, el sudor y la grasa del cuerpo hacían que se quedaran impresas en la mayoría de las superficies que alguien tocaba. En algunas, las huellas se apreciaban a simple vista, y en las que no resultaban patentes, se utilizaban diferentes métodos de revelado, entre ellos la fluorescencia, los famosos polvos de revelado que aparecían en todas las series de policías del mundo, o técnicas de laboratorio.

—BTK —dijo de repente.

—¿Qué?

—Tu comentario me ha hecho acordarme de BTK: las siglas de *Bind*, *Torture*, *Kill*, que en inglés significa «atar, torturar y matar». Era el nombre que se puso a sí mismo Dennis Rader, un asesino en serie que mató a diez personas a lo largo de casi veinte años en Wichita sin que le atraparan. Mandaba a los medios cartas en las que firmaba como BTK. Trece años después de su último asesinato, cuando la policía no tenía ya esperanzas de cogerle, volvió a mandar cartas y paquetes, sólo que esta vez empezó a cometer errores y, además, para entonces la tecnología había evolucionado y permitía ir más lejos en las investigaciones. Al final le pillaron porque mandó un disquete con un archivo de Word que se podía rastrear. Fue un error de principiante.

—Joder, menudo chapuzas. Pero eso refuerza mi teoría: casi siempre cometen errores. Aunque hay cosas que los disimulan, y el fuego es una de ellas. Por eso te he llamado.

—¿Es por el caso de Viana?

—El mismo. No creo que puedas ayudarme mucho, y ya sé que en la central estáis todos muy liados entre sanfermines y todo eso, pero si alguien puede darme una idea, o por lo menos escucharme, ese eres tú. Aunque me joda reconocerlo, eres el mejor.

Gabriel contuvo una sonrisa. Se alegraba de que Mendive le involucrara en su caso, de los ratos de aire fresco que le proporcionaba. Echaba de menos su etapa en la comisaría de Estella, la tranquilidad relativa en la que había vivido hasta poco más de un año antes. Ahora todo había cambiado, apenas visitaba a sus padres en el pueblo, se le acumulaban las responsabilidades, la presión, que se había convertido en un peso en el pecho imposible de aligerar que le acompañaba cada día.

—Me encanta oírte decir eso. A ver, ¿qué quieres de mí? —respondió.

—Bueno, ya te conté el otro día las dificultades que estamos teniendo para identificar a mi víctima. El odontólogo forense me dijo que podríamos extraer ADN de la pulpa de algunas de las muelas. Por lo visto, los dientes en general resisten bastante al fuego, y los molares en concreto, más. Supongo que en los próximos días debería tener una muestra de ADN que se pueda comparar con el banco de ADN o con supuestos familiares, si los hubiera. El caso es que algunas pertenencias personales que estaban en una especie de bodega de la casa resistieron más o menos al fuego, que allí no fue tan agresivo. Nada importante: un par de novelas del oeste medio calcinadas y una biblia. La ropa estaba arriba y la habían quemado, casi diría que a propósito, y en el sótano no había nada más. Resulta que, dentro de la biblia, aunque las tapas habían ardido, encontramos un dibujo. Entre el fuego y el agua de los bomberos, los libros se quedaron hechos un

cromo, pero, al estar oculto entre las páginas, el dibujo aguantó mejor.

—¿Crees que la víctima pintaba?

—No lo creo. Me recuerda más al dibujo de un niño, quizá de unos diez o doce años, o de alguien que está aprendiendo a hacer dibujos realistas —respondió mientras le tendía su teléfono móvil.

La pantalla mostraba un primer plano de un dibujo pintado con lápices de colores que tenía ahora un aspecto desvaído. Un lateral del folio estaba ennegrecido por el fuego o el humo, y el papel se veía amarillento y arrugado por el efecto del agua. El centro de la composición lo ocupaba una casa blanca, con tejado a dos aguas y múltiples ventanas; la puerta era semicircular y de color rojo. Alrededor se veían árboles y praderas verdes, como si estuviera en medio del campo. Como había indicado Mendive, no era el dibujo de un niño pequeño, pero tampoco el de un experto. La perspectiva no era del todo buena, los trazos eran vacilantes. Sin embargo, la casa resultaba bastante realista, como si fuese una representación de un paisaje auténtico.

—Suponiendo que sea algún lugar real, podría tratarse de cualquier sitio del País Vasco o de Navarra —señaló Gabriel.

—Sí. Eso me temo. Lo curioso es que está firmado. Mira.

La fotografía cambió y mostró ahora una ampliación de una de las esquinas inferiores del papel, donde estaba escrito, sobre el suelo de hierba verde y con letra claramente infantil: «Luis. Alejandría, 1994».

—Parece la letra de un niño, ¿tal vez su hijo? —aventuró Gabriel.

—Es posible. He pensado que Alejandría podría ser el nombre de la casa, la finca o algo así. Pero no he encontrado nada.

—Es un nombre curioso, era una ciudad de Egipto. Famosa por su biblioteca y su faro.

—Lo sé, Palacios. No he ido a la universidad, pero me encantan los documentales.

—Creo que de todas formas no te va a servir de mucho, tu mejor baza sigue siendo el ADN.

Mendive bloqueó el teléfono y lo dejó de nuevo encima de la mesa. Parecía agotado. Aquellos sanfermines habían llegado arrollando con todo. Gabriel sabía que su excompañero era muy devoto del santo y que habría preferido estar en los encierros o con la cuadrilla tomando vinos, y no encargándose de un cadáver calcinado sin identificar.

—Estos días están siendo una mierda —se quejó Mendive, como si le hubiera leído el pensamiento—. Aunque por lo menos he podido escaparme a ver la procesión esta mañana, eso no me lo quita ningún puñetero desgraciado que se dedique a quemar gente.

—¿Qué vas a hacer con el dibujo? —preguntó Gabriel.

—Nada, supongo. En semejante estado, no han podido sacar huellas de ningún objeto. Y es imposible localizar una casa que ni siquiera

sabemos si existe por el dibujo de un chaval de hace casi treinta años.

—Fotografías y dibujos... —murmuró Gabriel.

—¿Crees que deberíamos pasar al vino?

—Estamos de servicio.

—Habla por ti —dijo Mendive y le hizo un gesto al camarero.

Mientras él pedía un crianza, Gabriel escuchaba la conversación de los dos hombres que continuaban junto a la barra. Hablaban ahora de la nieta de uno de ellos, que había nacido hacía unos meses. De fondo, se oía un programa especial de sanfermines en el que estaban entrevistando a transeúntes en el centro de la ciudad. Por un momento sintió que todo aquello era un decorado, que estaba dentro de una burbuja y nada en el bar era real. Miró por la ventana y notó el pulso acelerado. Quizá fuera el efecto del café, quizá que las circunstancias estaban haciendo mella en su moral de hierro y que la maldad por fin estaba consiguiendo abrirse paso en su mente o que, por primera vez en su vida, no se veía capaz de gestionarlo todo.

11

Papá

7 de julio, 20.30 h

Paloma y yo estábamos convencidas de que todos teníamos traumas infantiles. Si uno hurgaba bajo la superficie, podía encontrar grietas hasta en la infancia más idílica. Resquicios entre los que se colaban momentos extraños o infelices en apariencia insignificantes, pero que se quedaban grabados en la memoria y te asaltaban cuando menos lo esperabas: mientras hacías cola en un Burger, cuando limpiabas el plato de la ducha... En mi caso, no era necesario profundizar demasiado: mi infancia había estado marcada por la ausencia de mi padre. Fue una sensación constante, que siempre me acompañó, pero que casi pasó desapercibida los primeros años. No hubo una desaparición dramática, ni me abandonó en mi quinto cumpleaños, ni trabajaba todo el día como en las películas navideñas americanas.

Cuando cobré consciencia de que faltaba en casa, cuando reparé en los padres de mis amigos en sus cumpleaños, acudí a mi madre. Aunque nunca me dijo toda la verdad. Tampoco sé si llegó a mentirme, porque no tenía con quién cotejar su historia. Al llegar a la adolescencia, las conversaciones con ella se volvieron más profundas y fue entonces cuando supe que había conocido a mi padre en la universidad y que él desapareció poco tiempo después de enterarse de que estaba embarazada, que no quiso saber nada de mí. Una historia escueta, que no obstante asimilé sin mayor problema. Dejé de hacer preguntas. Quizá porque en cierto modo me daba miedo ponerle cara, nombre, oficio, descubrir que era una decepción. Prefería que continuara siendo un ente abstracto al que pudiera atribuirle a capricho miles de rostros, virtudes y defectos.

Y así viví durante más de veinticinco años, con crisis puntuales que, tras terminar, volvían a dejar sitio a la indiferencia. Hasta el día en que llegó la carta. Sin previo aviso, me vi obligada a enfrentarme a la realidad... Mi padre era una persona de carne y hueso que vivía fuera de mi imaginación. Tenía un solo nombre, una sola cara. Y mientras caminaba entre la multitud blanca y roja camino de nuestra cita, el peso de aquella materialización repentina se posaba sobre mi pecho ejerciendo una presión imposible de ignorar, que me cerraba la

garganta y hacía que la saliva se volviera tan espesa que me costaba tragar. Debía afrontar todo lo que había reprimido, todo lo que había aprendido a ignorar.

Entré en el bar donde habíamos acordado vernos con la sensación de que el corazón me latía en los oídos. A pesar de que no se encontraba en el centro, el local estaba bastante lleno. La mayoría de las mesas se hallaban ocupadas por grupos de amigos que charlaban y bebían entre risas. Recorrí la estancia con la mirada hasta que le encontré. No sentí nada especial, ningún reconocimiento marcado por el vínculo biológico que nos unía. Simplemente, era el único hombre sentado solo. Me acerqué despacio, evitando el contacto visual. No sabía qué decir, qué hacer. Lamenté haber rechazado el ofrecimiento de Paloma de acompañarme.

—¿Anne? —preguntó cuando llegué a la mesa.

—Sí.

Me senté sin mirarle todavía a los ojos y le pedí un crianza al camarero.

—¿Te gusta el vino? —preguntó con aparente naturalidad.

—Eh... Sí, claro —respondí.

—He hecho varios cursos de sumiller, ¿sabes? En Francia.

Asentí con la cabeza y por fin me decidí a escrutar su rostro. Analicé sus facciones buscando similitudes con las mías: ¿quizá nos dábamos cierto aire en la nariz?, ¿o tal vez un ligero parecido en la forma de los pómulos? No estaba segura, resultaba difícil reconocer mis propios rasgos en un extraño. Era mayor que mi madre —o al menos me dio esa impresión—, tenía el pelo bastante canoso y despeinado e iba vestido como un arqueólogo recién llegado de explorar El Dorado.

—¿Vives en Francia? —pregunté mientras esperaba impaciente la bebida.

Pareció alegrarse por mi interés y esbozó una breve sonrisa.

—Sí. Soy profesor de Historia en Lyon.

Eso explicaba el conjunto de Indiana Jones.

—Yo soy periodista. Trabajo en *La Crónica de Navarra* —dije por decir algo.

El camarero se acercó y dejó la copa de vino en la mesa. Los dos nos quedamos callados. Debíamos de ser las únicas personas en todo el local que no sabían de qué hablar.

—Es un oficio bonito, el periodismo. Aunque, claro, en estos días las cosas han cambiado mucho.

—Ya.

Se removió nervioso en la silla.

—Verás... Anne. ¡Qué difícil es esto! No sé por dónde empezar.

—¿Tengo hermanos? —pregunté yo a bocajarro.

Me había cansado de aquella absurda charla intrascendente y, con

un aplomo que ni yo misma reconocía, fui al grano. Quería saber la verdad, el complemento a la escueta versión de mi madre, que en aquellos momentos estaba de voluntariado en Perú, completamente ajena a mi cita con mi progenitor.

—Veo que eres directa, me gusta, me recuerdas a tu madre. No, no tienes hermanos, estoy casado desde hace unos años y mi pareja tiene hijos, pero yo... Bueno, sólo te tengo a ti.

—Vale.

—Supongo que querrás saber lo que ocurrió, así que lo mejor será que empiece por el principio. Tu madre y yo nos conocimos en la universidad, allá por los ochenta. Ella estudiaba Medicina, y yo, Historia. Éramos muy diferentes: ella venía de una buena familia y yo estudiaba de milagro gracias a la caridad de mi tía. Mi madre falleció cuando yo era pequeño, y mi padre, tu abuelo, murió de cáncer después de pasarse toda la vida partiéndose el lomo en los Altos Hornos de Bilbao. Mi hermana mayor y yo nos fuimos a vivir con la hermana de mi padre.

—Espera, ¿tengo una tía?

—Sí, se llama Maite y vive aquí, en Pamplona. El caso es que tu madre y yo veníamos de ambientes muy diferentes: una señorita de Donosti y el hijo de un pobre operario de los hornos, éramos una pareja peculiar. Tu madre tenía un coraje que no he visto en nadie más. Tenía rasmia: ímpetu, energía, decisión. Salimos durante un tiempo y la cosa fue bien. Luego... yo me fui a Francia. Y la relación se acabó.

—Pero yo no nací hasta años más tarde, ¿no?

—Así es, al cabo de unos años, Marga y yo retomamos el contacto y vino a verme a Francia. Pasamos juntos unas semanas ese verano. Luego ella volvió a España y, unos meses más tarde, supe que estaba embarazada.

—Y entonces desapareciste.

—¿Eso es lo que te ha contado tu madre? —preguntó con tristeza—. Supongo que me lo merezco. Aunque no fue exactamente así como ocurrió. Le pedí a tu madre que viniera conmigo a Francia, que empezáramos una vida juntos, pero ella no quería irse de España y yo tampoco quería volver aquí. Y así acabó todo. Te prometo que intenté ponerme en contacto con ella varias veces, sólo que no lo logré. Pasado un tiempo, reconozco que quise olvidarlo, aunque me enteré de tu existencia, claro. Teníamos amigos en común. Los primeros años pensé en ir a verte, y sin embargo... nunca lo hice. Después me sentía demasiado avergonzado. Aun así, quiero que sepas que no he dejado de pensar en ti, nunca.

Cuando terminó de hablar, tenía los ojos vidriosos. Yo permanecí impasible. Si aquella era su gran excusa, resultaba bastante floja:

desgana y vergüenza, falta de interés. Una versión que añadía algunos matices a la historia de mi madre, pero que distaba mucho de lo que yo esperaba escuchar.

—¿Y por qué me has buscado ahora, al cabo de tantos años?

Se revolvió el pelo canoso con una mano, incómodo.

—Es la primera vez que regreso a España desde entonces. Mi tía ha muerto. No nos llevábamos muy bien desde que me marché. Y pensé que, ahora que ya serías adulta, nos entenderíamos. Te busqué en redes sociales y vi que estabas viviendo en la vieja casa del pueblo de tu madre. Pensé en escribirte un mensaje, pero... me parecía muy frío. Quizá incluso pensaras que se trataba de una broma o algo así. Al final me decidí por la carta, quería darte la opción de elegir, y soy un romántico, no puedo evitarlo. Al no tener respuesta, bueno, sé que esto está muy mal... Vi tu teléfono en LinkedIn y contacté contigo. No quería irme de nuevo sin conocerte.

Las palabras acudían a mi boca como veneno. Sin embargo, no dije nada. No había llegado hasta allí para hacerle reproches, ni para gritarle o discutir. Me había prometido a mí misma considerar una posible conciliación, o al menos un primer paso hacia algo similar, no obstante, no me lo estaba poniendo nada fácil. Todo lo que llegaba a mis oídos eran excusas, ni una palabra de arrepentimiento. Respiré un par de veces antes de contestar e intenté mantener mi tendencia al sarcasmo bajo control.

—O sea, que es la primera vez que vuelves a España en...

—Más de treinta años, sí.

—El vino francés debe de ser muy bueno.

Mierda. Me había durado poco el autocontrol. Aun así, no se desanimó.

—Sé que tienes mucho que asimilar. Te propongo que hagamos una cosa: tómate el tiempo que necesites y, si más adelante te apetece, podemos volver a vernos. Entiendo que esto no es fácil. Me sorprende que Marga te haya dejado venir...

—Mi madre no sabe nada —puntualicé, medio como información, medio como amenaza.

—¡Ah! Bueno, eso lo explica todo. Prométeme que por lo menos lo pensarás. Lo de vernos otra vez. Estaré aquí todavía unas semanas.

—Lo pensaré —prometí.

Me dispuse a levantarme para pagar la copa de vino, pero él me lo impidió.

—Por favor, déjame invitarte —insistió con un semblante muy serio.

No me resistí. A fin de cuentas, era lo menos que me debía después de veintiséis cumpleaños ausente. Nos despedimos con la misma frialdad con la que nos habíamos saludado: nada de contacto físico y apenas contacto visual. Hice vagas promesas sobre un próximo

encuentro, aunque lo cierto era que todavía no me había formado una opinión sobre él.

Cuando abandoné el local, me dieron ganas de vomitar. Agradecí que se hubiera quedado en el bar, que me hubiera ahorrado el momento incómodo de tener que caminar juntos un tiempo por la calle. No conseguía asimilar que aquel profesor de Historia afincado en Francia fuera mi padre. Era cierto que no parecía mala persona, ni un delincuente ni nada semejante. Aunque, por otro lado, casi lamentaba que detrás de su desaparición no hubiera una historia dramática, que no existiera una gran justificación para su falta de interés en mí. Encontré su historia simple, tan desprovista de pasión que no pude evitar pensar que aún no sabía toda la verdad. Y ahora, la pelota estaba en mi campo. El movimiento siguiente me tocaba a mí: debía decidir si seguía indagando o si me olvidaba de él para siempre.

12

Cuando el río suena

8 de julio, 7.50 h

—¿Cuánto tiempo crees que lleva en el río?

—Es difícil de precisar..., pero por el estado del cuerpo diría que no mucho. A simple vista no se aprecian cambios significativos producidos por efecto del agua.

Gabriel se acuclilló junto a Lasarte y contempló de cerca al chico que habían sacado del río Arga hacía menos de una hora. Era joven, tenía el cabello corto y rubio, y la ropa blanca llena de salpicaduras de sangre. Al cuello aún llevaba atado un pañuelo rojo con el escudo de Navarra.

—¿Sabemos quién es? —preguntó el juez Bernal.

—Aitor Ruiz de Azúa, veinte años. Los de la Científica han encontrado la cartera en un bolsillo con la documentación, una tarjeta de crédito y setenta euros en efectivo. Ni rastro del teléfono, pero no parece que se tratara de un atraco —respondió Gabriel.

—¡Jesús, yo no sé qué le habremos hecho al santo, pero estos sanfermines están siendo de traca! —se lamentó el juez.

El cuerpo había aparecido en el agua, varado entre unas ramas junto a la orilla. Un turista lo había encontrado cuando volvía de fiesta. Gabriel había acudido tras recibir una llamada que le había arrancado de un sueño profundo poco habitual en él, que rara vez se levantaba pasadas las seis de la mañana.

Se había quedado en la comisaría hasta bien entrada la noche, revisando los mismos informes una y otra vez, sin llegar a ninguna conclusión pero incapaz de dejarlo. Cuando finalmente se dio por vencido y regresó al apartamento, se encontró con Anne, que lo esperaba levantada. Llevaban tiempo sin coincidir despiertos en la casa, compartiendo un mismo espacio pero horarios opuestos, sin tiempo para hablar, mirarse a los ojos, besarse. Decidieron aprovechar aquel reencuentro en su propia casa, disfrutarse durante unas horas en la cama. Cuando estaban a punto de abandonarse al sueño, Anne, apoyada en su pecho, había roto su pacto un momento y le había preguntado por todo lo que estaba ocurriendo. Él le contó lo único que sabía a ciencia cierta: no tenían nada.

Lo siguiente que recordaba era haberse despertado desnudo, sudando por el contacto con el cuerpo de Anne bajo las sábanas, y haberse levantado para contestar la fatídica llamada que le había llevado a la orilla del Arga. Al principio pensó que quizá se tratara de una muerte accidental. Sería una tragedia también, pero, siendo egoísta, no añadiría más presión a su situación actual. Sin embargo, al llegar al escenario y ver el cuerpo, esa posibilidad se esfumó en cuestión de segundos.

—Resulta bastante claro que le han agredido. Presenta múltiples heridas contusas en la cara y el cráneo y fractura craneofacial con hundimiento en la región fronto-temporal derecha. Diría que las lesiones han sido producidas con un objeto contundente, y, desde luego, no se trata de un accidente. Aun así, como siempre, sabremos más sobre la causa de la muerte cuando hagamos la autopsia. Teniendo en cuenta que hemos encontrado el cuerpo en el agua, no podemos descartar nada —comentó Lasarte.

—Desde luego tiene la cara hecha un cromo, eso lo veo hasta yo —añadió el juez Bernal, que, pese a haber perdido parte del mal humor del primer día, seguía sin fiarse demasiado del joven forense.

Gabriel se abrochó la chaqueta; el calor sofocante de los días anteriores parecía haber abandonado la ciudad, que había amanecido con un cielo plomizo y una temperatura inferior que se hacía más evidente junto al río. El Arga rodeaba la ciudad como un foso se dibuja en torno a un castillo, serpenteando entre puentes y parques. El nuevo escenario no quedaba muy lejos de la plaza de toros, donde, en pocos minutos, terminaría el segundo encierro de las fiestas. A unos metros estaba el puente medieval de la Magdalena —por cuya calzada de piedra llegaban los peregrinos a la ciudad— y siguiendo el curso del Arga hacia arriba, se encontraban el Club de Natación y las sinuosas pasarelas que atravesaban el río y que, en invierno, cuando el torrente de agua casi cubría la superficie de cemento, daba respeto cruzar. En la otra ribera, frente al puente se ubicaba un convento y el paisaje se transformaba y daba paso a huertas y granjas.

—Ya discutiremos la causa de la muerte cuando tengas el informe de la autopsia —sentenció Gabriel.

—Puede que se tratara de una pelea —comentó Eraso.

Gabriel había evitado despertar a Jone, quien, desde que había nacido Unai, ya disfrutaba de pocas horas de sueño.

—Revisaremos los avisos de incidentes en la zona.

—Pero ¿no podrían haberse deshecho del cuerpo en un punto más retirado? —preguntó el juez.

—Diría que no, ahora en verano apenas hay corriente.

—Exacto. El Arga tiene un régimen fluvial que se podría clasificar como pluvio-nival —intervino Lasarte—. Es decir, que alcanza su

caudal máximo entre noviembre y abril, porque...

—¿Qué me estás contando ahora, Lasarte? —le interrumpió Bernal.

—Lo que quiere decir es que, habitualmente, en estas fechas el río lleva muy poca agua —medió Gabriel—. Además, más arriba están las pasarelas y el Club de Natación y hay incluso zonas en las que el caudal es tan bajo que se han formado pequeñas playas de piedras. El cuerpo no hubiera llegado hasta aquí.

Antes de que Bernal pudiera replicar, un agente joven y uniformado se acercó dando pasos rápidos y cortos desde uno de los coches patrulla.

—Perdón, no quiero interrumpir, pero es que está empezando a llegar la prensa —informó en tono de disculpa.

—¡Me cago en la prensa y en toda su familia! —bufó Bernal.

—¿Qué esperabas? ¿Que no se enteraran? —preguntó Gabriel con ironía. La falta de paciencia del juez estaba empezando a ponerle de los nervios. Era capaz de sacarlos de quicio a él, al forense y hasta al muerto, si se descuidaban.

—Ya no sé ni lo que espero, Palacios. Dos muertos en cuarenta y ocho horas, y en San Fermín, una fotografía de una víctima... El año que viene me jubilo. ¡Como hay Dios que me jubilo! —protestó mientras se alejaba en dirección al coche.

—A este paso me jubilo yo también. Pero de momento, si te parece bien, *Palacios* —dijo Eraso imitando a Bernal—, voy a echar un ojo al albergue que hay aquí al lado, por si alguien sabe algo.

—Sí, claro. A ver si esta vez tenemos suerte.

Gabriel se quedó a solas con Lasarte, que continuaba en cuclillas, examinando el cadáver con detenimiento.

—Siento mucho lo de Bernal. Normalmente no es así —se disculpó —. Lo que pasa es que tiene poca paciencia, lo quiere todo resuelto en el momento. Es más de hechos que de datos.

El forense no parecía prestarle mucha atención, tenía el ceño fruncido y había sacado unas pinzas con las que, muy concentrado, estaba levantando el pañuelo rojo del cuello de la víctima.

—¿Pasa algo? —preguntó Gabriel—. Cuanto antes nos vayamos de aquí, mejor.

A pesar de que la vegetación de la ribera les ofrecía cierta protección ante posibles miradas curiosas y de que habían establecido un perímetro de seguridad, Gabriel no terminaba de estar tranquilo sabiendo que los periodistas revoloteaban por allí.

—No estoy seguro. Pero estoy viendo algo que...

Lasarte alzó la mirada y sacudió la cabeza, como si intentara alejar un mal pensamiento.

—Es el cuello... —murmuró ensimismado.

—¿Qué hay en el cuello?

—Bueno, ¿ves la cadena que lleva?

—Sí, claro —respondió Gabriel al tiempo que se inclinaba para observar más de cerca.

Al retirar el pañuelo rojo, había quedado a la vista una gruesa cadena plateada, que hacía juego con los pendientes en forma de aro que adornaban las orejas.

—Vale. Y, ahora, ¿ves esa pequeña marca? —preguntó el forense señalando el cuello de la víctima.

—Sí. ¿Qué significa?

Lasarte volvió a sacudir la cabeza y Gabriel empezó a ponerse nervioso. Intuía lo que estaba a punto de decir.

—Esto no es concluyente, ni mucho menos. Pero parece una equimosis figurada, una marca que la cadena ha dejado al clavarse o pinzar la piel. Podría producirse si se ejerciera una presión sobre el cuello...

—Como en una estrangulación antebraquial —completó Gabriel con un hilo de voz.

El forense asintió apesadumbrado.

—Si le hubieran comprimido el cuello con el antebrazo, no habría marcas de estrangulación, pero la cadena podría haber lesionado la piel.

Gabriel sintió que empezaba a darle vueltas la cabeza.

—¿Y los golpes?

—Puede que el intento de estrangulamiento fallara, que la víctima se resistiera e hiciera falta emplear más violencia, no lo sé. Ni siquiera sé si estaba vivo cuando le tiraron al agua. Estoy sacando conclusiones precipitadas, y no suelo hacerlo. No digas nada de esto hasta que tenga los resultados de la autopsia.

—Natalia Romero era mucho más pequeña. La estrangulación antebraquial es limpia, casi no deja rastro, permite al agresor estar en una posición de superioridad. Pero Aitor... tendría más fuerza y quizá se soltó, intentó pelear —susurró Gabriel más para sí mismo que para Lasarte.

—¿De verdad crees que podría tratarse del mismo asesino? —preguntó el forense.

—No lo sé. Pero... hay una posibilidad. Aunque a primera vista ni los crímenes ni las víctimas parecen guardar relación.

Lasarte se colocó las gafas en un gesto nervioso y, a pesar de que debían tener más o menos la misma edad, a Gabriel le dio la sensación de que se asemejaba a un estudiante. Tan alto, delgado, con el pelo revuelto y vestido como si hubiera elegido las prendas con los ojos cerrados.

—Y en la fotografía que recibió la prensa, ¿no había huellas? —preguntó.

—No. No hemos conseguido sacar nada.

Lasarte asintió en silencio, y Gabriel supo que los dos estaban pensando lo mismo.

—Si... Bueno, si sospecháramos que este crimen pudiera estar relacionado con el de Natalia Romero, eso querría decir que...

—Que podríamos tener un asesino en serie suelto en San Fermín —dijo Gabriel verbalizando la idea que les rondaba la cabeza, materializando el miedo que se había expandido como un gas venenoso desde que Lasarte había señalado aquella marca en la piel de la víctima.

—En San Fermín, Pamplona recibe cientos de miles de turistas —susurró el forense—. Por mucha vigilancia que haya, es imposible controlarlo todo.

—Si de verdad estamos en lo cierto —continuó Gabriel—, no tendremos que enfrentarnos sólo a un asesino, sino al sensacionalismo de los medios y al pánico colectivo. Ojalá nos equivoquemos. De lo contrario, en las próximas horas toda la ciudad se sumirá en el caos.

13

Lealtades

8 de julio, 13.00 h

A pesar del jaleo, mi abuela insistió en que tomáramos el vermut en pleno centro. Me esperaba en una de las mesitas exteriores del bar Gaucho, cerca de la plaza del Castillo. Iba vestida con pantalones y camisa de lino blancos, pañuelo rojo, manicura acrílica a juego y alpargatas de cuña alta. En aquella ocasión había elegido teñirse las puntas del pelo blanco de un ligero color azul y ponerse unas gafas de pasta negras de Prada. A pesar de su diminuta estatura, resistía impasible entre la multitud que revoloteaba a su alrededor con copas en la mano. No cedía ni un centímetro de terreno a nadie, defendía la mesa con ahínco. Era una buena metáfora de su actitud ante la vida: tenía un carácter férreo, hacía siempre lo que quería y cuando quería. Esperaba que el mundo se amoldara a ella. Y de alguna forma, lo acababa consiguiendo.

—¡Siempre llegas tarde! —me recriminó nada más verme.

—Te recuerdo que en teoría estoy trabajando y me he escapado de la redacción para verte.

—Ya tendrás toda la vida para trabajar, a mí no me quedan tantos años, hija —respondió en tono melodramático.

Puse los ojos en blanco. Desde hacía unos meses, le había dado por insinuar cada dos por tres que se moriría pronto. Mi madre decía que lo hacía para llamar la atención. Y es que a sus ochenta y tres años, quitando algunos dolores de espalda, gozaba de una salud envidiable. De hecho, a veces creía que tenía una mente bastante más lúcida que la mía.

—¿Has llegado hace mucho de San Sebastián? —pregunté para cambiar de tema.

—Esta mañana. He venido en coche con Puri, que, por cierto, conduce como una loca. ¡Menos mal que no nos han parado los guardias! Que ya no estamos tan de buen ver como para que nos quiten la multa...

—¿Y qué tal en casa de Marisa?

—¡Ah, muy bien! Nos esperaba con el desayuno listo y todo para cuando hemos llegado. Y luego iremos a la verbena, a ver si nos

echamos unos *bailecicos* —respondió mientras cogía una copa que parecía *txacolí*—. Ah, he pedido unos *pintxos*, seguro que te gustan: tostada de *foie*, croquetas...

Sonreí agradecida por las atenciones. Necesitaba mejorar aquel día, que no había empezado de una forma demasiado agradable. El despertador había sonado a la hora de costumbre. Lo había apagado con una mano y había comprobado que Gabriel ya no estaba y que su lugar en la cama lo ocupaba Dalí, que me lamió la cara para darme los buenos días. Hasta ahí, nada fuera de lo normal. Pero cuando cogí el móvil comprobé que tenía seis llamadas perdidas de Fernando Barrena y varios mensajes de WhatsApp de Julia. Practico la sana costumbre de dormir con el móvil en silencio, pero al parecer los muertos no respetan las horas de sueño de los vivos. Según supe por los mensajes de mi compañera, mientras yo roncaba a pierna suelta, habían encontrado el cadáver de un chico en la orilla del Arga. Todo apuntaba a que se trataba de un asesinato, una pelea que había terminado mal o algo similar. Las llamadas perdidas de Fernando sólo podían significar una cosa: quería que Julia y yo fuéramos al escenario del crimen. Como yo no había dado señales de vida, la había enviado con Endika, otro de los redactores menos veteranos que, como yo, iba rotando por las diferentes secciones.

Cuando llegué a la redacción, la cosa empeoró. Fernando me hizo llamar a su despacho y me soltó la típica charla en tono condescendiente en la que no faltó ninguno de sus habituales: «Esto no es un trabajo, es una vocación», «Aquí somos una familia, nadie es más que nadie» y, mi favorito, «Los periodistas estamos al servicio de los ciudadanos». Al final, Endika me sustituiría no sólo al frente del caso del chico del río, sino también del de Natalia Romero. No me molestó tanto la decisión en sí como el motivo por el que Fernando la tomó: quería fomentar la competencia entre redactores, convertirnos en pequeñas pirañas que aspiraran a ser como él, a ocupar su lugar. Una lucha agotadora por ser el que más horas trabajaba, el más disponible, el más comprometido con el periódico. Sin embargo, no protesté y acepté la decisión con estoicismo, aunque mientras me lo comunicaba fantaseé en silencio con estamparle en la cabeza la botella de Chivas que tenía en la estantería.

—Anne, *maitia*, ¿me estás escuchando? Te veo un poco atontada —oí que decía mi abuela sacándome de mis cavilaciones.

—Sí, perdona. Es que estoy cansada.

—Ya veo. Bueno, cuéntame, ¿qué tal va todo en el trabajo nuevo?

—Muy bien —mentí.

No pareció muy convencida y me miró con el ceño fruncido mientras jugueteaba con el pequeño colgante con el símbolo de su signo zodiacal que llevaba puesto. Se lo habíamos regalado mi madre

y yo por su cumpleaños, hacía unas semanas. Paloma le había enviado una baraja de Tarot. Eran tal para cual. De hecho, ambas eran tan intuitivas que me costaba ocultarles casi cualquier cosa. Mientras mi abuela me observaba con detenimiento, tuve la certeza de que era capaz de percibir mi indecisión, las contradicciones que me atormentaban, de adivinar hasta mis secretos más oscuros y, en concreto, aquel que sabía que me causaría más problemas con ella: el de mi encuentro el día anterior con mi padre.

—¿Seguro que va todo bien? —insistió.

Me comí un trozo de croqueta, asentí evitando el contacto visual y fingí tener muchísimo interés en la gente que pasaba por la calle.

—Tú me estás mintiendo. ¿Te ha dejado Gabriel?

—¡Abuela! Claro que no —respondí indignada.

—Menos mal, a ver de dónde ibas a sacar a otro así de guapo —dijo con alivio—. Entonces ¿qué pasa?

Dudé sobre si sincerarme o no. La carga emocional de la aparición de mi padre era dura de llevar, lo había hablado con Paloma y con Gabriel la noche anterior. Pero Paloma se puso a divagar sobre la relación entre la paternidad, los astros y las vidas pasadas, y Gabriel estaba demasiado ocupado para profundizar en el tema. Sentía la necesidad de vaciarme, de dejar salir aquella angustia, de hablar con alguien que entendiera lo que suponía la aparición de aquel hombre en mi vida. Y bastó un momento de debilidad, sumado a todo lo que había ocurrido los últimos días, para que rompiera el silencio que había mantenido desde que recibí la carta. Para que todo se desbordara.

—Hace unos meses recibí una carta —confesé.

—¿Todavía se mandan cartas? ¿Era del banco?

—Por favor, abuela, esto es importante.

—De acuerdo, de acuerdo.

Mientras mi abuela permanecía en un silencio poco habitual en ella, relaté a grandes rasgos el contenido de la carta y lo ocurrido después. Cuando terminé, sentí como si no me quedara una gota de aire en el cuerpo. La historia ya no me pertenecía sólo a mí. Supe que al verbalizarla, al entrar en contacto con el mundo y con mi abuela, se convertiría en otra cosa. Con toda probabilidad, dejaría de ser un secreto para convertirse en un problema.

—¿Eso es todo? —preguntó tras escuchar en silencio mi relato.

—Muy resumido, pero sí.

Continuó callada. Yo le di un tímido mordisquito a una tosta de *foie* mientras le concedía el tiempo suficiente para que asimilara todo lo que acababa de contar, aunque la confesión me había quitado el apetito. No sabía si había sido una buena idea, desconocía hasta qué punto había llegado ella a conocer a mi padre, cuánto sabía de la

historia entre él y mi madre, que continuaba sin saber nada del drama familiar que se había desencadenado al otro lado del mundo.

—Bueno..., si de verdad quieres dejarle entrar en tu vida... —respondió al fin.

—No sé lo que quiero, abuela —reconocí—. Pero no podía hacer como si no pasara nada, necesitaba saber.

—¿Y has descubierto algo nuevo? ¿Algo que haga que merezca la pena el daño que le causará a tu madre todo esto?

Hablaba con calma, pero en un tono frío que no solía utilizar conmigo. Estaba dolida. Aquel hombre había hecho sufrir a su hija y temía que la historia se repitiera con su nieta; que su vuelta no fuera más que otro episodio de dolor que nos complicara la vida a las tres.

—No sé si me ha contado toda la verdad, lo único que me ha dicho es que él vivía en Francia y decidió quedarse allí.

Mi abuela soltó una risita sarcástica.

—La verdad únicamente la saben tu madre y él. Tengo que decir que me sorprende su reaparición, sólo ha necesitado unos veinticinco años para que le entraran las ganas de ejercer de padre.

—¿Qué quieres decir con que la verdad solamente la saben él y mi madre? —pregunté con suspicacia.

Mi abuela le dio un trago largo a la copa de vino.

—Anne, *maitia*, si quieres un consejo de tu abuela, hay cosas que es mejor no remover, porque entonces sale toda la porquería. Y créeme, ahí hay suficiente para cubrir con ella pueblos enteros. Yo dejé de preguntar hace tiempo. Quizá deberías hacer lo mismo.

Me sorprendió la crudeza con la que pronunció aquellas palabras.

—No podía perder la oportunidad de conocerle. No sé si le volveré a ver, si quiero que entre en mi vida o no. Pero es parte de lo que soy, creo que es justo que conozca toda mi historia.

—Es tu elección, sabes que eres mi única nieta y te adoro. Pero no confíes en ese hombre, sólo sabe traer decepciones —respondió con tono amargo.

—Prométeme que no le dirás nada a mi madre.

—¡Dios me libre! Al buen callar llaman Sancho.

Después de la bomba, me costó reconducir la conversación a temas más amables. Mi abuela parecía distraída. Miraba la hora en el reloj y no prestaba mucha atención a lo que le contaba. Nos despedimos un rato más tarde, con una sensación extraña, como si entre nosotras se hubiera alzado un muro, un obstáculo que no había existido nunca.

—Cuídate mucho, hija —me dijo al abrazarme.

Y supe que detrás de esas palabras había mucho más que un consejo. Eran una verdadera advertencia, una invitación a reflexionar sobre dónde estaban mis lealtades. Sobre quién era mi familia.

Mientras me alejaba del bar de regreso a la oficina, me sentía como

si avanzara sobre una capa de hielo que se resquebrajaba a cada paso que daba. Cada movimiento hacía las grietas más largas, más profundas, y volvía mi vida más inestable. Me pregunté cuánto tiempo me quedaba antes de que la superficie cediera y me hundiera sin remedio en el agua helada.

14

Los Borgia

8 de julio, 16.30 h

—Vas a pasarte el desvío —le advertí a Paloma.

—¡He ido a Viana muchas veces y me sé el camino de memoria!

Me mordí la lengua para no iniciar una discusión y miré desconsolada la aplicación del navegador en el móvil, que indicaba que nos estábamos alejando de la que suponía que era la ruta más rápida. Paloma llevaba la ventanilla medio bajada, y el aire que entraba me había revuelto el pelo hasta convertirlo en algo similar a un nido de pájaros. Sin embargo, ella, con el brazo apoyado en una pose digna de barra de bar y con la melena platino recogida en unas trenzas de boxeadora, parecía inmune a los estragos del viento.

—La próxima vez recuérdame que me traiga un pañuelo para el pelo, a lo Thelma y Louise, porque esto es peor que ir en un descapotable.

—Tú me has pedido que te acompañara —me recordó mientras la aguja del acelerador sobrepasaba los ciento cuarenta kilómetros por hora.

—Estoy empezando a arrepentirme.

—Pues ya es tarde para eso y, además, el aire acondicionado me seca la garganta. Así que deja de quejarte antes de que salte con el coche por un precipicio —amenazó.

Tras la fatídica reunión con Fernando y la escapada para tomar el vermut con mi abuela —confesiones incluidas—, había vuelto a la redacción sin muchas ganas. Aquella jornada había sido agitada: primero el chico del Arga, que según me había contado Julia se llamaba Aitor Ruiz de Azúa, y después la revelación de la firma que había en la Polaroid. El nombre de «El Iniciado» acaparaba ya titulares a nivel internacional y cada uno de los canales elegía con cuál de las diferentes teorías abrir sus informativos y programas especiales. Todos se preguntaban quién era el misterioso asesino, y algunos incluso iban un paso más allá y se atrevían a insinuar que quizá aquella nueva muerte tuviera algo que ver con la de Natalia Romero. En medio de aquel caos, Julia y Endika habían desaparecido para continuar cubriendo el caso del chaval del río, y en la oficina apenas quedaban

cuatro gatos que cerraban los temas habituales de las fiestas. Ni rastro de Fernando. Así que, en un acto de insubordinación motivado en parte por su charla condescendiente y en parte por mis ganas de conseguir demostrar lo que valía o arder en el intento, había decidido hacer una excursión exprés a Viana e investigar un poco más el caso del hombre al que habían prendido fuego. Como Julia estaba ocupada, se me ocurrió la feliz idea de acudir a Paloma, que seguía de vacaciones y se pasaba los días durmiendo la resaca en el ático de lujo de Abel. Ella había accedido de buena gana, movida por su acostumbrada energía incombustible. Y, sin mayor dilación, habíamos dejado a Dalí al cuidado de un atónito Abel, que no había podido negarse, y habíamos puesto rumbo a Viana.

—Entonces, por lo que dices, ¿no ha ido tan mal con tu abuela? —me preguntó Paloma.

—No lo sé. Ha sido raro. No estaba muy enfadada, pero... ha puesto distancia. Y además ha insinuado que todavía no sé todo sobre la historia de mis padres. Que ni siquiera ella lo sabe.

—Tendrás que valorar hasta dónde estás dispuesta a llegar. Y a qué precio.

Asentí sin mucho convencimiento. Mi situación familiar era frágil. Mi abuela, mi madre, mi padre... No tenía la sensación de que pudiera ser sincera con ninguno de los tres. Medía las palabras, intentaba mantener un equilibro que nunca había existido pero que yo me empeñaba en imponer. Paloma y Gabriel eran los únicos que estaban enterados de todos mis movimientos. Gabriel porque vivía conmigo —aunque en los últimos días no lo pareciera— y Paloma porque era mi mejor amiga. Ella era la primera a la que había llamado la tarde anterior tras enfrentarme cara a cara a mi padre —¿o debería llamarle Ángel Hernando?— y la que me aguantaba las reflexiones interminables sobre cuál debía ser mi paso siguiente.

—Desde luego, hoy te has levantado con ganas de guerra, entre tu abuela y tu jefe... —comentó mientras hacía un giro brusco para adelantar a un camión.

Me agarré de forma instintiva al asidero que había sobre la ventanilla y miré de reojo el cuarzo que colgaba del espejo retrovisor: temía que saliera disparado.

—¿Podrías ir con más cuidado? Me gustaría no acabar vomitando los *pintxos* de esta mañana sobre el salpicadero.

—¿Crees que te van a echar del periódico cuando sepan que te has ido por tu cuenta a Viana? —preguntó Paloma ignorando mi comentario.

—O me despiden o a Fernando se le pasa el cabreo, supongo. Llegados a este punto, no sé cuál de las dos opciones prefiero. Pero por lo menos me alegro de no estar haciendo guardia en el portal de

un chico asesinado para intentar cazar a algún vecino despistado que pueda decirme si saludaba o no, como con Natalia Romero.

—Estás siendo demasiado negativa, seguro que tu trabajo tiene cosas buenas. Lo que pasa es que has dado con un imbécil de jefe. Si aguantas un poco y consigues hacer currículum para irte a otro sitio, estoy segura de que lo disfrutarás más.

—Puede que tengas razón. Aunque me cuesta ser objetiva después de lo de esta mañana.

—Siempre tengo razón —sentenció ella.

Aparcamos el coche cerca del centro de Viana, fuera de la muralla, y entramos por una de las antiguas puertas, el Portal de San Felices. Después, caminamos por las estrechas calles hasta llegar a la plaza principal, donde se encontraban la iglesia y el Ayuntamiento. Por un momento me sentí desubicada: la vida fuera de Pamplona, lejos de San Fermín, seguía fluyendo a su ritmo habitual: sin aglomeraciones, en calma.

—¿Quieres ver a César Borgia? —preguntó Paloma rompiendo el silencio cuando pasábamos junto a la iglesia.

—¿Qué? —respondí desconcertada.

—Se supone que aquí está su tumba. Murió en una batalla cerca del pueblo y dicen que en su día fue enterrado en el presbiterio de esta iglesia, en un sepulcro de alabastro. Pero años después, no se sabe muy bien por qué, destruyeron el sepulcro y enterraron sus restos fuera. Probablemente porque le habían excomulgado y se había convertido en *persona non grata* para la iglesia. Hay una leyenda que dice que fue el obispo de Calahorra quien mandó hacerlo por venganza y que decidió ponerle bajo la entrada para que todo el mundo le pisara al pasar.

Seguí a Paloma hasta la entrada de la iglesia. Antes de llegar al pórtico, en el suelo había una losa rectangular en la que se podía leer:

CESAR BORGIA
GENERALISIMO DE LOS EJERCITOS
DE NAVARRA Y PONTIFICIOS
MUERTO EN CAMPOS DE VIANA
EL XI DE MARZO MDVII

—No tenía ni idea de todo esto. Fue un tipo controvertido, César Borgia —reconocí mientras contemplaba la tumba sin atreverme a pisarla.

—Como toda su familia. Aunque la leyenda negra se mezcla con la realidad.

—La familia... Ese gran regalo. —Suspiré.

—La verdad es que, si lo piensas, la tuya no tiene nada que

envidiarle a los Borgia.

—Gracias. Tú sí que eres una amiga —respondí con ironía.

—No hay de qué. Bueno, y ahora que ya estamos en el centro del pueblo, ¿cuál es tu plan? ¿Esperamos aquí a que milagrosamente alguien nos revele información? ¿Paramos a gente por la calle como los de las ONG?

—Más fácil. Nos tomamos un café.

—¿Eso es una frase en clave para otra cosa? ¿Como cuando en la mafia dicen que alguien «duerme con los peces»?

—No. Un café es un café. Lo que quiero decir es que vamos a un bar, nos tomamos un café y preguntamos. En un pueblo, no hay nadie más informado que un camarero. Tú deberías saberlo mejor que nadie.

—¿Puede ser una caña? —preguntó ella mientras nos alejábamos de la iglesia.

Unos minutos más tarde, nos decantamos por parar en una sidrería que se encontraba cerca de la plaza y tenía una pequeña terraza. En una mesa dos señoras charlaban mientras apuraban sus cafés y en otra unos niños jugaban con los móviles y devoraban una bolsa de gusanitos. Elegí como víctima de mi interrogatorio a un camarero que andaría entre los cuarenta y los cincuenta años, y que se movía de manera desenvuelta. Pedimos un café con leche y una caña, y cuando volvió a la mesa para traer las bebidas, le abordé con amabilidad.

—Perdone, pero ¿es usted del pueblo? —dije con una sonrisa encantadora.

Me había maquillado con discreción y llevaba una camisa de lino y un pantalón de pinzas. Hacía tiempo que había comprendido que mi juventud podía ser un hándicap en mi trabajo, y ponía mucho en empeño en aparentar profesionalidad.

—De toda la vida, además —respondió el camarero mirándome con curiosidad.

—¿Le importaría que le hiciera una pregunta?

—Claro que no, ¿qué sois, peregrinas?

—¿Peregrinas? ¿Nosotras? Qué va, si yo voy en coche hasta a por el pan, como para irme andando a Santiago —soltó Paloma con una risita.

La fulminé con la mirada. Ya me costaba bastante que la gente me tomara en serio como para que ella fuera haciendo bromas. Pero al camarero pareció hacerle gracia el comentario y se apoyó en la mesa, expectante.

—Verá, en realidad trabajo para *La Crónica de Navarra* —aclaré.

—¿El periódico?

—El mismo. Me preguntaba si podríamos charlar sobre el hombre que ocupaba una casa a las afueras y al que supuestamente prendieron fuego hace unos días.

La curiosidad que había mostrado al principio se transformó en ligera desconfianza. Me miró con recelo, quizá tratando de calibrar si era de fiar o no, si era íntegra o si buscaba atacar al pueblo, sacarle unas declaraciones que pudiera después modelar a mi antojo hasta transformarlas en un titular sensacionalista.

—¿Qué quieres saber? —preguntó finalmente.

—¿Conoce a alguien que haya tratado con el hombre antes de que muriera? Una compañera me comentó que varias mujeres del pueblo solían darle comida. Estoy interesada en investigar su historia.

—Eso parecen querer todos desde que murió, pero en el pueblo la mayoría ni siquiera estaban al tanto de que vivía ahí.

—Alguien tendría que hablar con él, ¿no? —intervino Paloma.

—Pues no sabría decirte. Me temo que no voy a poder ayudaros mucho más —dijo el camarero encogiéndose de hombros.

Paloma y yo nos miramos en silencio cuando volvió adentro. Puede que dijera la verdad, o puede que temiera que la prensa buscara crear una historia ficticia. Nos terminamos las bebidas y nos levantamos. Yo no pensaba rendirme tan pronto, me tomaría siete cafés en diferentes bares o preguntaría por la calle si era necesario.

—¿Has dicho que trabajas para *La Crónica de Navarra*? —oí que preguntaba una voz femenina a mi espalda.

Me giré extrañada. Se trataba de una de las mujeres que tomaban café en una mesa cercana a la nuestra.

—Sí, ¿por qué? ¿Usted podría ayudarme?

La mujer se removió indecisa en la silla. Tendría unos sesenta años, el pelo castaño muy corto, y llevaba un vestido largo de flores que hacía juego con unos pendientes enormes de resina verde.

—Lorenzo tiene razón, la mayoría de la gente no sabía ni que estaba ahí —dijo finalmente—. Había ocupado una casa antigua y casi derruida en medio del campo, aunque solía pasear por el pueblo, sobre todo para ir a misa. Algunas mujeres le dábamos comida; también pedía dinero, claro, pero no se lo solíamos dar, porque se lo gastaba en vino y luego se ponía peor.

—¿Nunca les dijo su nombre? —pregunté, decidida a sacarle el máximo partido al arrebato de sinceridad de la mujer.

—No. Pero algunas le empezamos a llamar Domingo, porque le veíamos cuando iba a misa los domingos, y así se quedó.

—¿No averiguaron nada de su vida? —insistió Paloma.

—Sólo que conocía el pueblo porque tenía una casa cerca, en Bargota, que le había dejado su familia. Pero por lo visto se fue de allí a Pamplona y más tarde acabó aquí.

—¿Tenía una casa pero vivía de okupa?

—No sabíamos si creerle mucho... No andaba muy bien de la cabeza. Decía que no podía volver a esa casa.

—Pero ¿y por qué no podía volver? ¿Se la habían embargado?

—No... —La mujer se mostró incómoda—. Veréis, vais a pensar que es una tontería, pero él insistía en que se había ido de esa casa porque estaba endemoniada. Decía «ahí viven muchos fantasmas que me buscan por las noches y me querrían matar». Y después se persignaba y se quedaba un rato sin decir nada más.

—O sea que, si he entendido bien —resumió Paloma con una media sonrisa—, hemos ido a dar, ni más ni menos, que con una casa encantada.

15

Bomba de humo

8 de julio, 18.00 h

Gabriel se preguntaba en qué momento las responsabilidades de la vida adulta le habían absorbido por completo; cuándo había dejado de sentir esa conexión con su yo adolescente y perdido la capacidad de experimentarlo todo con tal intensidad que pareciera que el mundo se fuera a terminar el segundo siguiente; cuándo se olvidó de besar como si cada beso fuera el último; cuándo dejó de querer prenderle fuego a todo ante el problema más insignificante, de intentar saborear al máximo cada instante. Lo peor era que ni siquiera estaba seguro de haber hecho todas esas cosas alguna vez. Había tenido sus momentos desinhibidos, claro, pero en esencia, siempre había sido más responsable de lo que le correspondía por edad. Su abuelo siempre decía «Gabrielico es un alma vieja». Justo así era como se sentía en presencia de los amigos de Aitor Ruiz de Azúa: como un auténtico dinosaurio. Daba igual que ellos ya fueran mayores de edad y que él apenas pasara de la treintena. Jone, por su parte, se mostraba divertida ante las miradas entre deslumbradas y respetuosas que recibía de los chavales.

—Creo que puedo oler las hormonas —le susurró a Gabriel al oído.

Él contuvo una sonrisa y se volvió hacia los cuatro chicos, que iban de los dieciocho a los veinte años y que, hasta entonces, habían hablado sin parar, interrumpiéndose los unos a los otros.

—Muy bien, vamos a volver sobre algunos puntos que no me han quedado claros —indicó, libreta en mano—. Primero, ¿a qué hora diríais que visteis por última vez a Aitor?

—Yo creo que a las cuatro o así, luego ya no le volví a ver —respondió uno de ellos.

—¡Pero si tú estabas con Urko dándoos el lote por ahí! No te enteraste de nada. Para mí que eran las cinco —añadió otro.

—¡Y lo dices tú, que ibas más ciego que un topo!

—Yo es que estuve con él comiendo un bocata en el Jesús Mari, pero luego me fui a un concierto, y ellos, a Calderería, al Terminal —agregó un tercero, que tenía los ojos anegados en lágrimas.

—Vale. Vamos a ver. Los que estuvisteis con él toda la noche,

¿estáis de acuerdo en que Aitor desapareció entre las cuatro y las cinco? —intervino Jone.

Los tres chicos asintieron, y Gabriel lo anotó con muchas interrogaciones en la libreta. A juzgar por los relatos, todos habían bebido mucho. Conceptos tan básicos como el espacio y el tiempo se habían convertido en ideas poco definidas, que iban y venían sin demasiada concreción. Por otra parte, el móvil de Aitor no había aparecido, pero sabían que había dejado de emitir señal alrededor de las cinco y media de la mañana, lo que cuadraba con lo que declaraban sus amigos.

—¿Nadie le echó en falta? ¿No hubo ninguna pelea ni ningún roce en el bar? —preguntó Gabriel, que intentaba, como podía, reconstruir el orden cronológico de los acontecimientos de la noche anterior.

—No nos pegamos con nadie ni pasó nada raro. Estuvimos allí después de cenar, bailando y eso. También en el Gunea, que está enfrente, y en la calle. Luego hablamos de irnos a otro lado a... —El chico se interrumpió y miró dudoso a Jone.

—¿Iros a otro lado a qué? —le apremió ella.

—Pues nos encontramos con otros amigos y nos propusieron ir a fumarnos...

—A fumarnos unos porros, coño, Jorge, que no es para tanto. Que a Aitor se lo han cargado, ¿qué más da ahora la maría? —dijo otro de los chicos terminando la frase.

—Entonces os fuisteis del bar a otra zona a fumar marihuana —continuó Gabriel.

—Sí, y... bueno, también había setas. Pero nosotros no tomamos. El caso es que buscamos un sitio así, más tranquilo, y nos salimos del barullo para irnos cerca del río, por donde el Club de Natación y las pasarelas del Arga. Estuvimos allí un buen rato y luego... pues nos dimos cuenta de que Aitor... no estaba.

—¿Se esfumó así, sin más? —preguntó Jone con incredulidad.

—Yo creo que dijo que iba a mear.

—No, se fue para casa haciendo una bomba de humo, para que no le convenciéramos de que se quedara.

—¡Pero si no dijo que se quisiera ir!

—Estaba rayado por lo del atraco de la noche anterior...

—¡Qué dices, tío! ¡Fue a echar una meada!

—¡Un momento! —vociferó Jone en medio del jaleo—. ¿Qué atraco?

Los chicos se quedaron callados; uno de ellos rompió a llorar.

—Dijo que le habían intentado atracar el día anterior, cuando volvía a su casa. El tipo se le acercó por detrás y le llegó a agarrar del cuello, pero Aitor consiguió librarse y salir corriendo. No dijo nada porque no quería que sus padres le dejaran sin salir estos días.

Gabriel levantó la vista de la de la libreta y miró a Jone. Si lo que estaban diciendo era verdad, aquello apoyaba la teoría que había ido elaborando las últimas horas. Era posible que Aitor no hubiera sido una víctima casual, sino que alguien le hubiera seguido, alguien que supiera dónde vivía, que controlara sus rutinas, su vida.

—¿No dijo nada más sobre ese atraco? —preguntó Gabriel.

—No, bueno, que se asustó, pero que casi ni miró atrás. Era un tío con capucha, pero no pudo verle la casa. Volvía de fiesta, así que también iba un poco ciego. No le dimos mucha importancia. Hay muchos carteristas que aprovechan estos días y a veces pasan cosas así.

La conversación con los amigos de Aitor no arrojó más luz sobre su muerte. Gabriel se dedicó a apuntar en su cuaderno datos en apariencia insignificantes pero que, en conjunto, ayudaban a definir el perfil de Aitor, a humanizar el cuerpo inerte que habían encontrado en el río. Detalles como que había cenado un bocadillo de lomo con queso y patatas asadas con alioli, que estudiaba Ingeniería Mecánica en una universidad privada o que había una chica de su clase con la que estaba medio saliendo. También que bebía gintonic, que le gustaban los videojuegos y el trap, que fumaba mucho, que era un buen amigo. Cuando terminaron de tomarles declaración a los chicos, Gabriel le pidió a Jone que le acompañara a su despacho. Estaban en la comisaría central de la Policía Foral, en Beloso, donde se encontraba la sede de la Policía Judicial y donde ambos trabajaban.

—No fue elegido al azar —le dijo Gabriel al tiempo que cerraba la puerta de la oficina.

—Puede que lo del atraco fuera una casualidad —respondió ella sentándose en una silla.

—¿Desde cuándo crees en las casualidades?

Jone estaba más fría con él que de costumbre. No le había perdonado que no la hubiera llamado aquella mañana, cuando habían encontrado el cadáver de Aitor en el río. Gabriel había obrado de buena fe, pensando en su salud, pero a su compañera no le había sentado nada bien que la contemplara más como madre que como policía, que la considerara una mujer cansada y necesitada de ayuda, y no una profesional.

—Soy escéptica por naturaleza.

—Dos muertes en dos días de San Fermín. ¿Eso también es una casualidad?

—Puede ser.

—Oye, si estás así por lo de esta mañana, ya te he dicho que lo siento. Y tienes razón, no debo tratarte con paternalismo.

—¿Sabemos dónde vivía el chico? —respondió ella ignorando las disculpas.

—Sí..., por Lezkairu.

—Podemos comprobar las cámaras de seguridad cercanas por si encontramos algo.

—Lo haremos, aunque está fuera del operativo de vigilancia del centro. No sé si tendremos suerte. Pero en mi opinión, y a falta de saber todos los detalles, aquello no fue un atraco. Creo que intentaron matarle esa noche, pero fallaron. Y cuadra con lo que Lasarte ha visto en la autopsia.

Jone suspiró; por mucho que se empeñara en demostrar lo contrario, se la veía derrotada.

—Ha dicho que lo mataron a golpes y lo tiraron al agua, ¿no?

—La causa de la muerte parece ser el traumatismo craneoencefálico. Lasarte cree que le pudieron golpear con una piedra y que ya estaría muerto cuando le tiraron al agua. Pero lo más interesante no es eso. En el cuello tiene una marca que se corresponde con una cadena de plata que llevaba, una marca que podría haberse producido al aplicar presión sobre el cuello.

—¿Y crees que lo intentaron estrangular?

—Es difícil demostrarlo a nivel forense, pero no podemos pasarlo por alto. Lo cierto es que hay motivos para pensar que la muerte de Natalia Romero y la de Aitor están relacionadas. Ella murió por estrangulación antebraquial; es posible que el asesino intentara lo mismo con Aitor, pero él era más alto, más corpulento. Puede que se defendiera y el agresor cambiara de técnica, cogiera una piedra y le golpeara hasta matarle.

—Entiendo lo que quieres decir, aunque es una locura. ¿Y qué demonios tienen en común las dos víctimas?

—No lo sé, pero creo que ninguno de los dos fue elegido de forma aleatoria. Natalia Romero hacía la misma ruta cuando salía a correr; alguien siguió a Aitor hasta su casa la noche anterior...

Gabriel se interrumpió, porque el móvil comenzó a vibrarle en el bolsillo de los vaqueros.

—Dime, Eraso —contestó.

—Hola, jefe. ¿Qué tal ha ido con los chavales?

—Ha costado, pero creemos que quizá tengamos algo. Luego te cuento. ¿Y los padres?

Eraso suspiró al otro lado del teléfono.

—Va a ser mejor que volvamos otro día, estaban demasiado alterados. No he conseguido preguntarles nada.

—Está bien, no te preocupes, lo intentaremos mañana. Vamos a darles tiempo para que lo asimilen; nos será más útil que puedan hablar y recordar cosas con claridad.

—Bien, voy para la comisaría.

—Gracias, te esperamos aquí.

Jone volvió a la carga en cuanto Gabriel colgó el teléfono.

—Si estás en lo cierto, entonces ¿crees que habrá más víctimas? —preguntó.

—Ojalá me equivoque, pero quedan cinco días de fiestas. No podemos descartarlo.

—Joder... ¿Y qué deberíamos hacer? —se preguntó en voz alta Jone.

—De momento, nada. Salvo seguir trabajando. No tenemos evidencias sólidas para demostrarlo, y tampoco serviría de nada sembrar el pánico en la ciudad. Ya hay medios que están dejando caer que los crímenes pueden guardar relación. Debemos ser discretos. Quizá sea nuestra única ventaja.

—¿Ventaja? A menos que sepas algo que yo no sé, creo que la ventaja no la llevamos nosotros. ¿No hay ninguna novedad de la Polaroid?

—Nada relevante. En la parte de atrás tenía un número que nos ha proporcionado información sobre el cartucho. Los dígitos indican entre otras cosas año, día y mes de fabricación, y tipo de película. Sabemos que se fabricó el 25 de octubre de hace un par de años y que es un cartucho de color para Polaroid 600, fabricado especialmente para utilizarse con cámaras *vintage*.

—Pero ¿las cámaras antiguas funcionan tanto tiempo?

—Muchas, sí. Las Polaroid no tienen batería, va en el cartucho. Dependiendo del modelo se encuentran de segunda mano desde unos treinta euros.

—Vamos, que la información de los números no sirve para nada.

—Si apareciera una foto con un número diferente, sabríamos que pertenece a otro cartucho. Pero nada más —reconoció Gabriel.

Jone se frotó las sienes, en silencio. Gabriel entendía su frustración, era la misma que sentía él. La impotencia de no saber qué hacer, de dar vueltas a los mismos puntos una y otra vez, como cuando abres la nevera esperando que haya brotado de forma mágica algo que no estaba antes.

—¿Estás seguro de que no podemos hacer nada más? —repitió Jone.

—Interrogar a la familia de Aitor, intentar buscar al supuesto atracador, continuar con el caso de Natalia Romero...

—¿Y qué más?

Gabriel se pasó una mano por el pelo, un tic nervioso que tenía desde hacía años y que se manifestaba en los momentos de desesperación.

—Esperar —susurró sin mucho entusiasmo.

16

Imprime la leyenda

8 de julio, 19.00 h

Paloma y yo discutimos todo el camino hasta el coche sobre la existencia de la supuesta casa embrujada. Ella insistía en que creía en la versión de Domingo; yo, en que lo más probable era que se tratara del delirio de un hombre enfermo. Y eso sin mencionar los fantasmas. Ya en la carretera, la conversación fue enredándose de forma incontrolable y terminamos debatiendo sobre si los ectoplasmas podían ser retratados o no en las fotografías, los experimentos para determinar si el alma humana tenía un peso concreto y qué había de verdad en las psicofonías. Estaba tan enfrascada en nuestra charla que no me di cuenta de que no íbamos camino de Pamplona hasta que nos encontramos en la carretera de entrada del pueblo. Miré a los lados, desconcertada, reconociendo los campos, las casas, los carteles.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté.

—Se me ha antojado un *pintxo* de tortilla en El Uruguayo.

—Podrías haberme avisado.

—¿Por qué? ¿Tienes algo mejor que hacer?

—No, pero no me gusta que decidas por mí —respondí con cierto fastidio.

—Sólo será un rato, echo de menos el pueblo.

—¡Pero si no llevas más que dos días fuera!

Me lanzó una mirada burlona.

—Tú eres de ciudad, no lo entiendes —contestó.

No dije nada, pero me molestó que ella, que me conocía mejor que nadie, me tratara como a una forastera. Podía esperarlo de la gente del pueblo, que no se fiaba de mí, que pensaba en mí como la niña rica, la nieta de la dueña de la casa indiana, la que se dejaba ver poco y que, además, parecía estar siempre metida en todos los problemas. Por eso, encontré injusto recibir un comentario así de su parte. Lo había hecho para marcar la diferencia: yo estaba en el pueblo, pero no pertenecía a él. No entendía sus mecanismos, era una extraña, una urbanita que iba y venía. Cuando aparcamos, Paloma se volvió a comportar con normalidad, como si no hubiera dicho nada. Mientras caminábamos hacia El Uruguayo, empezó a contarme una serie de

historias irrelevantes que habían ocurrido en el pueblo en las últimas semanas: la panadera se divorciaba, el alcalde mantenía un pulso con los vecinos por las orquestas de las fiestas patronales, la pizzería iba viento en popa y ahora incluso tenía motos con las que repartían los pedidos en otros pueblos.

Poco a poco los habitantes se iban recuperando de las catástrofes acontecidas en el último año, y el ambiente tranquilo y sin sobresaltos habitual se imponía de nuevo. La vida seguía, los crímenes se convertían primero en un chisme y, con el tiempo, en algo que se asimilaba y mitificaba. Pronto lo sucedido sería poco más que una historia de terror que los niños contarían cuando se fueran de acampada, con una linterna alumbrando en la oscuridad, igual que habíamos hecho nosotros en su día. Porque, por mucho que Paloma se empeñara en marcar las diferencias entre nosotras —ella nacida y criada allí, y yo con un simple vínculo de veraneante—, mis raíces estaban ligadas con fuerza al pueblo. Todo lo que era estaba condicionado por el tiempo que había pasado allí, por las noches de verano viendo las lluvias de estrellas, por las horas interminables de juegos y el olor de las flores que se abrían al anochecer.

—Tú dices que no crees en los fantasmas, pero hasta Abel vio uno cuando era pequeño —dijo Paloma mientras nos sentábamos en la terraza casi desierta del bar.

Me imaginé que se refería a la historia de una casa abandonada del pueblo, donde Abel se había colado con su primo cuando eran pequeños y donde los dos juraban haber visto a una señora cubierta de harapos. Quizá fuera el motivo por el que Abel se mostraba tan escéptico, porque una vez había visto lo que había más allá del velo que definía los límites de la realidad y, desde entonces, vivía asustado, sin querer admitir que había cosas que no se podían explicar.

—No he dicho que no crea en ellos, pero nunca he visto uno —maticé.

—Quizá no se trate de la visión tradicional que tú tienes de un espectro. Yo creo que pueden ser ecos del pasado, lugares que quedan marcados, que retienen una energía —insistió.

—Sí, es posible que existan casos así —dije con intención de zanjar el tema.

Pero fue inútil.

—Por eso creo que no hay que desestimar un relato sólo porque alguien hable de fantasmas o apariciones.

—No empieces otra vez, por favor...

—Deberíamos buscar la casa de ese tal Domingo —dijo con convicción.

Yo suspiré exasperada. Era incansable, capaz de perseguirme día y noche, y de esgrimir todos los argumentos necesarios para

convencerme de que hiciera algo.

—Esto no tiene que ver con los fantasmas, el problema es que creo que esa casa, embrujada o no, no existe. Es un producto de la imaginación de ese pobre hombre, tal vez una excusa que se contaba a sí mismo para justificar por qué vivía en la calle.

Paloma me escuchó en silencio, dándole un trago al mosto con hielo y aceituna que se había pedido.

—No perdemos nada por buscarla.

—Sólo el tiempo y la energía que podría dedicarle a otra cosa.

—¿No eras tú la que quería profundizar en la historia? ¿Vas a quedarte en la superficie? ¿Vas a tachar de loco a un hombre sin explorar primero todas las opciones?

Me mordí la lengua para no decirle que no cuestionara mi ética profesional. Tenía uno de sus días impertinentes y, si daba un paso en falso, me arrastraría a una discusión absurda en la que las dos diríamos cosas que no pensábamos.

—Muy bien, si te quedas más tranquila, buscaré un hueco para intentar localizar la dichosa casa —respondí con toda la calma de la que fui capaz.

—No lo digas como si lo hicieras por mí: «El hombre al que prendieron fuego había huido de una casa embrujada». Con esa historia seguro que hasta a tu jefe se le pasa el enfado y vuelves a ser su estrellita.

—¿Se supone que eso es una frase motivacional? Porque tienes bastante que mejorar —dije para intentar relajar el cariz que estaba tomando la conversación.

—Se me da mal inspirar a los demás, prefiero centrarme en mí. Qué le vamos a hacer —contestó, y se llenó la boca de tortilla.

Una vez cedí a sus deseos, Paloma pareció relajarse. Volvió al tono amable habitual, me contó que en el pueblo estaban organizando una antología de leyendas locales e insinuó que debería tratar de participar.

—¿Nunca has pensado en dar el salto a la literatura? —me preguntó —. A mí me gusta leer, aunque sobre todo novelas románticas. Pero no tengo voluntad para la escritura. Me resultaría imposible sentarme delante de un ordenador y esperar a que nazca algo. Prefiero ponerles vacunas a los perros. Aunque estaba pensando en especializarme, quizá deje la clínica y me dedique a los caballos. Da más dinero, puede que sea interesante.

—Podrías dedicarte a leerle las cartas a la gente —bromeé.

—¡Ni loca! Eso lo reservo para mí y para ti. Bueno, y también para Abel, si algún día pierde el miedo y deja de mirarme como si fuera una loca.

—Yo nunca he pensado muy en serio en escribir ficción —comenté

—. Alguna vez he tenido ideas, como todo el mundo. Pero nada serio. Aunque podría informarme sobre la antología del pueblo. Siempre es bonito hacer algo local.

—Podrías escribir la historia de Ramoncín.

—¿La de la cueva? No la recuerdo bien, aunque seguro que mi abuela me la contó mil veces cuando era pequeña.

—Hay muchas versiones, pero en resumen: Ramoncín era un bandolero que ponía espantapájaros en los campos cercanos para dar la impresión de que tenía una banda numerosa de saqueadores, aunque en realidad estaba solo. Y así atracaba a las diligencias y los peregrinos en los caminos.

—Me gusta, me recuerda a una película del Oeste.

—¡Pues todavía no he llegado a mi parte favorita! Ramoncín tenía su guarida en una cueva de El Volcán y, según se dice, en algún lugar del monte de tierra roja, escondió su tesoro más preciado: un becerro de oro que sigue oculto a día de hoy —relató Paloma con voz teatral.

—Quizá sea como la leyenda que cuentan sobre el Castel dell'Ovo, en Nápoles. Dicen que Virgilio escondió un huevo mágico en las mazmorras del castillo, un huevo que mantenía en pie el castillo y que en caso de romperse haría que el edificio se derrumbara. Y no sólo eso, sino que toda la ciudad de Nápoles sufriría terribles catástrofes.

Paloma se toqueteó una de las trenzas rubias, distraída.

—Entonces nuestro becerro podría ser la piedra angular de este pueblo. Un amuleto mágico destinado a protegerlo. ¡Y Ramoncín no sería un bandolero, sino un brujo!

—Deberíamos dejarnos de casas encantadas y buscar ese becerro. Nos iría mejor —sugerí con una sonrisa.

—Yo no me atrevo a asegurar que no exista —dijo Paloma muy convencida.

—«Cuando la leyenda se convierte en un hecho, imprime la leyenda», eso le decía el director del periódico al personaje de James Stewart en *El hombre que mató a Liberty Valance*.

Ella me miró divertida con su cara de duende travieso. Estaba sentada como una niña, con los pies sobre el asiento y las rodillas apoyadas en la mesa.

—«¡Yo te enseñaré la ley, la ley del Oeste!» —respondió con voz grave.

No pude contener la risa. Y, en aquel momento, me alegré de que hubiera tomado aquel desvío, de que nos hubiera llevado de vuelta al pueblo, donde todo daba la impresión de fluir a un ritmo distinto, donde nosotras mismas éramos diferentes. Allí Pamplona no era más que un recuerdo lejano, igual que la figura misteriosa y poco definida de mi padre, que los muertos de los últimos días, que mi trabajo y la casa de los fantasmas. Disfruté aquel momento tanto como pude,

sabiendo que era un oasis en medio del caos, un espejismo que nos permitía durante un rato habitar en las leyendas y no en la realidad. Buscar becerros de oro, atrapar bandoleros, vivir en el salvaje Oeste.

17

Nuestra casa en el medio de la calle

9 de julio, 1.00 h

La parada en el pueblo se había alargado hasta convertirse en cena y después, ya en Pamplona, en unas copas en casa de Abel, que había hecho de canguro de Dalí. Cuando todos propusieron salir de fiesta, yo cogí al perro y anuncié que me iba a la cama. Estaba agotada, las emociones de los últimos días habían sido demasiado intensas. Necesitaba un respiro y, además, no perdía la esperanza de ver a Gabriel.

Pero el piso que habíamos alquilado no muy lejos del centro estaba desierto. Impoluto, como él se encargaba de dejarlo siempre. Todavía no me acostumbraba a que aquel fuera mi hogar. Lo habíamos alquilado deprisa y corriendo, cuando me dieron el trabajo en la redacción y decidimos que los dos no cabíamos en el austero apartamentito en el que había vivido Gabriel hasta entonces. El de ahora era un quinto luminoso, con un balcón que daba a la calle, una pared de ladrillo visto y cocina americana. Mucho mejor que el zulo en el que solía vivir en Madrid y más acogedor que la mansión indiana de mi abuela, en la que las palabras retumbaban en las habitaciones vacías. Aunque todavía le faltaba algo. Yo me había esforzado en decorarlo, porque, de ser por Gabriel, con sus gustos monacales, apenas habría puesto un cactus en el salón. Y quizá ese fuera el problema, que él no pertenecía del todo a ningún lugar, dejaba que el trabajo le absorbiese, que empañara todo lo demás.

Echaba de menos cómo era todo cuando nos conocimos, cuando ninguno de los dos llevaba tantas cosas a la espalda. Bromeaba más, cocinaba para mí, sonreía más a menudo. Los últimos meses, desde que habíamos vuelto juntos, no habían sido fáciles. A pesar de que habíamos establecido una rutina con la que estábamos cómodos, había algo que no terminaba de funcionar. A veces me planteaba si irnos a vivir juntos tan pronto había sido un error. Nuestro encuentro la noche anterior nos había servido para reconectar de forma breve, pero se había producido porque yo me había molestado en quedarme despierta hasta las tantas, esperándole. Esperar era todo lo que hacía en los últimos tiempos: a que él estuviera mejor, a que todo volviera a

su cauce.

Sabía que le justificaba constantemente, ante los demás y ante mí misma. Pero se me estaban acabando las excusas para evitar el conflicto. Porque, desde que habían empezado los sanfermines, todo se había complicado de nuevo. Y a mí se me acumulaban los reproches, me pesaba más que nunca su falta de apoyo.

Me puse el pijama y dejé la ropa tirada en el baño, casi como un gesto de rebeldía ante la pulcritud que imponía Gabriel. Una *performance* de protesta por su ausencia. Luego me tiré en el sofá y cogí un libro de Daphne du Maurier que tenía a medias. Era tarde, pero, a pesar del cansancio, me resistía a dormir, quería disponer de un poco de tiempo para mí. Le gané la batalla al sueño durante unas diez páginas, luego me apoyé el libro en el regazo para descansar los ojos y me quedé dormida.

Me despertó el sonido de la puerta de casa al abrirse y un breve ladrido de Dalí, que estaba tan adormilado como yo.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó Gabriel con las llaves en la mano.

—Vivo aquí —aclaré mientras me frotaba un ojo, cuyas pestañas se me habían pegado por el rímel.

Sonrió desde la entrada y dejó las llaves en un bol de coco que teníamos en el aparador. Después se acercó despacio y se abrió hueco en el sofá, junto a mis piernas. Examiné su rostro, que, bañado por la luz que entraba por el balcón, estaba lleno de sombras. Los ojos grises me parecían cada día más oscuros, como si se hubieran ido ensombreciendo con el paso de los meses. Tenía algunas canas en el pelo castaño y denso, y las líneas de expresión empezaban a hacer acto de presencia. Era el mismo y a la vez era diferente. Casi de forma instintiva alargué una mano y le acaricié una mejilla, como si quisiera asegurarme de que era real.

—¿Por qué estás durmiendo en el sofá? —me preguntó en voz baja, a pesar de que en la casa no había nadie más.

—Me he dormido leyendo. Hoy he ido con Paloma al pueblo.

Me miró extrañado, y yo evité reprocharle que fuera tan poco dado a las comunicaciones digitales. No tenía redes sociales y apenas contestaba el WhatsApp. Recurría a las llamadas sólo para temas urgentes y yo no me atrevía, con todo lo que estaba pasando, a llamarle simplemente para charlar o contarle mis desventuras.

—¿Al pueblo? —preguntó.

—Antes hemos ido a Viana, por un tema de trabajo. También le he contado a mi abuela lo de mi padre, y el director del periódico me ha echado una bronca terrible por no coger el teléfono mientras dormía —dije haciéndole un resumen rápido de mi día.

Dicho así, todo parecía insignificante, una simple enumeración de

hechos que no transmitían la angustia, el peso, que cada uno de ellos había tenido.

—Ha sido un día completo, entonces —comentó.

No dijo nada más. Ni preguntó por mi abuela ni por mi trabajo, por nada. Clavé la mirada en el techo. Él me acarició distraído el muslo. Tenía las manos calientes, ásperas por las horas de gimnasio.

—Los próximos días van a ser complicados —soltó de repente.

Volví los ojos hacia él. Me dio la impresión de que su rostro estaba aún más oscuro que antes, como si las tinieblas le hubieran consumido.

—¿Qué quieres decir?

—No vuelvas sola a casa —insistió.

—Por favor, no soporto que me hables en clave.

Se removió en el sofá, aunque no despegó su mano de mi pierna, como si el contacto entre ambos fuera un vínculo indispensable con la realidad.

—Si no me equivoco, y por desgracia pocas veces lo hago, la cosa se va a poner fea.

—¿Esto es por Natalia Romero?

—En parte —respondió—. Pero hay más cosas, cosas que no sabes y que no necesitas saber. Lo único importante es esto.

—¿El chico del Arga también tiene algo que ver?

Negó con la cabeza, molesto.

—Eso no importa —repitió.

—¡No puedes decirme las cosas a medias! ¿Me sueltas que la cosa va a ponerse muy fea e insinúas que puedo estar en peligro y pretendes que no pregunte nada más? ¿Que acate tus órdenes con diligencia y la cabeza gacha?

—Dios santo, Anne, no te estoy dando ninguna orden. ¿Por qué tienes que cuestionarlo todo, que convertirlo en un pulso? —respondió con tono cansado.

—Si lo que te preocupa es nuestro puñetero pacto y que vaya a publicarlo en el periódico, te diré que Fernando me ha sustituido al frente del caso...

—¡No me preocupa eso! Confío en ti.

—¿De verdad? —respondí al tiempo que me liberaba de su mano y me levantaba del sofá.

Había llegado el momento: se nos habían acabado las excusas. Salí del salón para ir a la habitación, pero Gabriel me interceptó en el pasillo.

—Anne..., no te pongas así.

Me giré para mirarle; allí plantado delante de mí me pareció mucho más alto que nunca, mucho más imponente. Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas. Él se acercó y recortó la escasa distancia entre

nosotros. Quería decirle muchas cosas: que quién era, que dónde estaba todo lo que habíamos sentido al principio. ¿Iba a ser así siempre? ¿Se había convertido en el Gabriel devorado por las sombras? Pero no salió una palabra de mi boca.

—Sabes que te quiero —me susurró.

Las palabras mágicas, las que pronunciaba pocas veces. Se acercó aún más y me envolvió entre sus brazos. Yo me aferré con fuerza a su cuello. Me levantó sin esfuerzo y me besó como siempre, como la primera vez. Como si me intentara decir «Soy yo, siempre he sido yo». Y me dejé arrastrar por las emociones, por el tacto de su piel, por todas las cosas que sabía hacerme sentir. Abrió la puerta del dormitorio con la mano que tenía libre; con la otra siguió sujetándome en vilo.

Cuando me dejó caer con suavidad sobre la cama, sentí que el enfado se iba convirtiendo, sin que lo pudiera controlar, en otra cosa. La línea entre la rabia y el deseo era extremadamente fina, tenue, capaz de romperse en unos segundos por el roce de sus labios, de sus manos bajo mi ropa. Me apresuré a quitarle la camiseta, pero con cuidado me mantuvo tumbada, como si me indicara que no tuviera prisa, que iba a tomarse el tiempo que merecía, que quería estar presente en aquel momento, dejar fuera de la habitación todas las sombras que le llenaban la cabeza, que le salían por los ojos. Con cada roce me volvía tremendamente consciente de cada parte de mi cuerpo, quería decir muchas cosas, pero se me nublaba la mente y temí soltar una frase vacía de película barata. Cuando dejó de besarme y me miró a los ojos, le sujeté el rostro con ambas manos.

—Prométeme que vas a estar siempre aquí, que no vas a desaparecer —le pedí.

—No hay nada que me vaya a alejar de ti —prometió mientras sus manos ascendían despacio por debajo de mis pantalones de pijama.

Daba igual que fuera una promesa vaga, era lo único que necesitaba escuchar: que todo aquello pasaría, que siempre seríamos nosotros dos. Y en ese momento se me olvidaron todas las cosas que teníamos que decirnos, todos los peligros inminentes, todos los infiernos que estuvieran por llegar.

18

Secretos bajo la alfombra

9 de julio, 10.00 h

El piso de los padres de Aitor Ruiz de Azúa era un ático de estilo diáfano, con decoración minimalista y mucha luz, ubicado en un edificio nuevo. Ambos estaban sentados en un sofá *chaise longue* de color beige; ella, rubia y con la piel muy bronceada, de un tono casi artificial, con gesto impasible, vestida con un caftán blanco; él, alto y de espaldas anchas, con un polo y profundas entradas en la frente. Detrás de ellos había varias láminas que mostraban paisajes anodinos y que, con toda probabilidad, habían salido de la producción en cadena de alguna franquicia de menaje del hogar. La casa estaba decorada con buen gusto, pero resultaba demasiado impersonal. El salón era como una fotografía de una revista. Lo único que rompía la armonía de cuadros baratos y flores de plástico era una descomunal foto de familia en blanco y negro que colgaba de una de las paredes.

—Siento mucho tener que molestarles de nuevo —comenzó Eraso.

—Es su trabajo —contestó muy seria Ainhoa, la madre de Aitor.

Gabriel pensó que su rostro, tan inexpresivo que recordaba a una máscara de cera, quizá se debía en parte a un exceso de bótox. Rondaba los sesenta años, pero seguramente habría invertido mucho dinero en aparentar bastantes menos. No la juzgó. Sabía que vivían en un mundo que no perdonaba a las mujeres que tuvieran la osadía de envejecer. En el que incluso algunas estrellas anunciaban a viva voz que comerían mierda todos los días si eso consiguiera mantenerlas jóvenes. Los hombres se convertían en maduritos interesantes; ellas, en objetos desechables. Mientras muchos actores presumían de novias veinte años más jóvenes, si una mujer salía con un hombre menor pronto estaba en boca de todos.

—Estamos haciendo todo lo posible por descubrir qué le pasó a su hijo. —Gabriel echó mano de su encanto natural y, a la par que hablaba, la miró fijamente a los ojos, intentando transmitirle confianza.

—Sí, estoy segura de eso —respondió ella sin inmutarse.

Pero, si bien Ainhoa no dejaba traslucir ninguna emoción, su marido, Francisco Ruiz de Azúa, se comportaba de un modo muy

distinto. Tenía la mirada perdida en algún punto del salón y se mostraba ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor, como si estuviera en un viaje astral. Gabriel no tuvo que ver mucho más para deducir que había sido él quien peor había encajado la noticia, el motivo por el que Eraso había pospuesto la visita el día anterior.

—Verán, querríamos saber si Aitor tenía enemigos, alguien con quien pudiera haber tenido una pelea, una discusión —sugirió con mucho tacto Eraso, iniciando el interrogatorio.

—No, nada que yo sepa. Era un buen chico —contestó Ainhoa—. Le gustaba la música rap y todo eso, pero nada más. Estudiaba Ingeniería Mecánica y sacaba buenas notas.

—¿Nunca se había metido en líos? —insistió él.

—Ya le he dicho que no —respondió Ainhoa con voz gélida.

—¿Les comentó algo sobre un intento de atraco la noche del 6 al 7 de julio, de vuelta a casa? —preguntó Gabriel, que no perdía de vista a Francisco.

—¿Un atraco? No. ¿Creen que tuvo que ver con lo que pasó? Por lo que nos dijeron ayer, ni siquiera le quitaron la cartera.

Antes de que Gabriel pudiera contestar, Francisco, que había permanecido en silencio hasta entonces, se levantó del sofá como movido por un resorte y comenzó a andar por el espacioso salón.

—No, no. No ha sido eso, ¿verdad? —dijo de repente.

Gabriel cruzó una mirada con Eraso, que parecía intentar decirle «A esto me refería ayer».

—Es muy pronto para descartar nada, estamos trabajando en varias líneas de investigación —aclaró Gabriel con tono conciliador.

Francisco lejos de tranquilizarse, soltó una carcajada seca, estridente. Tenía los ojos desorbitados, se retorcía las manos compulsivamente y, a pesar de que en el piso no hacía calor, sudaba de manera incontrolada.

—¡No saben nada! —exclamó—. Pero yo sí...

—Por favor, Paco, cálmate —le ordenó su mujer.

Él no dio señales de haberla oído y continuó con su monólogo.

—¡Díganme que no tengo razón! Tiene que ver con esa chica, con Natalia Romero.

Entonces fue Eraso el que se volvió alarmado hacia Gabriel. Los dos estaban perplejos.

—¿Por qué dice eso, Francisco? —preguntó Eraso.

—Han recibido otra puta foto, ¿no es cierto? —susurró él.

Ainhoa se levantó del sofá y se acercó hasta Francisco con paso decidido. Le agarró de un brazo e intentó arrastrarle de forma suave pero firme de vuelta al sofá. Sin embargo, no tuvo éxito. Su marido se comportaba como si ella no existiera, como si nada de lo que había allí fuera importante. Dirigía su discurso al aire, sin mirar siquiera a

Gabriel o a Eraso cuando hablaba.

—No, no hemos recibido nada —contestó Gabriel con cautela—. Quizá si pudiera explicarnos mejor por qué cree que la muerte de su hijo puede estar relacionada con la de...

—¡Habrá otra foto! —le interrumpió Francisco.

—¡Basta ya! —dijo Aihnoa levantando la voz. La máscara de indiferencia se resquebrajó, y bajo ella asomaron, por unos instantes, la rabia, el dolor contenido, la impotencia.

Su marido se zafó de su brazo y volvió a caminar por la sala, repitiendo en voz baja una letanía que ni Eraso ni Gabriel fueron capaces de entender.

—¿Por qué dice que habrá otra foto? —preguntó Gabriel—. ¿Qué sabe de eso?

Francisco posó sus ojos en los suyos sorprendido, parecía ser consciente de su presencia por primera vez. Les examinó con detenimiento, como si acabaran de aparecer por arte de magia o una nave espacial acabara de soltarles en su salón.

—Perdónenle, está diciendo tonterías. Estas últimas horas han sido muy duras, y en la televisión no dejan de mencionar todas esas cosas horribles... —intervino Aihnoa.

—Yo... lo siento —susurró Francisco.

Gabriel le contempló con detenimiento: tenía buena planta, quizá un exceso de tripa, pero en circunstancias normales aparentaba ser un tipo elegante, bien vestido. Sin embargo, en aquellos momentos, la locura y el dolor se le habían instalado en el rostro, aniquilando el resto de sus rasgos, cualquier rastro de seguridad o confianza. Aun así, Gabriel quería saber más sobre lo que había dicho. Había hablado de Natalia Romero, de las fotos. Había hecho alusión, sin saberlo, a su propia teoría. Aquella que todavía no había podido probar pero que vivía en su mente, llenándole de angustia.

—¿Por qué ha dicho que recibiremos otra foto? —volvió a preguntar con tono firme.

—Ya les he dicho que ha sido una tontería... —intervino Ainhoa con una media sonrisa forzada.

—Si no le importa, preferiríamos que contestara su marido —apuntó Eraso.

—No lo sé —respondió Francisco, que parecía ir recuperando la cordura poco a poco.

—Por algo lo habrá dicho —volvió a la carga Eraso—. Lo único que queremos es ayudarles.

—Si quieren ayudarnos, deberían estar ahí fuera buscando al asesino de mi hijo, en lugar de torturar a mi marido, que ya lo está pasando bastante mal —les reprochó Ainhoa con su habitual tono glacial.

Ni Gabriel ni Eraso respondieron a la provocación, habían vivido aquella situación cientos de veces. Podían tolerar convertirse en el blanco de la ira de las familias, entendían que en ocasiones el dolor era tan insoportable que no se aguantaba dentro, que salía disparado en todas las direcciones y arrasaba con lo que se le pusiera por delante. Francisco, por su parte, parecía más sereno y se había sentado en una silla, junto a la mesa. Ahora tenía la mirada clavada en el suelo, con cierto gesto de arrepentimiento, quizá de vergüenza.

—Discúlpenme, estoy muy nervioso —dijo por fin—. Primero matan a esa chica y luego a mi pobre Aitor... Escuché en la tele eso de la banda, los juegos de rol. No lo sé. Sólo busco una explicación a lo que ha pasado.

Gabriel asintió con gesto comprensivo, aunque lo cierto era que no confiaba del todo en Francisco. Quizá no se tratara más que de una crisis nerviosa, un ataque de ansiedad provocado por la desesperación de haber perdido a un hijo. No obstante, parecía demasiado convencido de que la muerte de Aitor tenía algo que ver con la de Natalia Romero. Y después de tantos años, Gabriel había aprendido a confiar en su instinto.

—Si recuerda cualquier detalle, estamos disponibles las veinticuatro horas —recalcó Eraso.

Tras abandonar el piso, los dos bajaron en el ascensor en silencio, como si temieran que alguien pudiera estar escuchando. Ya en la calle, cuando se alejaron del edificio de fachada blanca, se atrevieron a comentar lo que acababan de presenciar.

—No me fio de él —señaló Gabriel a su compañero.

—Yo tampoco, deberíamos echarle un ojo.

—¿Crees que sabe algo de Natalia Romero?

Eraso negó con la cabeza.

—No creo, lo que pasa es que está conmocionado por lo que ha ocurrido. Y en la prensa no paran de insinuar que los asesinatos están relacionados. Con todo ese rollo del juego de rol, puede que lo haya sacado de ahí. Pero tal vez sepa más de su hijo de lo que nos ha contado.

—Tiene una inmobiliaria, ¿verdad? —preguntó Gabriel mientras abría la puerta del coche.

—Sí. Ruiz de Azúa, S. L. No se pensó mucho el nombre. Podría encargarme de echar un vistazo para confirmar que todo esté en regla. Quién sabe, quizá Francisco tenía enemigos o deudas que ha acabado pagando el hijo.

—¿Un ajuste de cuentas? No sé... Sigo sin entender qué tienen en común Aitor y Natalia Romero.

—Si se confirma que los crímenes guardan relación entre ellos, entonces estamos jodidos —coincidió Eraso.

—Veamos si encuentras algo extraño sobre Francisco. Es posible que todo esto sea fruto de los nervios. Pero tenemos que asegurarnos —dijo Gabriel mientras arrancaba el motor.

Eraso asintió, diligente. Los dos estaban solos porque Jone, a pesar de su férrea resistencia, había tenido que quedarse en casa con Unai y Leire, que estaban con fiebre. Gabriel sabía que la había herido en lo más profundo de su orgullo. Desde luego, ser madre era un trabajo complicado y a jornada completa. No pudo evitar pensar en los padres de Aitor, en cómo la pérdida dejaba un agujero negro capaz de succionar el resto del mundo. Todas las familias guardaban secretos bajo la alfombra, secretos que se iban enquistando, que crecían y se descomponían como entes con vida propia. Hasta que el hedor era tan fuerte que era imposible ignorarlo, y entonces, de una forma u otra, acababan saliendo a la luz. Sólo era cuestión de esperar.

Apenas se habían alejado dos calles cuando el móvil de Gabriel empezó a sonar. Pasó la llamada al manos libres y contestó.

—¿Inspector? —La voz de uno de los agentes de la comisaría resonó en el vehículo.

—Sí, ¿qué pasa?

—Bueno..., es mejor que lo sepa, no creo que los de *La Crónica* tarden mucho en levantar la liebre. Les ha llegado otra foto, parece que de Aitor Ruiz de Azúa.

Gabriel agachó la cabeza un segundo y sintió la tentación de rezar. La bomba estaba a punto de explotar. Y era muy probable que se los llevara a todos por delante.

Aquella noche era especial. Había llegado el momento de que los nuevos se unieran con honores al grupo. Bajo el manto de estrellas del cielo despejado, Seth dirigía la ceremonia. Con una túnica negra, permanecía impasible junto a la hoguera, que iluminaba su rostro creando sombras grotescas, aterradoras. El niño sentía el miedo presionándole la vejiga y se preguntó si sus compañeros también se sentirían así. No podía parecer débil. Cogió aire y se irguió, preparado para jurar sus votos, para pasar a formar parte de aquella familia. Seth y Shesmu se lo habían dicho: eran especiales. Ellos, tan sólo ellos y nadie más.

Eran los guardianes de un secreto que les pertenecía. Uno que le hacía sonreír cuando Mario Suberviola le daba un balonazo en el recreo. Entonces no se quejaba y recordaba que Mario iba a desaparecer pronto. Estaba condenado, como lo estuvieron en su día los triceratops.

Ese pensamiento le hizo sentir mejor. Hinchó el pecho y avanzó orgulloso cuando fue su turno. Repitiéndose mentalmente aquello que, hasta ese instante, nadie le había dicho: «Eres especial, eres especial, eres especial».

Frente a la hoguera, con la mano en el pecho y la voz temblorosa, empezó a recitar:

Juro solemnemente servir y defender a Alejandría,
hasta el día que deje el mundo de los vivos.
Seguir siempre el camino correcto y ser digno
de la salvación y la protección de Seth
y de todos los dioses antiguos.
Y, si algún día falto a este juramento,
aceptaré las consecuencias
en este mundo y en el de los muertos.

19

Un ramo de flores

9 de julio, 13.00 h

La redacción bullía como si fuera un hormiguero. Pero, a diferencia de las hormigas, marciales y organizadas, en el periódico todos corrían de un lado a otro sin ninguna función clara mientras el sonido del teclado de los ordenadores hacía las veces de hilo musical. El detonante del caos había sido un pequeño paquete de diez por quince centímetros que había llegado un par de horas antes. En esa ocasión, había sido Julia quien había hecho saltar las alarmas al comprobar que no tenía remitente. El conserje no se había dado cuenta y lo había dejado allí convencido de que era uno de los numerosos pedidos de compras *online* que llegaban cada día. La decisión de si debíamos abrir o no la misteriosa caja provocó un pequeño cisma que Fernando se apresuró a zanjar con uno de sus famosos discursos.

—Como periodistas, tenemos el deber de informar a los ciudadanos y además, sea lo que sea lo que contenga, ¡nos lo han enviado a nosotros por algún motivo! Nuestra obligación es averiguar cuál —soltó.

Y, sin muchos remilgos, se había lanzado a abrir el paquete. Al hacerlo confirmamos nuestras peores sospechas: en su interior había una fotografía Polaroid en la que se apreciaba el rostro, desfigurado a base de golpes, de un muchacho joven. No tardamos en constatar que se trataba de Aitor Ruiz de Azúa. El retrato —borroso y con *flash*, nada digno de Mario Testino— lo firmaba de nuevo El Iniciado. Al menos conseguí persuadir a Fernando de que no plantara los dedazos en la fotografía y que la manipulase cogiéndola con un pañuelo. Después, entre disputas y teorías sobre la identidad del enigmático fotógrafo aficionado que había conseguido, supuestamente, asesinar a dos personas en pleno San Fermín, avisamos a la Policía Foral.

Gabriel no acompañaba esta vez a los agentes, así que supuse que estaría con otros asuntos. Sus compañeros recogieron todo con diligencia, como el día anterior. Fernando se encaró con una inspectora de la Científica que le reprochó haber abierto el sobre, se mostró alterado, despojado de su habitual tono conciliador. Por primera vez en los meses que yo llevaba allí, traía la camisa arrugada

y unas profundas ojeras. Para colmo, el tercer encierro de las fiestas se había saldado con un herido por cornada que, aunque no estaba grave, añadía más tensión al frenético ambiente informativo de las últimas horas.

—¿Qué tal va la noticia de la foto en Twitter? —me preguntó Fernando escrutando sin ningún disimulo la pantalla de mi ordenador. Parecía haberse olvidado de nuestro desencuentro del día anterior.

—Lo de siempre: la hemos colgado hace un rato y ya hay mucha polémica. Algunos dicen que todo es un montaje, otros creen que se trata de un asesino en serie o de un juego de rol y hay quienes proponen que se suspendan los sanfermines.

Asintió complacido.

—Eso es bueno, hemos dado una exclusiva mundial, es lógico que se cree polémica.

Me resultó extraño su cambio de actitud conmigo. Aunque Endika seguía oficialmente al frente de los casos de El Iniciado, me había pedido a mí que realizara la primera nota sobre la Polaroid. Yo, por mi parte, había sido inteligente y había accedido en medio de un mar de sonrisas, sin mencionar mi escapada a Viana el día anterior. Cuando todo aquello se calmara un poco, podría confiarle mis avances.

—¿Crees de verdad que estamos tratando con un asesino en serie? —pregunté fingiendo interés en su opinión.

—En realidad, según la definición oficial se considera asesino en serie a un asesino que mata como mínimo a tres personas en un plazo de treinta días o más. Y no al mismo tiempo, claro. Pero El Iniciado lleva buen ritmo... —intervino Julia, que acababa de volver de la mesa de Endika.

—¿Creéis que habrá más víctimas? —planteé yo.

Fernando desvió la mirada y se quedó reflexionando unos segundos, como si no se hubiera planteado esa posibilidad hasta entonces.

—¿Más víctimas? —murmuró—. Sí, claro, podría ser.

—Quizá no sea una locura pensar en suspender las fiestas —apunté.

Me miró con condescendencia y, a pesar de que su rostro reflejaba preocupación, esbozó una de sus habituales sonrisas cargadas de cinismo.

—¿Crees que eso cambiaría algo? La ciudad está hasta la bandera, y mucha de esa gente percibe este peligro como algo irreal o incluso excitante. Es una decisión muy arriesgada, hay muchísimo dinero en juego —respondió.

—¿Y El Iniciado? ¿De verdad puede tener todo esto algo que ver con un juego de rol? El nombre casi me suena más a alguien perteneciente a una secta.

—Esa fue una de las teorías no oficiales sobre los asesinatos del Hijo

de Sam, que no lo hizo solo y estaba metido en una especie de culto satánico. Yo estoy con Anne, puede que el asesino esté iniciado en algún culto o algo así —coincidió Julia.

Contra todo pronóstico —teniendo en cuenta su debilidad por el sensacionalismo—, a Fernando no le convenció la hipótesis de la secta.

—Dejaos de tonterías, si empezamos a decir eso será mucho peor. No queremos asustar a nadie —añadió sin dar más explicaciones.

Después se marchó camino a su despacho, y Julia y yo nos quedamos de nuevo solas en nuestros escritorios.

—Qué día más raro, ¿no? —comentó Julia dejándose caer en la silla.

—Nunca había visto a Fernando tan nervioso, parece que todo esto le está afectando.

Ella se encogió de hombros.

—Es la credibilidad de su periódico la que está en juego, supongo que será por eso. Pero la verdad es que, y lo siento por las víctimas, todo esto es fascinante desde un punto de vista criminológico. Me siento como en una serie policiaca. Una ciudad entera aterrorizada por un asesino que caza de noche, que fotografía a sus víctimas y que incluso se ha puesto nombre y escribe a la prensa —respondió excitada.

Julia se había revelado como una gran experta en asesinos en serie y crímenes famosos. Lo sabía todo sobre Manson y La Familia, sobre John Wayne Gacy, apodado El Payaso Asesino, o sobre Ian Brady y Myra Hindley, autores de los terribles asesinatos de los páramos en los años sesenta. Además, había mostrado gran entusiasmo por la creación literaria e incluso me había confesado que estaba trabajando en su primera novela. Recordé lo que me había propuesto Paloma sobre la antología de leyendas del pueblo y me anoté mentalmente informarme cuando terminaran los sanfermines.

—Desde luego, estoy deseando leer tu libro. Estoy segura de que será muy violento —comenté con cierta sorna.

—No lo dudes —respondió con una sonrisa cómplice.

Mientras ella sacaba un espejito del bolso para retocarse el labial rojo, yo eché un vistazo al móvil para ver si tenía noticias de Gabriel. Sin embargo, lo que encontré fue un mensaje de WhatsApp de mi padre. Con una ortografía impecable —y poco habitual— en el mundo digital, me preguntaba qué tal estaba y si había tenido tiempo para reflexionar sobre nuestro encuentro. Me molestó un poco que me presionara, después de haberme dicho que podía tomarme el tiempo que necesitara para pensar, y más teniendo en cuenta que él no se había dado precisamente prisa todos aquellos años. No contesté. Iba a bloquear de nuevo el teléfono cuando un mensaje de Paloma apareció

en la pantalla. Seguido de otros cinco.

Estás en línea. ¿No estás trabajando con lo de la foto nueva?

Vaya marrones te caen, tienes un don.

Me aburro en casa de Abel, está todo el día por ahí con su novia, y los dos juntos me dan mucha pereza.

¿Has comido? Voy a hacer macarrones.

¿Por qué no vienes y nos vamos a buscar la casa encantada?

Estaba a punto de contestarle que no quería saber nada de la dichosa casa, pero cambié de opinión. Por las tardes apenas había movimiento en la redacción, y respecto al tema de los asesinatos, tampoco había mucho que hacer más allá de seguir intentando recopilar testimonios de amigos, vecinos y familiares y esperar a ver si la Foral anunciaba nuevos avances. Tal vez la idea de Paloma no fuera tan descabellada, quizá encontráramos algo interesante y digno de un buen artículo, que permitiera reconstruir la historia de aquel hombre al que habían asesinado de una forma tan cruel y cuya muerte había pasado casi desapercibida. Respondí con un mensaje escueto:

Vale, guárdame unos macarrones. Te veo en un rato.

Después le propuse a Julia, a quien le había contado aquella mañana mi excursión del día anterior, que se uniera a nuestra nueva escapada.

—Me encantaría, pero la verdad es que he quedado esta tarde. Además, Endika quiere que vayamos a meter las narices en el portal de los padres de Aitor, está completamente entregado al trabajo, se

cree que va a resolver los casos o que es Truman Capote o el prota de *Spotlight*. Es un puñetero dictador —protestó ella.

Volví la mirada a la mesa de Endika, que tenía más o menos mi edad y venía de trabajar en otro periódico regional, llevaba gafas, calcetines de aguacates y era propenso a enredarse en discusiones en redes sociales. No era antipático, aunque desprendía un tufillo moralista difícil de ignorar.

—Mucha suerte entonces —le deseé a Julia antes de recoger mis cosas para irme a casa de Abel.

Estaba a punto de salir de la oficina cuando me crucé con un repartidor que llevaba en la mano un ramo de flores gigantesco que casi me estampa en la cara.

—¡Perdón! —se disculpó.

—No pasa nada. ¿Para quién son? —pregunté señalando las flores.

—Anne Aribe, el portero me ha dicho que las subiera yo —respondió.

Miré atónita el enorme ramo, compuesto de flores de diferentes tonos de azul. Sentí una desconfianza repentina. ¿No estaría aquello relacionado con el asesino y con los envíos de las malditas fotografías?

—¿Está seguro? —insistí con recelo.

—Sí, ¿por qué? ¿No está?

—Porque son para mí.

—¡Ah! Pues mira qué bien, aquí las tienes. Si me echas una firmita... —dijo tendiéndome una *tablet*.

—¿Quién las envía?

—Pues ahí tienes una tarjetita, yo sólo soy un *mandao* —respondió.

Rebusqué entre las flores hasta dar con un pequeño sobre de papel marrón y lo abrí casi con miedo. Dentro había una tarjeta dorada en la que, escrito con una caligrafía impecable, se leía:

> Ya sé que no duran para siempre, pero confío en que todo esto acabe antes de que se marchiten.
>
> GABRIEL

Me entró un ataque de risa incontrolable. Gabriel mandándome flores. Gabriel en la floristería escribiendo una nota pastelosa en aquella minúscula tarjeta. Ni siquiera me gustaban las flores, pero me pareció el ramo más bonito del mundo. Se había molestado en hacer algo que se suponía que hacían las parejas normales, en dedicarme un tiempo en medio de aquella vorágine que se empeñaba en separarnos.

—¡Vaya! Esas son de las caras —comentó Fernando cuando pasó a mi lado camino del ascensor.

Le devolví una sonrisa forzada y apreté el ramo contra el pecho. Eran mucho más que unas flores, mucho más que un gesto —quizá algo pasado de moda— de comedia romántica de Hugh Grant; eran un símbolo de redención, una disculpa, una promesa por cumplir.

20

Juan Sin Sombra

9 de julio, 16.30 h

—Si hay un pueblo perfecto para buscar una casa encantada, es este —sentenció Paloma mientras caminábamos por la calle Mayor de Bargota.

—¿Lo dices por el brujo? —pregunté yo, que estaba enterada, como casi todo el mundo en Navarra, de la famosa leyenda.

—Exacto, se llamaba Johanes. Se supone que vivió aquí entre los siglos XV y XVI. Fue el cura del pueblo.

—Uno que podía volar —apunté.

—Sí, y encima de una nube, un poco como Goku —respondió Paloma entre risas—. Mi madre me ha contado esa historia muchas veces. Por lo visto estudió en Salamanca y allí descubrió su interés por la nigromancia. Cuentan que aprendió prestidigitación en la legendaria Cueva de Salamanca, donde se reunían quienes estaban interesados en temas de ocultismo y dicen que hasta el mismísimo diablo daba clases. Después Johanes volvió y se convirtió en el párroco de Bargota. Poco a poco se fue ganando la fama de ser un brujo. Como te he dicho, se supone que volaba sobre una nube, con una capa que le hacía invisible. Luego llegaba a la iglesia con el sombrero lleno de nieve y les decía a sus vecinos: «¡Cómo nieva en los montes de Oca!», que están, ni más ni menos que en Burgos.

—No me importaría tener una de esas nubes —bromeé—. ¿Y no se quitaba también la cabeza?

—¡Ah, sí! Esa es mi parte favorita. Dicen que se la quitaba para dormir y la dejaba en la mesilla. Una vez ocurrió en San Fermín. ¡Así que igual nos lo encontramos por aquí con la cabeza debajo del brazo! —bromeó Paloma.

Giramos por la esquina de la calle y fuimos a dar a una placita rectangular; en una placa se leía «Plaza el Brujo».

—Pues de momento, aquí está, aunque sea de piedra —dije yo señalando la estatua que, rodeada de algunos bancos y árboles, representaba a Johanes con el rostro serio y junto a un gato.

Cuando nos acercamos a echar un vistazo, tuve que regañar a Dalí para evitar que le meara en la cara al pobre felino. Abel no había

podido hacerse cargo de él esa tarde y, como no sabíamos cuánto tardaríamos, nos lo habíamos llevado con nosotras en la búsqueda de la misteriosa casa.

—Aquí es todo un símbolo. Aparece incluso en el escudo del pueblo. Además, en unos días empieza la semana de la brujería: todo el pueblo se convierte en una villa medieval llena de brujas —comentó Paloma —. Es difícil saber quién fue Johanes en realidad, pero lo más probable es que fuera un curandero, quizá un hombre relacionado de alguna forma con conocimientos poco convencionales.

Sonreí frente a la estatua de piedra. En Navarra, la brujería estaba muy presente desde hacía siglos, y pese a la persecución a la que había estado sometida, la magia estaba por todas partes. En cada pueblo se escuchaban diferentes fábulas que iban pasando de una generación a la siguiente: mujeres que se transformaban en gato, cruces negras que aparecían bajo las sábanas, hombres que volaban sobre nubes, *akelarres* en lo más profundo de la noche. Desde Zugarramurdi hasta Bargota, las brujas sobrevolaban las tierras navarras y alimentaban las historias que ya se contaban en las candiladas, aquellas reuniones de mujeres, que en invierno se juntaban para hilar a la luz de un candil, mientras relataban cuentos y leyendas. La brujería se negaba a abandonar Navarra, moraba en cada árbol, en cada pueblo, en la mente de sus habitantes, que mantenían viva la tradición.

—¿Por dónde empezamos a buscar la casa? —preguntó Paloma.

—Lo mejor va a ser que preguntemos a alguien de aquí. Aunque no sé muy bien cómo hacerlo: «Hola, buenas tardes, buscamos la supuesta casa encantada de un hombre cuyo nombre desconocemos».

—Sí, algo así sería perfecto —dijo Paloma con ironía.

Los tres avanzamos hasta la iglesia del pueblo y el Ayuntamiento y nos sentamos en unas pronunciadas escaleras, dispuestas a iniciar nuestra tarea. Las primeras víctimas de nuestras preguntas fueron una pareja joven que, desconcertados, se apresuraron a responder que no eran del pueblo mientras iniciaban la huida en dirección contraria. Al segundo intento tuvimos algo más de suerte. Abordamos a una mujer joven que volvía de comprar y que reaccionó ante nuestra pregunta con una mezcla de sorpresa y diversión.

—¿Habláis de la casa de la linterna? —preguntó dejando las bolsas de la compra en el suelo.

—¿La casa de la linterna?

—Sí. La casa de los Ganuza. Es esa tan grande de ahí —respondió señalando una casa que estaba coronada por una linterna—. Es la única, además de la del cura, claro, de la que he oído historias de supuestos fenómenos paranormales. Pero no pertenece a ningún hombre como el que describís.

Paloma y yo discutimos un rato sobre si aquel lugar sería el origen de las fantasías de Domingo, sobre si la vivienda de la que hablaba existía o era una simple compilación de imágenes creadas en su mente a partir del folclore del pueblo. Al final, ante la insistencia de Paloma, preguntamos una vez más, a una mujer de unos sesenta años que paseaba con un niño.

—Pues, por lo que decís, sólo se me ocurre que se trate de Juan —contestó tras escuchar nuestra historia.

Paloma y yo nos miramos esperanzadas. Quizá, después de todo, no había sido una pérdida de tiempo ir hasta allí.

—No sabemos su nombre, pero estuvo viviendo en Viana y por lo visto decía que tenía una casa en Bargota que estaba embrujada —expliqué.

—Entonces tiene que ser Juan Sin Sombra —comentó la mujer—. Le llamaban así por la historia del brujo, ya sabéis. Dicen que cuando venció al diablo, que venía a tentarle, perdió su sombra para siempre, de ahí el nombre. Y, como Juan era muy raro desde pequeño y estaba muy interesado en todas esas historias, le pusieron ese apodo.

—¿Sabe su apellido? —pregunté esperanzada.

—Si no recuerdo mal se llamaba... Juan Luis Tejada.

Sonreí entusiasmada. Puede que acabáramos de descubrir la identidad de una víctima, de conseguir algo que la policía no había logrado aún.

—¿Y qué hay de la casa? —preguntó Paloma, que seguía empeñada en la historia de los fantasmas.

—Pues como no sea la de sus padres... Aunque hace mucho que no veo a Juan por el pueblo. Un par de años, más o menos. Estuvo mucho tiempo sin venir por aquí, luego pasó una temporada de vuelta en la casa, pero se volvió a marchar. Como yo no vivo aquí todo el año, no conozco bien la historia. Pero tengo entendido que se volvió alcohólico. Una pena, perdió la cabeza, el pobre. La casa está en un camino a las afueras, aunque está que se cae a cachos. Puedo indicaros cómo llegar, por si os sirve de algo.

Seguí a Paloma por un camino sin asfaltar que se alejaba del pueblo hasta que llegamos al lugar que nos había indicado la mujer: una aislada edificación de piedra en estado semirruinoso que estaba rodeada, de forma inusual, por una valla metálica. No había timbre ni buzón a la vista. Lo único que daba la bienvenida a los visitantes era un sauce llorón que exhibía una decoración de lo más macabra. De las ramas colgaban objetos variopintos: muñecas de porcelana, discos, calabazas secas, trozos de tela, una quijada de oveja o de cabra e incluso un brazo y una pierna de un esqueleto de plástico.

—¿Sigues sin creerte lo de la casa embrujada? —me preguntó Paloma.

Yo miré el árbol con repugnancia. Parecía una imagen sacada de una película de terror, una advertencia para los curiosos.

—No podemos entrar, es una propiedad privada —le advertí a Paloma.

Ella, como de costumbre, hizo caso omiso a mis palabras y se acercó a la puerta de la valla.

—No hay candado —indicó.

—Eso no quiere decir que puedas pasar como si fuera tu casa —insistí yo.

Dalí empezó a ladrar tirando de la correa, nervioso. En ese momento pensé que se había contagiado de aquella sensación que flotaba en el ambiente y que era difícil de describir. Experimenté una mezcla de angustia y miedo, que se veía acrecentada por el calor bochornoso.

—Ya tenemos la posible identidad de Domingo. Es suficiente. Vayámonos de aquí —le rogué a Paloma, que estaba asomada a la verja, contemplando la estructura de piedra de la casa.

—¡Cómo nos vamos a ir ahora! Además, no sabes si el hombre del que hablaba la mujer era *nuestro* Domingo.

—¿Y qué te crees que vas a encontrar ahí dentro? ¿Su carnet de identidad? —protesté.

—Yo voy a entrar. Tú haz lo que te dé la gana —sentenció ella—. Si quieres puedes venir conmigo y, si no, ya sabes dónde está el coche.

Sin esperar respuesta, empujó la puerta de la verja y, con un gesto ágil, saltó las malas hierbas que cubrían la entrada y se deslizó en el interior.

Maldije a toda su ascendencia entre dientes y eché un vistazo alrededor; por suerte, no había nadie en el camino. Lo que me faltaba era que nos denunciaran. No tenía ningunas ganas de entrar allí, pero tampoco me atrevía a dejar a Paloma sola, así que, con gran pesar, crucé el umbral de la casa de los horrores.

La construcción era una mole rectangular de dos pisos con tejado rojizo a dos aguas. A simple vista, no tenía nada extraño: una puerta de madera que parecía cerrada y ventanas pequeñas, algunas de las cuales se hallaban tapiadas. El jardín ya era otra historia. Además del siniestro sauce, había varios bidones y basura por todas partes, y el suelo estaba lleno de maleza y de cardos que habían crecido de manera descontrolada. Para rematar, el lugar parecía haberse convertido en la base de una horda de mosquitos, que atacaban sin piedad. Maté uno de un manotazo en mi hombro y el bicho explotó dejándome la camiseta pérdida de sangre.

—¡Anne, ven aquí! —oí que me llamaba Paloma.

Su voz provenía de la parte de atrás de la vivienda. Sin mucho entusiasmo, avancé por el terreno sintiendo como las malas hierbas

me arañaban las piernas desnudas. Cuando giré por una de las esquinas de la casa, me encontré a Paloma parada en medio del jardín trasero, que continuaba con ese particular estilo de casa de asesino en serie americano que acabábamos de ver en la entrada. Sin embargo, acumulaba aún más trastos: carretillas oxidadas, un remolque viejo, sillas rotas... En medio de aquella amalgama de objetos destrozados, Paloma se había puesto de cuclillas en el suelo. Dalí tiró de la correa, nervioso, y estuvo a punto de hacerme caer al suelo; me desesperé y le solté para que corriera libre. Total, si nos iban a detener, por lo menos les daríamos más de un motivo.

—¿Qué pasa? —pregunté, acercándome a Paloma.

Ella se levantó y entonces vi aquello que había captado su atención: un jarrón con flores frescas junto al cual había una cruz de madera pequeña y rudimentaria.

—Eso es...

—Parece una tumba. Y estas flores no llevan mucho tiempo aquí.

Examiné el suelo con detenimiento, pero la tierra de esa zona no era diferente de la del resto del patio, no había señales de que la hubieran removido y la hierba crecía con normalidad.

—Podría ser cualquier cosa. Un perro, incluso... —respondí con cautela.

—¿Un perro? ¿Y quién le iba a traer flores frescas? Ahí hay un cadáver.

Un mosquito impactó contra mi nariz, lo espanté de un manotazo y me alejé de la cruz para refugiarme junto a la pared de la casa. Paloma me siguió y pronto nos enzarzamos en una discusión sobre qué debíamos hacer, si aquello era realmente una tumba o no y el hecho de que habíamos cometido un delito. Nos hallábamos tan absortas en gritarnos la una a la otra que no nos dimos cuenta de que, mientras tanto, Dalí estaba empleado a fondo en una labor de arqueología. Para cuando fuimos conscientes, había cavado un boquete considerable junto a la cruz.

—¡Dalí! ¡Para! —le grité mientras me acercaba corriendo.

Obedeció y se me quedó mirando sin dejar de mover el rabo. Sin perder el tiempo, Paloma se agachó junto al boquete.

—Creo que aquí hay algo —indicó.

Solté un bufido y me acuclillé junto a ella, que señaló un punto entre la tierra que había levantado Dalí. Allí, asomaba un trozo considerable de plástico negro, similar al que se utilizaba para tapar los cultivos en el campo. Pero lo que había llamado la atención de Paloma era un pequeño hueso amarillento. Podría ser de un animal... o de una mano o pie humanos.

Paloma acercó la mano para cogerlo y yo la detuve.

—Tú ganas —susurré, y me saqué el móvil del bolsillo para llamar a

Gabriel.

No habíamos encontrado fantasmas, pero todo apuntaba a que estábamos ante algo mucho más aterrador.

21

El templo maldito

9 de julio, 18.15 h

Gabriel cerró la puerta del todoterreno negro, que había aparcado a un lado del camino, y se dirigió hacia la casa de piedra en medio de una nube de polvo y mosquitos. Comprobó que el coche de Mendive, a quien él mismo había avisado tras recibir la llamada de Anne, ya estaba allí. En realidad, Mendive podría haberse encargado de aquello sin su ayuda, pero él había decidido acudir en parte por Anne y en parte por alejarse —o más bien escaparse— de Pamplona durante unas horas. Había aprovechado el viaje para despejar la mente. Los casos de Aitor Ruiz de Azúa y Natalia Romero seguían estancados, y la impotencia y la presión comenzaban a hacerse insoportables. El propio jefe de la Policía Foral le había hecho llamar en cuanto supo que habían recibido una nueva fotografía. La noticia de que podía haber un asesino en serie había sacudido la ciudad, que, encogida bajo la sombra de El Iniciado, se dividía entre los que temían lo que pudiera ocurrir y los que coleccionaban cada nueva información, cada detalle que se filtraba, entregados al morbo.

Mantener el equilibrio entre la prensa, las fuerzas policiales y los políticos, que no iban a quedarse, ni mucho menos, al margen del asunto, resultaba cada vez más difícil. Todas las mañanas durante las fiestas, una junta compuesta, entre otros, por representantes de los diferentes cuerpos policiales y el alcalde se reunía para poner en común sus actuaciones, valorar la actualidad y sacar una nota de prensa con los sucesos más importantes. Gabriel se alegró de no ser él quien acudía a dichas reuniones; si gestionar que San Fermín fuera bien en un año normal ya era complicado, desde que habían comenzado los asesinatos debía de ser una pesadilla. Algún partido había propuesto ya que se suspendieran las fiestas, y todos discutían intentando calcular las pérdidas económicas, valorando la seguridad ciudadana, utilizando las muertes como armas arrojadizas contra el alcalde, la presidencia del Gobierno y quien se cruzara por delante. Por su parte, Gabriel y sus compañeros trataban de mantener la calma. Habían reforzado al máximo el dispositivo de seguridad junto a los otros cuerpos policiales, e intentaban no alarmar más a la población.

La única certeza que tenían era que las dos Polaroid habían salido del mismo cartucho, por lo que actuaban con cautela frente a los medios y se esforzaban por trabajar lo más rápido posible.

Pero, por desgracia, parecía que eran incapaces de avanzar. No habían conseguido dar con ningún vídeo del supuesto atracador de Aitor y no lograban deducir qué tenían en común las dos víctimas, por qué el asesino, en una ciudad abarrotada de gente, los había elegido precisamente a ellos. Hora tras hora, se multiplicaban las preguntas para las que no tenían respuesta.

—¡Palacios! —le gritó Mendive cuando llegó a la parte trasera de la casa.

—Buenas tardes —saludó Gabriel.

Junto a su excompañero estaban Paloma, dos agentes de uniforme y Anne, quien sujetaba con fuerza la correa de Dalí, que al verlo comenzó a luchar con todas sus fuerzas por salir disparado en su dirección. Le dedicó media sonrisa a Anne; a pesar de la situación, se alegraba de verla. En medio de aquel caos, le hubiera gustado salvar los pasos que les separaban y abrazarla con fuerza contra su pecho, respirar el olor de su pelo. Pero, en lugar de eso, se dirigió a Mendive.

—¿Qué tenemos, subinspector? —preguntó, como hacía siempre.

—Pues... una posible fosa clandestina —respondió Mendive sin mucha convicción—. La zona está señalada con una cruz de madera, y había un jarrón con flores frescas. El perro ha empezado a excavar y ha encontrado un plástico negro que parece de esos que se usan para tapar los cultivos, y un hueso que podría ser, o no, una falange humana. No hemos tocado nada.

—Y creemos que la casa podría ser propiedad de la víctima de Viana, ¿no?

Mendive cruzó los brazos y apretó los labios. Gabriel le conocía lo suficiente para saber que era muy probable que le hubiera molestado la intromisión de Anne y Paloma en su caso y que hubieran descubierto algo que ellos habían pasado por alto.

—Es una posibilidad. Parece que una mujer del pueblo le ha identificado como Juan Luis Tejada. Habrá que ver si conseguimos alguna coincidencia con el banco de ADN o si localizamos a algún familiar.

Gabriel asintió satisfecho.

—De camino he llamado a Bernal y he pedido que nos manden a un forense y a un arqueólogo forense. Si de verdad es un enterramiento clandestino, creo que es importante que no nos apresuremos a excavar o podríamos perder mucha información.

—¿Un arqueólogo? —preguntó Mendive sorprendido.

—Sí, hay que hacer las cosas bien. Trabajará con el forense que esté de guardia, que será quien haga oficialmente el levantamiento del

cadáver, si lo hay, y el informe correspondiente. Además, será mejor que también venga el antropólogo forense. Él es el experto en huesos.

Mendive acató las instrucciones sin rechistar y, mientras él y los dos agentes de uniforme empezaban a delimitar la zona de seguridad, Gabriel acompañó a Anne y a Paloma a la salida. Una vez fuera de la vista de sus compañeros, le rascó las orejas a Dalí y le dio un beso rápido a Anne.

—¿Cómo lo haces para acabar siempre rodeada de cadáveres o asesinos? —le preguntó con ironía.

—Esta vez no lo hemos buscado —se defendió ella.

—Por lo menos puede que hayáis dado con la identidad de una víctima.

—Deberíais darme las gracias a mí, Gabriel. Anne no quería entrar en la casa —intervino Paloma.

—Y habría sido mejor idea, mira lo que hemos encontrado —respondió Anne.

—Para la próxima, intentad no colaros en propiedades privadas.

Anne le lanzó una mirada de disculpa y, antes de despedirse de él, le susurró con una sonrisa traviesa:

—Me han encantado tus flores.

Él se sintió tan avergonzado que clavó la mirada en el suelo mientras se alejaban. Había dudado mucho sobre si hacer algo así. ¿Era una tontería? ¿Un gesto rancio y poco ecologista? Por no hablar de la frase de la tarjeta. Lo suyo no era la literatura, su vida estaba marcada por la disciplina, por el orden y los datos, no había lugar para el arte y el romanticismo. Sin embargo, le alegró saber que a Anne le había gustado el detalle.

Volvió a la casa y decidió esperar con Mendive a que terminaran de desplegar todo el operativo. No se sentía preparado para volver a Pamplona. No era propenso a la procrastinación ni a evadir responsabilidades, pero no creía que fuera a resolver mucho más sentado en su despacho, dejándose la vista en los mismos documentos que ya había revisado cientos de veces. Al cabo de un rato, cuando Mendive había matado una media docena de mosquitos a manotazos y había maldecido en varios idiomas a toda la familia de los *culicidae*, fue llegando el resto de los profesionales.

La arqueóloga forense se llamaba Ivana Zúñiga y ya había trabajado antes con ellos. Por suerte estaba en Pamplona y pudo acudir bastante rápido. A ella se sumaron los miembros de la Policía Científica, capitaneados por la inspectora Olarra, el forense, Julián Lasarte, y el antropólogo, Jesús Arrasate. De Bernal no había ni rastro, aunque más tarde se presentó la secretaria judicial.

El primer paso fue analizar el hueso que había desenterrado Dalí. Y tanto Jesús como Lasarte estuvieron de acuerdo, tras estudiarlo

brevemente, en que se trataba de una falange de una mano humana. A partir de ahí, la arqueóloga forense tomó la iniciativa rápido y comenzó a explicarles cuál era el protocolo que seguir.

—Lo primero de todo es evitar las prisas —advirtió—. A estas horas, si hay más restos humanos no parece probable que los podamos sacar hoy. Iremos trabajando de forma manual, empezando por retirar la capa de sustrato vegetal.

Mendive la miraba con mucha atención y en un momento, mientras ella hablaba, no pudo evitar la tentación de acercarse a Gabriel y susurrarle al oído:

—Ivana Jones.

—Cállate y escucha —le reprochó Gabriel.

Sabía que era buena persona y, aunque el chiste era inofensivo, Mendive tendía a hacer bromas de la vieja escuela cuando se sentía inseguro. Y aquella mujer joven, y mucho más formada que él, que repartía órdenes con diligencia lo intimidaba.

—Por supuesto, iremos cribando toda la tierra, pasándola por un cedazo por si hubiera fragmentos de huesos o evidencias —continuó explicando Ivana.

—¿Habrá que cribarlo *todo*? —preguntó Mendive, que puso un énfasis excesivo en la última palabra.

—Así es. Después, si finalmente se trata de un enterramiento, intentaremos delimitar el perímetro, hay que avanzar siempre por capas, para ir documentando unidades estratigráficas, es decir, diferentes estratos.

—¿«Unidades estratigráficas»? —volvió a preguntar Mendive.

Gabriel tuvo que contener la risa. Por suerte, la arqueóloga tenía mucha paciencia y se prestaba a explicárselo todo con tranquilidad.

—En arqueología, cada vez que excavamos, destruimos el contexto del que hemos recuperado los restos, por eso vamos documentando toda actividad que realizamos. Cada suceso queda registrado en el lugar donde se ha producido: huesos, construcciones, actividades de animales y plantas... y está contenido dentro del periodo en que ha sucedido en forma de lo que llamamos «unidad estratigráfica».

Gabriel asistió en silencio al trabajo coordinado y limpio que impuso Ivana. Primero se documentó todo el terreno: fotografías desde distintos ángulos, vídeos y diagramas. Más tarde, tras comprobar que no había ninguna alteración del terreno significativa más allá del agujero que había hecho Dalí, empezaron a excavar. Con ayuda de Jesús y de los técnicos de la Científica, Ivana fue eliminando poco a poco la capa superior de tierra. Y pronto quedó al descubierto una parte más amplia del plástico negro.

—A saber desde cuándo lleva eso ahí... —comentó Mendive.

—Apostaría que bastante; el plástico puede tardar cientos de años

en descomponerse —respondió Gabriel.

La incertidumbre se mantuvo un tiempo, mientras Ivana, con sumo cuidado, iba limpiando toda la superficie. Al cabo de una media hora, las sospechas se confirmaron y entre tierra y jirones de plástico aparecieron más huesos.

—La madre del cordero... —susurró Mendive cuando descubrieron un cráneo amarillento.

Jesús, el antropólogo, que había estado ayudando a Ivana, lo examinó con atención a la par que eliminaba el polvo con un pincel.

—Tendremos que trabajar minuciosamente para no dañar ni los restos óseos ni el contexto. Además, habrá que registrar la posición de cada hueso —ordenó Ivana—; puede darnos información sobre el enterramiento. Muy atentos al cribado por si hubiera algún indicio que ayude a establecer una datación cronológica o algún objeto personal de la víctima o armas que se puedan relacionar con su muerte.

Gabriel se fijó en que Jesús no parecía escuchar a Ivana; toda su atención estaba puesta en el cráneo. Julián Lasarte, que andaba cerca, se arrimó a Gabriel con tal sigilo que este pegó un respingo.

—Joder, Lasarte —protestó.

—Perdón, inspector —se disculpó.

—¿Ves algo relevante? —preguntó Gabriel, señalando la fosa que poco a poco se iba perfilando.

—Creo que en este caso Jesús podrá decírtelo mejor que yo, no es mi especialidad —respondió con sinceridad.

Gabriel desvió la vista hacia el antropólogo, quien le estaba diciendo algo al oído a Ivana, que asentía muy seria mientras rellenaba lo que parecía una ficha.

—Jesús, ¿hay algo que debamos saber? —preguntó Mendive, que estaba tan inquieto como Gabriel.

Él soltó un suspiro y meneó la cabeza con cansancio.

—Sí, inspector..., es peor de lo que pensábamos. Parece que es un niño. Todavía no puedo precisar la edad, pero estoy casi seguro.

Mendive soltó una maldición y entre los presentes se oyó un murmullo de estupefacción. Gabriel contempló entonces el esqueleto que se empezaba a revelar, y el malestar se extendió sobre todos ellos como una ráfaga de aire caliente, que se confundió con el zumbido del vuelo de los mosquitos que asistían, como testigos mudos, al descubrimiento de un nuevo horror.

22

¿Quién puede matar a un niño?

11 de julio, 11.00 h

Sobre la mesa metálica, colocados de forma anatómica, estaban los huesos, ya limpios y clasificados, que habían encontrado dos días antes en la casa abandonada de Bargota. Como bien había advertido Ivana, la arqueóloga, la recuperación no fue cosa de un rato. El proceso requirió muchas horas, y hasta la tarde posterior al hallazgo no se habían llevado los restos al Instituto Navarro de Medicina Legal, donde había comenzado el trabajo de Jesús, el antropólogo forense. Mientras tanto, la Policía Científica se había dedicado a registrar la propiedad, donde, por el momento, no se habían encontrado más cuerpos. El subinspector Javier Mendive acababa de entrar a la sala de autopsias y contemplaba con los brazos cruzados los restos sin identificar del niño que alguien, muchos años atrás, había enterrado en el jardín trasero de aquella casa de piedra.

—Perdona la espera. Necesitaba tomarme un café, llevo toda la noche aquí —se disculpó Jesús cuando entró en la sala.

—Tranquilo, es lo menos que puedes hacer. Agotados y hambrientos no servimos de nada —le respondió Mendive.

Jesús asintió con cansancio y cerró la puerta tras de sí. Tras lavarse las manos y colocarse unos guantes de nitrilo, se acercó a la camilla. Era uno de los veteranos del equipo de medicina legal del Instituto, tenía sesenta años y había pasado tanto por la facultad de Medicina como por excavaciones arqueológicas. Tenía una mata desordenada de pelo blanco que a Mendive le hacía pensar en las caricaturas de Einstein, los ojos muy azules y una ligera cojera en la pierna izquierda que le había dejado un accidente de moto años atrás.

—Bien, todavía no he terminado, pero voy a empezar por lo que sabemos. Intentaré ser lo más conciso posible, aunque lo tienes todo en el informe —comentó.

—Tomaré notas. No seré el alumno más brillante, pero por lo menos soy aplicado —bromeó Mendive.

—Así me gusta. Ya sé que desde fuera parece que los huesos no dan mucha información, pero ya sabes que eso no es verdad. El estudio de los restos óseos nos permite realizar un perfil biológico de un

individuo que ayude a identificarlo. Con más o menos certeza, podemos estimar: edad, sexo, grupo poblacional, estatura y variantes de la normalidad, como patologías o, en el ámbito legal, posibles causas de la muerte.

—¿Todo eso sólo con los huesos? —preguntó Mendive sorprendido.

—Así es. Incluso se pueden realizar reconstrucciones faciales partiendo de un cráneo. Hay expertos que se dedican a poner rostro a momias de hace miles de años. Aunque nosotros no vamos a ir tan lejos.

—¿Y qué has podido averiguar de... bueno, del niño? O niña, claro.

—Ese es el primer punto. Verás, en el caso de individuos no adultos, los marcadores que se utilizan para determinar el sexo no son los mismos. Debemos tener en cuenta que en los niños la mayoría de los huesos aún están fusionándose y que la mayor parte de las zonas de inserción muscular todavía están en desarrollo. ¿Me sigues?

—Más o menos —reconoció Mendive.

—Vamos a utilizar parámetros que no varían dependiendo del desarrollo muscular o que no sean zonas en fusión y crecimiento. Por ejemplo, nos solemos fijar en la forma del mentón o la de la cuenca ocular —explicó Jesús con calma.

—Entiendo. Y no es que todo esto no sea interesante, pero, entonces, ¿se trata de un niño de una niña?

Jesús esbozó una sonrisa amable.

—Por esto se me aburren los alumnos en clase, tengo tendencia a hablar demasiado. Se trata de un varón. Mira, si te fijas en el ángulo gonial o mandibular —indicó, señalando el hueso amarillento—, verás que es más bien recto, en los varones suele oscilar entre los noventa y los ciento diez grados. En las mujeres es más obtuso. Además, la forma de la cuenca de los ojos es más roma, tiene el mentón marcado y el ángulo de la escotadura ciática es agudo.

—O sea, que es un niño —repitió Mendive para asegurarse.

—Así es —confirmó Jesús.

Mendive miró la camilla intentando encontrar algún indicio de los famosos marcadores que describía Jesús, pero, para sus ojos de no iniciado en la materia, parecía casi magia sacar tal cantidad de información de aquellos huesos.

—¿Y sabemos la edad? —le preguntó al antropólogo.

—Por suerte, en individuos subadultos, podemos calcular la edad con más facilidad que en los adultos. Nos basamos sobre todo en patrones de crecimiento de piezas dentales y en la madurez ósea —continuó Jesús—. El tema de la fusión de los huesos es bastante complejo, y pareces bastante aburrido, así que me lo voy a saltar. Pero, en resumen, en ocasiones la maduración biológica no se corresponde del todo con la edad real, porque influyen factores

hormonales, genéticos, medioambientales... e incluso puede tener un desarrollo diferente en niños y niñas.

—Creo que te voy siguiendo, los huesos se van fusionando a medida que crecemos, ¿verdad? —respondió Mendive orgulloso.

—Eso es. En este caso, no tenemos ningún hueso largo que haya terminado de fusionarse, algo que suele ocurrir sobre la pubertad. Aunque, como te decía, la maduración ósea en niños puede estar condicionada por muchos factores. Así que nos hemos fijado principalmente en la dentición.

La cantidad de tecnicismos que utilizaba Jesús hacía pensar que aquel niño del que hablaban era un ente lejano, una figura hipotética. No obstante, los huesos de aquella criatura estaban allí mismo, frente a ellos. A Mendive le costaba imaginar que fueran lo único que quedaba de un niño que una vez había reído, jugado, sido feliz. Qué extraño era pensar en todo lo que se articulaba bajo la piel, tomar conciencia del mecanismo de precisión que funcionaba dentro de cada ser humano. Porque al final, cuando el tiempo borraba la carne, sólo quedaban los huesos, que tanto miedo producían, que recordaban lo inevitable que era la muerte y eran utilizados como decoración recurrente en las fiestas que se celebraban el día de difuntos. Esqueletos bailarines que advertían con sus ojos vacíos: «Tú también acabarás como nosotros».

—Voy a mostrarte una radiografía —continuó Jesús, ajeno a las cavilaciones del subinspector—. He trabajado con ayuda del odontólogo forense, y estamos de acuerdo. Los molares de leche y el primer molar definitivo están conviviendo. También tiene el colmillo definitivo empujando al de leche —indicó señalando diferentes puntos en la pantalla de luz.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Mendive, que empezaba a perder la paciencia y las ganas de ser el más aplicado de la clase y quería que Jesús se dejara de dar rodeos y le presentara los resultados.

—Pues, teniendo en cuenta lo que te he comentado, podríamos estimar que el niño rondaría los nueve o diez años —concluyó por fin el antropólogo.

Mendive pensó en un niño de aquella edad, algo más pequeño que sus sobrinos, que tenían doce y catorce. No podía decir que estuviera sorprendido, porque tras una vida entera en la Policía Foral había visto de todo. Pero tampoco conseguía acostumbrarse, se le concentraba dentro la rabia y le venía una y otra vez la misma pregunta a la mente, aquella que se repetía siempre que se enfrentaban a un caso como aquel: ¿quién podría hacer algo así? Por desgracia la respuesta era impredecible; en ocasiones, sorprendente; la mayoría de las veces, repugnante.

—¿Y qué hay de la antigüedad? —le preguntó a Jesús para intentar

alejar los malos pensamientos—. ¿Podemos saber cuántos años tienen los restos?

—Esa va a ser la parte más complicada... —reconoció el antropólogo.

—¿Puedes darme una aproximación?

—Por la ausencia de tejidos, sabemos que tienen más de dos años de antigüedad, pero después la horquilla de tiempo es muy amplia... Podrían ser cinco años o treinta. Si hubiéramos encontrado algún objeto asociado, sería más fácil datarlo. Extraeré muestras de ADN para cotejarlas con la base de datos de desaparecidos.

—O sea que, de momento, no sabemos si se trata de un crimen que haya prescrito...

—Me temo que no —respondió Jesús—. Lo que sí que puedo decirte es la causa probable de la muerte —añadió.

Con mucha delicadeza, se acercó a la camilla, cogió el pequeño cráneo entre las manos y lo giró levemente.

—Parece que le golpearon con un objeto contundente. Presenta un traumatismo craneoencefálico en la sección parietal derecha. Si te fijas, se ven una zona de depresión y, alrededor, una fractura radiante.

Mendive examinó el cráneo, en el que se observaba, como le indicaba el antropólogo, una zona hundida con una especie de círculo alrededor.

—Lo golpearon, lo envolvieron en un plástico del campo y lo enterraron —resumió, más para sí mismo que para Jesús.

Lo que más le inquietaba eran la cruz y las flores frescas. ¿Quién había señalizado la tumba clandestina? Había alguien que conocía la existencia del niño, que le presentaba sus respetos. Alguien que estaba vivo. Iba a pedirle a Jesús más detalles sobre la causa de la muerte cuando empezó a sonarle el móvil.

—¿Sí? —respondió mientras salía fuera de la sala.

—¿Mendive? Soy Idoia Olarra, de la Científica. Te llamo porque hemos obtenido una coincidencia en el banco de ADN con las muestras de la víctima de Viana.

—Cuéntame.

—Se llamaba Juan Luis Tejada López, nacido en 1962. Fue condenado en 1996 por un caso de homicidio imprudente. Te envío enseguida todos los datos.

—Gracias, Olarra.

Al colgar se sintió ligeramente aliviado. Todavía quedaban muchas cosas por resolver, pero poner nombre al hombre al que habían quemado en Viana era un primer paso. Al final, Anne y Paloma tenían razón. Se trataba de Juan Luis Tejada, y por lo que habían indicado algunos vecinos la tarde anterior, la casa donde se había encontrado el cadáver del niño era de su propiedad. Ahora tocaba ir, poco a poco,

desenredando la madeja de hilos que tenía entre las manos. Intentar comprender qué había pasado en esa casa, quién era aquel niño y por qué le habían prendido fuego a Juan Tejada, ese hombre misterioso que en el pueblo se había ganado el sobrenombre de Juan Sin Sombra y cuya vida parecía estar plagada de secretos.

23

Reconciliaciones

11 de julio, 14.00 h

Si había aprendido algo en el tiempo que llevaba trabajando en el periódico, era que había que saber recibir una de cal y otra de arena. Conseguir lo que se deseaba a veces requería sacrificios. Fernando funcionaba por el sistema de trueque: si le dabas algo que le interesaba, obtendrías una recompensa. Valía la pena ser tan taimada como él, actuar con calma y no montar escándalos en pos de la integridad y la ética profesional. Por eso, tras mi aventura en Bargota, decidí darle lo que él quería a cambio de mi reportaje: le ofrecí la casa encantada y la posible identidad del hombre quemado, y logré que, feliz por las exclusivas, me diera permiso para redactar un artículo más largo sobre la situación de pobreza, el sistema de cuidados, la salud mental y los delitos de odio contra indigentes.

Habían pasado dos días desde que Paloma y yo nos habíamos colado en la famosa casa, Fernando estaba de buenas y parecía que tanto ese caso como el de los asesinatos de El Iniciado estaban a la espera de nuevos datos, por lo que aproveché para escaquearme pronto y aceptar la invitación de Abel, que nos había propuesto a Paloma y a mí comer con él y con Sofía. El día anterior no los había visto, me había limitado a trabajar, cenar comida rápida e intentar permanecer despierta para ver un rato a Gabriel, que apareció de madrugada. Aunque había hablado con Paloma tras la publicación de una nota de prensa que confirmaba que, efectivamente, el hueso que había aparecido en el jardín de Bargota era humano y que la Policía Foral había localizado unos restos esqueléticos.

—Cada día se parecen más, como si hubieran sufrido una especie de fusión, como en la peli *La mosca* —me susurró Paloma al oído, sacándome de mis cavilaciones, cuando vio aparecer a Abel y Sofía.

Ajenos a los comentarios de Paloma que los comparaban con insectos gigantes, llegaron sonrientes, con la ropa blanca impoluta. Me fijé en que, a la luz del sol, tenían hasta el mismo color de cabello. Habíamos quedado en el famoso restaurante Olaverri, donde Abel tenía enchufe y había conseguido mesa a pesar de que en las fiestas se ponía hasta arriba.

—Veréis qué bien se come aquí —nos prometió mientras nos sentábamos.

—¿Y a qué se debe esta ocasión especial? —preguntó Paloma, que era más de comer bocadillos en algún parque que de restaurantes de postín.

Abel y Sofía cruzaron una mirada cómplice.

—Bueno, mejor nos tomamos un vino primero, ¿no? —dijo él en tono misterioso.

—Si quieres contarnos que te van a meter en la cárcel o algo así, es mejor que quites la tirita de golpe —bromeó Paloma.

Abel sonrió, pero no dijo nada mientras el camarero servía una botella de Arbaiza reserva, el vino de las bodegas de su familia.

—En realidad, es una buena noticia. De hecho, deberíamos brindar —dijo, levantando la copa.

Sofía alzó su copa también, y fue en ese momento cuando vi el destello del anillo que llevaba en el dedo anular de la mano derecha. No me hizo falta mucho más para imaginarme por qué nos habían reunido allí.

—¿Brindar por qué? —preguntó Paloma, que también empezaba a intuir por dónde iban los tiros.

—Pues porque nos casamos —anunció Abel radiante de felicidad.

Paloma abrió tanto los ojos que pensé que le iban a explotar. Temiendo que fuera a decir alguna barbaridad, reaccioné lo más rápido que pude con toda la alegría fingida de la que fui capaz.

—¡No me lo puedo creer! ¡Qué sorpresa! Enhorabuena —dije elevando la copa para sumarme al brindis.

—¿Es una broma? —preguntó Paloma, que a duras penas parecía capaz de articular palabra.

—¡Claro que no! Se lo pedí ayer —contestó Abel con una sonrisa.

—¿Ayer? —repitió Paloma como un loro—. ¿Por eso desaparecisteis todo el día?

—Cerré las bodegas de Arbaiza sólo para nosotros, con un catering de tres estrellas Michelin —asintió Abel orgulloso.

—Fue increíble. Aunque la boda no será muy pronto, por supuesto —aclaró Sofía—. Hemos pensado poner la fecha dentro de dos años.

Paloma pareció tranquilizarse.

—Este último año ha sido muy duro para mí, con la muerte de mi padre y toda la responsabilidad de la empresa —confesó Abel—. Y ya sé que Sofía y yo sólo llevamos un par de meses juntos, pero los dos sentimos que esto es para toda la vida. Así que ¿por qué no hacerlo oficial y darle una buena noticia a todo el mundo?

Yo asentí con efusividad, como si me pareciera una idea buenísima. Aunque lo cierto era que no sabía qué pensar. Era la segunda vez que veía a Sofía y, aunque no tenía nada malo que decir de ella, el hecho

de que fuera la hija de Fernando hacía que, inevitablemente, tuviera mis reservas. Pese a que, por supuesto, ella no tenía la culpa. Si estaban enamorados y eran felices, ni Paloma ni yo teníamos derecho a decirles nada. Pero Paloma no opinaba igual.

—¿Lo habéis pensado bien? —insistió.

Vi que Abel empezaba a perder la paciencia y temí que pronto la buena noticia terminara convertida en una de sus discusiones habituales.

—Bueno, Abel, entonces hoy invitas tú, ¿no? —dije para quitarle hierro al asunto.

—¡Faltaría más! —me respondió.

Sofía comenzó a hablar muy ilusionada de cómo había sido la romántica pedida y yo le lancé a Paloma una mirada de advertencia. Al final, de mala gana, se mordió la lengua y se limitó a escuchar con atención el relato de Sofía.

Por lo demás, la comida transcurrió de forma bastante agradable: Paloma contó nuestra expedición a Bargota dos días antes, recalcando su papel, imprescindible, para encontrar los huesos en la casa; Abel me preguntó por Gabriel, y hablamos por encima de los asesinatos que tenían en *shock* a toda la ciudad. Todo mientras dábamos buena cuenta de varios chuletones, unas *kokotxas* de bacalao, unos pimientos del piquillo y unos espárragos. Estábamos decidiendo si pedir arroz con leche o tarta *goxua* de postre cuando Abel me preguntó por mi padre.

—¿No has vuelto a saber nada más de él?

Clavé la mirada en la carta de postres, no tenía ganas de hablar de tema. Y menos con Abel, quien, al haber perdido a su padre recientemente, tendía a exaltar las virtudes del mío con el argumento de que debía aprovechar el tiempo con él antes de que fuera demasiado tarde. El problema era que aquella relación ya había empezado tarde. Más de veinticinco años tarde.

—No he vuelto a verle —resumí, ahorrándome los detalles del mensaje que me había mandado.

—¿Por qué? —preguntó Abel con cautela.

—Porque no quiere, Abel. No seas brasas, por favor —intervino Paloma, que tenía ganas de discutir con él por lo que fuera—. Además, tu abuela te advirtió de que te está ocultando cosas. No puedes fiarte de él —me dijo a mí.

—¿Eso dijo Leonor? —preguntó Abel sorprendido.

—Algo así —aclaré yo—. Pero, si él no quiere contarme nada y mi madre ni siquiera sabe que le he visto, tampoco tengo muchas más opciones de enterarme de qué pasó en realidad.

—¿No dijiste que tu padre tenía una hermana que vivía en Pamplona? —recordó Paloma—. Quizá sería mejor que hablaras con

ella antes de volver a verle, puede que tenga otra versión de la historia.

—Primero, no sé ni cómo encontrarla y, segundo, no sé ni si ella sabe que existo —protesté yo, que empezaba a hartarme del tema de conversación.

—¿No sabes cómo se llama? —intervino Sofía tímidamente.

—Sí, Maite. Pero no creo que sirva de mucho.

—Tienes razón, con ese nombre... habrá miles de mujeres en Pamplona. Yo creo que es mejor que hables con tu padre, seguro que es un buen hombre —insistió Abel.

Paloma abrió la boca para replicar, pero la pellizqué por debajo de la mesa.

—Igual con el apellido consigas averiguar algo, ¿qué edad crees que tiene? —preguntó Sofía.

—Supongo que también se apellidará Hernando. Y si es mayor que mi padre... pues estará mínimo en los sesenta largos —contesté, con la esperanza de que me dejaran en paz.

—Pamplona es como un pueblo —comentó Sofía—, y la hermana de mi padre también anda por esa edad. Le preguntaré.

—Perfecto, muchas gracias —respondí, y di por zanjada la conversación.

Sin embargo, Sofía no se refería a algo que haría en los días siguientes, sino que, ni corta ni perezosa, en ese mismo momento sacó el móvil y se levantó de la mesa.

—Ahora os cuento —dijo emocionada.

Me alegraba que quisiera ayudar con tanto entusiasmo, pero lo cierto era que yo ni siquiera tenía claro que deseara continuar con toda aquella historia. Puede que debiera hacerle caso a mi abuela, seguir adelante y cerrar para siempre aquel capítulo de mi vida. Lamenté haber compartido el secreto con Abel. Mientras le pedíamos los postres al camarero, Sofía regresó decepcionada.

—No la conoce... —comentó con tristeza.

—Bueno, tampoco iba a ser tan fácil —señaló Abel, acariciándole un hombro.

—De cualquier modo, todavía no está todo perdido. Me ha dicho que va a preguntar entre sus amigas, quizá alguna sepa algo. Podría llamar a una de ellas, la conozco de toda la vida... —insistió Sofía, que parecía haber convertido la búsqueda de mi tía en su cruzada personal.

—No hace falta que llames a nadie más, de verdad —la corté yo, que no pretendía ser desagradable, pero estaba ya aburrida de todo aquello.

—Anne tiene razón, vamos a terminar de comer —intervino Abel.

Sofía hizo un mohín, desilusionada por no haber podido ser útil, y

cortó un pedazo de tarta.

—De todas formas, seguiré buscando. Si averiguo algo, te cuento —insistió.

Asentí con una sonrisa y me limité a comer en silencio, agradecida porque la breve investigación sobre mi tía hubiera llegado a su fin. Aunque en el fondo me sentí un poco desencantada porque Sofía no la hubiera encontrado. Veintiséis años conmigo misma me habían enseñado mucho de mi carácter, de mis virtudes y de los defectos que nunca debía mencionar en las entrevistas de trabajo. Y la realidad era que, por naturaleza, era incapaz de reprimir la curiosidad. Había podido vivir todo aquel tiempo pensando en mi padre como un ente lejano, una especie de habitante del planeta Urano a quien jamás llegaría a ver. Pero, desde que había aparecido, necesitaba saberlo todo. Las advertencias de mi abuela no hacían más que empujarme, como una polilla atraída hacia la luz, a descubrir la verdad. Somos lo que somos porque venimos de donde venimos. Quizá a mí me faltaba entender de dónde venía, qué había ocurrido que fuera tan grave como para que ninguno de mis padres quisiera contármelo. Qué parte de mi propia historia me estaban ocultando.

24

Nuestro día a día

11 de julio, 16.10 h

Habían vuelto a llegar tarde. Un sentimiento de impotencia se apoderó de Gabriel al ver cómo los técnicos del SAMU sacaban la camilla en la que yacía Francisco Ruiz de Azúa, cuya vida no habían podido salvar.

—Hemos intentado reanimarlo durante casi veinte minutos, pero ya no había nada que hacer —le dijo uno de los médicos.

Había sido Ainhoa, la viuda, quien le había encontrado ahorcado en el baño al regresar a casa tras una reunión familiar. Tan sólo dos días antes, Gabriel y Eraso habían estado allí, en ese mismo piso, y habían sido testigos del extraño comportamiento de Francisco, que había perdido la compostura a mitad de su visita. Después de eso, Eraso había comprobado que su pequeña inmobiliaria estaba limpia. Nada parecía fuera de lugar, y no encontraron antecedentes, ni siquiera multas de tráfico. Una vida en apariencia normal. Así que finalmente achacaron su conducta errática al *shock* experimentado por la muerte de su hijo, dando por hecho que sus teorías sobre la existencia de un posible vínculo entre las dos muertes eran fruto de lo que había visto, oído y leído en los medios. Con la muerte de Francisco se esfumaba también para siempre la oportunidad de saber si escondía algo más. Gabriel sabía que no podía cargar el peso del mundo sobre sus hombros, pero no dejaba de pensar en que debería haber seguido su instinto, porque durante su encuentro sintió que algo no terminaba de encajar. Le preocupaba que el estrés estuviera haciendo mella en su capacidad de concentración, que estuviera afectando a su forma de trabajar.

—Espero que no estés pensando que tienes algo que ver con todo esto —dijo Jone, que parecía capaz de leerle la mente.

—Debimos verlo venir —reconoció Gabriel.

Ella soltó un suspiro.

—Entonces serías vidente, no policía —añadió Eraso.

Gabriel calló. No le apetecía discutir. Jone y Eraso tenían razón en que no podía controlar todas las variables, pero su tolerancia al fracaso era baja. Se esforzaba en tenerlo todo siempre bajo control, en no dejar nada al azar. Y, al final, se preocupaba tanto de no fallar,

invertía tanto tiempo en cuidar cada detalle de cada investigación, que la presión a la que él mismo se sometía acababa por pasarle factura. Desde que había llegado la segunda fotografía, no habían encontrado ninguna pista más. Y la incertidumbre le hacía vivir con el corazón en un puño, temiendo que en cualquier momento apareciera una nueva víctima. Estaba rodeado de muerte, como un espantapájaros en un campo de maíz, inmóvil, intentando detener a los cuervos que volaban a su alrededor.

—Tenemos que hablar con Ainhoa —le dijo a Jone.

—¿Ainhoa es su mujer? —preguntó ella, que se había perdido el interrogatorio anterior.

—La misma. Y tiene un carácter... complicado —respondió Eraso.

Al entrar en el piso, encontraron a Ainhoa en el salón, y Gabriel no pudo evitar pensar que la mujer tenía peor aspecto que en su visita anterior. La piel bronceada parecía haber adquirido un tono amarillento y, aunque no lloraba, el estoicismo había desaparecido de su rostro, como si el cansancio y las emociones que había mantenido a raya durante años estuvieran a punto de desbordarse. Estaba sentada en el sofá, con un cigarrillo apagado entre los dedos, descalza.

—Buenas tardes, Ainhoa. No sé si se acordará de mí. Soy el inspector... —empezó Gabriel.

—Sé quién es, inspector —le interrumpió ella cortante.

—Sentimos mucho su pérdida —continuó Gabriel.

—¿Alguno tiene fuego? —preguntó Ainhoa ignorando las condolencias.

Gabriel y Eraso se miraron desconcertados, y, para sorpresa de ambos, Jone se metió la mano en bolsillo de los vaqueros y sacó un Clipper azul. A continuación se agachó y encendió el cigarro de Ainhoa.

—Gracias —susurró ella.

Gabriel se sentía incómodo, como si hubiera perdido su encanto habitual. Se preguntaba cómo se sobrevivía a algo como lo que había vivido Aihnoa, cómo se reparaba el alma para seguir viviendo después de perder a un hijo y a tu pareja en tan breve espacio de tiempo.

—Bueno, empecemos. ¿Qué quieren saber? Para eso están aquí, ¿no? —dijo ella tras darle una calada al cigarrillo.

—No hace falta que hablemos ahora —aclaró Gabriel—. Tenemos psicólogos especializados que quizá podrían ayudarla...

Ainhoa soltó una risa seca. Sin embargo, lo que sorprendió a Gabriel fue la desidia con que dejó que la ceniza del cigarro cayera sobre la impecable alfombra beis. Fue un simple gesto, un detalle insignificante dadas las circunstancias; sin embargo, sirvió para romper la imagen que se había formado de ella.

—No necesito ayuda —respondió implacable—. Quizá son ustedes

los que la necesitan.

—¿A qué se refiere? —preguntó Eraso.

—A que siguen sin saber quién mato a mi hijo, ¿verdad?

—Estamos haciendo todo lo que está en nuestra mano —respondió Gabriel.

Se sintió casi como un robot, un autómata programado para repetir la misma frase una y otra vez, una fórmula vacía para evitar reconocer que no tenían nada. Por dentro, se preguntó si era del todo cierto, si de verdad estaban haciendo todo lo posible.

—De hecho —continuó—, queríamos preguntarle por lo que Francisco..., su marido, dijo el otro día. Parecía convencido de que el asesinato de Aitor tenía algo que ver con el de Natalia Romero. Lo afirmó incluso antes que nosotros.

—Por Dios, media ciudad lo pensaba antes de que apareciera esa puñetera foto. Mi marido sólo repitió lo que había oído en la televisión —respondió ella con hastío.

—¿No es posible que le hubiera ocultado algo? —preguntó Gabriel.

Ainhoa negó con la cabeza mientras soltaba el humo por la nariz.

—No —respondió con convicción.

Fue una respuesta que no daba lugar a réplica, aunque Gabriel no quiso darse por vencido tan pronto. Sin embargo, Jone se le adelantó.

—¿Cree que se sentía culpable? —le preguntó a Ainhoa.

Gabriel le lanzó una mirada de reproche a Jone; temía que hubiera cruzado la línea con su insinuación. Aunque Ainhoa no pareció alterarse.

—Sé por dónde va, pero Paco no tuvo nada que ver con la muerte de nuestro hijo. Podría tener remordimientos por todas las veces que me puso los cuernos, pero después de veinte años de infidelidades no creo que decidiera colgarse en el baño por eso —respondió con tono áspero.

—O sea que ¿tenían secretos? —continuó Jone, que no se amedrentó ante el discurso descarnado de Ainhoa.

Gabriel se sentía un mero espectador de aquel pulso, se debatía entre parar a Jone o comprobar si su método era eficaz. Cruzó una mirada con Eraso, que también permanecía en silencio, atento a la conversación.

—Ojalá hubiéramos tenido secretos —respondió Ainhoa con una media sonrisa—. Pero siento decepcionarles, mi marido era un tipo muy vulgar.

—Ya no sirve de nada que trate de protegerle —insistió Jone.

—Oiga, a mi hijo lo mató a pedradas alguien que, no contento con eso, decidió hacer una fotografía y mandársela a la prensa. ¿Y usted viene aquí a preguntarme si estoy encubriendo a mi marido? A Francisco se lo ha llevado la pena por la muerte de Aitor, nunca fue

un hombre fuerte.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir? —preguntó Jone con un tono ligeramente sarcástico.

—Sí. Y ustedes sigan haciendo lo que quiera que hagan o busquen en otro lado, pero salgan de mi casa de una vez —zanjó Ainhoa.

Gabriel no le dio a Jone la oportunidad de réplica; él y Eraso la sacaron del salón sin mediar palabra. Los tres bajaron del piso en silencio. Fuera del edificio se congregaba un mar de sirenas y medios de comunicación.

—No sabía que fumabas —le dijo Gabriel a Jone cuando llegaron al lugar donde habían dejado los coches.

—He empezado hace poco —contestó ella encogiéndose de hombros.

—Deberías dejarlo.

—Hay muchas cosas que debería dejar, pero aquí estamos. No todos podemos ser tan perfectos como tú —le espetó Jone.

Gabriel cogió aire antes de responder. ¿Qué les estaba pasando a todos? ¿Cuándo habían perdido el control de la situación de esa manera?

—No deberías haber presionado tanto a Ainhoa —dijo con calma.

—Y tú deberías haber presionado más a su marido antes de que se ahorcara.

—Eraso no encontró nada sospechoso ni en su empresa ni en él —se justificó Gabriel, más ante sí mismo que ante su compañera.

—Oye, todos estamos alterados, pero no tiene sentido discutir entre nosotros... —intervino Eraso.

Jone pareció ablandarse y se pellizcó las sienes con la mano.

—Lo siento —se disculpó—. Es difícil compaginar el trabajo con la maternidad. Y más con un caso como este. Quiero estar a todo y al final siento que no llego a tiempo a nada.

—«Como mantequilla untada sobre demasiado pan» —respondió Gabriel, citando una frase de *El señor de los anillos*.

—¿Qué? —preguntó Jone desconcertada.

—Nada. Que entiendo cómo te sientes.

—Creo que ahora mismo no estoy siendo ni buena policía ni buena madre —lamentó.

—Eso no es verdad, es una época complicada, pero ya verás cómo pronto todo volverá a la normalidad.

—Esta es nuestra normalidad —apuntó Jone al tiempo que subía a su coche.

Eraso soltó un suspiro y abrió la puerta del todoterreno negro.

Gabriel sabía que su compañera tenía razón. Aquella era su vida cotidiana: asesinatos, suicidios, casos de violencia de género, secuestros... Las víctimas y sus familias. Cada vez que sonaba el

teléfono, se preparaban para lo peor. No es que el resto del mundo fuera ajeno a la maldad, pero a ellos les tocaba de cerca. Quizá demasiado. Y, en ocasiones, aquella proximidad hacía que se contagiaran, como si se tratara de un virus, de la vileza del mundo. Gabriel se dijo que no era momento para perder el foco. Todos confiaban en él porque era implacable, resolutivo, casi de hielo. Si él se desmoronaba, todo caería con él.

25

El campamento

11 de julio, 19.00 h

Si, cuando le habían confirmado la identidad de Juan Luis Tejada debido a la coincidencia de ADN, Mendive había pensado que aquella historia comenzaba a aclararse, ahora que tenía el informe con sus antecedentes en la mano, se sentía más perdido que nunca. Había ingresado en prisión en 1996 tras haber sido condenado por un homicidio imprudente que había tenido lugar dos años antes, cuando ejercía de monitor de una especie de campamento de verano. Al parecer, en el transcurso de una excursión, uno de los niños, Ramón Muñoz, de tan sólo diez años, se había caído por un barranco y había muerto a causa de los múltiples traumatismos sufridos. En ese momento, Tejada era el responsable de los menores. Los padres denunciaron y él acabó cumpliendo un breve periodo en prisión. Una vez que hubo salido de la cárcel, se le perdía la pista.

Después de haber estado hablando el día anterior con los vecinos, habían averiguado que los padres de Juan Luis Tejada habían muerto cuando él era muy joven, legándole, entre otras cosas, la famosa casa de piedra. Había sido un chaval misterioso y callado, que salía poco de casa. Cuando fue algo mayor, se marchó del pueblo y más tarde se enteraron de que había ingresado en prisión. En algún momento, que nadie recordaba con precisión, había vuelto a la casa de sus padres, hasta que hacía tan sólo un par de años la había abandonado de nuevo, porque, según decía, estaba embrujada. Los vecinos no recordaban mucho más sobre su vida y ni siquiera sabían si había llegado a tener familia o no, por lo que no tenían ni la menor idea de quién podía ser el niño que habían encontrado en el jardín.

Respecto al campamento donde había trabajado Tejada, Mendive tampoco había obtenido demasiada información. Aunque llevaba horas buscando en periódicos de la época, no había conseguido averiguar casi nada. Hablaban de él como un club de montañismo, y algún diario en su día mencionaba de pasada el accidente, pero ahí se acababan los datos. Parecía que la muerte de Ramón Muñoz se había zanjado rápidamente y había caído pronto en el olvido. Lo más interesante que había hallado era una supuesta foto del campamento

en la que se veía a unos niños vestidos con uniforme azul y con una insignia en la solapa.

El informe sobre Juan le hizo temer que los huesos estuvieran relacionados de alguna manera perversa con aquel campamento, por lo que había decidido intentar localizar las denuncias de desaparecidos en la época y ver si alguno encajaba con el perfil biológico que había realizado Jesús, el antropólogo. Quizá, si había alguna coincidencia, pudieran solicitar una prueba de ADN con parientes vivos para identificar los restos. Aunque, contaban con dos elementos en su contra: habían pasado muchos años y quizá nadie hubiera denunciado la desaparición del niño. Pero, llegados a ese punto, aquella era su mejor opción.

Por otro lado, continuaban sin pistas sobre el asesinato de Juan Luis Tejada. Y en un intento de reconstruir su historia y dilucidar cómo estaba vinculada a la del niño, Mendive había decidido volver a inspeccionar la casa. La Científica había peinado y fotografiado cada centímetro de la vivienda sin encontrar nada relevante, pero ahora que contaba con más información, quizá él obtuviera alguna pista nueva que le permitiera avanzar. Además, se había quedado fuera en el primer registro y, antes de estudiar todas las fotografías, prefería explorarla en persona con ojos nuevos. Iba con él su compañero habitual en la comisaría de Estella, David Morales, un agente joven y entusiasta que tenía más músculo que cerebro, pero mostraba siempre muy buena disposición. Cuando bajaron del coche, los mosquitos hicieron de nuevo su aparición, hambrientos como vampiros que salieran de una cripta tras pasar cien años sin comer.

—Joder, si nos pica uno de estos, nos tienen que hacer una transfusión —comentó David.

—Hoy he venido preparado, hijos de puta —susurró Mendive mientras se rociaba de arriba abajo con un espray antimosquitos.

Sin embargo, el remedio no fue tan eficaz como esperaba y algunos ejemplares suicidas no cejaron en su ataque.

—En mi pueblo pasa igual —comentó Morales—, lo único que les hacen los espráis estos es gracia.

Mendive juró entre dientes y sintió alivio cuando entraron en la casa. Misteriosamente, la luz aún funcionaba, o la habían hecho funcionar los técnicos de la Científica, no estaba seguro, pero, fuera como fuera, al pulsar un interruptor cerca de la entrada, una bombilla iluminó un pequeño y ruinoso recibidor. Bastaba un vistazo para darse cuenta de que la casa llevaba deshabitada bastante tiempo: las paredes estaban desconchadas y llenas de moho, en el suelo se acumulaban algunos escombros, y apenas había muebles. Según fueron avanzando hasta lo que parecía el salón, Mendive se fijó en la ausencia de pintadas, latas de cerveza vacías o envoltorios de preservativos.

Habían encontrado la puerta cerrada a cal y canto, y algunas ventanas tapiadas, y no parecía que nadie se hubiera molestado en entrar. Se toparon con un sofá mugriento y ajado, y un olor a humedad que hizo que le picara la garganta. El moho negro avanzaba por las paredes, por las que trepaban, ágiles y vigilantes, comunidades enteras de arañas.

—¿Qué estamos buscando exactamente? —preguntó David mientras se sacudía del hombro una telaraña.

—No lo sé —reconoció Mendive—. Algo que hayamos podido pasar por alto.

David asintió, aunque no se mostraba muy convencido. Continuaron avanzando y dieron con una habitación espaciosa que parecía haber sido un comedor. Había una vieja mesa tan sucia que Mendive pensó que ni Howard Carter habría encontrado tal cantidad de polvo en la tumba de Tutankamón. No obstante, lo que le llamó la atención fue un símbolo que ocupaba parte de la pared. Y, de hecho, se preguntó si habría pensado en la tumba del faraón egipcio precisamente por eso: lo que tenía delante era un *anj* o llave de la vida egipcia.

—¿Qué es eso? —preguntó David extrañado.

—Es un *anj* o cruz de la vida. Es uno de los amuletos egipcios más conocidos y está relacionado con la vida eterna.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Veo muchos documentales —respondió Mendive ofendido ante la sorpresa de su compañero—. Lo que no sé es qué hace aquí...

—Bueno, los del pueblo decían que este tipo era un poco raro, ¿no? Igual le dio por las religiones antiguas —comentó Morales.

—Puede ser... —aceptó Mendive, que estaba concentrado en otra cosa.

Tenía la sensación de haber visto hacía poco un *anj* en otro lugar. Pero le llevó unos segundos recordar dónde.

—¡Las insignias! —exclamó cuando el recuerdo por fin se dignó a volver a su mente.

—¿Qué insignias?

—He visto este símbolo antes, en una foto del campamento; estaba en las insignias que llevaban los niños en la solapa del uniforme.

Recorrió la habitación palmo a palmo por si encontraba algún símbolo más, pero estaba —en sentido figurado— limpia. Tan sólo el *anj* solitario y descolorido que adornaba la estancia como un recuerdo extraño parecía fuera de lugar.

—No sé si podremos subir a la segunda planta... —comentó Mendive tras terminar la exploración del comedor—. Me da miedo que haya zonas del suelo hundidas.

—Quizá no sea muy seguro —contestó su compañero, que no parecía estar disfrutando de la visita.

Miraba constantemente alrededor y caminaba con gesto de repugnancia por el suelo cubierto de inmundicia. Mendive echó de menos a Gabriel: ser el jefe era una mierda. Le gustaba la rapidez con que Palacios tomaba las decisiones, nunca le había visto dudar estando de servicio, tenía una seguridad en sí mismo y en sus capacidades que le permitían actuar con eficacia, ser capaz de ver todo aquello que estaba oculto para los demás. Y aunque era de los que seguían el reglamento —casi siempre— a pies juntillas, era valiente hasta un punto que rozaba el desprecio por su propia vida.

—Muy bien, vamos a intentar subir. Si los de la Científica pudieron, no vamos a ser menos —sentenció Mendive.

Sin embargo, antes de que estuvieran en las escaleras, les sobresaltó un ruido, un golpe repentino que hizo que los dos se pararan en seco.

—¿Qué ha sido eso, jefe? —susurró David, que se había llevado de forma instintiva la mano hacia el arma reglamentaria.

—No lo sé —respondió Mendive en el mismo tono—, quizá aquí dentro vivan gatos.

Como si tratara de desmentir su teoría, un nuevo golpe retumbó en la casa. David sacó la pistola, nervioso.

—Viene de abajo —indicó Mendive.

En silencio, los dos trataron de localizar alguna puerta que condujera a la planta inferior. Mientras caminaban despacio, casi como en el juego del escondite, a Mendive le vinieron a la mente las historias sobre la casa y lo que Juan Luis Tejada decía: que estaba habitada por fantasmas, embrujada. Intentó mantener la cabeza fría. No era el momento para pensar en espíritus y apariciones. Pero, sin poder evitarlo, notó como una gota de sudor le resbalaba por la espalda.

—Creo que es ahí —le dijo a Morales, señalando una pequeña puerta cerca del vestíbulo en la que no había reparado cuando habían entrado.

—¿Vamos a bajar? —preguntó dudoso su compañero, que seguía empuñando el arma con las dos manos.

Mendive asintió convencido y los dos se acercaron con lentitud a la puerta. Agarró con fuerza el pomo y cerró los ojos temiendo lo peor cuando tiró de él. Sin embargo, no ocurrió nada en particular. La puerta se abrió con un chirrido y reveló unas escaleras que se adentraban en la oscuridad. Tanteó las paredes, pero no parecía haber ni rastro de un interruptor, por lo que los dos sacaron las linternas. Le dio la señal a David y comenzaron a descender por las escaleras pistola en mano.

El sótano no era diferente al de cualquier casa y la luz de las linternas desveló muebles abandonados a su suerte, más escombros, insectos y suciedad. Mendive sentía que el corazón le latía con fuerza,

allí abajo reinaba un silencio sepulcral. Retiró unas cuantas sábanas que cubrían sillas, sofás e incluso un enorme reloj sin encontrar nada relevante. Se disponía a abrir la puerta de un armario viejo de tamaño considerable cuando, de repente, una figura le arrolló en la oscuridad. El impacto le lanzó al suelo y le dejó sin aliento, y por un instante casi pensó que se trataba de una fuerza demoniaca. Sin embargo, su agresor era corpóreo, humano más concretamente, y corría con rapidez escaleras arriba. Por suerte para Mendive, su compañero tenía mejor fondo físico que él y, sin pararse siquiera a comprobar cómo estaba, salió corriendo detrás del fugitivo.

—¡Alto! ¡Policía Foral! —le oyó gritar mientras se alejaba.

Él se levantó como pudo y, con la mano apoyada en las lumbares, recuperó la pistola, que había saltado por los aires. Con toda la rapidez que su maltrecho cuerpo le permitió, regresó a la planta de arriba. Al principio no vio rastro de nadie y temió por Morales. Pero pronto una voz le llegó desde fuera de la casa, a través de la puerta de entrada, que estaba abierta de par en par.

Cuando salió fuera se encontró a un pletórico Morales, que sujetaba, boca abajo contra el suelo, a un hombre muy delgado que no llegaría a los cuarenta años. Mendive agradeció la buena forma física —y la edad— de su compañero y se acercó hasta el detenido, que le miraba muy nervioso.

—Vas a tener que explicarnos muchas cosas, amigo —le advirtió mientras se frotaba enfadado la espalda dolorida.

26

Noche de cine

11 de julio, 21.30 h

Cuando Julia me llamó, estaba disfrutando de un bol de palomitas y de la maravillosa cara de sueño de Audrey Hepburn al abrir la puerta a George Peppard con su ya famoso antifaz azul en *Desayuno con diamantes*. Después de la comida-bomba con Abel y Sofía —aún no podía creer que estuvieran prometidos—, había decidido tomarme el resto de la tarde para relajarme. Pero, como de costumbre, el trabajo se interpuso entre mis deseos y la realidad. El padre de Aitor Ruiz de Azúa se había suicidado unas horas antes y Julia estaba con Endika cubriendo el tema. Me alegró y me sorprendió a partes iguales que Fernando no me hubiera llamado.

—Necesito que me eches una mano —me pidió Julia cuando descolgué el teléfono.

—Déjame adivinar, ¿Fernando te ha pedido que busques en la vida de ese pobre hombre hasta descubrir si estaba en algún club de lectura o le quedaba alguna multa por pagar? —aventuré.

—Lo cierto es que no, no hemos sabido nada de él. Se trata de mí. Endika ha resultado ser un trepa que se atribuye todos los méritos y, por cómo me trata, diría que le encantaría que me dieran la patada a finales de verano, cuando termina mi contrato. Y, aunque este trabajo sea una mierda, si me quedo por lo menos me pagarán algo. Ahora que he acabado de estudiar, se me acaba el chollo con mis padres.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Preferiría no tener que pedirte algo así... ¿Crees que podrías ayudarme a investigar sobre Francisco Ruiz de Azúa?

—Se me ocurre que su muerte podría tener algo que ver con el hecho que su hijo fuera asesinado hace unos días —sugerí, incapaz de contenerme.

—Justo a eso me refiero: Endika cree que Francisco sabía algo sobre la muerte de Aitor —insistió.

Suspiré con cansancio y me despedí de mi noche de cine.

—Muy bien, pero no pienso moverme de mi casa. Te mando la dirección. Y trae cena —reclamé antes de colgar.

Dalí me miró con atención mientras dejaba el móvil en la mesita y

me comía un puñado de palomitas.

—¿Tú crees que es normal que nadie me deje ni un rato de descanso? —le pregunté.

Por suerte, no me contestó.

Poco después, Julia apreció en mi puerta cargada con una bolsa de patatas y un cartón de huevos.

—No sé cocinar nada más, pero las tortillas de patatas me salen de muerte. Es un don —anunció.

—Me parece un pago justo por mis servicios —accedí.

Dalí se mostró encantador, como siempre que había visita —los ladridos impertinentes y los pedos mortíferos se los guardaba para mí —, y Julia se apropió rápido de la cocina, donde comenzó a pelar patatas a una velocidad digna de récord Guinness.

—¿Qué ha pasado con Endika? —pregunté mientras me apoyaba en la encimera.

—Nada nuevo, sólo se ha quitado la careta. No es capaz de trabajar en equipo, lo único que quiere es reconocimiento.

—Me sorprende que Fernando no nos esté presionando como de costumbre.

—Se habrá tomado el día libre. Nos hemos enterado de la noticia del suicidio por una nota de prensa y hasta ahora no ha dado señales de vida.

—¿Y en qué quieres que te ayude? —pregunté con la intención de quitarme el trabajo de encima lo antes posible.

—Quizá podrías hacer algunas búsquedas en internet; ahora todo lo que hacemos deja huella, ya sabes... No hemos sacado nada de hablar con la familia ni con los vecinos.

—Vamos, que lo que quieres es que haga lo que tanto hemos criticado antes: que bucee en la vida de una persona que se acaba de suicidar, a ver si encuentro trapos sucios para vender más periódicos —respondí un poco molesta.

Julia dejó de cortar patatas y me miró con los ojos llorosos bajo el flequillo recto.

—¡No! Pero Endika ha comentado que quizá Francisco se sintiera culpable y tuviera algo que ver con lo que le pasó a Aitor y a Natalia Romero, y por eso se suicidó. ¿Y si sabía algo que se nos escapa?

—¿Crees que estuvo involucrado en la muerte de su propio hijo?

—¡No lo sé! Pero es... raro lo rápido que ha pasado todo. Ni siquiera se ha resuelto el caso de Aitor todavía. Lo único que tengo claro ahora es que necesito conservar este curro. He tenido... Bueno, tengo problemas en casa, ¿vale? Mis padres no van a poder mantenerme indefinidamente. Es esto o trabajar de dependienta o cajera. Y por lo menos en el periódico estoy más cerca de hacer algo que me guste.

Me sentí mal por haberla cuestionado así. Yo siempre había contado

con el respaldo económico de mi madre y de mi abuela, y a veces daba por hecho que el resto del mundo vivía igual. Pero lo cierto era que la situación laboral de los jóvenes era muy precaria, cobrábamos poco —o, en el caso de Julia, nada— por trabajos para los que estábamos más que cualificados, y comprarse un piso, casarse o tener hijos parecían gastos a veces inasumibles.

—Lo siento mucho —me disculpé—. Te ayudaré. Puede que la rata ponzoñosa de Endika tenga razón y Francisco ocultara algo.

—Gracias —susurró con la vista fija en las patatas.

Mientras Julia continuaba con la cena, yo me senté en el sofá con el ordenador en las rodillas y comencé la expedición virtual. Empecé por la búsqueda más evidente, «Francisco Ruiz de Azúa» y confié en que internet hiciera su magia, aunque no sabía muy bien qué estaba buscando. Aun en el supuesto caso de que Francisco supiera algo sobre la muerte de su hijo y de Natalia Romero, dudé que hubiera dejado algún rastro en la web. Con todo, decidí hacer el esfuerzo por Julia.

El resultado fue tan decepcionante como cabía esperar. La mayoría eran enlaces a artículos sobre el reciente fallecimiento de Francisco, seguidos de aquellos sobre la muerte de Aitor, incluidos los de nuestro periódico. Maté el tiempo pinchando en diferentes noticias sin encontrar nada. Hasta que llegué a la página de Facebook de Francisco y comprobé que el perfil era público. Tenía un álbum de imágenes con su hijo y su mujer: algunas fotografías comiendo paella en la playa, noticias sobre Osasuna, chistes de dudosa calidad... Nada relevante.

—¿Qué tal va esa tortilla? —le pregunté a Julia, reprimiendo un bostezo.

—Se tienen que hacer bien las patatas. ¿Algo interesante?

Negué con la cabeza.

—Tengo su cuenta de Facebook, pero... no veo nada raro. Sinceramente, no creo que vayas a encontrar algo aquí, Julia. Incluso aunque Endika tuviera razón, no sé cómo puedo ayudarte.

—Si quieres deja que mire yo un rato y tú vigilas las patatas —me dijo.

Accedí de buena gana y me levanté del sofá seguida de Dalí, que era como mi sombra, decidida a encargarme de la comida.

—¿Hay que moverlas? —pregunté.

—De vez en cuando —contestó Julia, que ya estaba enganchada a la pantalla del ordenador.

Me ahorré preguntarle para qué me había pedido hacer algo que podría haber hecho sola. Si ella quería atribuirme alguna clase de poderes de investigadora de alto nivel, no sería yo quien se lo impidiera. Pasé los siguientes veinte minutos cuidando de las patatas con mimo mientras veía vídeos de mapaches en las redes sociales.

—Anne —me llamó Julia.

—Tranquila, que no se me han quemado...

—No, no es eso. Ven aquí.

Abandoné las patatas a su suerte y me senté junto a Julia en el sofá. En la pantalla del portátil se veía una fotografía de aspecto antiguo, posiblemente tomada con una cámara analógica y escaneada más tarde. En el retrato descolorido aparecían varios chicos que rondarían los veinte años: abundaban los Levi's de tiro alto, las camisetas metidas por dentro y las chaquetas de colores. Uno de ellos bebía a morro de una botella de vino, otros posaban con gafas de sol, algunos reían...

—¿Y estos quiénes se supone que son? —pregunté desconcertada.

—Ni idea, pero alguien etiquetó a Francisco —me mostró Julia.

—No veo qué tiene de especial más allá de lo espantosa que es la chaqueta del tipo de la izquierda.

—Bueno, puede que sea una tontería, pero... ¿ves este comentario? —dijo señalando la pantalla.

Miré con atención, un tal Víctor Belarra había escrito bajo la fotografía:

> Joder, ¡vaya tiempos! Paco, Raúl y Moreno están igual (aunque con menos pelo). Y de Pablito Romero ni me acordaba ya. ¿Alguno sabe algo de él?

Miré a Julia sin entender adónde quería ir a parar.

—Pablo Romero... —dijo ella muy despacio—. ¿No te suena?

—¿Natalia Romero? —aventuré.

—¡Justo!

—Bueno, no es por desanimarte, pero es un apellido bastante común, en mi pueblo hay alguno, por ejemplo.

—Sí, pero da la casualidad de que lo he buscado y el padre de Natalia se llama Pablo María Romero —dijo con una sonrisa triunfal.

—O sea, que crees que el padre de Natalia Romero sale en esa foto —resumí para cerciorarme.

—Podría ser. El problema es que sólo están etiquetados algunos. He buscado pero Pablo Romero no tiene Facebook, y no he podido identificarle en la foto. —Suspiró.

Acerqué la cara a la pantalla e intenté distinguir los rostros de los chicos, aunque no era tarea fácil. La calidad de la fotografía era pésima y no estaban demasiado cerca de la cámara. De hecho, un par de ellos salían hablando y apenas se les veía la cara.

—Puede que se trate sólo de una coincidencia, pero, si te parece interesante, quizá podamos intentar conseguir algo más de información —sugerí.

—Puedo hablar con el tal Víctor... —comentó ella.

—Buena idea —coincidí.

Julia pareció animarse tras el supuesto hallazgo y se dedicó a preparar la tortilla mientras charlábamos. El resultado fue bastante mejor de lo que esperaba y, desde luego, mucho mejor que la pizza precocinada que me habría calentado yo.

—Está muy buena —la felicité con la boca llena.

Ella sonrió agradecida. No me había terminado el primer trozo cuando sonó el timbre. Dalí se puso a ladrar y yo me pregunté extrañada si Gabriel se habría olvidado las llaves. Pero, cuando me acerqué a la puerta, la mirilla me devolvió la imagen de una Paloma deformada por el efecto del cristal circular, con los brazos cruzados sobre el pecho. Estuve tentada de no abrir. Julia y Paloma compartiendo espacio y tiempo podían ser el catalizador perfecto para el fin del mundo.

—¡Anne! Que sé que estás ahí, ¿me vas a abrir? —protestó Paloma a voces desde el descansillo.

Asumí que no tenía escapatoria.

—¿Qué haces aquí? —pregunté cuando abrí la puerta.

—Abel y Sofía son insoportables, me instalo en tu piso —anunció, entrando hasta la cocina.

—¿Cómo que...? Te recuerdo que sólo tengo una cama —apunté.

—Me vale el sofá.

—¿Se puede saber qué te ha pasado con Abel y Sofía? —pregunté.

—Nada en especial, hemos tenido una ligera discusión sobre los toros...

Puse los ojos en blanco.

—¿Otra vez? —pregunté con cansancio.

Yo estaba de acuerdo con Paloma, pero a los dos les gustaba enzarzarse en largas discusiones que no llevaban a ningún sitio.

—El caso es que se han ido a cenar y al encierrillo y he aprovechado para largarme.

—¿Se han ido adónde?

—Todas las noches llevan a los toros de los Corrales del Gas a los de Santo Domingo, que es de donde salen en el encierro. Sólo se puede ver si te toca una de las entradas que sortea el Ayuntamiento —explicó.

Mientras Paloma y yo hablábamos, Julia nos miraba con el tenedor cargado de tortilla de patata suspendido en el aire.

—Esta es Paloma —dije a modo de presentación.

—Encantada, soy Julia —respondió ella, posando el tenedor en el plato.

—Un placer, Julia. Eres Aries, ¿verdad? —preguntó Paloma al tiempo que se sentaba en el sofá.

Yo puse los ojos en blanco y fui a la cocina a buscar otro plato para Paloma. Las escuché hablar de signos zodiacales y conjunciones astrales. Cuando volví, unos dos minutos más tarde, parecían haberse hecho mejores amigas y se habían comido media tortilla. Iba a intervenir en la conversación, pero me vibró el móvil y en la pantalla apareció un mensaje de Abel. Me figuré que estaría relacionado con la discusión con Paloma, pero al abrirlo me encontré algo muy diferente.

> ¡Hola, Anne! Soy Sofía, que le he pedido el móvil a Abel. Todavía no nos conocemos mucho, pero ya verás que me gusta cumplir lo que prometo. Hablé con las amigas de mi tía, y resulta que una de ellas conoce a una Maite Hernando que canta en un grupo de jotas. Me ha pasado su teléfono, ¡ya te dije que Pamplona era un pueblo! Aquí te lo dejo, tú decides qué hacer con él. ¡Un beso!

Paloma y Julia debían de haber visto mi cara desencajada y habían parado un momento su charla de pitonisas para mirarme en silencio.

—¿Pasa algo? —preguntó Julia.

—No, sólo es un mensaje —respondí yo sin apartar los ojos de la pantalla.

—¿Bueno o malo? —quiso saber Paloma.

—No tengo ni idea —confesé.

27

Alejandría

12 de julio, 8.00 h

—Jefe, este tipo sigue igual, no tiene intención de decir nada... —informó Morales.

Mendive removió con parsimonia el café con doble de azúcar. El hombre al que habían atrapado el día anterior en la casa abandonada llevaba horas en la sala de interrogatorios y se mantenía fiel a su versión de los hechos: que tan sólo había entrado en la casa por curiosidad. Se llamaba Ignacio Arjona, tenía treinta y seis años, y Mendive no creía ni una palabra de su declaración.

—Muy bien, es mi turno —anunció decidido.

Se terminó el café con calma y confió en que la espera sirviera para poner nervioso al detenido. Llevaba toda la noche reflexionando sobre el pasado de Juan Luis Tejada y el asunto del niño fallecido por accidente en aquel extraño campamento cuya insignia guardaba relación con la simbología egipcia. Después de ver el *anj* pintado en la pared de la casa y atar cabos, Mendive tenía la certeza de que los huesos del jardín se hallaban conectados con todo aquello. ¿Quizá el encubrimiento de otro accidente? ¿Un asesinato? No estaba seguro aún. Lo que sí tenía claro era que el tal Ignacio sabía mucho más de lo que pretendía hacerles creer.

—Buenos días, Ignacio —saludó cuando entró en la sala de interrogatorios—. Soy el subinspector Javier Mendive.

Ignacio levantó la cabeza para mirarle. No mostraba una actitud desafiante ni burlesca, más bien parecía asustado. Estaba muy delgado, tenía el rostro demacrado y las mejillas hundidas. Llevaba el pelo rapado, pendientes de aro en ambas orejas y vestía un chándal muy gastado. Pero lo que más le llamó la atención fue que no paraba de moverse. Como si no lo pudiera evitar, retorcía las manos y se tocaba la cara de forma compulsiva: se atusaba el pelo, se frotaba un ojo, se rascaba una ceja o hacía una mueca con la boca.

—Ya les he dicho a sus compañeros que cometen un error —declaró, evitando el contacto visual.

Mendive asintió como si estuviera de acuerdo y se sentó delante de él.

—Verás, yo creo que no se trata, ni mucho menos, de un error —comentó con mucha tranquilidad.

Su experiencia le decía que Ignacio no era el tipo de persona que aguantaba demasiado la presión: no parecía capaz de disimular los nervios; cada gesto, cada mirada le delataba.

—Sólo entré a echar un vistazo, después oí ruidos y me asusté. Eso es todo. Siento si le hice daño... —trató de justificarse.

—Ese es el menor de tus problemas —aclaró Mendive, que, no obstante, seguía sufriendo un terrible dolor de lumbares—. Lo que pasa es que sabemos que alguien ha estado llevando flores a una tumba en el patio trasero de esa casa —añadió—. Una tumba en la que hemos encontrado los restos de un niño de unos nueve años.

Ignacio continuaba sin mirarle, pero se rascó una ceja con tanta fuerza que Mendive temió que se hiciera sangre.

—No sé de qué me habla —insistió.

—Pues verás, resulta que parece que ese niño tiene alguna relación con un campamento. Un campamento en el que Juan Luis Tejada, el dueño de la casa, fue monitor —prosiguió Mendive—. ¿Te suena?

—Ya le he dicho que no —repitió Ignacio con voz temblorosa.

—¿Y qué me dices de esto? —Mendive depositó sobre la mesa una foto del *anj* que habían encontrado pintado en la pared de la casa—. Quizá te refresque la memoria.

Ignacio se quedó contemplando la foto demasiado rato para no saber nada. Tenía los ojos castaños brillantes y aspecto febril, como si se encontrara enfermo o transitara por los límites de la cordura. Mendive sentía que se hallaba a apenas un empujón de vencer su resistencia. Estaba seguro de que hablaría, sólo tenía que dar con la tecla correcta, y aplicar la presión justa.

—Puede que esta foto te suene más... —dijo, deslizando muy despacio frente a él la única fotografía que había conseguido del campamento. Los niños sonrientes, las insignias prendidas en el uniforme. El golpe final.

Ignacio palideció aún más al verla. Tenía la frente perlada de sudor, los ojos enrojecidos y brillantes.

—Alejandría —susurró finalmente.

—Alejandría... —repitió Mendive en voz baja.

La sensación de triunfo quedó empañada por la certeza de que ya había oído ese nombre antes. Mejor dicho, lo había visto, escrito en el dibujo que habían encontrado en la casa de Viana donde habían quemado a Juan Luis Tejada. Sacó el móvil y rebuscó entre las imágenes hasta dar con él.

—¿Reconoces este dibujo? —preguntó, y le acercó la pantalla.

—Dios santo... ¿De dónde lo ha sacado? —respondió Ignacio, mirando con atención.

—Supongo que esa casa es Alejandría —apuntó Mendive.

—Sí y no. Alejandría era más que un lugar. Alejandría éramos nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Era el nombre del... campamento —concretó Ignacio—. La casa del dibujo era uno de los sitios adonde solíamos ir. Otro era la casa de Bargota.

—Tú estuviste allí —dijo Mendive, más como una afirmación que como una pregunta.

—Sí. Algunos amigos del barrio se apuntaron, decían que organizaban excursiones al monte, una especie de colonias. Éramos bastantes niños.

—¿Y qué me cuentas de Luis, el niño que firma el dibujo?

Ignacio enterró la cabeza entre las manos y permaneció unos segundos en silencio.

—Supongo que ya es hora de que se sepa... —acabó susurrando—. A Luisito ya lo habéis encontrado... en el jardín.

Mendive sintió que se le encogía el estómago. Al contrario de lo que había pensado, poner nombre a los huesos que habían descubierto lo volvía aún más doloroso, hacía tangible el horror. Ponía rostro a la criatura que había encontrado su final bajo tierra, a la que habían arrebatado la oportunidad de crecer, de tener una vida.

—¿Luisito? —preguntó, intentando no dejarse llevar por la emoción.

—Le llamábamos así porque era muy *chiquitico*, no de edad, sino de tamaño. Le gustaba hacer dibujos como esos, se pasaba todo el rato pintando.

—¿Qué le ocurrió? ¿Otro accidente como el de Ramón, el chico del barranco?

Ignacio esbozó una sonrisa sarcástica.

—Eso dijeron —respondió escueto.

—¿Y cómo sabías dónde estaba enterrado?

—Porque yo estaba allí. Tenía diez años, era de noche y nos habían mandado a dormir, pero desobedecí. Me asomé por una rendija de la ventana y vi cómo le metían ahí.

—O sea, que hace más de veinte años... —calculó Mendive.

Ignacio asintió.

—El verano de 1994.

Mendive constató con decepción que el caso había prescrito. No podían actuar por la vía judicial, aunque tratarían de localizar a la familia del niño para confirmar la identidad y devolverle los restos.

—¿Y qué hay de los padres de Luis? —preguntó.

—No se preocupaban mucho por él, por eso estaba tan flaco. Era hijo de una familia de feriantes que iban y venían, acabó en el

campamento de rebote. Sus padres estaban enganchados al caballo; supongo que se fueron a otro sitio y no se volvieron a preocupar de él. Pero con Ramón no pasó lo mismo, la familia denunció y ese fue el fin.

—Y nunca dijiste nada... —musitó Mendive con tristeza.

Compadecía a aquel hombre, al niño que, por miedo, había decidido guardar en secreto la pesadilla de la que había sido testigo.

—Nunca me atreví —confesó—. Llegué a pensar que había sido fruto de mi imaginación infantil, un mal sueño que me había parecido demasiado real.

—Pero acabaste regresando y decidiste convertir el lugar en una tumba.

—No. No fui yo quien colocó esa cruz. Volví porque necesitaba enfrentarme a ello, cerrar la herida. Ni siquiera sé muy bien lo que buscaba. Y encontré la cruz en el jardín trasero. Fui al día siguiente con unas flores. Después se convirtió en una especie de ritual. Iba cada semana, las cambiaba por otras y, de alguna manera, sentía que estaba cuidando de Luisito. Quizá también de mi yo de diez años.

—Entonces imagino que fue Juan quien la puso —aventuró Mendive —. En el pueblo dicen que perdió la cabeza, que veía fantasmas.

—Eso fue lo que pensé. Quizá le pudieron los remordimientos. O tenía razón y Luisito volvió del más allá para complicarle la vida. Pero ¿qué más da ahora? Todo eso ha prescrito.

—No todo... Alguien le prendió fuego hace unos días a Juan Luis Tejada.

—Supongo que ese Juan que menciona todo el rato es el dueño de la casa de Bargota.

—¿No sabías su nombre? —preguntó Mendive extrañado.

Ignacio se encogió de hombros.

—En el campamento usábamos apodos —explicó.

Mendive se frotó las sienes e intentó ordenar todo lo que Ignacio acababa de contarle. Hacía casi treinta años, Juan había sido monitor de un campamento llamado Alejandría en el que dos niños habían fallecido supuestamente de forma accidental: Ramón, que había caído por un barranco, y Luis, a quien enterraron en secreto en el jardín para encubrirlo. Después, la familia de Ramón les denunció y Juan fue a la cárcel por homicidio imprudente. Tuvo un mal presentimiento.

—Siento preguntártelo, pero ¿dónde estabas la noche del 4 al 5 de julio? —Necesitaba saberlo.

—Imagino que en mi casa o por ahí con el camión. ¿Por qué? — preguntó Ignacio extrañado.

—Vas a necesitar una coartada.

—¿Está insinuando que yo maté a... Juan?

—No insinúo nada, pero si te soy sincero tenías un motivo para

hacerlo. Estuviste en el campamento, sabías lo que había pasado con Luis. Podrías querer vengarte.

—Yo... lo único que he querido desde ese día ha sido dejar todo aquello atrás —musitó Ignacio.

Mendive se levantó de la silla y dio un par de pasos por la sala, con las manos en la espalda dolorida.

—A ver, si estabas con el camión y podemos confirmarlo, todo se acabará ahí —trató de calmarle—. Si no, me temo que tendremos que seguir investigando.

Ignacio no contestó; le rodaban las lágrimas por las mejillas.

—¿Qué pasó en realidad con esos niños? —preguntó Mendive sin poder contenerse, aun a sabiendas de que ya no podría hacer nada.

—Ya lo hemos hablado, fueron accidentes —respondió Ignacio.

Mendive resopló exasperado.

—Hay algo más que no me has contado sobre ese campamento, ¿verdad?

—Alejandría era mucho más que un campamento, subinspector. Su sombra es alargada. Han pasado casi treinta años y sigue en mi cabeza.

—Quizá sea el momento de acabar con ella.

Ignacio le miró con los ojos desorbitados.

—No se puede acabar con lo que vive dentro de ti, con lo que repta por tu mente como una serpiente.

—¿Qué fue de los otros niños? —preguntó Mendive.

—Crecieron, aunque no del todo. Igual que yo —susurró.

Mendive salió de la sala y se fue directo al baño, abrió el grifo de agua fría y se mojó la cara con las dos manos, intentando alejar la sensación de angustia que le invadía. Pensó en la foto de los niños sonrientes, en sus uniformes azules, y se preguntó qué había pasado aquel verano casi treinta años atrás. Y por un instante, al mirarse en el espejo, le pareció que la serpiente de la que hablaba Ignacio trepaba por su cuello, tratando de asfixiarle. Quizá tenía razón, y la sombra de Alejandría, fuera lo que fuera, se apoderaba de todo y de todos.

—¿Qué estás dibujando, Luisito? —le preguntó a su amigo mientras se acercaba a él.

Luisito estaba tumbado bajo la sombra de un árbol delante de la casa, con un cuaderno entre las manos y un bote de pinturas de colores, las piernas flacas balanceándose en el aire, el pelo oscuro cortado a tazón.

—Estoy pintando la casa. Es un regalo para Shesmu. Me ha comprado todas estas pinturas —respondió señalando emocionado el bote de Plastidecor.

—Es muy bonito —le felicitó—. Igual cuando seas mayor puedes ser pintor.

—¿Artista? No —contestó el chico meneando la cabeza—. He visto a muchos de esos en la feria y no ganan nada.

—Yo decía en plan serio, como... No sé, como uno de esos que están en los museos.

Luisito pareció más convencido con esa opción y entrecerró los ojillos, valorando si quería estar en un museo o no.

—Bueno, eso está mejor. Aunque nunca he estado en uno —confesó.

—Seguro que, si se lo pedimos, Seth nos lleva de excursión.

—Sí, él nos llevará —coincidió.

Los dos se quedaron allí, contemplando la casa con la puerta roja, disfrutando de aquel aire de la tarde, del sol que hacía que todos los terrores nocturnos parecieran irreales, que el fin del mundo y la salvación fueran algo lejano. En aquel momento, a plena luz del día, lo único en que los dos pensaban era en cómo sería ir a un museo.

28

El hombre invisible

12 de julio, 13.00 h

—Tres víctimas —susurró Gabriel mientras contemplaba el cuerpo que yacía sobre la camilla de una de las salas de autopsias del Instituto de Medicina Legal.

Unos minutos antes, Julián Lasarte había terminado de realizar la autopsia de Aitana Robles, de veintiocho años, cuyo cuerpo había sido descubierto en torno a las nueve de la mañana en el parque de la Taconera, los jardines más antiguos de la ciudad, que solían estar abiertos al público las veinticuatro horas. Lo había encontrado una familia que había salido a desayunar y a dar un paseo. El cuerpo estaba oculto entre la vegetación cerca de un pequeño estanque ubicado en el foso del parque, donde convivían patos, cisnes, ocas y pavos. Había sido uno de los niños el que había llamado la atención de la madre después de distinguir una mano entre los matorrales. Un escenario digno de una película de terror.

Con ayuda de la Policía Nacional y la Municipal, habían acordonado y desalojado el parque entero para levantar el cadáver e inspeccionar la zona, un entorno que solía ser un remanso de paz y que se había transformado de pronto en el escenario de un crimen. A pesar de que barajaban todas las hipótesis, tanto la escena del crimen como los resultados de la autopsia parecían indicar en la misma dirección: que aquella muerte era, de nuevo, obra de El Iniciado.

—La causa de la muerte es la asfixia mecánica, es posible que por estrangulación antebraquial. Igual que en el caso de Natalia Romero —indicó Lasarte—. Mi hipótesis es que el agresor atacó a la víctima por detrás, como en el primer caso. Ninguna de las dos tuvo fuerza suficiente para defenderse.

—Pero Aitor Ruiz de Azúa sí, y eso le obligó a cambiar de método —señaló Gabriel.

—Suponiendo que el agresor fuera el mismo, eso explicaría por qué lo mató a golpes. Respecto a Aitana Robles..., hay algunos arañazos en el cuerpo que parecen causados por la vegetación y contusiones que se produjeron, probablemente, al arrojar su cuerpo al foso. Por lo demás, diría que se sometió a una intervención para extraer el apéndice no

hace mucho; tiene una cicatriz reciente. No presenta señales de agresión sexual ni hay restos de semen.

—¿Eso es todo? —insistió Gabriel.

—La única coincidencia que encuentro entre los tres casos, aparte de la causa de la muerte, es que las tres víctimas tenían una edad comprendida entre los veinte y los treinta años.

—Es como un fantasma —susurró Gabriel—. No deja ni una huella y, sin embargo, no se molesta en esconder mucho los cuerpos, casi como si quisiera que los encontráramos. Además, la víctima llevaba de nuevo la cartera, y el móvil estaba tirado cerca.

—¿Crees que tiene algún interés en que sepamos quiénes son? —preguntó Lasarte.

—No lo sé. Pero algo me dice que ahí está la clave. Sabemos que a Aitor y a Natalia no los eligió al azar. Tiene que haber algún motivo, algún patrón para seleccionar a sus víctimas. Y parece que está tan seguro de sí mismo que no le importa que lo averigüemos; al contrario, nos deja mensajes, se ríe de nosotros.

—Es como si se sintiera orgulloso de sus actos —sugirió Lasarte—. Como si pretendiera mandar algún mensaje.

—Juega con nosotros y nos utiliza porque sabe que nos lleva ventaja. Seguro que tenemos la clave delante y, aun así, no somos capaces de dar con ella —se lamentó Gabriel.

—Es posible. Pero, cuando uno se confía, es más probable que cometa errores —apuntó Lasarte.

—Y, con todo, seguimos sin encontrar algo que nos pueda ayudar...

Lasarte se quitó las gafas unos instantes y se frotó los ojos.

—Siento no poder ser de más ayuda —se lamentó—. Lo único que queda es esperar a los resultados del análisis toxicológico, por si hubiera presencia de alguna droga de sumisión química, aunque, si coincide en eso con los anteriores, me temo que el resultado será negativo.

La misma historia de siempre, esperar, confiar y al final... desesperar. Gabriel se preguntó qué estaban haciendo mal. Tanto ellos como la Policía Nacional, la Guardia Civil y la Policía Municipal habían aumentado el ya de por sí ingente despliegue de efectivos en la ciudad —sobre todo en las zonas cercanas al río Arga—, y aun así no había servido de nada. Contaban con policía del subsuelo, unidad de caballería, especialistas en desactivación de explosivos y más de dos mil setecientos agentes de todas las fuerzas de seguridad, incluyendo algunos efectivos de cuerpos extranjeros. Un número que parecía muy alto pero que quedaba justificado teniendo en cuenta los datos de años anteriores, que cifraban en más de un millón trescientas mil las personas que habían participado en las actividades programadas por el Ayuntamiento. Intentaban estar en todas partes, e incluso, tenían

distribuidos en diferentes puntos puestos de información y orientación donde se encontraban los famosos «naranjitos» —llamados así por el chaleco naranja que vestían —auxiliares de Protección Civil contratados exclusivamente para las fiestas. Pero la marabunta era inabarcable. No obstante, Gabriel estaba dispuesto a hacer todo lo que estuviera en su mano para acabar con aquello tan pronto como fuera posible. Había presionado para que revisaran el teléfono de Aitana Robles cuanto antes; había mandado a Jone a hablar con la familia y los amigos; y a Eraso a la comisaría, para que investigara hasta el último detalle de la vida de la víctima en busca de algún nexo con las dos anteriores. Pero, de momento, seguían igual de perdidos que el 6 de julio.

—Salgo a informar al juez Bernal —le dijo a Lasarte sin mucho entusiasmo—. Me ha pedido que le llamara en cuanto tuviéramos los resultados.

Lasarte puso cara de no envidiar en absoluto su posición. Todavía le tenía pánico al juez, quien, además, había aparecido aquella mañana cambiando la actitud iracunda que había mostrado los últimos días por un repentino derrotismo que les había puesto a todos de los nervios. Se había pasado una hora caminando de un lado a otro, lamentándose como una plañidera.

—Mucha suerte... —le deseó el forense.

Gabriel le dejó completando su informe en la sala de autopsias y se dirigió al exterior. El juez respondió al primer tono y, para sorpresa de Gabriel, escuchó su relato sin interrumpirle.

—Esto es el fin —murmuró Bernal cuando terminó de hablar.

—¿Del mundo? —respondió él con sorna.

—No estoy de broma, Palacios. Van a suspender los sanfermines —insistió.

—No sé yo si, a estas alturas, servirá de mucho... La mayoría de la gente no iba a regresar sin más a su casa. Pero, si el alcalde y la Junta de Protección Civil deciden que es lo mejor, que así sea. Lo más importante es la seguridad ciudadana —sentenció Gabriel, que estaba harto de esa actitud patética que lo único que conseguía era minar la moral del equipo.

—Pero significaría que hemos fracasado. Seríamos un hazmerreír internacional —se quejó Bernal.

—Lo más importante es salvar vidas. De momento, mi equipo y yo haremos nuestro trabajo y, si toca, acataremos las órdenes que nos den.

—Y me temo que habrá que esperar otra foto, ¿no?

—Es muy posible —admitió Gabriel—. Por eso mismo, hemos dado aviso a las oficinas de Correos y a *La Crónica de Navarra*, para que estén muy atentos a todos los paquetes recibidos o que puedan llegar

en las próximas horas a la redacción.

—Esto se nos ha ido de las manos... —continuó el juez, que seguía mostrando la misma actitud pesimista y parecía empeñado en arrastrar a todos consigo.

Gabriel agradeció ver una llamada entrante de Eraso y aprovechó la oportunidad para dar por terminada la conversación con Bernal.

—Tengo que dejarle, me está llamando Eraso y puede ser importante —se despidió, sin darle opción a la réplica.

Lo último que necesitaba en esos instantes era que le empujaran al desánimo. Tenían que continuar alerta, sólo así conseguirían detener al asesino: un error, un despiste, el más mínimo desliz y ellos estarían allí, preparados, listos para atraparle.

—¿Palacios? —saludó Eraso cuando cambió la llamada.

—Por favor, dime que tienes algo —rogó Gabriel—. Acabo de colgar con Bernal y me ha puesto de los nervios.

—No me extraña, esta mañana estaba insoportable.

—¿Hay novedades en comisaría?

Eraso carraspeó, nervioso.

—Han analizado el teléfono de Aitana Robles, al parecer la madre les ha facilitado el código.

—¿Y bien? ¿Hay algo?

—Según los registros del dispositivo, intercambió mensajes con sus amigas sobre las cinco de la mañana —respondió Eraso.

—Lasarte cree que esa podría ser la hora aproximada de la muerte —murmuró Gabriel.

—Tendremos que esperar a ver qué nos cuenta Jone cuando vuelva de hablar con ellas. Pero... hay algo más, jefe —dijo Eraso tras una pausa dramática.

—No estoy para suspenses, Eraso —le apremió Gabriel.

—El caso es que hemos cruzado la lista de contactos de Natalia con la de las otras dos víctimas. Y...

—¿Y qué? —presionó Palacios.

—Pues parece que hay una coincidencia. Aitana Robles y Natalia Romero tenían un contacto en común.

—¿Eso es todo? Podría tratarse de una casualidad, no es raro que tuvieran algún amigo en común. Tampoco se llevaban muchos años y Pamplona no es tan grande —respondió Gabriel decepcionado.

—Desde luego, pero tengo motivos para creer que no se trata de un amigo —puntualizó Eraso.

—¿De quién se trata, entonces? —preguntó Gabriel extrañado.

—Pues no te lo vas a creer, pero ni más ni menos que de Juan Valdés.

—¿Juan Valdés? —Gabriel intentó hacer memoria.

—Sí, el mismísimo doctor McDreamy —aclaró Eraso.

Gabriel recordó entonces al hombre canoso con el que habían hablado en la clínica donde trabajaba Natalia Romero, el anestesiólogo que mantenía un romance en secreto con ella y que no se había mostrado muy colaborador.

—Pero tenía coartada para la noche del asesinato de Natalia... —murmuró Gabriel.

Temía haber dejado otro cabo suelto, haberle descartado demasiado rápido. ¿Y si el problema no era que el asesino aún no hubiera cometido un error, sino que ellos no dejaban de hacerlo?

—Sí, lo comprobamos —respondió Eraso—. Pero lo cierto es que, de alguna forma, conocía a Aitana Robles.

Gabriel se pasó la mano por el cabello.

—Muy bien, pues me parece que vamos a tener que hacerle otra visita al doctor McDreamy. Llama a la clínica y pregunta si está allí o dónde podemos encontrarle.

—Voy a ello —contestó Eraso con diligencia.

Gabriel colgó el teléfono y contempló el cielo azul despejado, sin una sola nube. Para rematar el cúmulo de circunstancias de los últimos días, toda la comunidad estaba en alerta roja por una ola de calor que prometía dejar temperaturas que sobrepasarían los cuarenta grados. Un San Fermín rodeado de calor y muerte, en el que apenas se podía respirar. Se despegó la camiseta de algodón del cuerpo y cerró los ojos un momento. No rechazó los pensamientos intrusivos, sino que los dejó entrar todos de golpe en su mente, los asimiló: estaba nervioso, frustrado, cansado y desesperado. Decidió ir a tomarse un café y a comer algo. Tenía que ser dueño de lo que sentía, no caer en el desánimo: debía descansar, respirar. Porque, fuera como fuera, estaba decidido a ganarle la partida a El Iniciado.

29

Maitechu mía

12 de julio, 18.00 h

Después de que Sofía me enviara el número de mi tía la noche anterior, no había parado de pensar en qué paso dar a continuación. Escribí y borré varios mensajes, y al final opté por irme a la cama y dejar la decisión para el día siguiente. Por la mañana, tras meditarlo mucho y tomar un café, me atreví por fin a mandarle un mensaje escueto. Para mi sorpresa, respondió rápido y, con una ortografía perfecta —quizá fuera algo de familia—, me invitó a visitarla aquella misma tarde. Yo le pedí que no le comentara nada a mi padre, a cuyo WhatsApp aún no había contestado, y ella accedió, o al menos eso dijo, a mantener nuestro encuentro en secreto.

La mañana en la redacción fue apocalíptica: se había producido un nuevo asesinato, esta vez en el parque de la Taconera, y tuvimos que trabajar a destajo, daba igual que fuera sábado. Una sensación de intranquilidad flotaba en el ambiente: la continuidad de las fiestas pendía de un hilo. A mí me tocó emplear unas preciosas horas de mi fin de semana en ir al parque de la Taconera con Julia y Endika, quien por iniciativa propia se encargó de redactar la noticia. Tras la aparición del cuerpo, y pese a que no había confirmación oficial de que se tratara de otro crimen de El Iniciado, todos mirábamos con miedo la puerta de la redacción, temiendo que en cualquier momento llegara un nuevo paquete con otra fotografía. Otro terrorífico retrato póstumo.

No obstante, no todo eran malas noticias: Fernando no había hecho acto de presencia desde el suicidio de Francisco Ruiz de Azúa. Y bajo las órdenes de Manuel, el redactor jefe, todos estábamos algo más relajados. Por otro lado, y aunque a nadie parecía importarle demasiado, yo había redactado un artículo escueto hablando de que habían identificado al hombre al que habían quemado en Viana como «un vecino de la localidad de Bargota de sesenta y dos años». Pero no habían dado más información ni sobre él ni sobre los huesos.

Así pues, dejé a Julia tratando de averiguar si el padre de Natalia Romero y Francisco se conocían y aproveché la ausencia de Fernando para escaparme después de comer e ir a casa a echarme una siesta.

Paloma, por su parte, seguía instalada en el apartamento y estaba atravesando una de sus fases intensas, lo que hacía que la convivencia se volviera complicada y que, en las escasas horas que la había visto, yo hubiera experimentado unas ganas tremendas de llamar a Abel y suplicarle que fuera a buscarla. No me libré de ella ni cuando salí de casa para acudir a la cita con mi tía, porque unos instantes después de que pusiera un pie en la calle, había empezado a bombardearme con mensajes.

Cuéntamelo todo cuando salgas.

¿Dónde está la comida del perro? Me mira con cara de hambre.

Luego voy a llevármelo a las tómbolas de Cáritas, a ver si me toca un coche.

Le contesté rápido, le pedí que no sobrealimentara a Dalí —increíble teniendo en cuenta que era veterinaria— y le deseé suerte en las tómbolas, que estaban muy cerca de mi apartamento y sorteaban todo tipo de objetos. La madre de Paloma alguna vez había bromeado con que allí había conseguido la mitad del menaje de la casa.

Luego guardé el móvil y me recogí el pelo en una coleta. Hacía un calor insoportable y, a pesar de que llevaba un vestido corto blanco y unas sandalias, habría preferido ir en biquini. Se notaba que era fin de semana y las calles estaban aún más llenas de gente; eso no ayudaba precisamente a disminuir la temperatura y, además, ralentizó mi camino varios minutos. Cuando por fin llegué a la dirección indicada, comprobé, con sorpresa, que no se trataba de un bar, sino de un local privado. Llamé a la puerta temiendo haberme equivocado y me recibió un hombre rechoncho, con el pelo blanco y la cara muy roja, que sonrió como si me conociera de toda la vida.

—Tú eres Anne, ¿no? Pasa, maja, Maite te está esperando —dijo invitándome a entrar.

Le seguí desconcertada al interior del local, que para mi sorpresa resultó ser una especie de *txoco* reconvertido en sala de ensayo. Dentro había unas ocho personas, todas vestidas de blanco y rojo, faja incluida. Uno de los hombres sujetaba una guitarra, y otro, un acordeón. Pronto se me acercó una mujer con una pandereta en la mano. Rondaría los setenta, pero era muy alta y de hombros anchos,

tenía el cabello blanco resplandeciente recogido en un moño y los ojos azules.

—¡Anne! —exclamó con ilusión.

Le dediqué una sonrisa tímida que no pareció disuadirla de estrecharme entre sus brazos como si nos hubiéramos visto dos días antes. Desprendía una energía arrolladora, una fuerza contagiosa que se proyectaba de su enorme cuerpo al resto del mundo. Fue mucho más fácil que con mi padre, tardé tan sólo unos segundos en decidir que me gustaba, que me resultaba familiar de alguna forma inexplicable.

—Perdóname por citarte aquí, pero es que mañana tenemos una actuación y no podía faltar al ensayo. ¿Te importa esperar mientras acabamos?

—No, claro que no —respondí aún cohibida.

—Son jotas, te van a gustar —afirmó con alegría.

Me senté en una silla que parecía recién sacada del aula de un colegio. Junto a mí había un hombre que parecía preparado para grabar la actuación con el móvil. Pronto, todos se organizaron y se colocaron en línea ante los micrófonos; los cantantes con las manos en jarras. La primera canción fue el clásico *No te vayas de Navarra*, conocida en todo el país. No me sorprendió que mi tía, a pesar de su edad, tuviera una voz potente, que no dejaba traslucir ninguna debilidad. La siguiente pieza me sonaba únicamente de oídas y esta vez la cantó sólo uno de los hombres. La letra era corta y sencilla, y me pareció un homenaje a la Navarra del campo, a los labradores, a los agricultores tan olvidados de las zonas rurales. Además, me hizo pensar en mi propia historia, en la importancia de los orígenes y el motivo que me había llevado hasta aquella sala de ensayo improvisada esa tarde de calor infernal.

Labrador era mi padre
y labrador fue mi abuelo.
Y yo, como labrador,
a una labradora quiero.

Cuando terminaron de tocar la canción, dieron por concluido el ensayo con un pequeño aplauso, y mientras el resto charlaban y reían mi tía se acercó a mí y, con un gesto, me indicó que la siguiera al fondo de la sala, hasta un rinconcito apartado. Se sentó a mi lado en una de aquellas sillas de escuela y me contempló sonriente.

—Me alegra mucho que hayas venido, siempre he querido conocerte —dijo con franqueza—. Pero no quería complicar una situación ya de por sí... delicada, ni darle más dolores de cabeza a Marga, a tu madre. ¡Pero por fin ha llegado el día! Y no te preocupes, este encuentro

queda entre nosotras.

—Gracias —respondí sin saber muy bien qué decir.

—Supongo que querías verme porque tienes muchas dudas —comentó mientras se soltaba el pelo blanco, que tenía aún más largo de lo que yo pensaba, para volver a recogérselo en un moño.

—En parte, sí —reconocí—. Aunque me daba un poco de miedo cómo pudieras recibirme.

Soltó una carcajada muy ruidosa y sincera, y me apoyó una mano en el hombro.

—Eres mi sobrina. Da igual que no sepa nada de ti, podrás tener miedo de todo el mundo, pero siempre estaré para lo que necesites.

Me creí sus palabras, parecía una persona transparente. Me recordaba a una especie de hechicera capaz de dominar los bosques y los elementos. Tenía algo ancestral, como la tierra, algo que se le veía en los ojos, que era contagioso.

—Muy bien —continuó, recostándose en la silla—. Y, dime, ¿qué es lo que te ha contado tu padre? —preguntó con suspicacia.

Reproduje a grandes rasgos la historia sin sustancia que me había relatado mi padre, haciendo especial hincapié en que creía que me faltaba información y en que mi abuela me había insinuado lo mismo. Cuando terminé de hablar, ella soltó un suspiro largo y clavó la vista en el techo, como si buscara respuestas en el gotelé amarillo.

—Pues sí que me lo ha puesto difícil tu *aita*... —se lamentó.

—¿Qué quieres decir?

Sacudió la cabeza y se tomó un tiempo para elegir las palabras adecuadas.

—La historia de tu padre le pertenece sólo a él, no podría contarte más sin traicionarle.

—O sea, que hay más —afirmé.

—Siempre hay más, Anne. Sólo hace falta rascar un poco... Pero no me corresponde a mí contártelo.

—Necesito saberlo, también es parte de mi historia —insistí.

Habían puesto música y en ese momento sonaba *Maitechu mía* cantada por Mocedades. Las dos nos quedamos en silencio escuchando la letra que hablaba de reencuentros imposibles.

—Tu padre tiene miedo de lo que puedas pensar, de que te alejes para siempre de él —confesó mi tía.

—No quiero que me mientan más. Estoy cansada de todo esto, de tantos secretos. Lo único que quiero es la verdad.

—Pero la verdad está llena de matices, *amante*. Intenta no juzgarle con demasiada dureza cuando la descubras.

Me quemaban por dentro la necesidad y, a la vez, el miedo de conocer aquella verdad que prometía ser tan incómoda. ¿Qué escondía mi padre? ¿Y cuáles eran aquellos matices que mencionaba mi tía?

Casi sentía que intentaba exculparle de un pecado que yo aún no conocía, de un secreto que a fuerza de callarse me imaginaba cada vez más terrible, imperdonable.

—Ha tardado tanto en aparecer y, cuando lo hace, viene con medias verdades —protesté.

—No puedo quitarte la razón que llevas. Verás, todos hacemos cosas de las que no estamos orgullosos. La diferencia es que algunos tenemos el valor de enfrentarnos a ellas y otros huyen esperando que los problemas desaparezcan solos, que la lluvia los arrastre lejos. Pero el agua de Francia es la misma que la de aquí, sólo está un poco más al norte. —Suspiró—. Lo que quiero decir es que tu padre ha tardado todos estos años en aceptarse a sí mismo y su propia historia, aunque eso no justifica, ni mucho menos, su ausencia. Y no seré yo quien niegue que mi hermano es un cobarde.

—¿Y por qué ha vuelto ahora?

—Porque ha muerto la mujer que le crio y le repudió después. Porque se ha puesto delante de un espejo y ha visto algo que no quería ver, supongo. Volver a esta tierra es volver a donde empezó todo. Pero cada uno tiene que librar sus propias batallas y esta es sólo suya. Estaré aquí para hablar cuando hayáis aclarado las cosas. A partir de ahora, tienes a tu tía Maitechu para siempre.

Salí del local casi con las mismas dudas con las que había entrado, sintiendo que me pesaban cada vez más los misterios que escondía mi familia, la red de mentiras y enigmas en la que todos parecían involucrados. Mientras caminaba hacia el apartamento, como si desde el otro lado del océano hubiera sentido mis inquietudes, recibí un escueto mensaje de mi madre, que llevaba días perdida en una región sin cobertura de Perú:

> Hola, hija, ¿qué tal van los sanfermines? Sólo tengo cobertura un momento. Te echo de menos, te llamaré en cuanto pueda.

Contemplé el mensaje un rato antes de decidirme a mentir sin ningún tipo de escrúpulo:

> Todo bien, mamá. Tranquila, hablamos cuando puedas.

Y mientras respondía me pregunté si aquello de ocultar la verdad sería realmente cosa de familia.

30

Riesgos

12 de julio, 20.00 h

Gabriel, Jone, Eraso y la inspectora Olarra estaban reunidos en una de las salas de la comisaría central de Beloso. Les habían mandado llamar el comisario Mario Martín Oroz, jefe del Área de Investigación Criminal de la Policía Foral y, por tanto, de las divisiones de la Policía Científica y Judicial, y Diego Acedo, el jefe de la división de la Policía Judicial. Habían quedado antes para intentar ordenar toda la información que tenían entre los cuatro. La mesa estaba atestada de documentos, carpetas y vasos vacíos de café. El menú de merienda-cena consistía en un variado de bolsas de patatas y chocolatinas que Olarra había sacado de una máquina expendedora.

—Para que me quede claro, al final, ¿qué ha pasado con el doctor McDreamy? —preguntó mientras abría con cuidado una chocolatina.

Idoia Olarra era una de las pocas mujeres que ostentaban el cargo de inspectora dentro del cuerpo, aunque Gabriel estaba convencido de que Jone lo conseguiría algún día. Olarra era bajita y delgada, con el cabello castaño cortado a la altura de la barbilla y unas gafas de pasta que a Gabriel le parecía que le daban un cierto aire a Vilma, de *Scooby Doo*.

—Hemos ido a verle esta tarde —respondió a la inspectora.

—¿Y qué? —preguntó ella impaciente.

—Se ha echado a llorar —contestó Jone con gesto de repugnancia.

—Su mujer le ha dejado y ha pedido el traslado de hospital. Ahora mismo es un paria y si no fuera amigo del director ya estaría en la calle. Aunque, después de lo de hoy, no creo que tarde mucho —apuntó Eraso.

Gabriel no tenía mucho que añadir, la escena en la clínica había sido más o menos como la habían definido sus compañeros. Habían pillado a Juan Valdés por sorpresa y le habían llevado —con mucha calma pero con la amenaza velada de ir a comisaría si se negaba— a su despacho. Allí le habían puesto sobre la mesa una fotografía de Aitana Robles. Lo que más les había sorprendido era que ni siquiera la había reconocido.

—¿Quién es? —había preguntado desconcertado.

—Aitana Robles, veintiocho años, hemos encontrado su cuerpo en la Taconera, ha sido asesinada.

—Oigan, yo no tengo nada que ver con esa muchacha.

—Fue el anestesista de su operación de apendicitis hace mes y medio —había apuntado Eraso, que había hecho los deberes antes del interrogatorio.

—Puede ser, pero ¿qué tiene eso de raro?

—Lo raro es que ella tenía guardado su número en la agenda del móvil. Que yo sepa, lo habitual no es darle tu número privado a un paciente —había puntualizado Jone.

—Joder... Otra vez. Les juro que yo no he matado a nadie, ni siquiera hemos hablado fuera del hospital jamás, ni recordaba su cara.

Y ahí había empezado la debacle. El doctor McDreamy, el hombre más deseado del hospital, había confesado entre lágrimas, y no sin cierto patetismo, la compulsión que sentía por tener aventuras con mujeres más jóvenes que él. Por lo visto, Natalia no había sido la primera enfermera que caía en sus redes, ni Aitana la primera paciente a la que le daba su teléfono con intención de llegar a algo más. De hecho, cuando se produjo el intento de flirteo con Aitana, él estaba viendo a Natalia. Ahora todo se había destapado y su matrimonio y su reputación habían quedado hechos añicos.

Sin embargo, no sintieron pena ante aquel espectáculo de lágrimas en el que Valdés se describía a sí mismo como «una víctima de sus impulsos»; de hecho, en algún momento, Gabriel había temido que Jone fuera a gritarle para mandarle callar. Lo cierto era que a ninguno de los tres le faltaron ganas. Le habían pedido a Valdés una coartada para la noche de los asesinatos de Aitana y Aitor. La madrugada en la que mataron a Aitor estaba de guardia; respecto a la noche del día anterior, no se había mostrado muy cooperativo.

—Estuve en casa —dijo sin más.

—¿Solo?

—Sí...

—¿Ningún vecino le vio tirando la basura? ¿No pidió comida a domicilio? —le preguntó Gabriel—. Si no tiene forma de demostrar que estuvo en casa, su palabra no nos sirve de nada.

Cuando vio que su situación se podría complicar mucho si no decía la verdad, acabó confesando.

—En realidad... estuve con alguien.

Y así, Valdés se hundió un poco más en el fango al reconocer que había contratado los servicios de una prostituta en un club de las afueras. Gabriel vio como Jone apretaba los puños bajo la mesa y como Eraso se frotaba las sienes del agotamiento. Lo peor era que ni siquiera constituía algo extraordinario. Gabriel había leído en un estudio que en España un veinticinco por ciento de los hombres entre

dieciocho y cuarenta y nueve años habían ido alguna vez de putas. La justificación era la misma que la que ofrecía ahora el doctor: no hacía nada malo, se sentía solo, era amable con la chica, ellas lo hacían porque querían. Resultaba fácil y rápido, y costaba poco dinero. Quizá las copas fueran un poco caras, pero ninguna queja más. Una noche de ocio como otra cualquiera. Los mismos argumentos que habían esgrimido incluso amigos de Gabriel.

Finalmente abandonaron la clínica con las grabaciones de las cámaras de seguridad de las noches en las que habían muerto Natalia Romero y Aitor Ruiz de Azúa, y con el nombre del prostíbulo que había visitado Juan Valdés.

—En resumen, tiene coartada para todos los crímenes —explicó Gabriel a Olarra—. Lo comprobamos después de hablar con él.

—¿Y las amigas? ¿Os han dicho algo de los mensajes que hemos encontrado en el móvil? —preguntó la inspectora mientras engullía la segunda chocolatina.

—Por ahí puede que tengamos algo más interesante —apuntó Jone —. He hablado con ellas esta mañana, y, aunque estaban resacosas, tenían las cosas más o menos claras. Sobre las cuatro y algo, se marcharon del bar donde estaban y fueron para el parque de la Taconera porque un grupo de amigos de una de ellas estaba por la zona. Luego dos de ellas fueron a comprar algo de comer y otra se quedó en un banco cuidando a una de las amigas, que estaba muy borracha. Aitana se alejó y se puso a hablar con unos conocidos y, en un momento dado, a la chica que estaba en el banco le pareció que hablaba con un hombre apartada del grupo, pero la vio reírse y pensó que lo conocía. Un par de chicos también recordaban haberla visto hablar con un tipo, aunque tampoco se fijaron. Nadie le dio importancia. Más tarde, la chica del banco tuvo que acompañar a la que estaba mal a vomitar. Y al rato, Aitana mandó un mensaje al grupo de amigas diciendo que se encontraba mal del estómago y que se iba a casa.

—O sea, que El Iniciado se dejó ver por primera vez —concluyó Olarra sorprendida.

—Da la impresión de que no le preocupa correr ciertos riesgos. Podrían haberle reconocido, haberle hecho una foto o algo así —confirmó Gabriel—. Pero, por desgracia, ninguno de los testigos se fijó en su rostro y tampoco tenemos registrada ninguna imagen de Aitana en las cámaras de la zona.

—Las amigas no notaron nada raro, les pareció que hablaba como siempre. Aquí tengo impresa la conversación del grupo de WhatsApp —añadió Jone.

Aitana
Tías, me voy para casa, que se me ha puesto el estómago fatal.

Sara
Joder, ¿tú también? ¿Y te vas sola?

Aitana
Que no pasa nada, estoy aquí al lado.

Izaskun
Bueno, avisa cuando llegues y no potes mucho.

Aitana
Sí, a ver si duermo un poco. Buenas noches, equipo B.

—Nada les hizo sospechar: habló de que vivía cerca del lugar y utilizó el chascarrillo con el que siempre se saludan, «equipo B», fruto de una broma interna en un viaje —explicó Jone.

—Bien, por mi parte puedo hablaros del teléfono móvil —intervino Olarra—. Aitana nunca llegó a su casa; la localización del dispositivo lo sitúa en todo momento en el parque. Y, como lo encontramos en la escena, todo apunta a que quien escribió esos mensajes fue el propio asesino para justificar la ausencia de la chica.

—Eso cuadra con el perfil —coincidió Gabriel—. Estudia a sus víctimas. Estoy convencido de que sabía dónde vivía Aitana y de que había analizado sus redes sociales y las de sus amigas hasta conocer cada detalle de sus vidas. No le debió resultar difícil hacerse pasar por ella.

—Puede que la obligara a desbloquearlo o a darle el código antes de matarla —apuntó Jone.

—¿Nada de huellas en el móvil? —intervino Eraso.

Olarra negó con la cabeza.

—Sólo de la chica. Pero ya sabemos que no es idiota, no deja indicios de nada —respondió—. Muy bien, entonces podríamos decir que lo que pasó fue lo siguiente: El Iniciado se acerca a Aitana cuando está sola, habla con ella y de alguna forma se la lleva. A continuación, la estrangula y la lanza al foso de los patos; probablemente baja para

ocultar un poco el cuerpo. Manda unos cuantos mensajes a sus amigas para despistar y se deshace del móvil allí mismo. ¿Estoy en lo cierto?

Gabriel asintió.

—Todo es muy arriesgado —musitó.

—No lo entiendo —añadió Jone—. ¿Por qué exponerse tanto?

—Porque debía ser ella —contestó Gabriel—. Tenía que ser Aitana Robles, nadie más. Hay algún motivo detrás de su elección de las víctimas que hace que no pueda parar. Y esa compulsión le está volviendo imprudente. Necesita que mueran y está dispuesto a todo para conseguirlo.

—Lo que pasa es que nos estamos quedando sin tiempo —señaló Eraso.

—Debemos descubrir por qué eligió a esas víctimas —insistió Gabriel—. Estoy seguro de que anoche cometió algún error, dejó demasiados cabos sueltos. Le vamos a coger, tarde o temprano. Sólo tenemos que buscar bien.

La reunión con sus superiores fue dura y poco fructífera. Insistieron en la coordinación con otros cuerpos, hablaron de reforzar los dispositivos de la ciudad... Propuestas que parecían resolutivas, pero que todos sabían que no eran más que parches. La situación política era insoportable: el alcalde no quería cancelar las fiestas y la oposición le llamaba asesino.

Gabriel acabó el encuentro tan cansado que cogió su libreta y se fue a casa. Necesitaba unas horas de sueño para resetear la mente. Cuando llegó al apartamento, se encontró con Anne tumbada en el sofá viendo un *western* que echaban en un canal de pago y se sentó a su lado. Ella le habló de su tía, de los secretos de su padre, de que se había decidido a hablar con él. Hicieron palomitas, terminaron de ver la peli y, sin mencionar nada que tuviera que ver con el trabajo, se fueron pronto a la cama.

Estaban a punto de dormirse cuando Anne le tocó suavemente la pierna con un pie.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Estaba pensando en una cosa; es una tontería, pero bueno.

—A ver, dime.

—No quiero que te enfades, pero ayer Julia estaba investigando para un artículo y encontró una foto antigua en el Facebook de Francisco Ruiz de Azúa...

—¿A qué viene eso ahora? —la interrumpió extrañado.

—¿Me dejas acabar?

—Sí.

—Bueno, pues el caso es que Julia cree que en esa foto podría estar

el padre de Natalia Romero, Pablo Romero, y que ambos se conocían. Está empeñada en que hay una conexión entre ellos y que Francisco sabía algo sobre la muerte de su hijo que no pudo soportar.

Gabriel suspiró y se removió en la cama. Anne era incapaz de permanecer completamente alejada de sus casos y siempre acababa, de una forma u otra, implicándose en la investigación. Pero estaba demasiado cansado para discutir.

—¿Y por qué piensa eso? —se limitó a preguntar.

—No lo sé, cree que quizá fueran amigos de jóvenes. Yo le he dicho que lo más probable es que se tratara de una coincidencia. Aunque nunca se sabe.

—Seguro que no es nada, no le des más vueltas y duérmete —zanjó él, girándose para darle un beso en la mejilla.

Sin embargo, cuando se volvió a tumbar bocarriba sintió que todo el sueño había desaparecido de golpe. Trató de convencerse de que no se trataba de nada más que una coincidencia o una teoría sin fundamento, pero, por más que lo intentaba, no lograba alejar de su mente aquella nueva posibilidad. Cuando Anne se durmió, se levantó con cuidado de la cama. A quién quería engañar, él no creía en las casualidades.

31

Cuando todo pase

13 de julio, 10.00 h

Mendive llevaba toda la vida acudiendo a San Fermín: desde que era un niño y le llevaban sus padres; pasando por su etapa de adolescente y los años de salidas nocturnas de su juventud —incluso había corrido en el encierro un par de veces—; hasta los últimos tiempos, más reposados, en los que prefería vivir las fiestas de día, comiendo y tomando vinos con amigos o asistiendo a los oficios religiosos. Su madre era una gran devota del santo y le había inculcado el respeto y la veneración por aquellos días que, más allá de la fiesta que atraía a los foráneos, estaban cargados de significado. Desde todos los pueblos, los navarricos, con la camisa y el pantalón blanco como la cal, como bien decía la canción, peregrinaban a Pamplona para disfrutar de la semana grande de la ciudad.

Había quedado para desayunar con Gabriel y, de camino, se cruzó con los gigantes, cabezudos, *kilikis* y *zaldikos* que formaban la comparsa; los gigantes bailaban al son de las gaitas y *txistus* y los *zaldikos* y *kilikis* golpeaban a los niños con unas vergas de espuma. La imagen le arrancó una sonrisa, algo difícil teniendo en cuenta que aquella noche no había sido capaz de conciliar el sueño.

Después de escuchar el relato de Ignacio, y aunque jamás se lo confesaría a nadie, le había invadido el miedo. No consiguió dormir, temía ser presa de las pesadillas, adentrarse en un mundo onírico dominado por serpientes y vengativas deidades egipcias. A esa sensación de inquietud se le había sumado el calor, que apenas conseguía mitigar el ventilador de la habitación, y al final, a la seis de la mañana, no había pegado ojo y seguía con la mirada fija en el techo. Cansado de dar vueltas y más vueltas en la cama, se levantó, fue al salón y encendió la televisión. En el canal de noticias veinticuatro horas hablaron de los asesinatos de San Fermín y de la ola de calor, del encierro siguiente y de política. Mientras veía las imágenes de la ciudad, pensaba en cuánto le habría gustado poder seguir a la banda de la Pamplonesa por las calles del casco viejo al son de sus dianas en lugar de estar en calzoncillos en el sofá de la casa que compartía con su madre tomándose un café en una taza de Naranjito

que tenía más años que el fuego.

En el informativo no hicieron ni una sola mención a Juan Luis Tejada o a la aparición de los huesos en el jardín de la casa de Bargota, lo cual, en cierto modo, agradeció. Su madre se había levantado poco después, con la bata de flores y el moño habituales, y sin preguntar, le había dejado delante un plato con tostadas y mermelada casera. Mendive venía de una familia humilde. Su padre y su madre habían atendido la panadería del pueblo hasta que su padre falleció, hacía ya más de diez años. Quizá en parte por eso no había abandonado nunca el hogar familiar, para no dejar sola a su madre. Había ingresado en la Policía Foral con vocación de servicio, aunque sin saber qué le esperaba. Pese a que no le gustaba estudiar, tenía buena memoria, así que pasó las oposiciones y empezó desde abajo. Luego, poco a poco y con voluntad, había ido ascendiendo. Por norma general, recelaba de esos jóvenes llenos de ideas —y a veces con ínfulas— que entraban al cuerpo con ganas de mandar, pero con Gabriel había aprendido mucho, e incluso le había empujado a ver la profesión desde una nueva perspectiva. Aun así, él no se entregaba al trabajo con la misma dedicación que su compañero ni había tenido nunca las mismas aspiraciones. De hecho, en ocasiones le pesaba no haber formado su propia familia. Tuvo una novia muchos años atrás, pero la relación fracasó y al final se había acostumbrado a su rutina, a la vida de soltero y a pasar tiempo con su madre, que, a pesar de que gozaba de buena salud, cada vez tenía más lapsus de memoria y podía olvidar cosas evidentes o perder la noción del tiempo. Era duro ver cómo se hacía mayor, cómo poco a poco ella misma se daba cuenta de que su mente iba respondiendo menos.

Tras ver la retransmisión del encierro, ducharse y ponerse el uniforme —no era muy aficionado a vestir de paisano—, se había dirigido a Pamplona, donde había quedado con Gabriel. Cuando los dos se bloqueaban con un caso, les funcionaba charlar, aportarse nuevas perspectivas el uno al otro. Le sorprendió que Gabriel, con su aversión general a cualquier alimento que no fuera la avena, eligiera para el encuentro una churrería, no era La Mañueta, una de las más famosas de la ciudad, pero no estaba mal. Cuando entró en el local, su excompañero ya estaba allí, puntual como un reloj, vestido con vaqueros y camiseta, como de costumbre. Al contrario que él, Palacios huía del uniforme siempre que podía.

—Buenos días por la mañana —le saludó Mendive.

—No sé si son buenos o sólo días —respondió él.

—¡Ah! Empezamos fuerte. Si te sirve de consuelo, yo no he pegado ojo —respondió mientras se sentaba—. Así que, para compensar, este va a ser mi segundo desayuno.

—Pues he pedido churros —le informó Gabriel.

—¿Tú comiendo algo frito y con azúcar? La cosa debe ser peor de lo que pensaba.

—Mucho peor —confirmó Gabriel—. Aunque tú tampoco tienes buena cara.

—Buena cara no he tenido nunca, pero hoy encima no he dormido —puntualizó Mendive con una sonrisa.

—Imagino que algo te quita el sueño.

—Así es. Ayer descubrí la supuesta identidad del niño del jardín. Aunque es un caso que ha prescrito, me gustaría identificarle oficialmente y localizar a la familia. Y me da que hay algo muy turbio detrás... —Suspiró.

Mientras se comían una docena de churros y dos porras —Gabriel era grande y Mendive comía como si lo fuera—, le puso al día de todo lo relacionado con el campamento llamado Alejandría, la declaración de Ignacio y las muertes de Ramón y Luisito.

—¿No has encontrado denuncias de desaparición? ¿Has probado a hablar con la Guardia Civil? —sugirió Gabriel.

—Por ahora nada, pero, por lo que sé, es muy probable que nadie denunciara.

—Lo cierto es que toda esa historia del campamento y el rollo egipcio es bastante oscura —reconoció.

—Ahora entiendes por qué no puedo dormir —se lamentó Mendive.

—Si te sirve de consuelo, la situación aquí no es mucho mejor.

—Me lo imagino, he visto las noticias. ¿Alguna novedad?

Gabriel negó con la cabeza y le relató en pocas palabras lo que había sucedido el día anterior.

—Así que bronca de los jefazos, ¿eh? Estás haciendo carrera rápido —bromeó Mendive con la intención de quitarle hierro al asunto—. Coincido contigo en que la última jugada de ese tipo ha sido muy arriesgada. Le vais a cazar pronto, estoy seguro.

—Eso espero.

—Además, ¿qué clase de asesino se pone nombre artístico? Joder, seguro que tiene un nombre feísimo, como Tiburcio o algo así —continuó, tratando de animarle.

Gabriel esbozó una media sonrisa mientras recogía la mesa con gesto distraído. Su excompañero contempló cómo colocaba las servilletas usadas dentro de un plato, juntaba las tazas vacías de café y tiraba las migas. No soportaba el desorden en ningún lugar. Sin embargo, a pesar de que no era un comportamiento extraño en él, le notó más ausente de lo habitual, como si tuviera la cabeza en otro sitio.

—¿Seguro que eso es todo, Palacios? —le preguntó.

—Bueno, puede que haya algo más..., algo que estoy considerando. Pero no creo que sea nada —respondió sin entrar en detalles.

Mendive no insistió más. Conocía a Gabriel, no era dado a compartir demasiadas cosas y no convenía presionarle. Fuera lo que fuera lo que estaba pensando, era preferible dejar que lo madurase en su cabeza. Él sabía mejor que nadie cómo hacer su trabajo.

—Son malos días, pero seguro que pasarán. Mañana es el último día de San Fermín, después todo será más fácil —comentó a modo de consuelo.

—Nunca imaginé que tendría tantas ganas de que se acabara —reconoció Gabriel.

—¡Ni yo! No me he tomado ni dos vinos en todas las fiestas... En cuanto pase todo esto, os invito a Anne y a ti a un rancho de cordero. Saco una caja de reserva y mi madre prepara uno de esos tiramisús de chuparnos los dedos. Tendré que invitar a Morales, claro, para que no se ponga celoso. Así podéis echar un pulso a ver quién de los dos tiene más bíceps...

—Me parece un plan fantástico —aceptó Gabriel sonriente.

—¿Sabes qué me comería ahora también? Unos gambones de esos a la plancha que preparas tú.

—Son las diez de la mañana.

—Ya, bueno, era una cosa hipotética, pero imagínate, con ajito y perejil y...

Mendive se quedó a mitad de frase, porque empezó a sonarle el teléfono móvil a todo volumen. Al mirar la pantalla comprobó que la llamada provenía de un número que no tenía guardado.

—Mendive al habla, ¿quién es? —respondió.

—Subinspector..., soy yo.

Con sorpresa, reconoció la voz de Ignacio. Y pronto cualquier atisbo de relajación se evaporó. Antes de dejarle ir le había dado su número por si se decidía a contar algo más, pero no había creído que fuera a llamar.

—¿Ignacio? ¿Qué pasa?

—Supongo que no esperaba mi llamada.

—Lo cierto es que no, pero ya te dije que estaba disponible para cualquier cosa —respondió Mendive.

—Verá, he estado pensando en lo que hablamos ayer. Y en que al final me he quitado un peso de encima, ¿sabe? He liberado la conciencia. Ahora Luisito podrá descansar en paz. Y... —Ignacio se detuvo, como si no tuviera claro si continuar hablando.

—Cualquier cosa que quieras contar, te escucho. Ya sé que por la vía judicial no podemos hacer nada, pero quizá esto nos ayude a descubrir quién mató a Juan Luis Tejada.

—Sé mucho más que eso —susurró Ignacio—. Es sólo que no quiero hablarlo por teléfono. Estoy fuera de Navarra, pero podemos quedar esta tarde. Venga a mi casa y se lo contaré todo. Ya es hora de que

esta historia se acabe, nadie más debe morir.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Mendive alarmado.

—Le enviaré mi dirección —dijo Ignacio antes de colgar.

Cuando colgó, Mendive se quedó mirando el teléfono anonadado y notó cómo se le encogía el estómago. Ignacio sabía quién había quemado vivo a Juan, y lo peor de todo era que había insinuado algo más.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién era? —preguntó Gabriel, que había notado el cambio de humor en el gesto de su amigo.

—No lo sé todavía. Era Ignacio, el tipo al que detuvimos en la casa. Por lo visto quiere contarme más cosas.

—¿Sobre ese campamento? ¿Cómo se llamaba?

—Alejandría —susurró Mendive.

—Quizá estés más cerca de llegar al final de toda esa historia —le animó Gabriel.

—A ver si san Fermín te oye y me echa una mano.

—Tengo que irme pronto. Pero si quieres podemos seguir hablando de ese rancho y esas gambas.

Mendive le miró con una sonrisa y le pidió al camarero otra porra. La vida era más llevadera con amigos y buena comida, con un refugio donde esconderse cuando las cosas se ponían feas. Agradecía los momentos como aquel, los instantes sencillos que le hacían sentir que merecía la pena enfrentarse a las historias más terribles, a las revelaciones más dolorosas, que le recordaban que, a la larga, la tormenta pasaría y, de una forma u otra, acabaría llegando la paz.

32

Por la libertad

13 de julio, 17.00 h

—Siempre he pensado que la mejor forma de contar una historia es empezar por el final —dijo mi padre.

Estábamos en una cafetería de ambiente moderno, retirada del caos del centro. Él, con su aspecto de explorador de videojuego, parecía fuera de lugar entre los sofás rosas, las paredes alicatadas y la decoración minimalista.

—¿Y cuál es ese final? —pregunté yo.

Removió el capuchino, destrozando el dibujo de una espiga de trigo que había hecho el barista.

—Este —respondió escueto.

—Muy bien, entonces vayamos al principio —dije, y le di un sorbo a mi café.

Mi padre tomó aire y se atusó el pelo blanco y revuelto.

—Verás, Anne, cuando yo era joven, el país atravesaba una época muy difícil. La situación política y social era muy inestable y, tras la muerte de Franco, había mucha confusión sobre qué nos iba a traer el futuro...

—¿Esto va a ser una de tus clases de historia? —pregunté.

—Más o menos. Creo que es importante que lo comprendas todo.

Le di un bocado al bollo de canela que me había pedido y dejé que continuase hablando.

—Como te decía, vivíamos tiempos... bueno, convulsos. Era una situación que llevaba años gestándose: la represión de la dictadura, los cambios sociales, el contexto internacional... Bilbao en aquella época era un polvorín. La dictadura había castigado con fuerza al pueblo vasco y su cultura, nos habían querido quitar el euskera, la identidad. Y la juventud, como suele ocurrir, me llenó de irreverencia, furia y espíritu revolucionario. Fue en esa época fue cuando murió mi padre, que se había pasado la vida trabajando de sol a sol en los Altos Hornos para sacarnos adelante. Mi madre había muerto cuando Maite y yo éramos pequeños y, al fallecer también él, nos quedamos sin nada. Por suerte, teníamos a nuestra tía Remedios, y nos instalamos con ella en Pamplona.

—¿Y qué tiene que ver esto con mi madre y conmigo? —pregunté yo, que seguía sin saber adónde quería ir a parar.

—Eres igual de impaciente que Marga, que tu madre —me respondió medio en broma—. El caso es que, cuando Maite y yo nos instalamos aquí, nuestras vidas cambiaron radicalmente. Pasamos del *botxo*, el agujero, que era como llamaban a aquel Bilbao industrial y negro, a la vida acomodada de Pamplona. Nuestra tía se había casado bien, se había quedado viuda pronto y había heredado la fortuna de su marido. Nos acogió como si fuéramos sus hijos y me ofreció una oportunidad que nunca había imaginado.

—La de ir a la universidad —apunté.

—Eso es. Yo era buen estudiante, pero, aunque mi padre hacía todo lo posible para darnos lo mejor, la universidad no era una opción. Además, él no habría dejado que mi tía me pagara los estudios mientras él viviera, tenía mucho orgullo. Mi futuro pasaba por trabajar en alguna fábrica o aserradero, y me esperaba una vida diferente. Mucho más dura, siendo sincero. Pero Pamplona me dio una alternativa.

—Y conociste a mi madre —añadí.

—Sí. Aunque eso ocurrió algo más tarde, cuando ya llevaba unos años en la universidad.

—¿Qué fue lo que pasó realmente entre vosotros? —pregunté con cansancio—. Ni siquiera Maite quiso contármelo.

Él esbozó una media sonrisa, le había mencionado mi encuentro con su hermana cuando habíamos hablado para concertar la cita.

—Maite es muy leal, si tú no me lo hubieras dicho, jamás me habría contado que os habíais visto. La historia con tu madre empezó el año en que ella entró en la universidad, y desde el principio tuvimos muchas idas y venidas. Pero, antes de eso, quiero hablarte de un San Fermín en concreto, el de 1978.

—¿Ese año no se suspendieron las fiestas? —pregunté.

—Sí. Ya te he dicho que en Euskadi y aquí las cosas estaban jodidas. Antes de eso, en el contexto de la dictadura, había surgido una organización, cuyo objetivo inicial era en principio luchar contra la represión y por los derechos del pueblo vasco. Esa organización pasó a llamarse Euskadi ta Askatasuna.

—ETA... —musité yo.

Él asintió apesadumbrado.

—En mayo de 1978, ETA puso una bomba que mató a un agente de la Guardia Civil, Manuel López González, que tenía sólo veintitrés años. En los días siguientes, el casco viejo de la ciudad se convirtió en un campo de batalla: enfrentamientos, cargas policiales, barricadas... Y, en medio de todo ese desorden, un subteniente de la Guardia Civil, Juan Antonio Eseverri, fue asesinado a puñaladas en un

enfrentamiento, lo que hizo que el conflicto se recrudeciera aún más. Así que, para el día del Chupinazo, la situación en Pamplona era bastante complicada.

—¿Y por eso suspendieron los sanfermines?

—Eso ocurrió después. Por aquel entonces, yo tenía unos veinte años y estudiaba en la universidad. Estaba obsesionado con la revolución, devoraba libros, apoyaba el anticolonialismo y el nuevo nacionalismo, que prometía liberarnos del Estado opresor y devolverle a Euskadi su libertad y su identidad. Cuando ETA empezó a operar, en pleno franquismo, casi todos en Euskadi lo vieron con buenos ojos: luchaban contra la dictadura, por la libertad y la independencia. Y lo mismo ocurrió en la Transición, en aquellos tiempos muchos estábamos de acuerdo y justificábamos la violencia, pensábamos que era el único camino. Y durante aquel San Fermín... todo explotó.

Yo le miré con recelo. No me gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación.

—Fue la primera vez que se tiró el Chupinazo desde la primera planta del Ayuntamiento, porque en la segunda se había encerrado un grupo que pedía amnistía. Y en la corrida de toros del día 8, un grupo bajó al ruedo con una pancarta que también pedía la amnistía para los presos. Unos espectadores les gritaron, y se produjo un enfrentamiento. Entonces los agentes de la Policía Armada entraron en la plaza y aquello se volvió una batalla campal que se trasladó a las calles. Hubo decenas de heridos, algunos por arma de fuego. Y un chaval de veintisiete años, Germán Rodríguez, murió de un tiro en la cabeza.

—Joder...

—Y ahí fue cuando empezó todo para mí. —Suspiró—. Estábamos indignados ante la reacción desproporcionada de la policía. Y los meses siguientes se sucedieron las manifestaciones y enfrentamientos entre la extrema derecha, como Fuerza Nueva, y los nacionalistas radicales. Ya sabes: «Navarra no se vende» o «Navarra es Euskadi». Una brecha que ha dejado secuelas que perduran hasta el día de hoy. La policía se dedicó a detener a gente sin ton ni son, lo que hizo que sintiéramos aún más rechazo hacia la autoridad. ¿Cómo íbamos a confiar en ellos si le habían pegado un tiro a un chaval? La cosa se puso cada vez más fea. Y al año siguiente... conocí a tu madre.

Lo miré desde el otro lado de la mesa sin atreverme a hacer preguntas. Aunque dentro de mí bullían los sentimientos. Me hablaba del relato de una época que yo no había vivido, que conocía tan sólo a través de la televisión, de la literatura y de los libros de bachillerato. Un contexto que me resultaba imposible entender, que había dejado heridas que seguían abiertas, que se había saldado con más de ochocientos muertos.

—¿Qué pasó con mi madre? —pregunté con un hilo de voz, eludiendo el resto de las preguntas que se acumulaban en mi cabeza.

—Nos conocimos en la universidad; ella estudiaba Medicina, y yo, Historia. Éramos muy diferentes: si yo estaba muy implicado en el mundo político, ella iba por libre. Daba la impresión de no querer casarse con nada ni con nadie, a simple vista era una niña bien de Donosti que no había tenido una preocupación en su vida, pero pronto descubrí que era mucho más que eso. Tenía una fortaleza de la que yo, por muchas ínfulas revolucionarias que me diera, carecía.

—¿Por qué te fuiste realmente a Francia? —susurré.

Él me miró con pena, con unos ojos azules muy similares a los de mi tía. Pero, si ella era transparente, mi padre parecía envuelto en una nebulosa. Imposible de leer, lleno de contradicciones.

—Después de aquellos sanfermines, empecé a juntarme con gente... radical. Y a asistir a reuniones de asociaciones juveniles independentistas. El nombre da igual, porque muchas iban y venían, había un montón de siglas, bromeábamos con que aquello era una sopa de letras. Lo importante es que eran, bueno, éramos... la cantera de ETA —soltó.

Se quedó esperando mi respuesta, y noté que estaba nervioso, pero no me sentí capaz de decir nada.

—La verdad es que al principio la cosa no pasó de reuniones y manifestaciones —continuó—. Pero después fue escalando. Muchos estaban deseosos de ser captados por la banda, se esforzaban en conseguirlo. Y... se nos empezó a ir de las manos. Atacábamos comercios, bancos, quemábamos contenedores... Llegamos a amenazar de muerte a militares, policías y políticos. Era la *kale borroka*, la lucha callejera. Tenía un compañero, un amigo que se llamaba Gorka y que estaba muy comprometido con la causa, al que aquello se le quedaba corto. Un día fabricó un artefacto explosivo, en principio para destrozar el coche de un guardia civil, pero... lo detonó con el hombre dentro. Murió. Y entonces le ofrecieron subir en el escalafón, pasar a formar parte de algo más. Fue entonces cuando me di cuenta de dónde me había metido.

—Y te escapaste... —dije yo, que empezaba a entender por fin el trasfondo de todo aquello.

—Me asusté. Gorka prometía volver a por mí, pero yo no quería esa vida. Tuve que llegar hasta aquel punto para darme cuenta. Y me fui porque me dio miedo en lo que podría convertirme si me quedaba aquí. Me di cuenta de que para ellos no bastaba con las manifestaciones y con quemar contenedores, su guerra no era la mía. El fin no justificaba los medios, el asesinato de inocentes, el terrorismo. Me marché de aquí y no encontré el momento para regresar. La situación se fue recrudeciendo cada vez más; las víctimas

de ETA se contaban por cientos. Los GAL entraron en escena y yo, a pesar de que no era nadie, llegué a tener miedo de que vinieran a por mí. Sería muy fácil decir que fui un chaval inconsciente y que me arrepiento de todo lo que hice. Pero lo cierto es que en aquel entonces creía en lo que defendía.

—Por eso dejaste a mi madre y no quisiste volver.

Asintió.

—Nunca tuve el valor de regresar. La abandoné dos veces, cuando me fui a Francia y cuando fue a verme aquel verano tras intercambiar varias cartas. Fue un buen reencuentro, ¿sabes? Quizá habría funcionado si yo hubiera sido capaz de dejar todo atrás. Pero en España aún no se había calmado la situación y no me atreví a dar el paso. Hasta ahora no he podido mirar cara a cara a mi pasado, a todo lo que fui y lo que pude ser. A todo lo que viví en estas calles, a como la violencia marcó mi juventud. Los relatos que me llegaron después contaban una historia tan terrible, tan cruda, que no me atreví a acercarme más.

Yo miré con detenimiento la taza de café vacío, como si buscara leer el futuro en los posos. Entre mi padre y yo ya no había secretos, se había abierto en canal. Me había revelado sus recuerdos más dolorosos. La historia estaba completa y me había dejado un regusto agridulce, una sensación extraña que no era capaz de clasificar.

—Esto es lo que soy —dijo mi padre levantando las manos—. He cometido más errores que aciertos en esta vida, pero el más grande fue dejarte a ti. Haber esperado tanto tiempo para que llegara este instante. No sé si aún estamos a tiempo, pero no quiero perderte otra vez.

—Pero volverás a Francia. Tu vida está allí —señalé yo.

Él asintió.

—Estaremos cerca —aclaró.

Se le veía convencido de lo que decía, pero la realidad era que los dos sabíamos que no iba a ser fácil. Yo todavía tenía que asimilar aquel relato, hablar con mi madre, con mi abuela.

—Podemos intentarlo —accedí—. Aunque necesito tiempo y aún tengo muchas preguntas.

Me devolvió una sonrisa ilusionada y llamó a la camarera para pedirle otro trozo de tarta; al parecer compartíamos la pasión por el dulce.

—Te entiendo perfectamente, te daré el espacio y las respuestas que necesites —respondió complacido.

Intenté sonreír, pero lo cierto era que sentía cierto vértigo. Quizá mi padre se equivocaba al asegurar que era igual que mi madre, quizá me parecía más a él y me faltaba coraje, me podían las contradicciones y los miedos. Y, sobre todo, me aterraba pensar en un futuro que era

imposible adivinar.

33

Tempus fugit

13 de julio, 19.30 h

La intuición y las creencias no sirven de nada en un juicio. Los presentimientos no tienen validez legal y, al final, para Gabriel, lo más importante a la hora de resolver un caso era trabajar de forma metódica. A ningún juez ni jurado del mundo le importaría que un inspector estuviera convencido de conocer al culpable de un asesinato si no tenía cómo demostrarlo. Debían asegurar que la cadena de custodia de las pruebas no se rompiera, preparar los interrogatorios a los testigos, comprobar que el caso era sólido. En resumen: hacer un trabajo minucioso y sin fisuras.

Y, sin embargo, y a pesar de todos aquellos argumentos, en ese momento Gabriel Palacios estaba conduciendo —en ocasiones saltándose el límite de velocidad, algo inusual en él— más de cien kilómetros para acudir al funeral de Francisco Ruiz de Azúa en Oñati. Según había averiguado, esa misma tarde, iban a enterrarle en el cementerio del pueblo, en el panteón familiar donde descansaban sus padres. No obstante, lo que de verdad le interesaba no era el sepelio en sí, sino la viuda de Francisco: Ainhoa Zulueta. Podría haberla llamado por teléfono, pero sabía que la naturaleza de su conversación requería verse en persona. A distancia, era demasiado fácil mentir. Y Ainhoa había demostrado ser toda una profesional del embuste. Necesitaba llegar a ella, mirarla a los ojos, romper sus barreras. Conseguir, por fin, que escupiera toda la verdad.

Desde que Anne le había hablado de que Julia, su compañera, había descubierto que era posible que Francisco Ruiz de Azúa y Pablo Romero se conocieran, no había dejado de darle vueltas al tema. Había encontrado la famosa foto a la que se referían y la había impreso. Y tras pensarlo mucho y sin atreverse a contárselo a nadie, ni siquiera a Jone, se había puesto en marcha. Si aquello no conducía a ninguna parte, al menos no se pondría en evidencia. Ya acumulaban demasiados fracasos en la última semana.

El primer paso que había dado había sido intentar contactar con Pablo Romero. Pero él y su mujer se habían marchado de la ciudad para evitar a los medios y estaban en Jódar, en Andalucía, el pueblo

de donde era la madre de Natalia. Pese a que había conseguido hablar con Romero por teléfono, no había tenido mucho éxito. Al principio se mostró genuinamente sorprendido por la pregunta, y después, esquivo. Insistió en que no conocía al tal Francisco de nada y logró escabullirse. Y aunque, en efecto, era más sencillo mentir por teléfono, Pablo no era tan hábil como Ainhoa, y Gabriel notó en su voz que algo no iba bien. Fue una de esas sensaciones que nacen en las tripas, que te empujan de forma irremediable en una dirección, aunque no sepas muy bien por qué.

Y así había decidido jugar su última carta: Ainhoa, la mujer de hielo. Sabía que no las tenías todas consigo, pero había optado por arriesgarse. El Iniciado había movido ficha, ahora era su turno.

El pueblo de Oñati le recibió con una temperatura algo más baja que en Pamplona, donde el termómetro había sobrepasado ese día los cuarenta grados. Agradeció el ligero frescor, acrecentado por la vegetación que rodeaba el pueblo. Siguió las indicaciones del navegador para llegar al cementerio y dejó el coche en el aparcamiento, en el que ya había estacionados varios coches. Lo que le hizo pensar que quizá ya habían comenzado. El cementerio resultó ser bastante antiguo. Se acercó y contempló el pórtico de entrada. La puerta estaba franqueada por columnas y en la parte superior, a ambos lados de un escudo, se apoyaban dos querubines. Por encima de ellos se alzaba una cruz en cuya base se apreciaba una pequeña calavera sobre dos tibias cruzadas.

Una vez que hubo cruzado la puerta, no le costó localizar a la pequeña comitiva del entierro. Se encontraban no muy lejos de la entrada, en una zona que parecía la más antigua del cementerio y que estaba ocupada por tumbas de piedra grisácea, muchas ennegrecidas por el tiempo o llenas de verdín. La familia de Francisco estaba cerca de la tapia junto a un pequeño panteón estrecho y alto coronado con una cruz. El grupo no era muy numeroso, no llegaba a las quince personas. Pronto distinguió a Ainhoa al frente, junto al párroco, que estaba recitando una oración inclinado sobre su pequeña Biblia.

Permaneció a una distancia prudente y esperó con paciencia a que terminara la inhumación y a que, poco a poco, el grupúsculo se fuera disolviendo. Cuando tan sólo quedaban Ainhoa y una pareja de ancianos que charlaban con el cura, Gabriel se acercó al pequeño mausoleo.

—La acompaño en el sentimiento —dijo a modo de saludo. Ella se giró y al verle elevó las cejas ligeramente como único gesto de sorpresa.

—Gracias, inspector —respondió con su habitual tono áspero.

—No sabía que Francisco era de Oñati —comentó Gabriel, intentando ser amable.

—¿Qué hace aquí? —replicó Ainhoa, atajando cualquier intento de charla cordial.

—He venido a hablar con usted.

—Al final voy a pensar que le gusto, inspector —contestó ella con una sonrisa gélida.

—Lo que de verdad me gusta es estar atento a todo.

—Bueno, ¿y qué quiere preguntarme esta vez? Porque estoy convencida de que no viene a traerme noticias.

Gabriel se tomó su tiempo en responder y contempló la estructura del panteón que tenían delante, cuya pequeña puerta estaba abierta. Tras ellos, observó cómo el cura y la pareja de ancianos los miraban desde lejos, con recelo. Era hora de tirarse un farol.

—Verá, ya sé que la última vez insistió en que su marido no sabía nada sobre la muerte de su hijo, pero los dos sabemos que mintió —dijo con calma—. Todo está relacionado con él y con Pablo Romero, el padre de la primera víctima.

Ya estaba hecho. Todas las fichas sobre la mesa.

—No sé de qué me habla —repuso Ainhoa, manteniendo la cara de póquer.

No le sorprendió su reacción, no esperaba que se rindiera tan pronto. Metió la mano en el bolsillo y sacó la impresión de la fotografía que había encontrado Julia en el Facebook de Francisco. Tenía que subir la apuesta.

—Aquí aparecen los dos juntos cuando eran jóvenes —señaló, al tiempo que le mostraba la imagen.

Ainhoa la miró sin mucho interés.

—No lo sé, quizá se conocieron hace muchos años —comentó.

—Me gustaría saber qué es lo que tanto se empeña en ocultar, qué puede ser tan importante que compense entorpecer la investigación sobre la muerte de su propio hijo. Otra chica ha muerto, no puede seguir mintiendo.

Ella exhibió una sonrisa pérfida.

—¿Ahora va a responsabilizarme a mí de esas muertes? Es usted quien no hace bien su trabajo. No busque hacerle más daño a mi familia.

Gabriel entendió entonces que a Ainhoa no le importaba que siguiera muriendo gente, ni siquiera estaba dispuesta a ceder por esclarecer las muertes de los suyos. Ella ya sabía lo que había pasado, conocía al culpable. Y prefería callar antes que armar un escándalo, que manchar el nombre de su familia. Esa era su única preocupación. Decidió que era hora de lanzar un órdago.

—Bien, usted verá —respondió acercándose a ella—. Pero le aseguro que Pablo Romero no aguantará demasiado la presión. En cuanto me largue de aquí, conduciré sin descanso hasta Andalucía,

donde está con su mujer. Antes de que amanezca, descubriré la verdad. Y ya sabe cómo son los periodistas, se enteran de todo. ¿Y qué puedo hacer yo para impedirlo? Nada. Estoy seguro de que mañana a estas horas su nombre y el de su marido aparecerán impresos hasta en el puto panfleto más insignificante de este país —susurró muy despacio.

Ainhoa le miró con los ojos muy abiertos y un leve temblor en el labio inferior. Y Gabriel jugó la última carta.

—Así que tiene dos opciones —continuó—: contarme su versión y ganarse mi confianza o esperar a que todo salte por los aires. Haga lo que haga, el escándalo se va a destapar. Usted decide si prefiere hacerlo por las buenas o por las malas.

Ella suspiró y agachó la cabeza. Después volvió la vista hacia el panteón.

—¿Ve ese símbolo que hay en la parte superior? ¿El reloj de arena alado? —dijo de repente.

Gabriel levantó la mirada y observó el símbolo grabado en la piedra, justo sobre un pequeño rosetón en la parte frontal del edificio.

—Sí —respondió con cautela.

—Es una representación del *Tempus fugit*, el tiempo vuela..., la vida pasa fugaz. Y al final sólo quedará lo que se cuente de nosotros, lo que se recuerde cuando no seamos más que polvo en el cementerio.

—Siempre he pensado que es mejor morir con la conciencia tranquila.

—Eso es porque es usted aburrido, inspector.

Gabriel reprimió una sonrisa. *Touché*.

—Supongo que, sea como sea, se acabará enterando —continuó Ainhoa—. Verá, Francisco me lo contó todo la noche después de saber que habían... que habían matado a Aitor. Dijo que sabía lo que estaba pasando. Al principio pensé que era una crisis de ansiedad, pero después le escuché. Y todavía lamento haberlo hecho, ojalá se hubiera llevado el secreto a la tumba.

—¿Qué fue lo que le contó?

—Creía que él era responsable de la muerte de Aitor, que alguien le estaba castigando por algo que había ocurrido en el pasado. Dijo que sabía por qué el asesino firmaba así y que conoció al padre de la otra víctima. Era una venganza.

—¿Sabía quién era El Iniciado? —preguntó Gabriel esperanzado.

Sin embargo, Ainhoa negó con vehemencia.

—No. Pero dijo que... bueno, que cuando era joven estuvo involucrado con un tipo en una especie de campamento de verano. Allí trabajó como monitor con Pablo Romero, eran amigos...

—Un momento —murmuró Gabriel—. ¿Un campamento?

Sintió que toda la sangre se le acumulaba en la cabeza y recordó su

conversación con Mendive aquella mañana. El hombre quemado de Viana, los huesos del niño del jardín. No podía ser.

—¿Está segura? —repitió.

—Sí. Eso fue lo que me dijo, pensaban que iban a ayudar a unas colonias o algo así, pero la realidad resultó ser otra. Era una especie de secta con creencias apocalípticas.

—Relacionadas con el Antiguo Egipto —susurró Gabriel.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Ainhoa extrañada.

—¿Qué más le dijo? —la apremió Gabriel, que empezaba, poco a poco, a entenderlo todo.

Ainhoa apretó la mandíbula y cerró los ojos tratando de contener las lágrimas.

—Que allí pasaron cosas horribles. Murieron niños. No quise saber más. Pero me dijo que al final uno de esos tipos fue condenado por la muerte de uno de los niños y la cosa se acabó. Se arrepentía mucho de haber formado parte de aquello, insistió en que al principio no sabían lo que pasaba y luego ya era muy tarde para marcharse; les amenazaron con implicarles.

—¿Y usted le creyó?

—Francisco era un pelele. Un tipo manejable. Estoy segura de que hicieron con él lo que quisieron. No sé cuál sería la situación de los demás. Pero se impuso un pacto de silencio motivado por el miedo; nadie se atrevió a hablar de ello. No volvieron a verse. También dijo... dijo que habría más muertes.

—Aitana Robles... —musitó Gabriel.

Ainhoa se encogió de hombros.

—Francisco no me dio nombres.

—Creía que alguien se estaba vengando por aquellos crímenes —afirmó Gabriel.

—Sí. Estaba convencido de que les estaban castigando.

—Pero ¿quién?

—¿No es evidente? —respondió Ainhoa con cansancio—. Uno de los niños.

Gabriel tuvo que apoyarse un instante en una de las tumbas cercanas. Debía hablar con Mendive.

34

El ojo de Horus

13 de julio, 20.15 h

Ignacio Arjona vivía en una casa baja a las afueras de Sorauren, un pueblo que no llegaba a los doscientos habitantes y que estaba a unos quince minutos en coche del centro de Pamplona. La vivienda era una casa antigua y de aspecto desvencijado cuya fachada blanca empezaba a desconcharse. Mendive dejó el coche patrulla delante y miró la hora: de forma inusual, había llegado con unos minutos de antelación a su cita. Se bajó del vehículo nervioso; desde que había recibido la llamada de Ignacio, no había disfrutado de un segundo de paz. Había dedicado el resto del día a tratar de anticipar lo que iba a contarle, a imaginar diferentes desenlaces para aquel extraño caso. Y ahora que por fin estaba allí, a punto de descubrirlo todo, casi tenía miedo de entrar. Al final, se dijo a sí mismo que ya estaba mayor para andarse con tanta tontería y se acercó a la puerta de madera oscura con decisión. No encontró timbre alguno, así que golpeó con fuerza con los nudillos. Después del último golpe, comenzó a sonar la melodía de *Uno de enero*, la famosa canción de San Fermín. Tardó un momento en darse cuenta de que se trataba de su propio teléfono, cuyo tono de llamada había cambiado aquel mismo día mientras mataba el tiempo. Se lo sacó del bolsillo; era Gabriel.

—¿Qué quieres? Me pillas mal —contestó.

Mientras respondía, la puerta de la casa se abrió e Ignacio asomó su ojerosa cara.

—¿Dónde estás? —preguntó Gabriel.

Ignacio le miró con desconfianza desde el interior.

—De verdad, ahora no puedo hablar, estoy... en mi cita —insistió Mendive.

Oyó como Gabriel resoplaba al otro lado del teléfono, parecía alterado.

—Llámame en cuanto acabes, es muy urgente —le pidió.

—De acuerdo.

Colgó el móvil y le dedicó una sonrisa cordial a Ignacio, que seguía apoyado en el marco de la puerta. Mendive temía que le entrara miedo o pensara que había montado un operativo en su contra, por

eso mismo había acudido solo; sabía que llevar a Morales podría haber hecho que Arjona se sintiera acorralado. Era asustadizo y flaco como un gato callejero, había que dejarle muchas latas de atún para ganarse su confianza.

—Perdóname —se disculpó mientras guardaba el móvil—. Ya lo pongo en silencio, era un amigo.

Ignacio le dedicó una última mirada de recelo y finalmente se echó a un lado para dejarle pasar.

—Entre, le estaba esperando —murmuró.

Mendive comprobó que el interior de la casa no distaba mucho de lo que había podido ver fuera: muebles viejos y llenos de marcas de uso, alfombras antediluvianas y una decoración algo hortera. Sintió lástima por Ignacio, que le guio a través de un largo y estrecho pasillo con las paredes llenas de manchas de humedad, hasta una sala de estar en la que había una mesita de café adornada con un enorme jarrón de imitación china y dos sofás de flores. Tomó asiento en uno de ellos y examinó las extrañas pinturas que colgaban de las paredes de la salita: una compilación de inquietantes escenas protagonizadas por gatitos con sombrero.

—Los pintaba mi abuela —indicó Ignacio.

—Ah. Muy... diferentes —comentó Mendive—. Yo es que no entiendo mucho de arte.

—¿Quiere algo de beber? —le preguntó Ignacio, que igual que en su anterior encuentro se retorcía las manos y se pellizcaba una ceja, incapaz de permanecer inmóvil,

—No, tranquilo. Estoy bien.

Él asintió conforme y se dejó caer en una silla. Mendive prefirió no presionarle para que hablara, así que se limitó a permanecer en silencio hasta que Ignacio se decidió a empezar.

—No ha sido fácil llamarle —dijo, por fin.

—Me lo imagino. Nada de todo esto es fácil, pero has hecho lo correcto.

Ignacio se rascó con fuerza la coronilla en uno de sus tics nerviosos.

—No puedo seguir así, ¿sabe? Sin dormir. No, no me hace ningún bien llevar todo esto dentro —murmuró.

—Seguro que no. Las cosas que llevas dentro, *esa* clase de cosas, terminan por envenenarte. Y más si sabes que alguien cometió un asesinato... —insinuó Mendive.

—Todo lo que ha ocurrido es terrible. No debí dejar que pasara.

—Verás, Nacho. Puedo llamarte Nacho, no te importa, ¿verdad?

El hombre esbozó un amago de sonrisa.

—No, está bien.

—La cosa es que Juan Luis Tejada tenía pinta de ser un tipo despreciable, enterró a Luisito en el jardín y a saber qué pasó en

realidad con el pobre Ramón. Sin embargo, eso no justifica que nadie le prendiera fuego... Sé que no has sido tú. Pero, si sabes quién le mató, no puedes callarte. Sabemos que a Juan...

—Shesmu —le interrumpió Ignacio.

—¿Qué? —preguntó Mendive desconcertado.

—Yo le conocí como Shesmu. Un dios egipcio. El señor de la sangre y...

En ese momento, Mendive sintió que algo le rozaba la pierna y saltó en el sofá.

—¡Me cago en...! —exclamó.

Al bajar la vista, se percató de que se trataba de un gato naranja que, ante su sobresalto, le respondió con un «miau» grave y poco afectuoso.

—No se asuste; es Merlín, mi gato —le indicó Ignacio—. Si no le gusta, puedo llevarlo a la cocina.

Mendive se dio cuenta de que se había asustado demasiado, la historia de Ignacio y aquel maldito campamento le tenían en tensión. Preparado para cualquier cosa.

—No, no te preocupes. Mi madre da de comer a muchos gatos, es sólo que no me lo esperaba —respondió él, dedicándole una mirada de reproche al animal, que se lamía sus partes ajeno al drama provocado —. Podemos volver adonde estábamos. ¿Dices que Juan Luis Tejada se creía un dios egipcio o algo así?

—No creo que él lo pensara de verdad, sólo quería que nosotros lo creyéramos. Era el nombre con el que le conocíamos. Nunca supimos su nombre real —explicó.

—Pero ¿qué coño pasaba en ese campamento del diablo? ¿Por qué toda esa obsesión con Egipto? —preguntó Mendive, que cada vez entendía menos lo que había ocurrido.

Ignacio se removió en la silla, se metió las manos entre los muslos y clavó la mirada en la pared. Y Mendive tuvo la convicción de que se encontraba en un viaje astral, de que de alguna forma, con alguno de aquellos mecanismos del cerebro humano que aún no se conocían, había conseguido transportarse en el tiempo, volver a aquel espeluznante lugar que llamaban Alejandría.

—Hicimos un juramento —explicó sin apartar la vista de la desgastada pared de cal blanca—. Nos prometieron que sólo ellos podrían salvarnos del fin del mundo, ¿sabe? No podíamos contar nada, era nuestro secreto. A cambio, los dioses egipcios nos salvarían.

—¿El fin del mundo? Joder... ¿Era una secta? ¿Es eso?

—Sí —respondió Ignacio, que regresó de su viaje y posó los ojos, con expresión desesperada, en los de Mendive—. Pensé que todo esto formaba parte del pasado... pero nunca se acaba. Regresa una y otra vez, como un bucle del que no puedo salir jamás. Se reproduce en los

sueños como una película vieja; lo veo ante mis ojos cuando conduzco, cuando como, cuando me ducho. He cometido muchos errores.

—Estás a tiempo de arreglarlo, todo tiene solución —le animó Mendive—. Cuéntame qué pasó con Ju... con Shesmu.

—¿Conoce la historia de Seth y Horus?

—Me temo que no. Aunque me suena algo de un ojo...

—El ojo de Horus. Se consideraba un amuleto. Horus luchó en múltiples ocasiones contra su tío Seth, intentando vengar a su padre, Osiris. En una de ellas, perdió el ojo izquierdo, pero los dioses le dieron uno nuevo, uno mágico —relató Ignacio—. Esa es la esencia de todo: la venganza. Aunque al final... nadie gana.

—Alguien quería que Shesmu pagara por las muertes de Luisito y de Ramón, ¿no es cierto? —apuntó Mendive.

—¡Ah! Y por todo lo demás.

—¿Quién lo hizo, Ignacio? ¿Quién acabó con la vida de Shesmu? —preguntó Mendive, intentando conservar la calma.

Podría llevárselo detenido en aquel mismo momento si se negaba a hablar, pero sabía que era mejor no llegar a ese punto aún.

—No debería hacer esto. Pero no está bien, la venganza no lleva a ningún sitio. Ojo por ojo, y la serpiente gigantesca... —murmuró Ignacio.

Mendive se levantó del sofá y se acercó a él, que había empezado a pronunciar frases inconexas, casi como si estuviera en una especie de trance.

—¡Ignacio! —exclamó Mendive al tiempo que lo agarraba por los hombros.

—Éramos iniciados —dijo entonces él.

—¿Qué? ¿Quiénes?

—Nosotros, los niños. Nos llamaban así: «los iniciados».

Mendive le soltó los hombros como si su piel se hubiera convertido de pronto en lava incandescente. Los iniciados. El Iniciado. Los asesinatos de San Fermín. Sintió que le faltaba el aire ante la revelación. Lo habían tenido delante. Se había reído de ellos todo aquel tiempo. Pero ¿por qué matar a aquellos chavales?

—¿Quién es? —le preguntó a Ignacio, perdiendo los nervios.

Pero él se tapó las orejas con las manos igual que un niño pequeño, como si de repente tuviera diez años y hubiera regresado a Alejandría.

—Se acabó —sentenció Mendive—. Nos vamos a comisaría.

Intentó levantarle del brazo, pero no consiguió moverle ni un centímetro.

—Vamos, ¡nos vamos de aquí! —le dijo, alzando la voz.

Pero él no le hizo caso.

Mendive respiró tratando de calmarse y se sacó el móvil del bolsillo.

—Si quieres que lo hagamos por las malas, así será.

En ese momento, Ignacio abrió los ojos castaños desmesuradamente, y Mendive pensó que sus palabras habían surtido efecto. Sin embargo, enseguida advirtió que no le miraba a él, sino a su espalda. Oyó un ruido, apenas un roce leve contra la alfombra, pero no llegó a volverse, porque un objeto duro impactó contra su cabeza y se hizo añicos al contacto. Mientras caía al suelo, contempló cómo volaban los fragmentos del jarrón que hasta hacía unos minutos decoraba la mesita de la sala. Se quedó allí, aturdido, incapaz de moverse, como si entre el mundo y él existiera un muro de metacrilato.

—¡No! —oyó que gritaba Ignacio.

Lo siguiente que notó fue como alguien le hurgaba en el cinturón. Intentó defenderse, pero la cabeza le daba demasiadas vueltas, y como consecuencia recibió otra patada en la cara. La sangre comenzó a manarle de la nariz y se convenció de que la tenía rota. Se dio la vuelta en el suelo y observó el rostro de su agresor, que sujetaba su propia arma en la mano. «Hijo de puta», quiso decirle. Pero no le salieron las palabras. Sabía lo que iba a pasar. Lo supo con una certeza tan profunda que ni siquiera sintió miedo. No habría ángeles, ni la mano piadosa de ningún santo que le tomara entre los brazos para librarle de su destino. A la hora de la verdad, no había luces blancas y, ante la muerte, los hombres se quedaban solos. Aunque permanecía la fe, lo único a lo que agarrarse cuando lo material dejaba de carecer de sentido para siempre. Le pidió a Dios que fuera rápido. Y, de una forma absurda, no pudo evitar pensar en el sabor del rancho de cordero, en el camisón de flores de su madre, en los vagos recuerdos de su padre en la panadería, en un día en el que fue a la playa de La Concha cuando era pequeño. En una pesadilla que tuvo un día que durmió en casa de su abuela, en el primer beso que le dio a Leticia en las fiestas de Estella, en el olor de las flores que se abrían por la noche en verano. Joder, qué bonito había sido vivir.

Ignacio se acercó y se agachó junto a él.

—Lo siento —susurró.

Su rostro fue lo último que vio antes de que sonara el disparo.

El chico permanecía despierto en la cama, con una pequeña linterna y un cómic bajo la sábana, cuando escuchó el grito. Se quedó en silencio unos segundos, paralizado, sin atreverse a abandonar la seguridad que sentía que le daba la fina tela de algodón. No era la primera vez que un grito rompía la noche. Y, sin embargo, aquella vez parecía diferente. Se escabulló de la cama lentamente y guardó muy bien la linterna y el cómic bajo la almohada: eran sus posesiones más preciadas.

Después, se agachó y avanzó a gatas hasta la puerta del dormitorio, que estaba entreabierta, y, con sumo cuidado, se asomó. Vio el tramo de escaleras que descendían a la planta de abajo del piso. Junto a ellas, de pie, estaba Shesmu, desprovisto de su habitual túnica ceremonial. La enorme barriga al aire, los ojos desorbitados. En el suelo, tendido en un charco de sangre, estaba Luisito.

Se tapó la boca con las manos y volvió a esconderse en la cama. Escuchó voces, a Shesmu hablando con Seth. Gritos. Enfado. Y después silencio. Pero el miedo por lo que había visto era tal que no conseguía dormir. Había pasado más de una hora cuando escuchó los ruidos en el jardín y acudió a la ventana. No le hizo falta mucho para entender lo que estaban haciendo: estaban cavando una tumba.

En la oscuridad, vio que algunos de sus compañeros también estaban despiertos. Pero nadie se movió, nadie dijo nada. Ninguno quería ser el siguiente.

35

La nada

14 de julio, 00.15 h

Lo primero en lo que se fijó Gabriel cuando llegó a la desvencijada casa de Sorauren fue en que el coche de Mendive seguía aparcado en la puerta. Miró a Eraso, que iba en el asiento del acompañante y sin decir nada bajó del 4×4. Tras su breve conversación con Mendive, había esperado con impaciencia que este le llamara. Pero, cuando llegó a Pamplona del entierro, todavía no tenía noticias. Lo dejó estar y pensó que la entrevista se estaba alargando. Sin embargo, cuando pasaron más de dos horas sin noticias de él, decidió volver a llamarle. No obtuvo respuesta. Continuó insistiendo durante casi otra hora hasta que perdió la paciencia, avisó a Jone y a Eraso, y les reunió en la comisaría. Una vez allí, les informó de lo que le había contado Ainhoa y de la relación con el caso de Mendive, quien había acudido a una cita con un informante y no respondía a las llamadas ni a la radio. La última noticia que tenían de él era que había acudido a una reunión con Ignacio Arjona, no se sabía dónde. Por suerte, su móvil continuaba encendido y pudieron triangular la señal: la localización era compatible con el pequeño pueblo de Sorauren. No les llevó demasiado averiguar que el domicilio de Ignacio Arjona estaba allí. Gabriel, Jone y Eraso salieron en su busca.

—¿Ese es su coche? —preguntó Jone, que acababa de llegar en su vehículo.

Gabriel asintió mientras, sin mediar palabra, se acercaba a la puerta de la casa. No se sentía capaz de hablar. Temía verbalizar todos aquellos pensamientos que, fugaces como destellos, aparecían en su cabeza, que se le clavaban como espinas, imposibles de ignorar. Cuando llegó a la puerta de madera, golpeó con fuerza con los nudillos. A su espalda, Jone y Eraso sacaron las armas, y las empuñaron con las dos manos y el cañón apuntando al suelo. Gabriel llamó una vez más. Nada. A la tercera les hizo un gesto a sus compañeros para que se apartaran y propinó una patada a la vieja puerta; no hizo falta más para que cediera.

—Detrás de mí —les indicó mientras se sacaba el arma del cinturón.

Con cuidado, cruzó el umbral de la puerta y tanteó la pared hasta

encontrar un interruptor, que iluminó un pasillo estrecho y con las paredes llenas de humedades. A ambos lados se abrían estancias e indicó mediante señas a Jone y a Eraso que cada uno entrara en una de las habitaciones. Él siguió caminando hasta el final del pasillo y llegó a una pequeña sala que parecía un trastero. Encendió la luz temeroso de lo que pudiera encontrar. Sin embargo, no había nada. Estuvo a punto de respirar aliviado, pero entonces oyó la voz de Jone desde el otro extremo del pasillo.

—Gabriel...

Guardó el arma y retrocedió. No había sido un grito de peligro, sino apenas un susurro. Una llamada pronunciada con voz temblorosa. Su compañera estaba frente a la puerta de una las habitaciones, con los brazos apoyados en el marco y el cuerpo ejerciendo de barrera humana. No necesitó más que mirarla a los ojos para saber lo que había detrás. Cogió aire y sintió que le quemaban los pulmones, un desgarro tan fuerte que casi tuvo que pararse en mitad del pasillo. Una brecha que se abría dentro de él y se extendía al resto del mundo, como un abismo insondable.

—Déjame pasar —le susurró a Jone.

Eraso apareció detrás de él y miró con dudas a su compañera.

—Creo que es mejor que no... —respondió Jone.

—Necesito verlo —suplicó.

Finalmente, Jone se echó hacia un lado y salió al pasillo. Gabriel entró en la sala muy despacio. Lo primero que vio fue la sangre que manchaba la alfombra antigua de estampados en tonos ocres. Lo siguiente, el cuerpo de Mendive tendido en el suelo. El impacto fue tan fuerte que sintió la tentación de agarrarse a algo, de anclarse de alguna forma en el mundo material. Su excompañero yacía boca arriba en un charco de sangre, con los ojos abiertos, y las piernas y los brazos desmadejados. Le habían disparado en la frente. Gabriel fue incapaz de gritar, de llorar, ni siquiera de acercarse más. Se descubrió a sí mismo luchando por controlar aquel vacío que le engullía desde el interior, procurando que no se desbordara, e intentando comportarse como si aquella fuera una escena más. Como si no fuera su amigo el que estaba allí, inerte. Como si esa misma mañana no le hubiera invitado a comer a su casa. Tragó saliva y, al pasarse la mano por la frente, comprobó que estaba frío y empapado en sudor. Perdió la noción del tiempo que permaneció allí, estático, en medio de la estancia.

—¿Estás bien? —preguntó Jone tras él—. Eraso ha dado el aviso a Bernal.

Gabriel seguía con los ojos fijos en el cuerpo de su excompañero, en un estado de mutismo que no se veía capaz de revertir. Dentro de él, el vacío continuaba creciendo y casi deseaba liberarlo, dejar que

saliera como un torrente, que borrara todo a su paso sin dejar ni rastro, como si se tratara de «la nada» de *La historia interminable*. Cogió aire un par de veces y, por fin, se sintió con fuerzas para comunicarse.

—No tiene la pistola —le indicó a Jone, señalando el cuerpo de Mendive.

Ella le miró con los ojos llorosos, desconcertada por la observación.

—Será mejor que salgamos de aquí —dijo al tiempo que le cogía con cuidado del brazo.

Gabriel despegó por fin los ojos de aquella escena grotesca —que mantendría en la memoria para siempre— y siguió a Jone hasta el exterior de la casa. Las temperaturas no paraban de subir y el calor era asfixiante incluso a aquella hora. Se apoyó contra la pared y miró los rostros serios de Jone y Eraso, que le examinaban con cautela.

—Hay que hablar con Bernal —susurró.

—Quizá necesitas un momento de descanso... —sugirió Eraso.

—Necesitamos una orden de busca y captura contra Ignacio Arjona. Tenemos que dar el aviso a la Policía Nacional, a la Guardia Civil, la Ertzaintza y Europol. Puede que intente cruzar a Francia —continuó Gabriel ignorando la sugerencia de su compañero.

—Es él, ¿verdad? —preguntó Jone, que iba de un lado a otro incapaz de parar quieta.

Gabriel se limitó a asentir con la cabeza. Unos minutos más tarde, apareció el coche del juez Bernal, seguido muy de cerca por la inspectora Olarra, Julián Lasarte y un par de coches patrulla. Bernal se apeó y se acercó a la casa casi corriendo.

—¿Qué coño ha pasado? —preguntó.

—El subinspector Javier Mendive ha fallecido —susurró Gabriel, que sintió como el dolor del pecho cobraba intensidad al pronunciarlo en voz alta. El poder de las palabras.

—O sea, que es cierto... —murmuró Bernal

—Tenemos motivos para pensar que el autor del crimen es Ignacio Arjona, de treinta y seis años. También podría ser el responsable de las muertes de San Fermín y del asesinato en Viana de Juan Luis Tejada —continuó Gabriel.

—Espera un momento, Palacios —respondió el juez—. ¿Me estás diciendo que el asesino de Mendive es El Iniciado?

—Eso me temo, Ainhoa Zulueta me ha confirmado que Francisco Ruiz de Azúa y Pablo Romero, los padres de dos de las víctimas, se conocían. Al parecer de jóvenes eran amigos y trabajaron como monitores en una especie de campamento. Sin embargo, ese campamento era en realidad una secta encubierta, y aunque Ainhoa no sabe exactamente qué ocurría, su marido le dijo que murieron niños.

—Dios santo... ¿Qué tiene que ver todo eso con Mendive? —preguntó Bernal.

—Creo que está relacionado con el caso que él investigaba. Esta mañana me contó que había descubierto que Juan Luis Tejada, el hombre al que quemaron en Viana, estuvo en la cárcel por homicidio imprudente después de que un niño muriera en un extraño campamento en el que trabajaba.

—¿Y ese tal Ignacio Arjona? ¿Quién coño es?

—Ignacio Arjona era una parte fundamental de esa investigación. Fue uno de los niños del campamento e identificó a quién pertenecían los huesos del jardín de Bargota. Mendive se había reunido con él porque le prometió información sobre el asesinato de Juan Luis Tejada —resumió Gabriel—. Ainhoa me dijo que Francisco creía que uno de los niños de ese campamento estaba buscando venganza por lo que pasó allí. Arjona tiene que ser nuestro hombre, tiene que ser El Iniciado. Y estoy convencido de que también es el responsable de la muerte de Tejada.

—Bien. Entonces ¿suponemos que los padres de las víctimas de San Fermín estaban relacionados con ese campamento del infierno? ¿No es cierto? —repitió el juez.

—Quizá El Iniciado quiere que paguen por los pecados de sus padres —añadió Jone.

—¿Y qué hay del padre de Aitana Robles? —continuó el juez extrañado—. No hemos recibido ninguna fotografía ni has mencionado que esté vinculado con el campamento. ¿Podemos tener a un imitador?

—Lo cierto es que no lo sé; el perfil de su familia no encaja con los otros dos casos. Su madre dijo que fue fruto de una aventura en Argentina cuando era joven. Aitana llevaba el apellido materno, de hecho —reconoció Gabriel.

—Tiene un tío —intervino Jone—. Era hija de madre soltera, pero mencionó que su hermano era como un padre para Aitana. Y por la edad... creo que podría cuadrar.

Bernal apretó los labios decidido.

—Bien, entonces el tío tendrá que responder a unas cuantas preguntas —sentenció.

—¿Qué hay de Ignacio Arjona? —preguntó Eraso.

—Quiero la fotografía de ese hijo de puta hasta en los cartones de leche. ¿Sabemos qué coche tiene? —continuó Bernal.

—Aquí no hay ninguno, sólo un camión, pero llamo a comisaría para que investiguen en los registros —respondió Jone.

—Han pasado horas desde que Palacios habló con Mendive; el tipo podría estar ya en Francia —lamentó Eraso.

—No debí dejarle venir solo... —musitó Gabriel.

—No te fustigues, Palacios. Nadie podía saberlo. Vamos a centrarnos en lo que podemos controlar, como poner vigilancia en la frontera.

Gabriel contempló sorprendido cómo el juez se hacía con el control de la situación. Estaba claro que la muerte de Mendive había supuesto un baño de realidad para todos. Era una forma cruel de recordar que no se podía dar nada por sentado. Que todo pasaba demasiado rápido. Pensó en el panteón de la familia Ruiz de Azúa, en aquel reloj con alas del que había hablado Ainhoa. *Tempus fugit*.

—Le vamos a coger —aseguró el juez muy convencido.

Mientras Bernal daba órdenes a diestro y siniestro, y Olarra y su equipo entraban en la casa, Gabriel se fijó en Julián Lasarte, que les observaba en silencio, atento a la conversación pero sin atreverse a intervenir.

—Lo siento mucho, Mendive parecía un buen tipo —se lamentó cuando vio que Gabriel le miraba.

—Gracias, Lasarte. Siento que te toque encargarte de esto.

El forense se encogió de hombros.

—No es fácil para nadie. —Suspiró—. Por cierto, ¿habéis encontrado al gato? —dijo de repente.

Gabriel le miró, intentando comprender a qué se refería.

—¿Qué gato?

Lasarte señaló el suelo tras Gabriel, cerca de la puerta, donde se observaban unas pequeñas huellas rojizas. Tuvo que reconocer que Lasarte tenía una capacidad de observación increíble, él ni siquiera se había dado cuenta de aquello dentro de la casa.

—No le hemos visto —reconoció—. Puede que se escapara por alguna ventana.

—Es una pena, me gustan los gatos —comentó el forense con una media sonrisa, colocándose las gafas.

La mención de los felinos trajo a la mente de Gabriel una imagen. La madre de Mendive, Encarnación. Con sus vestidos de flores y la pequeña comunidad de gatos a la que alimentaba. Todavía no sabía nada. Debía ser él quien fuera a verla. Se lo debía a su amigo. Igual que le debía atrapar a El Iniciado. El círculo se había estrechado demasiado, no podría esconderse mucho tiempo más.

36

Buscando un bar

14 de julio, 18.00 h

Me levanté con un dolor de cabeza que se empeñaba en recordarme que, a medida que pasaban los años, las noches de fiesta me pesaban cada vez más. Daba igual que apenas hubiera bebido, el simple hecho de trasnochar tanto me ponía el cuerpo del revés. Después de la reunión con mi padre, Paloma me animó a salir con ella y con Abel y Sofía —con quienes se había reconciliado por fin— y, como no tenía noticias de Gabriel y la tensión de los últimos días empezaba a resultar insoportable, acepté. Necesitaba un poco de diversión, o eso pensé antes de salir, claro.

Lo mejor de la noche fue el bocadillo de calamares bravos que cenamos en La Mejillonera, porque el resto del tiempo nos lo pasamos de un lugar a otro buscando a amigos de Paloma, de Abel o de Sofía. Andamos tanto que al final de la velada estuve tentada de pedir que nos dieran la Compostela. En medio de aquella caminata, Paloma se resbaló en un charco —cuyo contenido era mayoritariamente orina—, nos tiraron dos *kalimotxos* encima, estuvimos a punto de morir aplastadas al paso de una peña y su charanga, que arrastraba a ríos de gente, y Abel casi se pega con un francés que había bebido más de la cuenta.

Estuvimos en cuatro bares: en el primero no se podía respirar por el calor; en el segundo me encontré a dos compañeros de instituto; en el tercero olía a vómito, y en el cuarto no nos gustó la música. En algún punto indeterminado de la noche, nos separamos de Abel y Sofía, y nos quedamos con un grupo de amigos de la universidad de Paloma.

Acabamos en otro local, donde, de repente, cuando sonó el estribillo de una canción un pequeño grupo de chavales, que andaría por los veinte años, comenzó a corear: «ETA, ETA, ETA, ETA». Me costaba entender cómo unos muchachos que probablemente no conocían de la banda terrorista más que el nombre, gritaban aquello en mitad de un bar con total impunidad. Lo que, por otra parte, me hacía plantearme las revelaciones de mi padre y su papel en todo aquello. Había decidido darle una segunda oportunidad, pero aun así me aterraba aquel pasado convulso y, sobre todo, me asustaban los gritos de los

chavales. Me parecía terrorífico que se banalizara de esa forma un tema tan terrible, que se echara sal en heridas que continuaban abiertas.

Un compañero de Paloma hizo ademán de llamarle la atención a uno de los chicos, pero, por suerte, Paloma, en un alarde de cordura poco habitual en ella, se lo impidió. De ahí nos trasladamos a otro antro en el que un tipo me abordó en el baño pidiéndome cocaína. Episodio tras el cual, por fin logré arrastrar a Paloma hasta la calle a por un trozo de pizza, y finalmente a mi casa.

Cuando llegamos, sobre las seis de la madrugada, para mi sorpresa, me encontré a Gabriel sentado en el sofá. No habíamos hablado en todo el día, yo le había mandado un mensaje después del encuentro con mi padre, pero no había contestado. Como era algo habitual en él, no me había preocupado. Sin embargo, me bastó mirarle un segundo para saber que algo terrible había pasado. Mientras nosotras peregrinábamos por el centro de la ciudad —la mayor parte de la noche sin tener cobertura—, Gabriel estaba enfrentándose a uno de las peores momentos de su vida. Me dio la noticia casi sin parpadear, con la mirada perdida, los músculos tensos, como si todo su organismo estuviera haciendo un esfuerzo desmesurado para mantenerse compacto, para evitar romperse en mil pedazos. Llevaba puesta una coraza debajo de la piel, una que no pensaba quitarse hasta que hubiera resuelto todo aquello. Hasta Dalí parecía consciente de la situación y, con el rabo entre las patas, se acercaba a él y le apoyaba la cabeza en la pierna o le lamía la mano. Yo intenté que me diera más información sobre lo que había ocurrido con Mendive, pero tan sólo logré sacarle un par de frases que me dejaron más confusa de lo que ya estaba.

—Las cosas se han complicado más de lo que pensábamos —dijo con la mirada perdida—. Ha sido El Iniciado, Anne. Él ha matado a Mendive. Todo tiene que ver con él...

No quiso comer nada, tampoco dormir, como si hubiera renegado de las necesidades fisiológicas básicas, convertido en un autómata. Se limitó a tomarse un café doble y darse una ducha; luego, se marchó de nuevo. No conseguí arrancarle la promesa de que me llamaría.

Después de eso, Paloma y yo fuimos incapaces de dormir. Yo porque me sentía impotente e inútil, y ella porque estaba preocupada por nosotros. Nos metimos juntas en la cama y nos quedamos en silencio, mirando el techo. Permanecimos despiertas hasta media mañana. Yo no dejaba de pensar en el rostro rechoncho y agradable de Mendive, en sus bromas constantes, en cómo le adoraba Dalí, porque siempre le daba comida. No me hacía a la idea de que nunca volveríamos a verle. Y, sobre todo, no podía olvidar las palabras de Gabriel. ¿Por qué habría matado El Iniciado a Mendive? Y ¿a qué se refería cuando

decía que todo tenía que ver con él? Estaba confusa y no soportaba lo que aquello significaba para Gabriel. Sabía que, bajo aquella aparente indiferencia, estaba ardiendo por dentro. Al límite, caminando por el borde de un barranco. Y tenía miedo de que en cualquier momento tropezara y se precipitara al vacío.

Tras dormir poco más de cuatro horas, me levanté y le llamé varias veces sin obtener respuesta. Tenía la sensación de que no había sido capaz de consolarle. Como llevaba trabajando sin descanso siete días seguidos, me había tomado la libertad de informar a Manuel de que me tomaba el día libre. Para mi sorpresa, no hubo reproches. Cuando encendí la tele mientras Paloma y yo comíamos algo, entendí por qué: habrían estado muy ocupados. El telediario dio la información que Gabriel no me había desvelado: habían cursado una orden de búsqueda y captura para un tal Ignacio Arjona, sospechoso de cinco asesinatos y quien podría esconderse tras el alias de El Iniciado. Además de los crímenes de San Fermín, mencionaron a un agente de la Policía Foral, que sólo podía ser Mendive, y, para mi sorpresa, al hombre quemado en Viana, al que se refirieron por primera vez por su nombre: Juan Luis Tejada. Comprendí, tras ver la noticias, a qué se refería Gabriel cuando me dijo que todo tenía que ver con El Iniciado.

Estaba tan inquieta en casa que decidí irme a la redacción e intentar enterarme de qué estaba pasando, el periódico solía ser un imán de exclusivas. Seguía sin comprender qué tendrían que ver aquel tal Juan Luis Tejada y los huesos de su jardín con todo aquello ni quién diablos era aquel Ignacio Arjona.

Cuando salí del apartamento, la ola de calor me recordó que no era buena idea ir a ningún sitio a aquellas horas de la tarde. Caminé unos minutos y, al ir a cruzar el paseo de Pablo Sarasate, me pareció distinguir una cabeza familiar junto a las tómbolas de Cáritas. Pelo blanco peinado con moldeador, gafas de pasta de Prada, uñas al estilo de una diva del pop: no había duda, era mi abuela.

Me acerqué por detrás con sigilo y me la encontré con un vaso de plástico lleno de vino blanco y una caja de barquillos en la mano.

—¡Hombre! Anne, *maitia* —me saludó—. ¿Adónde vas a estas horas?

—A la redacción.

—¿Esta es tu nieta, Leonor?

—¡Ay, madre! ¡Qué mayor!

—El novio era el policía, ¿no?

Las amigas de mi abuela se revolucionaron con mi presencia y durante los siguientes minutos me hicieron tantas preguntas que no acababa de contestar a una cuando otra me interrumpía.

—¡Que me la vais a agobiar! —se impuso mi abuela al final.

—Me alegro de verte, abuela, tengo cosas que contarte —le dije en

voz baja.

—No sé si quiero saberlas. Pero nos vemos mañana antes de que vuelva a Donosti. Y pensamos en cómo se lo contamos a tu madre...

—Eso ya lo veremos cuando vuelva. Por cierto, ¿qué le pasa a Marisa? No sabía que llevaba bastón —comenté señalando a una de sus amigas.

—¡Anda! ¡Qué le va a pasar a esta! Nada, un bastón de senderismo que nos ha tocado en la tómbola, igual que los barquillos —me contestó mi abuela muerta de risa.

—Ay, hija, es que nos ha tocado y no sabíamos qué hacer con él —intervino la susodicha.

—¿No querrás una tostadora? —me ofreció otra de las chicas de oro.

Después de declinar la oferta, me fui al periódico un poco más animada por aquel encuentro fortuito. Mi abuela era siempre un soplo de aire fresco; me fascinaba su irreverencia, la forma en la que disfrutaba la vida. Al entrar en la oficina, comprobé con decepción que parecía desierta. Supuse que con aquel calor todos habrían decidido cumplir a rajatabla la jornada intensiva y estarían teletrabajando aquel último día de fiestas. San Fermín apuraba sus últimas horas antes de que, a las doce de la noche, los pamplonicas se quitaran el pañuelo del cuello y entonaran, entristecidos, el *Pobre de mí* en la plaza del Ayuntamiento.

Le mandé un mensaje a Julia para preguntarle si sabía algo nuevo. Me respondió en unos segundos:

> Nada, sigo sin saber si mi teoría sobre Francisco y Pablo era acertada, el tal Víctor Belarra nunca me contestó al mensaje. Aunque ahora ya da igual. ¿Has visto las noticias? Parece que han pillado a El Iniciado, aunque no han contado cómo lo saben. Tu novio no te habrá dicho nada, ¿verdad?

Le contesté que yo tenía la misma idea que los demás y me senté en mi escritorio dispuesta a sacar el portátil. Me fijé en que en el sitio contiguo, que seguía vacío, habían vuelto a dejar paquetes. Y recordé que nunca habíamos recibido ninguna fotografía de la tercera víctima. Quizá El Iniciado hubiera abandonado su vocación artística. Por pura curiosidad, examiné los paquetes, pero no vi nada sospechoso. Para evitar que estuvieran en medio, los fui repartiendo por las mesas de los destinatarios.

El último iba dirigido a Fernando, así que me acerqué a su despacho para dejárselo. Abrí la puerta de metacrilato y me dispuse a depositarlo sobre la mesa, que estaba llena de papeles. Cuando estaba a punto de dejarlo, algo me llamó la atención. Entre los documentos me pareció entrever la parte posterior de una fotografía Polaroid.

«No puede ser», me dije a mí misma. Con el pulso acelerado, acerqué la mano y retiré los folios que la cubrían en parte. No me había equivocado. Era una Polaroid. Y, con letra mayúscula, en la franja blanca se podía leer «El Iniciado». Contuve un grito y, olvidándome de las huellas dactilares, cogí la fotografía y le di la vuelta. En ella se veía el cuerpo de una chica tendida entre unos matorrales. Era Aitana Robles.

Estaba tan absorta contemplando la imagen que cuando mi móvil empezó a sonar en mi sitio pegué un bote. Fui corriendo —sin soltar la Polaroid— hasta donde lo había dejado y respondí. Era Paloma.

—Anne, estoy en casa de Abel —me dijo muy alterada.

—¿Y qué pasa?

—No están aquí.

—¿Abel y Sofía? Bueno, son ya las siete de la tarde, habrán salido —respondí yo.

—Los dos tienen el teléfono apagado —insistió.

—Ya sabes que en el centro hay mala cobertura.

—Anne... ¿Y si anoche no volvieron? —me preguntó con un hilo de voz.

Yo negué con la cabeza aunque ella no pudiera verme.

—No, no digas tonterías —le reproché—. Quédate en casa y verás como en un rato aparecen. Ahora no puedo hablar. Llámame cuando sepas algo.

—Muy bien, pero que sepas que no estoy tranquila —se despidió Paloma.

Dejé el teléfono encima del escritorio y contemplé la fotografía que aún tenía en la mano. Desde luego, yo tampoco lo estaba.

37

The stars were bright, Fernando

14 de julio, 19.30 h

Después de colgar con Paloma, quise hacer —por una vez— las cosas bien. Saqué unas fotos de la Polaroid con el móvil y llamé a Gabriel. Sin embargo, su teléfono no daba señal. Aun así, para asegurarme le mandé las imágenes con un mensaje pidiéndole que viniera lo antes posible. Luego me guardé la foto y decidí que me largaría de la redacción, no tenía ganas de permanecer ni un minuto más allí. Pero cuando estaba a punto de marcharme, recordé el paquete que había dejado en la mesa de Fernando y, sin poder resistirme, volví a entrar en el despacho. Una sonriente Sofía me miraba desde una fotografía familiar. Esperé que las preocupaciones de Paloma fueran infundadas y que tanto ella como Abel estuvieran bien. Rápidamente, cogí el paquete y me fijé en que tenía remitente, lo que me tranquilizó un poco, aunque podría ser falso. Cogí unas tijeras de un bote lleno de rotuladores y bolígrafos, y me di cuenta de que me temblaban las manos. No es que soliera tener un pulso de neurocirujana, pero hurgar entre las cosas de Fernando me había disparado la adrenalina. Respiré hondo tres veces y, sin pensarlo más, abrí el paquetito de cartón.

Dentro me encontré con un sobre de cápsulas de café desechables y sentí como el cuerpo se me destensaba de golpe. Pero la sensación de alivio no duró mucho porque, al girarme, vi que en la puerta del despacho, inmóvil como una esfinge, estaba Fernando Barrena.

—Anne Aribe. Si el sueldo no te llega para café, dímelo —dijo con sorna.

—Yo... lo siento. Pensé que podría ser otra cosa —me excusé.

Recé porque no se diera cuenta de que había encontrado la fotografía de Aitana Robles, pero no sirvió de nada. Fernando se acercó y, con gesto tranquilo, rebuscó entre los papeles de su mesa.

—Veo que has cogido algo más —siseó.

—No te acerques —le advertí con una voz mucho menos firme de lo que me hubiera gustado.

Aún no tenía claro cuál era su papel en todo aquello, pero el hecho de que tuviera la fotografía de Aitana Robles y no hubiera dicho nada a nadie no me resultaba muy tranquilizador.

—Tranquila, Anne. No voy a hacerte nada —dijo levantando las palmas de las manos—. Sólo había venido a coger una cosa.

Me retiré a un rincón, mientras él se acercaba al escritorio y con una llave abría uno de los cajones. Ante mi mirada atónita, sacó una pistola y se la guardó en el cinturón. Después, con gesto casual, se sentó sobre la mesa.

—Ese chaval que está saliendo con mi hija Sofía es amigo tuyo, ¿verdad? —preguntó de repente.

—¿Abel?

—Sí. ¿Sabes? Ya que te gustan tanto las fotografías, deberías ver esta que me ha llegado hace un rato a casa —comentó mientras se metía la mano en el bolsillo y me tendía lo que parecía otra Polaroid.

Yo permanecí inmóvil.

—Venga, cógela. No muerde —insistió.

Con mucho cuidado, alargué la mano y cogí la foto temiendo lo peor. Y acerté. Esta vez, la imagen mostraba a dos personas: Abel y Sofía. Por suerte, parecían estar vivos, atados y amordazados, pero vivos. Se hallaban sentados en el rincón de una habitación, ella con la cabeza sobre el hombro de él, que miraba desafiante a la cámara. En el reverso, a la habitual firma de El Iniciado se le había sumado un mensaje que parecía dirigido a Fernando:

Reúnete conmigo en el origen de Alejandría
si quieres ver a tu hija.

—Tiene a Abel y a Sofía... —musité.

Él asintió despacio.

—Este loco de los cojones no sabe con quién se ha metido —dijo desafiante.

—¿Por qué tenías la fotografía de Aitana Robles? —pregunté con cautela.

—Pregúntaselo a ese tipo, me la encontré ayer en mi casa. Pero, teniendo en cuenta que tú, tu amiga Julia y tu novio el foral habéis estado tocando tanto los cojones, seguro que sabes algo más —me espetó acercándose mucho a mí.

No sé por qué me sorprendió que supiera lo de Gabriel. Había sido muy ingenua pensando que se lo podía ocultar.

—¡No sé nada! —me defendí.

Le debía a mi pacto con Gabriel y a su rigor profesional estar metida en semejante situación sin saber qué coño era Alejandría ni qué tenía que ver Fernando en todo aquello. Él me miró tratando de evaluar si mentía o no.

—Bien, en ese caso será mejor que te lo cuente por el camino —sentenció.

—¿Qué camino?

—Si te he enseñado esta foto es para que comprendas que estamos en el mismo equipo. Pero, si te dejo aquí, llamarás a la policía y lo joderás todo. Así que te vienes conmigo.

—Yo no voy a ningún lado —respondí con firmeza.

En un segundo, Fernando cambió de actitud y dio un puñetazo en la mesa. Acto seguido, se acercó a mí y, sin miramientos, me agarró del cuello. Solté la Polaroid, que salió volando por los aires, y lamenté profundamente haber dejado el móvil en mi mesa.

—He dicho que te vienes conmigo —bufó mientras me agarraba del cuello.

Traté de defenderme, gritar y patalear, pero el resultado fue peor. Fernando me dio un bofetón con una de sus enormes manos y se sacó el arma del cinturón.

—Vamos a hacer las cosas por las buenas —me advirtió—. Y deja de llorar.

Caminé por delante de él hasta el ascensor mientras intentaba sorberme los mocos y dejar de sollozar. Nos bajamos en el parking y, en silencio, me hizo subir al asiento trasero de un Mustang negro que tenía aspecto de costar más que mi apartamento.

—No hagas ninguna tontería, recuerda que tú y yo estamos en el mismo equipo. Los dos queremos que Abel y Sofía estén bien —dijo con un tono más tranquilo.

Después arrancó el coche. Y la radio empezó a sonar de forma automática mientras él conducía: «Nos informan de que el incendio forestal originado hace una hora en el Valle de Ollo tiene ahora mismo dos focos activos. El origen del fuego podría estar en una máquina cosechadora que se prendió en llamas. Los bomberos trabajan para intentar controlar el incendio, tarea que están dificultando los fuertes vientos y las altas temperaturas...».

Fernando bajó el volumen y chasqueó la lengua con fastidio.

—Otra vez se queman los campos. No apreciamos la naturaleza —se lamentó.

Yo le miré con desconfianza desde atrás, no me gustaban nada sus cambios de personalidad al más puro estilo del Dr. Jekyll y Mr. Hyde.

—Por favor, déjame bajar —le pedí con toda la calma de la que fui capaz.

—Anne, ¿cómo te explico que los dos queremos lo mismo? Me he puesto nervioso antes, perdóname. Pero es que ese cabrón tiene a mi hija. ¿No lo entiendes? Y sólo yo puedo salvarlos. Lo siento, pero vas a tener que confiar en mí.

Me dedicó una sonrisa que pretendía ser encantadora por el retrovisor. Pero su tono de telepredicador había conseguido darme escalofríos. ¿Quién demonios era aquel tío en realidad?

—Verás, lo que pasa es que alguien de mi pasado se ha vuelto loco —continuó explicando—, y ahora quiere hacernos daño a mí y a mi familia. Si dejamos que venga la policía, las vidas de Sofía y Abel correrán peligro. Por eso no te he dejado quedarte allí. Yo puedo resolver esto de la mejor forma, pero si se mete por medio tu novio el foral... créeme, las consecuencias podrían ser peores.

Me mordí la lengua para no preguntarle si se creía que era Rambo o algo así.

—¿Y qué podemos hacer nosotros? —le pregunté intentando sonar amable.

—Yo hablaré con ese tipo. Será lo mejor para todos —respondió convencido.

—¿Con Ignacio Arjona? —dije, recordando la noticia de la televisión.

Él hizo un gesto con la mano.

—¿A quién le importa cómo se llame? El Iniciado. Menudas ínfulas... Estoy seguro de que pretendía asustarme. Aunque reconozco que debí verlo venir. Debí proteger mejor a Sofía. Pero como iba a todas partes con su nuevo novio pensé que estaría a salvo. Creí que este tipo no se atrevería conmigo. Cometí un error, ya ves. Pero nadie puede ganarme a este juego, Anne. Yo soy el que pone las normas. Yo lo inventé.

No respondí a aquel discurso confuso y miré por la ventanilla. Según el reloj del coche, habían pasado más de veinte minutos desde que habíamos dejado la redacción. El último cartel de un pueblo que vi fue el de Anotz y comprobé asustada que, si no me equivocaba, estábamos yendo directos al foco del incendio forestal.

—Vamos hacia el fuego... —musité.

—No te preocupes, todavía está lejos —dijo Fernando muy confiado.

Unos diez minutos más tarde, habíamos abandonado la carretera principal hasta llegar a un camino de tierra que terminaba en una pequeña arboleda delante de una enorme casa de fachada blanca.

Fernando rodeó el edificio y dejó el coche, entre unos árboles, en la parte trasera. Una vez que hubo apagado el motor, se giró para mirarme.

—Bien, Anne. Esto es muy fácil: tú te quedas aquí, a salvo; yo voy a por Sofía y Abel; y después, entre los cuatro, solucionamos esto, ¿de acuerdo? Y no te preocupes, no eres la única que tiene amigos en las autoridades. Todo saldrá bien —me dijo con una sonrisa.

Asentí ante aquella amenaza velada y me quedé quieta mientras él bajaba del coche. Contemplé como se acercaba a la casa pistola en mano y, cuando estaba a una distancia prudencial, intenté abrir la puerta. Por supuesto, sin éxito. Aquel vehículo parecía una nave

espacial, y me imaginé que sin la llave iba a ser imposible salir de allí. Pegué la cara a la ventanilla y, de repente, vi que alguien pasaba por delante de mí. Ahogué un grito y me recosté en el asiento, rezando porque no me hubiera visto. Era un hombre alto, flaco y, aunque sólo me dio tiempo a verle de refilón, me vino a la mente la fotografía del telediario: Ignacio Arjona. Quise gritar para avisar a Fernando, pero el miedo a ser descubierta me dejó sin voz. Ignacio se alejó en dirección a la casa y desapareció de mi campo de visión.

Me acurruqué en el asiento e intenté dominar el pánico. Aunque Ignacio no me había visto, nada me aseguraba que Fernando no me fuera a descubrir. Necesitaba salir de aquel coche y buscar ayuda. Abel y Sofía estaban en peligro. Registré el interior buscando algo con lo que romper uno de los cristales, pero no encontré más que un par de botellas de plástico y los papeles del seguro. La temperatura fue subiendo hasta resultar insoportable, y el sudor me cubría como una pátina que me adhería la ropa al cuerpo. Perdí la calma y me rendí a la claustrofobia encerrada en el Mustang de Fernando.

Y de pronto, oí un disparo. Un estallido que retumbó en el silencio de aquella tarde que poco a poco se extinguía. Me encogí sobre mí misma y recé porque nadie me encontrara. Cerré los ojos y me esforcé en pensar que estaba en un lugar diferente, lejos de aquel infierno sofocante en el que se había convertido aquel coche, aquella casa.

38

La puerta roja

14 de julio, 20.30 h

Gabriel cerró la puerta del conductor y se sentó junto a Eraso. Acababan de salir del tanatorio después de acompañar durante un par de horas a Encarnación, la madre de Mendive. Se habían estado turnando con Jone para ir y venir de la comisaría y atender entre los tres el dispositivo que se había organizado para localizar a Ignacio Arjona. El día había sido largo y gris, lleno de lágrimas y malas noticias que fueron golpeándolos a todos, incluido Gabriel, quien, vencida su resistencia, se había dejado llevar como un madero mecido por el mar, aceptando aquel dolor que se le había instalado entre las costillas con la intención de quedarse para siempre. Para terminar de empeorar la situación, a pesar de todos los controles y de haber difundido su fotografía, seguían sin noticias de Arjona, y la entrevista con Fermín Robles, el tío de Aitana, no había sido muy fructífera. Había asegurado no conocer de nada a Ignacio ni a Tejada y había repetido por activa y por pasiva con tono presuntuoso que era abogado y que, en el hipotético caso de que hubiera ocurrido algo más de veinte años atrás, ya habría prescrito.

Gabriel contempló a través del cristal el cielo plomizo, que, combinado con la corriente de aire caliente que soplaba en la calle, creaba un ambiente casi apocalíptico más que apropiado para aquella tarde funesta. Soltó un suspiro y enchufó el teléfono al cargador; se había quedado sin batería hacía un rato.

—Menuda tarde. Estaba pensando en irme a dormir un rato —sugirió Eraso.

—No es mala idea. No parece que haya novedades, y en algún momento tendremos que descansar —se lamentó Gabriel mientras introducía el pin del móvil.

—Tú deberías intentar hacer lo mismo. Jone se queda en comisaría, nos avisará si pasa algo.

—Hablando de la reina de Roma... —comentó Gabriel al ver que, al poco de encenderse, el móvil empezaba a sonar—. Dime, Jone —contestó.

—¿Qué tal estás? ¿Habéis salido del tanatorio? —preguntó su

compañera.

—Sí, ahora mismo.

—Y... ¿la madre de Mendive?

—Te lo puedes imaginar —respondió Gabriel con tristeza—. El entierro es mañana, en Estella.

—Joder... Siento llamaros ahora, pero hemos recibido un par de avisos. Unos vecinos de Bera aseguran haber visto a Ignacio hace unas horas. No sabemos si será fiable, pero... algo es algo.

—Bien, es lo único que tenemos... Eraso y yo podemos ir para allá —respondió con cansancio.

—Una patrulla de Elizondo ya está por la zona, peinando casas abandonadas y demás.

—Perfecto, mándame toda la información —pidió Gabriel antes de colgar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Eraso.

—Parece que nos vamos a tener que despedir del descanso, nos vamos a... —Gabriel se interrumpió en mitad de la frase al ver que tenía cinco llamadas perdidas de Anne y un mensaje.

Con rapidez, abrió la conversación de WhatsApp y ante sus ojos apareció una fotografía.

—¡Será hijo de puta! —bufó Gabriel mientras ampliaba la imagen, que mostraba la Polaroid de Aitana Robles.

Eraso le miró sorprendido y Gabriel intentó sin éxito contactar con Anne. El teléfono daba señal, pero ella no contestaba.

—Llama a Jone y dile que vaya ella a Bera —le indicó a Eraso.

Sin dar más explicaciones, colocó la sirena en el coche y, pegando un acelerón, salió del parking del tanatorio camino a las oficinas de *La Crónica de Navarra*. Cuando llegaron, ya había puesto al día a Eraso. Por suerte, encontraron al portero todavía en su garita. El hombre dejó un bocadillo a medias para abrirles la puerta anonadado.

—Inspector Gabriel Palacios, de la Policía Foral. Estuve aquí hace unos días, ¿están abiertas las oficinas del periódico? —le preguntó Gabriel sin preámbulos.

El portero se rascó la cabeza extrañado.

—Pues esta tarde vi pasar a don Fernando y también a una chica que creo que trabaja allí, pero por aquí no han vuelto a salir —comentó

—Acompáñenos, por favor —le pidió Eraso.

Subieron en el ascensor hasta la oficina, que, para sorpresa del portero, estaba cerrada.

—Deben de haber bajado directamente al parking. Es la única forma de que hayan salido —explicó.

—Abra la puerta —le indicó Gabriel.

El hombre lo miró dubitativo, quizá pensando en si debería pedir

una orden judicial. Pero la visión de Gabriel, con su tamaño y los brazos cruzados sobre el pecho, sirvió para quitarle las ganas de discutir. Sin rechistar, abrió la puerta de la oficina.

Gabriel y Eraso peinaron la redacción en cuestión de minutos, pero estaba vacía. En el despacho de Fernando, Gabriel encontró el móvil del director, y en el suelo, una nueva Polaroid en la que reconoció rápidamente a Abel y a su novia, Sofía. No le costó mucho comprender lo que estaba pasando.

—¿Por qué no nos avisaron de que han llegado más paquetes? —le espetó al portero señalando la fotografía.

—Eh... Aquí no ha llegado nada. Bueno, sí. Pero eran cosas normales, ya sabe, venían con su remite y todo. Chismes que compra la gente por internet.

Gabriel cogió aire e intentó calmarse; no tenía sentido culpar a aquel hombre de lo que había pasado. Una vez hubo recuperado el control de la situación, con ayuda de un pañuelo cogió la foto y examinó el dorso. Como esperaba, detrás estaba la firma de El Iniciado y, junto a ella, un mensaje en el que instaba a Fernando a acudir a su encuentro «en el origen de Alejandría» si quería ver a su hija.

Intentó hacer memoria. Mendive le había hablado de Alejandría, era el nombre de aquel infame campamento donde había comenzado toda aquella historia. Y por lo que parecía, Fernando había estado implicado de alguna forma especial en todo aquello. Eso explicaría que El Iniciado lo hubiera dejado para el final y que hubiera secuestrado a su hija. Pero lo peor era que todo indicaba que Fernando había arrastrado a Anne con él. No podía ni siquiera considerar la posibilidad de que le hubiera pasado algo, así que se concentró en lo que podía controlar.

—Tenemos que averiguar adónde han ido —le dijo a Eraso—. No puede ser la casa de Bargota, todavía tiene vigilancia. Debió de existir otra localización, una que Fernando conoce.

—¿Alguna idea? —preguntó su compañero.

Gabriel negó con la cabeza.

—Llama a Olarra. Hay que peinar esta oficina —respondió.

Mientras Eraso llamaba a la inspectora Olarra para que acudiera la Científica, él recorrió la redacción. Sobre uno de los escritorios reconoció el bolso y el móvil de Anne, junto al portátil abierto. Estaba claro que no se había ido de allí por voluntad propia. Y sólo pensarlo hizo que tuviera que apoyarse en la mesa y reprimirse las náuseas. Además, si el teléfono de Anne y el de Fernando estaban en la oficina, no podrían geolocalizarlos.

Eraso se acercó por detrás y le puso la mano en el hombro.

—No te preocupes, los encontraremos —dijo, intentando animarle.

Gabriel asintió, incapaz de compartir el optimismo de su

compañero.

Una vez descartada la opción de los teléfonos, se centró en pensar dónde podría estar Fernando Barrena. Sabían que Ignacio Arjona no tenía más propiedades a su nombre —lo habían comprobado la noche anterior mientras buscaban a Mendive— y, además, aquel mismo día habían rastreado las posibles propiedades de sus familiares donde podría estar escondido. Sin embargo, se le ocurrió otra alternativa. Cogió el teléfono y llamó a la División de Información.

—Buenas tardes, Munilla —saludó—. ¿Podrías hacerme un favor?

—Para eso estamos, Palacios.

—Necesito una lista con todas las propiedades registradas a nombre de Fernando Barrena o familiares. Es urgente.

—Cuenta con ello. Te llamo en cuanto la tenga —respondió con diligencia.

Los minutos que pasaron hasta que el subinspector volvió a llamar se le hicieron eternos. Era incapaz de estarse quieto; caminaba sin parar de un lado a otro de la oficina, angustiado, pensando en la suerte que podría haber corrido Anne. Cuando por fin volvió a sonarle el teléfono, se puso tan nervioso que estuvo a punto de tirarlo al suelo.

—Soy yo, Palacios —saludó Munilla al otro lado—. A ver, en el Registro de la Propiedad he encontrado dos pisos a nombre de Fernando Barrena en Pamplona, uno en Zarautz y otro en Cádiz.

Gabriel resopló con cansancio. Ninguno le encajaba en el perfil.

—¿Eso es todo? —insistió decepcionado—. Buscaba una casa de campo o algo así —comentó, pensando en el campamento.

—Bueno..., también he encontrado una propiedad que parece un caserío o algo así, en el Valle de Ollo. Está a nombre del padre de Fernando, Genaro Barrena.

—Eso me cuadra más. Mándame la dirección —le indicó con rapidez.

—Ahora mismo.

Nada más colgar el teléfono, Olarra apareció por la puerta seguida de su equipo.

—¡Palacios! ¿Estás bien? —le preguntó—. Eraso me ha puesto al corriente.

—Hay otra fotografía de El Iniciado. Buscad bien en el despacho de Fernando Barrena —le indicó Gabriel con prisa.

—¿Adónde vais?

—Tenemos una posible localización, llámame si encontráis cualquier cosa —le dijo Gabriel saliendo de la redacción.

Ya en el coche, encendió el navegador e introdujo la dirección que le había enviado Munilla. El sistema le indicó que se encontraba a treinta y un minutos pero que en el camino podría haber carreteras cortadas.

—Joder... El incendio —señaló Eraso.

—Da igual, salimos para allá ahora mismo —decidió Gabriel.

—Pero ¿estamos seguros de que ese sea el lugar?

—No —reconoció—, pero ahora mismo es nuestra mejor opción.

Una vez salieron de la ciudad, Gabriel pisó a fondo el acelerador ignorando el límite de velocidad. Desde el asiento del copiloto, su compañero lo miraba preocupado. No le importó demasiado. Podría soportar que le abrieran un expediente, que le retiraran del cargo si hacía falta, pero no podía perder a nadie más. No podía seguir pagando un precio tan alto por hacer lo que hacía. Cuando estaban ya a unos diez minutos de su destino, el sol había desaparecido casi por completo y el cielo se sumía en una penumbra a la que se sumaba el humo del incendio. A lo lejos, como si se tratara del mismísimo Monte del Destino, se veían las llamas. Gabriel no envidió a los bomberos que, sin descanso, se estarían dejando la piel para intentar detener el fuego. Por suerte, no encontraron ningún tramo de carretera cortado.

—Ya casi estamos —le anunció a Eraso.

La última parte del trayecto los condujo a través de un camino de tierra hasta un caserón blanco y de aspecto abandonado oculto entre la vegetación. Gabriel observó con detenimiento las pequeñas ventanas y la puerta semicircular de madera pintada de rojo. Y entonces volvió a su mente una imagen que había visto unos días atrás: un dibujo descolorido hecho por un niño, una casa con una puerta roja... y una firma, una fecha y una palabra: «Alejandría».

—Es aquí —le dijo a su compañero mientras aparcaba el coche junto a la entrada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ya he visto este sitio antes. Hace unos días Mendive me enseñó un dibujo, lo encontraron en la casa donde quemaron a Juan Luis Tejada.

—¿Un dibujo? —pregunto Eraso extrañado.

—Luego te lo explico —respondió él saliendo del coche.

Fuera, el aire se había vuelto aún más denso y caliente y traía un terrible olor a humo y ceniza que lo impregnaba todo como una plaga.

—¿Estás seguro de que quieres entrar ahí? —dijo Eraso mirando a su alrededor.

—Estoy convencido —sentenció Gabriel.

Sin darle tiempo a su compañero para replicar, sacó el arma de la funda y, con decisión, se acercó a la enorme casa blanca. Mientras caminaba hacia la entrada, sintió su teléfono vibrar en el bolsillo trasero del pantalón. Le echó un vistazo rápido y colgó la llamada de Munilla. Fuera lo que fuera, podía esperar. Empujó la puerta, que, sin ofrecer apenas resistencia, se abrió con un crujido. «Aquí empezó todo», pensó antes de desaparecer en el interior.

39

El peregrino

14 de julio, 22.00 h

Jone lamentó el momento en el que Eraso la había llamado aquella tarde. Según le había explicado muy brevemente, a Gabriel y a él les había surgido una emergencia relacionada con el caso. Así que cambio de planes: le tocaba a ella ir a comprobar el testimonio de los dos testigos que situaban a Ignacio Arjona en el pueblo de Bera. Quizá fuera porque había ocupado su puesto durante la baja, pero lo cierto es que a Jone no le gustaba en absoluto Javier Eraso. A primera vista no había nada raro en él, era un tipo educado y con buena planta, aunque no tenía el atractivo de Gabriel. Era la definición perfecta de la eficacia mezclada con una ausencia total de carisma y de ambición: estaba en todas partes y a la vez pasaba desapercibido, hacía bien su trabajo, pero no era brillante. Y no parecía importarle. Aunque lo conocía desde hacía un par de años, Jone no sabía nada de su vida privada. Nunca lo había visto tomarse una cerveza con los compañeros e ignoraba si tenía pareja o hijos.

Sin embargo, tenía que reconocer que era posible que aquella animadversión estuviera motivada por el hecho de que sentía que había invadido su espacio, que había interferido en su relación con Gabriel y que, por su culpa, su compañero y jefe la estaba relegando, poco a poco, a un segundo plano. Para colmo, Gabriel ni siquiera se había molestado en llamarla para ponerla al corriente de lo que había pasado aquella tarde, lo que alimentaba aquel sentimiento de impotencia que la acompañaba desde que había adelantado su incorporación al trabajo.

Sacudió la cabeza y se concentró en tomarle declaración a uno de los hombres que aseguraba haber visto a Arjona. A su lado estaba la agente María Zamarra, de la comisaría de Elizondo —que era más alta que ella y tenía hombros de nadadora profesional—, con los brazos cruzados sobre el pecho y expresión de incredulidad en el rostro.

—O sea, ¿que dice que ha visto salir al sospechoso de una tienda del pueblo con una cerveza en la mano? —preguntó Zamarra.

El hombre asintió, convencido. Tendría unos setenta años, llevaba una camisa de manga corta, boina y apoyaba todo el peso del cuerpo

en un bastón de madera.

—*Bai*. Un par de latas llevaría. Era un tipo así... flacucho y rapado, con pendientes y muy mala pinta.

Jone arqueó una ceja.

—¿A qué hora lo ha visto? —quiso saber.

—Sobre las ocho o así. Es que han tardado ustedes mucho en venir.

—¿Y está convencido de que se trataba de Ignacio Arjona? —insistió Jone, ignorando el reproche del hombre sobre la eficacia del cuerpo.

—Ya le digo que sí. Llevaba una mochila grande y todo. Pero, claro, a estas alturas, podría estar en Francia ya. Y allí... a ver quién lo pilla...

—¿Sabe dónde está la mujer que ha hecho la segunda llamada? —preguntó Jone, que empezaba a sospechar que todo aquello no era más que una pérdida de tiempo.

—Sí. Es mi mujer.

Jone se frotó las sienes con agotamiento y se esforzó por no dejar traslucir la rabia que sentía, el mal humor que se había ido fraguando tras semanas sin dormir más de dos horas seguidas a causa de los llantos y las tomas de leche de Unai.

—¿Me está diciendo que han llamado dos veces, como si se tratara de dos avisos diferentes? —preguntó con paciencia.

—Es que mi mujer también le ha visto —dijo el hombre—. Además, si no, no nos hacen caso.

—Muy bien, pues muchas gracias por su colaboración —respondió con un suspiro.

Se planteó cómo le iba a explicar al comisario que habían movilizado a media comisaría de Elizondo, la más cercana a la zona, para registrar el pueblo y alrededores por una falsa alarma. Maldijo mentalmente al agente que había atendido las llamadas y había filtrado la información como fiable. Estaban tan desesperados por encontrar a Arjona que se habían agarrado a un clavo ardiendo. Lo último que necesitaba en ese momento, mientras intentaba retomar su carrera después de meses sin pisar la comisaría, era cometer errores como ese. Le había costado mucho llegar hasta allí, labrarse una reputación, entrar en Homicidios.

—¿Cree que merece la pena que sigamos buscando? —le preguntó la agente Zamarra.

Jone comenzó a caminar para alejarse de la casa del hombre, una vivienda con tejado a dos aguas y los balcones pintados de verde.

—Quién sabe... Ahora mismo, no tenemos nada más —reconoció.

Cuando estaban llegando al coche, recibieron un aviso por la radio de uno de los compañeros de Zamarra.

—Zamarra..., soy Gómez. Hemos encontrado a un hombre que coincide con la descripción que ha dado el tipo que ha denunciado.

—¿Y bien? ¿Es Ignacio Arjona?

Oyó como a sus compañeros se les escapaba alguna risa al otro lado.

—Está en uno de los bares, puedes venir y verlo tú misma —respondió.

Al cabo de unos minutos, Jone y Zamarra estaban delante del local que les habían indicado. Un bar-restaurante con sillas y mesas de madera maciza donde unos cuantos parroquianos contemplaban la escena cuchicheando entre ellos. En una de las mesas, junto a dos policías forales de uniforme, se encontraba un hombre flaco que los miraba desorientado.

—Se llama Marcel Thiaux y es ciudadano francés —indicó uno de los agentes cuando se acercaron.

Al oír su nombre, Marcel asintió con gran entusiasmo.

—Está alojado en una casa rural cercana y, efectivamente, ha entrado esta tarde a comprar cervezas en una tienda del pueblo —continuó explicando el agente—. Pero, como pueden comprobar, no es el sospechoso. Me temo que todo ha sido una falsa alarma.

—En defensa del testigo, diré que algo se parecen... —comentó el compañero.

—*Vous pouvez partir quand vous voulez. Ça a été un malentendu* —le dijo Zamarra a Marcel en perfecto francés.

Jone se sintió impotente ante aquella situación. Había conducido desde Pamplona hasta allí para nada, por no hablar de que ahora debía volver a la comisaría en plena noche y con las manos vacías. Y cuando llegara a casa, a saber a qué hora, no sabía qué iba a encontrarse. Quizá Leire estuviera de buen humor o quizá no, quizá Unai había decidido no dormir y convertir la casa en una sala de conciertos. Desde luego, nadie las había preparado para gestionar todo aquello. Amaban a su hijo, pero todo lo que había venido con él no era fácil. Jone trataba de conciliar el mundo laboral y el familiar; Leire no reconocía su propio cuerpo. Ambas se habían visto enfrentadas a una realidad: ya no eran dos. Ahora tenían otra prioridad. Ahora estaba Unai. Y no era todo tan idílico como parecía en las películas. Estaban ojerosas, comían y dormían mal, y sus vidas eran un caos. Jone se sentía como si fuera un espectro, una sombra de lo que solía ser. Un ectoplasma fragmentado y obligado a repartirse entre demasiadas partes.

—¿Qué va a hacer ahora? —le preguntó la agente Zamarra.

—Volver a Pamplona, me temo —contestó Jone con desánimo.

Regresó al coche con tal cansancio en cada centímetro del cuerpo que, cuando se dejó caer en el asiento del conductor, le entraron ganas de apoyar la cabeza en el salpicadero y dormir unos minutos. Lo estaba considerando seriamente cuando le sonó el teléfono.

—¿Sí? —respondió exhausta.

—¿Etxezarreta? Soy el subinspector Munilla, de la División de Información.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jone extrañada.

—Es que estoy intentando contactar con Palacios, pero es imposible. Y como sé que usted es la segunda al mando...

—Sí, yo tampoco sé nada de él.

—Resulta que he hablado con él esta misma tarde. Y al rato, después de colgar... bueno, ha pasado algo que... seguro que no es nada, pero...

—Al grano, Munilla —le apremió Jone.

—Verá, siguiendo las órdenes de Palacios, mi equipo se ha puesto en contacto con el Centro de Coordinación, porque ya sabe que desde allí controlan todas las grabaciones de las fiestas, y ha estado revisando de nuevo las correspondientes a las noches de los asesinatos por si fuera posible localizar a Ignacio Arjona cerca de alguno de los escenarios.

—¿Y han conseguido algo? —preguntó Jone, pensando en lo útil que sería si el juez lo admitía como prueba en un posible juicio.

—Lo cierto es que no. Pero resulta que esta vez he querido revisar las imágenes yo mismo y...

—¿Y qué? —Munilla le estaba crispando aún más los nervios.

—Bueno, quizá sea una tontería. El caso es que, la noche del asesinato de Aitana Robles, una cámara captó algo un poco extraño cerca de la escena del crimen... Creo que lo mejor es que lo vea usted misma.

—Está bien, envíemelo —le pidió con impaciencia.

Menos de dos minutos después, recibió el archivo en su correo. Lo abrió con desgana, no sabía qué era lo que le había llamado la atención a Munilla pero temía que fuera la segunda decepción de la noche. Ante sus ojos apareció, como ya le había adelantado su compañero, la imagen de una de las cámaras de seguridad de una zona cercana a la Taconera. Durante los primeros segundos, nada le llamó la atención. Hasta que distinguió un rostro que le era familiar.

—No puede ser —susurró.

40

En la penumbra

14 de julio, 22.15 h

El calor me había sumido en un letargo difícil de resistir. Estaba recostada en los asientos traseros del coche, con el pelo empapado y la camiseta levantada. Ante los intentos fallidos de escapar, había optado por ahorrar energía. El esfuerzo de propinar codazos inútiles a la ventana no había servido para nada más que para agotarme. Mientras contemplaba el techo del coche, pensé en todo lo que había pasado aquel último año; en todos los momentos que había creído que no sería capaz de superar; en todas las veces en las que me habían faltado las fuerzas, en las que me había sentido como si me encontrara sumergida en una sustancia tan densa que me oprimía los pulmones y tan oscura que me convertía en un animal ciego, movido tan sólo por impulsos. Y, aun así, cuando todo parecía perdido, descubrí que tenía la capacidad de resistir, de sacar fuerzas de lugares insospechados. No podía rendirme. Nadie sabía dónde estaba, ni iban a venir a rescatarme. Mi única opción era escapar, además a cada minuto que pasaba, se reducían las posibilidades de que Abel y Sofía continuaran con vida.

Me incorporé y me agarré al asiento delantero con la intención de pulsar —una vez más— todos los botones del coche. Fue entonces cuando me fijé en el reposacabezas. Y me di cuenta de que todo ese tiempo, igual que con Fernando, había estado pasando por alto lo evidente. Tiré hacia arriba de la pieza y comprobé que se podía sacar del todo. Se hallaba sujeto al asiento mediante dos hierros. Dos hierros que podrían servir para romper una ventana. Me situé en el lugar del copiloto, cerré los ojos y golpeé con fuerza la luna de la ventanilla. Bingo. Los hierros atravesaron el cristal abriendo un agujero. Necesité unos instantes más para quitar bien los restos de vidrio y salir sin cortarme.

Cuando conseguí escapar, el sol había desaparecido del todo y la noche se cernía caliente sobre el caserón. Lo primero que noté fue un terrible olor a humo que hizo que me picara la garganta. Me asomé tras los árboles donde Fernando había dejado el coche y contemplé, no tan lejos, el fulgor del incendio. Sentí el avance inevitable del fuego, el

terror que me provocaban su magnetismo y su poder destructor. Tenía que salir de allí. Con cuidado, rodeé la casa hasta llegar a la parte delantera. Sentí cómo el corazón casi se me paraba en el pecho al ver aparcado allí el coche de Gabriel. Me acerqué corriendo, pero estaba vacío. ¿Cómo demonios había llegado Gabriel allí? Busqué con la mirada pero no localicé a nadie, por lo que deduje que seguramente se encontraba en el interior de la casa. Aunque la idea no me tranquilizó tanto como cabía esperar. Había demasiada calma; reinaba un silencio inquietante que tan sólo rompía el sonido de los árboles mecidos por aquel viento infernal. No podía quedarme esperando sin hacer nada, sin saber dónde estaban Gabriel, Abel y Sofía.

Recorrí decidida los metros que me separaban de la puerta roja y al llegar, y sin pensarlo demasiado, la empujé con suavidad y entré en el caserón. Aguardé unos segundos a que los ojos se me acostumbraran a la penumbra del interior. Me encontraba en un recibidor espacioso; la poca luz que se filtraba desde fuera me permitió distinguir un aparador y un banco de madera. Tanteando con las manos, avancé hasta la sala contigua, donde vi lo que parecían unas mesas con las sillas recogidas sobre ellas. La sala olía a cerrado, a humedad. Un olor que de forma instintiva me transportó a la casa indiana de mi abuela. La protagonista de todos mis recuerdos de infancia. Los lugares antiguos, como aquel, estaban impregnados de historias que a veces rezumaban a través de las paredes, que se reflejaban en instantes concretos en cada uno de los espejos.

En la penumbra, estuve a punto de chocar contra un enorme reloj de pie y cuando me disponía a salir de la estancia, oí voces a lo lejos. Parecían masculinas y provenían del piso de arriba. Conseguí reunir el valor para salir de la habitación y caminar hasta encontrar unas escaleras con una barandilla de madera maciza que conducían a la primera planta. Arriba, volví a oír las voces. Esta vez distinguí con claridad la de Gabriel, lo que casi consigue hacerme llorar de emoción. En la oscuridad, seguí el sonido de su voz como un lucero hasta el final de un pasillo, donde una puerta entreabierta dejaba ver un haz de luz que parecía provenir de una linterna.

—¡Gabriel! —grité, olvidándome del pánico que había sentido hasta llegar allí.

La puerta se abrió con rapidez y él, pistola en mano, salió de la habitación. Leí el alivio en sus ojos igual que él debió de hacerlo en los míos. Guardó el arma y avanzó por el pasillo. Era un momento completamente inapropiado para pensar en que estaba muy guapo, pero no pude evitarlo. Tras él reconocí la silueta de su compañero, Javier Eraso.

—¿Estás bien? —preguntó Gabriel mientras se acercaba a mí.

Asentí aturdida. Quería contarle todo lo que había pasado, pero me

costaba encontrar las palabras adecuadas, ordenarlo todo en mi mente. Antes de que me diera tiempo a decir nada, su teléfono comenzó a vibrar en el bolsillo de sus vaqueros. Él lo sacó con rapidez y, sin apenas mirar la pantalla, colgó la llamada.

—¿Dónde está Fernando Barrena? —siguió preguntando.

—No lo sé —confesé.

—Quizá deberíamos salir de aquí —sugirió Eraso.

El móvil de Gabriel volvió a vibrar. Él soltó un bufido, pero esta vez se decidió a contestar.

—¿Qué pasa, Jone? —respondió con impaciencia.

Se quedó en silencio, escuchando con atención, el rostro convertido en una máscara de piedra. Yo lo observaba, inquieta, preguntándome qué estaría contándole Jone.

—¿Estás segura? —susurró.

Y su mirada se dirigió de forma casi imperceptible a Eraso, que continuaba en el pasillo, con los brazos cruzados sobre el pecho. Después colgó la llamada y, sin perder la calma, sacó su pistola y apuntó con ella a su compañero.

—¿Qué hacías en la Taconera la noche que mataron a Aitana Robles? —le espetó con mucha lentitud.

—No sé de qué me hablas.

—¡Claro que lo sabes! Has sido tú, desde el principio, ¿verdad? —dijo Gabriel levantando la voz.

Yo contuve el aliento, atónita ante la revelación. No conocía demasiado a Eraso, pero siempre había pensado que era un tipo anodino, de lo más corriente. Quizá esa había sido su ventaja, tener la capacidad de parecer invisible, de esconderse a plena vista. Sin embargo, él parecía inmune a las acusaciones y continuaba con los brazos cruzados, inmóvil; ni siquiera miraba a Gabriel, sino que sus ojos estaban fijos en algún punto detrás de mí.

—Cálmate, Palacios. Esto se va a acabar pronto —dijo entonces.

En ese momento sentí una presión en las costillas. Me giré alarmada y descubrí, entre la oscuridad, una figura que presionaba una pistola contra mi cuerpo. Era Ignacio Arjona. Me quedé quieta, como una estatua de alabastro, temerosa de respirar.

—Suéltala —dijo Gabriel con voz firme, sin dejar de apuntar a Eraso.

—Por favor... —susurré.

Ignacio permaneció en silencio, en la misma posición. Sentí cómo el acero se clavaba aún más en mi costado.

—Yo que tú tiraría el arma si no quieres que Ignacio le dispare a tu novia —respondió Eraso con una ligera sonrisa.

Gabriel entornó los ojos, ciego de rabia, pero no se movió un centímetro.

—Eres un hijo de puta —murmuró—. Por eso el asesino siempre iba un paso por delante, era uno de nosotros. Tú eres El Iniciado.

—Muy bien, Palacios. Lo cierto es que lamento esta situación, ni tú ni tu chica deberíais estar aquí —respondió Eraso.

—Lo planeaste todo, Ignacio no fue más que un acólito. Tú conocías todos los protocolos de seguridad y nadie sospecharía de ti —continuó hilando Gabriel—. ¿Fue así como engañaste a Aitana Robles? ¿Le dijiste que eras policía?

—De nuevo, aciertas en todo —reconoció Eraso—. Aunque ya es un poco tarde. Ahora, suelta la pistola.

Gabriel evaluó la situación unos instantes y pareció rendirse ante la evidencia: estábamos en desventaja. Si se atrevía a disparar, moriríamos los dos. Se agachó muy despacio y dejó el arma en el suelo.

—Sabes que no tienes mucho tiempo, nos buscarán pronto —le advirtió Gabriel a Eraso mientras se levantaba con las manos en alto.

—No lo necesito. Nunca me he planteado qué pasaría después de este momento, ¿sabes? Mi objetivo era llegar hasta aquí. Y, aunque he cometido algunos errores, lo he conseguido. Tira también el teléfono.

—Tú... tú mataste a Mendive —susurró Gabriel con un hilo de voz mientras dejaba caer el móvil al suelo.

—Como he dicho, algunas cosas no han salido como esperaba. No creas que lo disfruté, pero la culpa fue de Ignacio —respondió Eraso.

El aludido soltó un gemido leve a mi espalda, mientras mantenía el cañón apretado contra mi cuerpo.

—No te quejes, Nacho —le reprochó Eraso—. Estuviste a punto de cagarla más de una vez. Primero te pillaron dejando las putas flores en la tumba de Luisito y te fuiste de la lengua. Y después te entraron los remordimientos y casi confiesas todo.

—Mendive iba a descubrirte... —dijo Gabriel.

—Ignacio se lo iba a contar. Y yo no podía permitirme parar antes de cumplir mi objetivo. Por suerte, volvió a entrar en razón. No podíamos dejar que tanto trabajo duro se quedara sin el colofón final.

—¿Por qué mataste a esos chicos? No tenían por qué pagar por los pecados de sus padres.

—En cierto modo tienes razón, Palacios —coincidió Eraso—. Pero la muerte es... demasiado complaciente. Se acaba rápido. Sin embargo, perder lo que más quieres y saber que es consecuencia de tus errores, ese dolor es mucho más grande. Francisco ni siquiera lo resistió. Tomó una decisión sensata. El idiota de Pablo Romero tiene tan poco cerebro que probablemente todavía no se haya dado cuenta de que es el culpable de la muerte de su hija. Y Fermín Robles debe de estar a punto de huir del país con tal de eludir la responsabilidad de lo que hizo.

Yo intentaba seguir la conversación, pero sentía que aún me faltaban muchas piezas para completar el puzle. Detrás de mí, notaba el cuerpo caliente de Ignacio, que permanecía en silencio, sin aflojar ni un centímetro el arma. Atento como un perro de presa que espera una orden de su amo.

—Y quemaste vivo a Juan Luis Tejada en Viana —añadió Gabriel.

—¡Ah! Sí. Verás, mi querido Shesmu tenía reservado un lugar especial en el infierno. Estaba tan podrido por dentro que no le importaba a nadie en el pueblo. Según parece, en los últimos años había enloquecido. Supongo que la culpa es tan poderosa que puede destruir hasta las mentes más retorcidas.

—Todo se sabrá.

—Espero que se sepa. He preparado algo que llegará mañana por la mañana a *La Crónica de Navarra*. Es hora de acabar con tanta impunidad. Y nada me parece más poético que ver cómo es el propio periódico de Fernando el que da la exclusiva.

—¿Qué has hecho con él? ¿Y con Abel y Sofía? —preguntó Gabriel con rabia.

—Haces demasiadas preguntas, Palacios. Como bien has dicho, no tengo mucho tiempo, así que vas a seguirme muy despacio y sin hacer nada raro, ¿de acuerdo? No hace falta que te recuerde que Anne tiene una pistola en las costillas.

Contuve la respiración y miré a Gabriel sin atreverme a articular palabra. Pero no hizo falta; los dos estábamos pensando lo mismo. Los dos temíamos que aquel fuera nuestro final, que aquella pudiera ser la última vez que nos miráramos así.

41

Seth

14 de julio, 22.45 h

Eraso nos guio, a punta de pistola, hasta la última planta de la casa. Allí, en el desván desvencijado donde se apoyaba la estructura de madera del tejado, estaban Fernando y Sofía. Padre e hija. Cada uno atado a una silla y amordazado. Él, además, llevaba un torniquete de tela que supuraba sangre bajo la rodilla izquierda. No había rastro de Abel.

Eraso se sacó las esposas del cinturón y esposó a Gabriel con ambas manos a la espalda, a uno de los postes. A mí me dejó bajo la vigilancia de Ignacio, que continuaba encañonándome. Después se acercó hasta Fernando y Sofía, y les quitó la mordaza.

—Vaya, esto parece un cumpleaños —exclamó casi divertido—. No esperaba tanta asistencia.

—No tienes que hacer esto —intervino entonces Fernando.

—Es la primera vez que te oigo decir eso —respondió Eraso acercándose a él para detenerse a escasos centímetros de su rostro.

Sofía sollozaba en silencio, con las lágrimas resbalándole por el rostro hinchado.

—Por favor, no hemos hecho nada... —suplicó—. Deje que nos vayamos.

—¿Se lo cuentas tú o prefieres que lo haga yo? —le preguntó Eraso a Fernando con rabia.

Él no contestó.

—Bien, entonces lo haré yo. Tu hija merece saber quién eres, todo lo que has hecho —decidió Eraso—. Verás, querida, cuando yo tenía once años, unos amigos del barrio me contaron que se habían unido a una especie de campamento. Nada del otro mundo: la idea era juntarnos los fines de semana para hacer excursiones a la montaña, juegos, convivencias... Parecía un buen plan, ¿verdad? Así que convencí a mi madre para apuntarme. Y fue así como conocí a tu padre. Aunque entonces no se hacía llamar Fernando, sino Seth. ¡Un dios egipcio ni más ni menos! Siempre ha sido un desgraciado pretencioso...

Yo miraba a Eraso sin entender nada. El calor se hacía más evidente

en el desván y temía desvanecerme en cualquier momento. Gabriel, por su parte, tenía la mandíbula apretada, los músculos en tensión, como si en cualquier momento fuera a saltar sobre su compañero llevándose con él los pilares de aquella maldita casa.

—La primera vez que salimos de acampada todo fue bien —continuó Eraso—. Vinimos a esta casa, hicimos deporte y por la noche tuvo lugar una especie de ceremonia en la que nos anunciaron que nos iban a revelar un gran secreto. Nos contaron que estábamos aquí porque éramos unos chicos muy especiales: los elegidos, nos dijeron. Entonces Seth hizo acto de presencia y comenzó a hablarnos del Apocalipsis y de que el mundo se acabaría pronto, que su fin se anunciaría con la llegada de un meteorito como el que había aniquilado a los dinosaurios y que acabaría de forma irremediable con la raza humana. Pero ¡no con toda! Nosotros nos salvaríamos. Por primera vez en nuestras vidas, nos sentimos importantes.

—¿De qué está hablando, papá? —sollozó Sofía, tan confusa como yo.

—La verdad duele, pero debe saberse, querida Sofía —respondió Eraso—. Seth y Shesmu, o, lo que es lo mismo, tu padre y Juan Luis Tejada, se presentaron como reencarnaciones de los dioses del Antiguo Egipto de los que habían tomado el nombre. Ellos iban a ser los encargados de guiar a nuestro grupo hacia la salvación. Pero no bastaba con ser un elegido. Debíamos ganarnos esa salvación. Para ello había que cumplir dos normas: mantener el secreto y demostrar obediencia ciega a nuestros guías. En caso contrario, nosotros y nuestras familias moriríamos. Y en el Más Allá, nuestras almas serían devoradas por las fauces de monstruos terribles. Para rematar todo aquel delirio, a pesar de que adorábamos el Antiguo Egipto, nuestro grupo tenía el nombre de una ciudad griega fundada por el mismísimo Alejandro Magno: Alejandría. Joder, Fernando, ni siquiera te estudiaste bien la historia. Nos decían que Alejandría era un faro en la noche, una luz en las tinieblas. Nada más lejos de la realidad.

—Haz que se calle..., papá —le suplicaba Sofía a un Fernando que permanecía impasible.

—He pasado demasiado tiempo callado —siseó Eraso.

Gabriel se removía como un ratón en una trampa, con las muñecas enrojecidas por la fricción constante de las esposas contra la piel.

—Esto es una locura, Eraso —le espetó a su compañero.

—Aquello sí que fue una locura —respondió él—. Toda aquella parafernalia, aquel rollo de secta con iconografía egipcia, no era más que una fachada. Las primeras veces todo fue bien. Pero entonces llegó la semana de San Fermín. Siete días de colonias. Y ahí se desencadenó una pesadilla que se prolongó hasta finales del verano. Empezaron a exigirnos cosas. Comencé a escuchar rumores de lo que

pasaba por las noches en la habitación de Shesmu.

Sentí que el estómago se me revolvía ante el relato de Eraso. Empezaba a comprender qué era lo que había ocurrido. Juan Luis Tejada y Fernando Barrena habían sido los cabecillas de una secta disfrazada de campamento que habían utilizado para maltratar y abusar de niños.

—Elegía a sus favoritos —oí la voz de Ignacio a mi espalda—. Los mantenía siempre cerca... no podías negarte.

—Yo nunca toqué a nadie —saltó Fernando, abandonando su mutismo.

—Cierto —le concedió Eraso—. Nunca nos tocaste, te limitaste a vendernos a tipos dispuestos a pagar un dineral por ver realizadas sus perversiones. A aterrorizarnos con las consecuencias de no hacerlo... Y, a la vez, extorsionabas a los tipos que venían aquí amenazando con hacerlo todo público. Así fue como fuiste ascendiendo, ganando dinero: amenazando, asesinando, tapando todo si a alguien se le iba la situación de las manos. El gran Seth. Dirigías todo el cotarro, controlabas a Shesmu, eras el Dios de Alejandría. Pero no estabas solo.

—Los monitores... —Gabriel suspiró.

—Pablo Romero, Francisco Ruiz de Azúa y Fermín Robles—indicó Eraso—. Cómplices silenciosos que permitieron que todo aquello pasara, que incluso lo alentaron, lo disfrutaron. Actuaron con impunidad hasta que, ese verano, Ramón se escapó, con tan mala suerte que cayó por un barranco. Pudieron cubrir la muerte de Luisito porque a sus padres no les importaba una mierda lo que le pasara. Supongo que les pagaron para que se callaran y dejaran de buscar. Pero en el caso de Ramón, su familia denunció. Seth sacrificó entonces a Shesmu y cerró el campamento con terribles amenazas. Nadie habló o, si lo hizo, fue silenciado. Fernando tenía amigos muy poderosos.

Escudriñé el rostro de Fernando con repulsión. El padre de familia, el hombre influyente al que todos adoraban, el director de uno de los periódicos más importantes de la comunidad, había resultado ser un depredador. Un ejemplar de la calaña más miserable de la raza humana. Al fin tenía todas las piezas de aquel rompecabezas. Eraso e Ignacio habían sido víctimas de Fernando, de Juan Luis Tejada, de Alejandría. Habían visto morir a algunos de sus compañeros, habían experimentado un horror indecible, tan hondo que era imposible que jamás pudieran arrancárselo del alma. Y así se había ido fraguando la venganza. Juan Luis Tejada había ardido vivo, los hijos y la sobrina de los tres monitores habían sido asesinados como castigo para ellos. Había mandado las fotografías para que supieran por qué morían, para que recordaran los pecados de su pasado. Y ahora, El Iniciado quería rematar su venganza: era el turno de Fernando.

—Dormíamos entre historias de dioses vengativos y terribles, que

exigían sacrificios impensables —prosiguió Eraso—; leyendas de hombres con cabeza de chacal que vigilaban las puertas del Más Allá; serpientes que devoraban a hombres enteros y barcas que cruzaban cada noche un río para traer el Sol. Debíamos guardar el secreto, no podíamos acudir a nadie. Ellos eran nuestros pilares, nuestra única referencia, nuestros salvadores. Y nosotros, a pesar de ser sus esclavos y sus víctimas, nos sentíamos afortunados. Éramos «los iniciados».

—Pero... todo empezó a ir mal cuando Luisito se negó —continuó Ignacio—. Se escapó de la habitación de Shesmu, y este le golpeó en la cabeza, cayó al suelo y no se levantó más. Yo... yo lo vi todo. Lo enterraron en el jardín.

—Todo lo que pasó fue imperdonable, pero esta no es la forma de solucionarlo —intervino Gabriel.

—¡Cállate de una vez, Palacios! Tú no entiendes nada. No pienso dejar que me des lecciones desde tu puñetera atalaya moral —le respondió Eraso con los ojos desorbitados—. Este... hombre me robó la infancia. Nos lo quitó todo a mí, a Ignacio, a Luis, a Ramón y a todos los niños que pasaron por este lugar. Cuando yo me uní, llevaban operando más de un año.

Eraso levantó la pistola y apuntó hacia la cabeza de Fernando. Yo contuve la respiración, notaba el sudor que me resbalaba por la espalda, el aliento caliente de Ignacio en la nuca.

—Después de ese verano, nunca me volví a sentir como los demás, estaba avergonzado, asqueado de mí mismo. Me sentía... vacío. Como si me hubieran resquebrajado el alma. Vomitaba por las noches, me despertaba empapado en sudor, tenía pesadillas. Una parte de mí se quedó allí. Nunca fui capaz de contárselo a nadie, como si de alguna forma fuera mi culpa.

—Eraso... —susurró Gabriel.

—Me hice policía para sentir que tenía el control sobre las cosas. La sensación no desapareció jamás. Sólo pude librarme de ella cuando empecé a pensar en vengarme. Lo planeé durante años. Rastreé las identidades de Seth, de Shesmu, de los monitores. Me encontré con otros de los que habían estado allí, pero todos preferían olvidar. Sólo Ignacio y yo estábamos dispuestos a hacer lo que hiciera falta. Todo acabará como empezó: en una semana de San Fermín.

—No te tengo miedo —le dijo Fernando con sorna.

—Deberías —susurró Eraso.

—¿Vas a matarnos a todos? —dijo Fernando sin perder la expresión cínica.

—¿Sabes qué es peor que morir? Morir sabiendo que todo lo que has hecho ha tenido consecuencias. Que tus últimos momentos no estén dedicados a que tu vida pase ante tus ojos, sino al sufrimiento. No físico, sino mental. Ya no puedo asustarme por nada, perdí esa

capacidad a los once años. No tengo nada que perder. Tú, sin embargo...

Eraso dejó de hablar y se volvió hacia Sofía, que seguía llorando desconsolada. Yo no dejaba de pensar en Abel. En su proposición de matrimonio, en lo feliz que era hacía tan sólo unos días. ¿Por qué no estaba allí? ¿Qué había hecho Eraso con él?

—Tienes mucho que perder —le dijo a Fernando.

Entonces movió el arma y apuntó a Sofía, que dejó de llorar para contemplarle con los ojos muy abiertos. Y, para sorpresa de todos, comenzó a rezar en voz baja.

—No hay dioses allí arriba para salvarte, niña —susurró Eraso.

—Javier... —le llamó Ignacio a mi espalda.

Noté que le temblaban las manos. Olía a sudor.

—¡Basta! —gritó Gabriel, dando un fuerte tirón que hizo que el poste de madera se tambaleara.

Eraso le quitó el seguro al arma.

—No, no... —murmuró Ignacio.

—¿Sabes qué es lo que me salvaba en las noches en el campamento? —le dijo Eraso a Fernando—. Las estrellas. Me tumbaba en la hierba y pensaba en que era imposible que de algo tan hermoso fuera a venir un meteorito que nos destruyera a todos. Las miraba y fantaseaba con esos dioses de los que tanto hablábamos. Ra, Isis y Osiris, Anubis. Los imaginaba siempre en dos dimensiones, como en las pinturas. Qué tontería, ¿verdad? Me asustaban, pero también tenían algo que me hipnotizaba: eran implacables. Representaban la fuerza de la naturaleza y la magia. Eran dioses crudos y vengativos, dioses de lo antiguo, sin alzacuellos ni misas. Eran hombres y animales y a la vez ninguna de las dos cosas. Si de verdad hay un más allá, las garras de la serpiente Apofis te están esperando.

Eraso acercó la pistola aún más a la frente de Sofía ante la mirada incrédula de Fernando, que se daba cuenta demasiado tarde de lo que iba a pasar ante sus propios ojos. Y entonces, se oyó el disparo.

Eraso cayó al suelo desplomado, con la nuca atravesada por el certero tiro de Ignacio, que unos segundos antes había despegado el arma de mis costillas.

—No más —susurró—. Ya hemos tenido suficiente. Alejandría acaba aquí.

Fernando se inclinó hacia un lado de la silla y vomitó. Sofía continuaba sumida en un rezo interminable con los ojos cerrados, en una especie de trance; no parecía ser consciente de la sangre que le había salpicado el rostro. Yo miré con recelo a Ignacio, temerosa de su siguiente movimiento. Parecía desorientado, observaba el cadáver de Eraso con la pistola aún en la mano. Y, sin previo aviso, se dio la vuelta y se marchó corriendo del desván.

Yo me abalancé sobre Gabriel dispuesta a liberarle. Pero entonces algo me llamó la atención a través de una de las pequeñas ventanas del ático. Un resplandor rojizo. Me acerqué lentamente y contemplé la escena: el monte estaba ardiendo. No muy lejos de la casa, las llamas devoraban todo cuanto encontraban a su paso.

42

Arde

14 de julio, 23.15 h

Cuando llegué junto a Gabriel, que seguía esposado al poste, le abracé con fuerza, ambos empapados, la respiración acelerada, el cuerpo caliente.

—Todo está ardiendo —le susurré al oído.

Él apoyó la cabeza en mi hombro.

—No te preocupes —me tranquilizó—. Busca la llave de las esposas en el cinturón de Eraso.

Observé el cuerpo inerte de su compañero. Evité dirigir la vista al cráneo destrozado, al charco de sangre que se extendía con lentitud. Contuve las náuseas y me acerqué para buscar en el cinturón del uniforme.

—¡No encuentro nada! —le dije a Gabriel.

Me temblaban las manos. El resplandor del fuego entraba por la ventana. La temperatura dentro de la casa era abrasadora. Me quité con un gesto el cabello que se me había pegado a la frente y seguí buscando.

—¡Anne, tienes que soltarme! —me suplicó entonces Fernando.

Tuve que reprimir las ganas de darle un puñetazo cuando miré en su dirección y le vi la cara. Me fijé en que Sofía parecía haberse dormido o desmayado. Cogí aire.

—¿Dónde está Abel? —le pregunté a su padre.

—Lo trajeron aquí, pero... estaba muy nervioso. Creo que se lo llevaron a otra habitación —respondió.

Me di por vencida tratando de localizar las llaves y regresé con Gabriel.

—No las encuentro —le informé con un hilo de voz.

Él no pareció perder la calma. Tenía la mirada tan serena como siempre, no había ni rastro de duda en sus ojos nublados.

—Muy bien, ahora, por primera vez en tu vida, Anne Aribe, vas a escucharme con mucha atención y vas a hacer exactamente lo que te diga —me indicó.

Abrí la boca para protestar, pero me lo pensé mejor.

—Lo primero que harás será desatar a Fernando y a Sofía. Intenta

espabilarla, tienen que salir de la casa por su propio pie. Después irás a mi coche, intentarás pedir ayuda por la radio y buscarás en la guantera una llave para las esposas. ¿De acuerdo? Las del coche están en el bolsillo trasero de mi pantalón. Cuando vuelvas y me desates, saldrás de la casa y dejarás que yo me encargue de buscar a Abel.

—¿Por qué no voy primero al coche?

—Porque lo más importante ahora es sacar a todo el mundo de esta casa y no hay tiempo para esperar a que llegue nadie. Tenemos que hacerlo nosotros y yo tengo que ser el último en salir. No me discutas, por favor.

Me mordí la lengua y asentí. Con cuidado, me incliné a su espalda y recuperé las llaves del coche.

—Te voy a sacar de aquí —le prometí.

Luego me acerqué hasta Fernando y comprobé, con desánimo, que tanto Sofía como él tenían las manos atadas con bridas de plástico.

—Joder... —murmuré.

—¿Qué pasa? —me preguntó Gabriel.

—Son bridas, no puedo desatarlas.

—Vale. Vete a la cocina y busca unas tijeras, un cuchillo o cualquier cosa cortante —me indicó sin perder la calma.

Bajé los dos tramos de escaleras en la carrera más rápida que recordaba desde que tenía clase de Educación Física en el instituto y llegué a la cocina. Encendí la luz y rebusqué en los cajones de la encimera. Ni rastro de tijeras, pero encontré un cuchillo de mango de hueso con aspecto gastado. Aunque no era un maravilla, tendría que valer. En un nuevo alarde de velocidad, regresé hasta la primera planta. Estaba a punto de subir al desván cuando oí un golpe sordo en una de las habitaciones. Abel. Me lancé a la puerta de la habitación y la abrí. Dentro encontré a mi amigo amordazado y atado a una silla que había logrado volcar. Sin muchos preámbulos, me acerqué y le quité la mordaza.

—¡Anne! ¿Qué haces aquí? ¡He oído disparos! —dijo alterado.

—Sofía está bien. Ahora no puedo contarte nada más, tienes que salir de aquí. El incendio está muy cerca —le expliqué mientras me afanaba en cortar las bridas de plástico con el cuchillo romo.

—¿Qué incendio? —preguntó desconcertado—. Ese tipo, el compañero de Gabriel..., nos abordó anoche cuando volvíamos. Nos dijo que le había pasado algo y que le acompañáramos. Nos engañó, Anne.

—Lo sé.

—Creo que él es el asesino —insistió Abel.

Tuve que contenerme para no felicitarle por su capacidad de deducción.

—Hablaremos de esto cuando salgamos de aquí —le respondí.

«Por fin», pensé. Acababa de cortar las bridas.

—¿Puedes andar? —le pregunté mientras le ayudaba a levantarse.

—Sí —respondió frotándose las muñecas entumecidas.

—Muy bien, sígueme.

Le conduje hasta el desván y observé cómo se le descomponía el rostro al contemplar la grotesca escena.

—¿Qué coño ha pasado aquí? —preguntó atónito.

—Ahora no. Suéltalos y despierta a Sofía, tenemos que salir de aquí —respondí al tiempo que le tendía el cuchillo.

—¿Adónde vas?

—Tengo que ir al coche a por...

No llegué a terminar la frase, porque me fijé en que un espeso humo negro había comenzado a filtrarse en la estancia por las ventanas.

—¿Qué es eso? —preguntó Fernando.

Yo le ignoré y me asomé por la ventana. El coche de Gabriel estaba envuelto en una nube de gigantescas llamas y una humareda negra. El incendio lo había alcanzado y ya se hallaba a tan sólo unos metros de la casa. Apoyé las manos en el quicio de la ventana y sentí como las lágrimas me resbalaban por el rostro. Me obligué a tranquilizarme antes de darme la vuelta.

—¡Qué haces ahí mirándome! —le grité a Abel, que se había quedado plantado en medio de la habitación con el cuchillo en la mano—. ¡Corta las bridas! Tenemos que salir ya.

Él reaccionó y por suerte le costó menos que a mí desatar a Fernando y a su prometida, que había recuperado la consciencia, aunque se encontraba desorientada. A Fernando le faltó tiempo para correr escaleras abajo, y Abel cargó con Sofía sobre los hombros.

—Hay una puerta detrás —le indiqué—. La he visto antes de entrar. Si está abierta, es mejor que salgáis por ahí.

Abel le lanzó una mirada a Gabriel y adiviné en sus ojos lo que estaba pensando.

—Volveré para ayudarte —añadió antes de enfilar las escaleras.

—No —intervino Gabriel—. Tenéis que salir de aquí. Los dos.

Le hice un gesto a Abel para que nos dejara solos.

—Saldremos enseguida —dije, tratando de sonar convincente.

Pero ni yo misma me creía mis palabras. Abel desapareció con Sofía por las escaleras, y yo me acerqué a Gabriel.

—Anne, vete —dijo muy calmado.

—No. Podemos intentar abrirlas con una horquilla o algo así —sugerí.

—Yo no llego, así que, como no seas Houdini, va a estar difícil —me contestó con ternura.

Recuperé el cuchillo y me arrodillé tras él. Intenté introducir la punta en una de las cerraduras de las esposas.

—Tienes que salir de aquí —insistió Gabriel.

Negué con la cabeza.

—No voy a dejarte solo. ¿Estás loco?

—¡Joder, Anne! Hazlo por mí —me imploró.

—Tú harías lo mismo —respondí.

No supo qué decir. Sabía que yo tenía razón. El olor a humo se hacía cada vez más insoportable y empecé a toser de forma incontrolada.

—Por favor... —susurró Gabriel.

Ignoré sus ruegos y continué intentando librarle de las esposas. Cada uno decide qué es lo que puede soportar. Y yo sabía que no soportaría salir de aquel desván y abandonar a Gabriel a su suerte.

—¿Te acuerdas de cuando nos conocimos? —le pregunté.

—No. Probablemente teníamos cinco años —me respondió exasperado.

—Me refería al año pasado...

—Anne... —empezó a decir. Sin embargo, a mitad de frase pareció pensarlo mejor y se quedó en silencio.

Entre nosotros había más que palabras. Me podía el calor. Paré de hurgar con el cuchillo un momento y apoyé la cabeza sobre su hombro. El humo se iba apoderando de la estancia. Los ojos se me llenaron de lágrimas y la tos se intensificó. Me tapé la boca con la camiseta. Me faltaba el aire.

—¡Anne! —oí que me gritaba Gabriel.

—Vamos a salir de aquí... —murmuré, como si me hubiera contagiado de su calma, de su férrea determinación.

Pero la realidad era que la cabeza me daba vueltas, tenía la sensación de que en cualquier momento se me iba a derretir la piel y me ardían los ojos. Hice un último esfuerzo por respirar; cada bocanada de aire ardiente hacía que me quemara la garganta. No quería dejarme caer, si lo hacía supondría el final para los dos. Pero no aguanté más. Sentí que todo adquiría un tinte grisáceo, como en una película antigua. Y cuando me di cuenta, estaba tumbada en el suelo. Gabriel gesticulaba como si estuviera gritando, pero su voz se perdía en el éter, no llegaba hasta a mí.

Entonces vi que aparecía ante mis ojos una figura. En mi delirio temí que se tratara de uno de aquellos dioses vengativos del antiguo Egipto, que venía a buscarme para llevarme al reino de los muertos. Para montarme en una barca hacia el Más Allá. La figura se acercó más y me colocó una máscara que me permitió respirar. Después mi mente tan sólo fue capaz de captar algunos fragmentos: un tramo de escalera, el marco de una puerta, un reloj de pie. Y luego, el aire de la noche. La figura me depositó en una camilla y pude observar que se trataba de un bombero.

Lo siguiente que vi fue la cabellera pelirroja de Jone y los ojos castaños de Abel.

—Joder, ¿cuántas veces voy a tener que salvaros el culo? —me dijo Jone con una sonrisa.

Poco a poco, empecé a recobrar la noción de la realidad. Un bombero apareció con Gabriel, que caminaba por su propio pie apoyado en su hombro. El sonido de un helicóptero, las luces de las sirenas de los bomberos, de las ambulancias. El fuego que intentaban contener justo cuando empezaba a lamer con sus llamas la estructura de la vivienda.

—Que arda —oí que decía Gabriel a mi espalda—. Que arda esta maldita casa.

—Todos los días, el sol nace y muere. Cada noche, Ra, en su barca solar, se adentra en el reino de los muertos, cruza las doce puertas y se enfrenta a las fuerzas del caos. Por suerte, Seth le acompaña en su viaje y le ayuda a defender la barca de esos seres malignos. De todos ellos, el más peligroso es Apofis. Una serpiente gigantesca que habita en ese reino, la representación de la oscuridad. Apofis se empeña cada noche en hundir la barca de Ra, en hacer que fracase en su cometido, en impedir que el Sol resucite —explicó Fernando ante la hoguera.

—¿Por qué Seth no la mata? —preguntó uno de los niños.

—Apofis no puede morir. Cada noche deben librarse las mismas batallas para conseguir que el sol vuelva a brillar al día siguiente.

Los niños callaron, serios frente al fuego, asustados sin confesarlo, imaginando serpientes devoradoras de almas que surcaban reinos oscuros.

—Y... ¿qué les pasa a las almas de los muertos? —preguntó entonces uno de ellos.

Fernando, con un gesto teatral, se puso en pie y caminó alrededor de la hoguera.

—Al morir, Anubis pesa el corazón del fallecido en su balanza. A un lado el corazón, al otro una pluma, símbolo de la Maat, la justicia divina. Si el corazón pesa más que la pluma, entonces es devorado por Ammit, una bestia con cabeza de cocodrilo.

—Entonces... ¿Ammit se comía a los malos? —aventuró otro de los chicos.

Fernando asintió en silencio.

El niño pensó en aquella criatura y deseó con todas sus fuerzas que algún día devorara el corazón de Seth, de Shesmu, de todos los hombres de ese campamento.

—Justicia divina... —susurró.

43

Agur Jaunak

13 de octubre, 13.00 h

Mientras cortaba el pimiento verde en *brunoise*, a Gabriel le volvió a la cabeza el día en que, tres meses atrás, en el cementerio de Oñati, Ainhoa Zulueta le había dicho que era un hombre aburrido. Pensó en lo que diría si le viera ahora, plantado en la cocina, con un delantal con su nombre bordado que le había regalado Anne, preparando unas pochas con Dalí revoloteando a sus pies. Toda su vida había cargado con aquella etiqueta: era serio, ceñudo, aburrido. Una seta. Pero lo cierto es que jamás le había importado lo que pensaran los demás. De hecho, le habría encantado que todo aquello fuera verdad, que su calma fuera algo natural, y no producto de un riguroso autocontrol.

Miró por la ventana. Fuera se veía un cielo despejado en el que empezaba a languidecer un sol engañoso. El frío había llegado al pueblo y parecía tener intención de quedarse, de arrullar con vientos gélidos las casas de piedra, de hacer que olvidaran los días largos y cálidos del verano.

En aquellos meses habían ocurrido muchas cosas. Tantas que a veces le daba la impresión de que, en realidad, habían sido años. ¿Cómo era posible que se sintiera una persona distinta a la que era el 5 de julio? Y, sin embargo, lo era. Había creído que no pasaría de aquella noche infernal en la que Eraso se había destapado como El Iniciado. Pero Anne y él habían recibido una segunda oportunidad. Y habían decidido aprovecharla.

El caso de El Iniciado tuvo muchas ramificaciones y consecuencias. Javier Eraso había preparado durante años un informe en el que implicaba a Fernando Barrena en tramas de blanqueo de dinero, extorsión y posesión de pornografía infantil. Al parecer, guardaba con celo, posiblemente como garantía, vídeos comprometidos de políticos, empresarios y hasta de un juez. Como Eraso había prometido, el informe había llegado a *La Crónica de Navarra*, provisto de todo lujo de detalles, y se había hecho público al día siguiente del incendio. Lo que había resultado en la detención de Fernando, que estaba encarcelado a la espera de un juicio que no pintaba nada bien. Ignacio Arjona, por su parte, había sido imputado como cómplice en los

asesinatos de Eraso y por la muerte del mismo. Le habían encontrado agazapado entre unas ramas del río Arakil, no lejos de la famosa casa y permanecía en un centro psiquiátrico.

Ainhoa Zulueta, Pablo Romero y Fermín Robles se habían tenido que enfrentar a las consecuencias mediáticas de lo que había sucedido en Alejandría. La revelación de la verdad sirvió para que muchas más víctimas se atrevieran a contar su historia. A denunciar lo que ocurrió. Muchos de ellos llevaban años atormentados, injustamente avergonzados, en silencio. Eraso había cumplido —casi por completo — su objetivo. Había llevado a cabo una venganza a lo grande, una que había abierto los informativos de todo el mundo durante una semana. Había ocupado las portadas de los periódicos más importantes a nivel internacional. Había sumido a la ciudad en un caos político y social. Había jugado a un juego muy peligroso, uno en el que no había vencedores, tan sólo víctimas. Había convertido las Fiestas de San Fermín en una carnicería.

Después de que aquello terminara, la ciudad de Pamplona había vuelto a respirar, liberada por fin de la sombra de El Iniciado, y todo había ido volviendo poco a poco a su cauce. Pero no para Gabriel. La muerte de Mendive había sido un mazazo demasiado fuerte, que se había sumado a la presión que venía acumulando los últimos meses. Había perdido a su mejor amigo, al hombre en el que más confiaba. Y aún no había sido capaz de llorarle. No encontraba las lágrimas. Quizá, después de una vida entera reprimiendo las emociones, se había olvidado de cómo era llorar, de qué era entregarse sin reservas a los sentimientos.

Todo aquello le había llevado a tomar una decisión difícil pero necesaria. Sabía que llevaba poco tiempo como inspector de Homicidios, pero también había comprendido que a veces había que parar. Había que dar marcha atrás y valorar qué era lo importante. Necesitaba un paréntesis, coger aire, preguntarse si las decisiones que había tomado en los últimos años habían sido por los motivos adecuados.

El día que, dos meses atrás, había depositado la solicitud de excedencia encima de la mesa de su jefe, el comisario había levantado las cejas, incrédulo.

—¿Esto es una broma, Palacios? —había preguntado.

—No.

—Acabas de empezar y eres uno de los tipos más brillantes que conozco.

Gabriel le había dado las gracias, le había dicho que sabía que era brillante y se había marchado dejando el impreso sobre la mesa y al comisario anonadado. Pero el tiempo le había dado la razón: había hecho lo que debía.

—¿Cómo vas con las pochas? —le preguntó Leonor, que acababa de entrar en la cocina.

—Empezando, pero como son frescas esto luego se hace rápido —respondió él al salir de sus cavilaciones.

—¡Anda este! A Noé le vas a hablar tú de agua. Cuando todavía no habías nacido, yo ya estaba cocinando —respondió airada.

Gabriel no pudo contener una sonrisa. Tras Leonor, entraron Anne y Marga.

—Abuela, no te metas con él, que desde que está jubilado como mejor que nunca —intercedió Anne.

Si para él los últimos meses habían sido difíciles, Anne no se había quedado atrás. Cuando su madre había vuelto de Perú, había tenido que enfrentarse a una conversación sobre todo lo que había sucedido en su ausencia. Explicar la aparición de su padre, intentar encajar su presencia en la vida que había construido hasta entonces. Por suerte, Marga se había mostrado más comprensiva de lo que ella esperaba. Su padre había regresado a Francia envuelto en promesas que sólo el tiempo diría si se cumplían o no. Y, al final, lo extraño se había convertido en lo normal.

—Como te queden aguadas, no te dejo casarte con mi nieta. Me da igual lo guapo que seas —insistió Leonor.

—¡Abuela! Que no nos vamos a casar —le reprochó Anne.

—Ah, ¿no? —preguntó Gabriel, fingiendo estar ofendido.

Ella le devolvió una sonrisa irónica.

—Cuidado con lo que deseas, Gabriel Palacios —le advirtió.

De todo el caos que les había rodeado en los últimos tiempos, había salido algo bueno. Anne y él estaban más unidos que nunca. Tomar la decisión de solicitar un año de excedencia les había permitido disfrutar de más tiempo juntos. Eso, sumado a que la vida laboral de Anne había mejorado desde que Fernando no dirigía *La Crónica de Navarra*, había logrado que todo fluyera como debía haberlo hecho desde el principio. Ellos dos solos, sin muertos, sin peligros, sin presión.

Entre semana Anne trabajaba unas veces en la redacción y otras en casa; en ocasiones acompañada por Julia. Gabriel iba al gimnasio, paseaba a Dalí, leía, mataba zombis en la Play, asistía a un curso de enología y planeaba el viaje que iban a hacer por varios países del Sudeste Asiático en unos meses. Le resultaba extraño enfrentarse a lo que parecía una vida relajada, sin vísceras, sin forenses. De cuando en cuando, quedaba para tomar algo con Julián Lasarte, con quien al final, a pesar de su excentricidad, había forjado muy buena relación, y el forense le ponía al día sobre lo que se cocía en las salas de autopsias del Instituto de Medicina Legal. Por su parte, Jone le informaba de algunos casos, le hacía sentir que no estaba desconectado del todo y...

le pedía en ocasiones que hiciera de canguro de Unai.

Al principio, había sentido mucho vértigo. Pero después consiguió relajarse. Aunque era consciente de que Anne aún le observaba con recelo, esperando que cualquier día no fuera capaz de soportar el parón, lanzara el delantal por la ventana y vistiera el uniforme de nuevo.

—¿En qué estás pensando? Te vas a cortar —le indicó ella.

—Ya os he dicho que tendría que haber cocinado yo... —dijo Leonor con una sonrisa maliciosa.

—¿Cuándo llegan Abel y Paloma? —preguntó Gabriel.

—En un rato, aunque seguro que Paloma llega tarde, ya sabes cómo es —contestó Anne.

—¿Ya se le ha pasado el disgusto por la boda de Abel y Sofía? —preguntó Leonor.

—A medias. Después de todo... bueno, de todo lo que pasó con Fernando, parece que está más comprensiva con Sofía.

—Paloma es muy sensible, pero tiene un corazón complicado. Ya la conoces, *maitia*, hay que saber cómo llevarla.

—Tú dices eso porque sois iguales, mamá —apuntó Marga.

Anne arrancó el pico de la barra de pan y se lo comió sin miramientos.

—Eso es verdad —respondió con la boca llena.

—¿Y qué tal están llevando todo esto Abel y Sofía? —preguntó Marga.

—Mejor. Sofía sigue asimilando lo que pasó y ahora están viviendo en el pueblo. En Pamplona la prensa no les daba un respiro —dijo Anne con tristeza.

—Todo pasará —respondió Marga—. Siempre pasa.

—¿Estás seguro de que quieres cortar el tomate así? —preguntó Leonor, asomando la cabeza entre Gabriel y la tabla de cortar.

—Se acabó. Todas fuera de aquí, estamos molestando —sentenció Marga.

Anne se acercó y se puso de puntillas para besarle en la mejilla. Él la miró mientras salía de la cocina donde había cocinado por primera vez para ella hacía más de un año. En aquella casa había comenzado su historia. Y no sólo la suya. La mansión indiana guardaba retazos de memorias, ecos de relatos de tiempos pasados. Parecían condenados a estar conectados a ella, como si se tratara de espíritus encadenados a aquel lugar. A la casa. Al pueblo. No importaba cuánto se alejaran o cuánto intentaran desconectarse de él. Siempre volvían para descubrir que todo lo que eran se hallaba en parte ligado a ese pequeño pedazo del universo. Pertenecían a la tierra roja, al viento que movía los árboles, a la quietud de El Volcán. Eran hijos de todas las leyendas que se contaban al crepúsculo, de los reductos de magia que flotaban

suspendidos entre los montes. Herederos de las brujas, de los caballeros, de los mitos que quedaban por narrar. Al final, de forma inevitable, todo empezaba y acababa allí.

Epílogo

Me sequé los ojos con un trozo de papel higiénico y esperé que las lágrimas no me hubieran estropeado la máscara de pestañas.

—No entiendo por qué estás llorando ahora —me reprochó Paloma.

—Es que todavía no me puedo creer que estemos aquí —murmuré.

—¿En el baño?

—¡En la boda de Abel! —respondí emocionada.

Las dos nos encontrábamos dentro del aseo de Bodegas Arbaiza, donde estaban teniendo lugar, después de la ceremonia en la iglesia del pueblo, el cóctel y el banquete de la boda de Abel y Sofía, ya que, dadas las circunstancias de los últimos meses, habían decidido adelantarla. Yo había empezado a llorar antes de entrar en el templo y todavía, dos copas de vino y tres canapés de salmón y *foie* después, no había conseguido parar.

—Esto quiere decir que ya somos muy mayores —indicó Paloma.

—¿Las lágrimas o la boda? —pregunté, y volví a la carga con el trozo de papel.

—Supongo que las dos cosas.

—No entiendo en qué momento ha pasado tanto tiempo... —murmuré.

—La verdad es que tú deberías limitarte a dar gracias de estar aquí. En el último año y medio, has estado a punto de morir demasiadas veces —dijo Paloma, sonriendo y mostrando sus dientecillos de vampiro.

Abel asomó entonces la cabeza por la puerta del baño. Todo sonrisa y enormes ojos castaños.

—Aquí estáis —dijo ilusionado—. ¿Puedo pasar?

—Son tus bodegas —respondió Paloma mientras se sentaba sobre el mueble de los lavabos.

—Y mi boda —añadió él.

—Y aquí estás. Escondido con nosotras, como siempre —dijo Paloma con malicia.

—¿No me vas a dejar tranquilo ni siquiera hoy? —protestó él.

—Precisamente hoy, menos que nunca —respondió ella a la par que cruzaba los brazos sobre el pecho con satisfacción.

—De verdad... —se quejó Abel con los ojos en blanco.

Me quedé mirando nuestro reflejo en el espejo del baño: Abel impecable con su chaqué; Paloma con la misma actitud irreverente de siempre, y yo intentando ser la voz de la razón. Hacía mucho que no

éramos unos niños y que el tiempo nos había quitado de forma irreversible aquel privilegio. Sin embargo, sentía que no habíamos cambiado tanto, que, en esencia, lo importante continuaba intacto, invariable. Y si me concentraba en aquella imagen lo suficiente, casi podía vernos a los tres con nueve años, sentados en la plaza del pueblo, dibujando un mapa en el suelo.

Agradecimientos

Querido lector o lectora, si has llegado hasta aquí, tú eres la primera persona a la que tengo que dar las gracias. Esta es la parte más bonita de escribir una novela, cuando después de todo el trabajo solitario me doy cuenta de que nunca he estado realmente sola y de que durante todo el proceso he tenido la suerte de estar rodeada de personas maravillosas.

Gracias a mi madre, como siempre, por apoyarme durante todo el camino, por hacerme amar la lectura primero y por animarme a escribir mis propias historias más tarde. Desde aquel cuento llamado *El unicornio* hasta estas páginas.

A Edu, por tener siempre la mente más clara que yo, la visión más optimista. Por acompañarme en todas las excursiones buscando lugares para esconder cadáveres, por ser el mejor compañero que se puede tener.

A Cova, parte imprescindible de estas novelas y trasnochadora profesional, igual que yo. A Gonzalo, a Clara y a todo el equipo de Ediciones B, que trabajan para que todo salga lo mejor posible.

A Mikel Santamaría, director de Comunicación de la Policía Foral, por ayudarme un año más a guiar a Gabriel, a Jone, a Mendive... y a conocer un poco mejor todo el trabajo que hacen en la Policía Foral.

A Ricardo Ortega, del Instituto de Formación Profesional en Ciencias Forenses, que es el Bones de la vida real, por ayudarme siempre con la mejor disposición y una sonrisa. A Yuste, a Borja Moreno y a todos los que han sufrido mis preguntas interminables de documentación.

A Jon, una vez más, el hombre tranquilo, el que más quiere y conoce nuestra tierra. A Rebeca, a Marina, a Lydia y a Bea por enseñarme siempre palabras y lugares nuevos entre *txandríos*, vinos y risas.

A Katherine K. Por convertirse en un apoyo imprescindible dentro de esta profesión y, sobre todo, en una amiga.

A Amanda, a Maria, a Vero, a Ana, a Irina, a Alba... y a todas las amigas estupendas, maravillosas y brillantes que tengo.

Esta historia ha llegado, por lo menos por ahora, a su fin. Pero nos vemos dentro de poco entre las páginas de la próxima novela, y mientras tanto os espero en redes sociales:

@nagoresuarez

De nuevo: ¡gracias, gracias y gracias!

Una fiesta multitudinaria.
Un asesino invisible.
Un thriller que no querrás que llegue a su fin.

Pamplona, 6 de julio. Unas horas antes de que se lance el cohete que da comienzo a las fiestas de San Fermín y la música y el ambiente festivo inunden las calles de la ciudad, el cuerpo sin vida de una joven aparece en un parque cerca del río Arga. Poco después, una fotografía firmada por el misterioso asesino llega a la redacción de La Crónica de Navarra, donde trabaja la periodista Anne Aribe.

Justo cuando todo parecía ir bien en su relación, ella y el inspector de la Policía Foral Gabriel Palacios, se verán pronto envueltos en una pesadilla donde las muertes se multiplican. Estos asesinatos harán que un pasado oscuro y un odio que lleva años fraguándose salgan a la luz. Al mismo tiempo, Anne deberá hacer frente a los fantasmas que oculta su propia familia.

Después del éxito de *La música de los huesos* y *El ritual de los muertos*, Nagore Suárez retoma a sus personajes en esta última historia que se convierte en una carrera a contrarreloj en los días más bulliciosos de la capital navarra.

Reseñas:

«Un consejo: no empieces a leer esta novela por la noche. Una vez empiezas a leer, no podrás dejar de hacerlo».

Juan Gómez-Jurado

«Una mezcla magistral de novela policiaca y crímenes espeluznantes en un escenario bucólico como la Ribera Navarra. Con su segunda novela, Nagore Suárez se confirma como una de las voces más potentes y prometedoras del thriller nacional».
Mikel Santiago

«Una joven escritora está detrás de las historias de misterio que enganchan a millones de lectores en internet».
The Huffington Post

Nagore Suárez (Madrid, 1994) estudió Periodismo y tiene formación en Arqueología y Ciencias Forenses. También ha estudiado Creatividad y ha trabajado como *copywriter* en publicidad. En junio de 2019 su hilo de Twitter titulado *El ángel de la guarda* consiguió más de un millón y medio de impresiones y ganó el Premio del Público patrocinado por Ámbito Cultural y el Premio El Corte Inglés al mejor hilo de thriller y misterio. Desde entonces, los hilos de misterio de Nagore se han convertido en virales y millones de personas los han leído. *La música de los huesos* fue su primera novela, a la que siguió *El ritual de los muertos*. Ambas han sido un éxito de crítica y de ventas.

Primera edición: octubre de 2022

© 2022, Nagore Suárez
Autora representada por Editabundo Agencia Literaria, S. L.
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño y fotografía de portada: José Luis Paniagua

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-7338-9

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Twitter: penguincrimen
Instagram: edicionesb_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

El final de la fiesta

1. Porque la muerte me llama
2. Sunday Bloody Sunday
3. Chica nueva en la oficina
4. Polvo somos
5. Pamplona gozando va
6. Deseos de cosas imposibles
7. McDreamy
8. La foto
9. El elemento discordante
10. Las buenas costumbres
11. Papá
12. Cuando el río suena
13. Lealtades
14. Los Borgia
15. Bomba de humo
16. Imprime la leyenda
17. Nuestra casa en el medio de la calle
18. Secretos bajo la alfombra
19. Un ramo de flores
20. Juan Sin Sombra
21. El templo maldito

22. ¿Quién puede matar a un niño?

23. Reconciliaciones

24. Nuestro día a día

25. El campamento

26. Noche de cine

27. Alejandría

28. El hombre invisible

29. Maitechu mía

30. Riesgos

31. Cuando todo pase

32. Por la libertad

33. Tempus fugit

34. El ojo de Horus

35. La nada

36. Buscando un bar

37. The stars were bright, Fernando

38. La puerta roja

39. El peregrino

40. En la penumbra

41. Seth

42. Arde

43. Agur Jaunak

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Nagore Suárez

Créditos